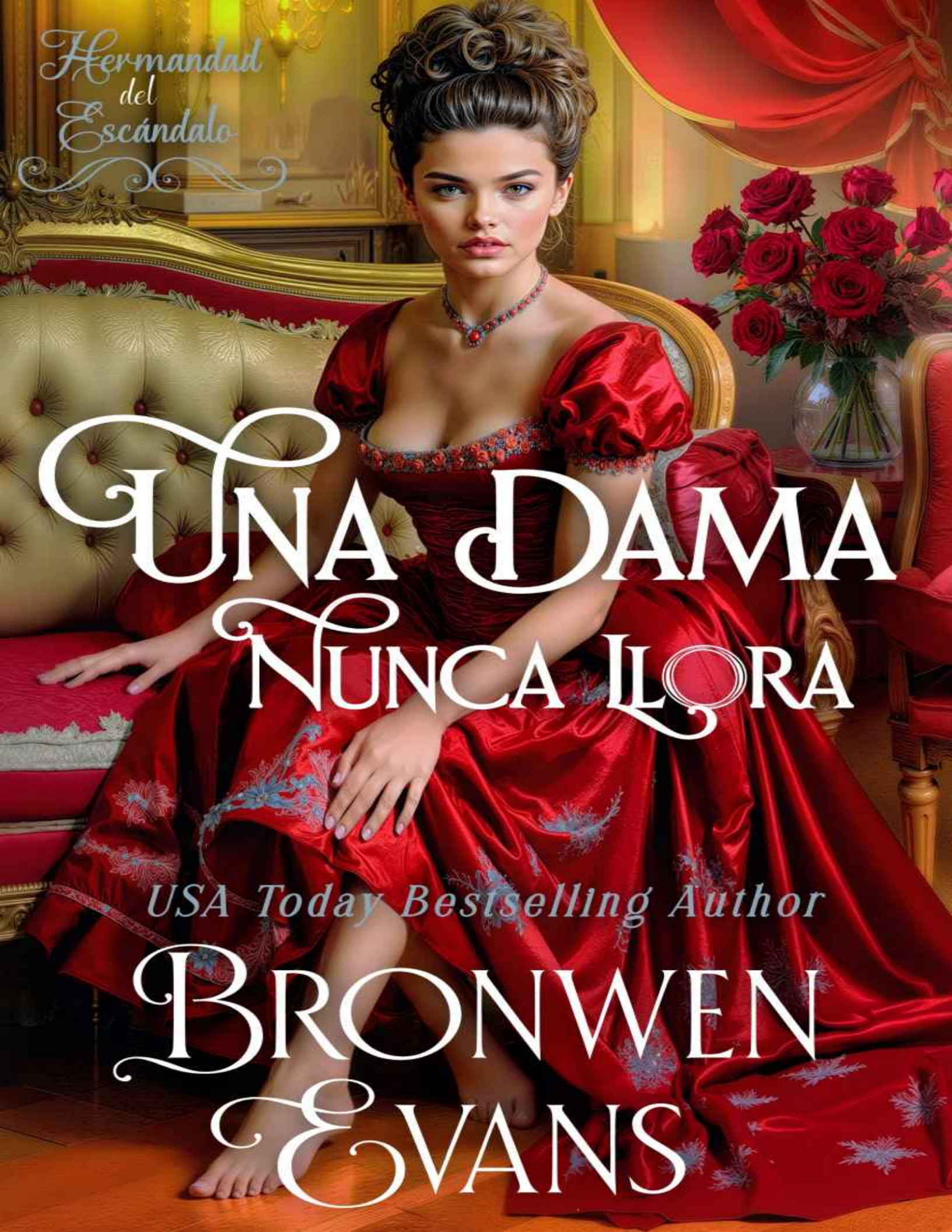

Hermandad del Escándalo
Una Dama Nunca Llora
USA Today Bestselling Author
Bronwen Evans

Una Dama Nunca Llora

ROMANCE DE REGENCIA DE SEGUNDA OPORTUNIDAD

HERMANDAD DEL ESCÁNDALO

LIBRO TRES

BRONWEN EVANS

TRADUCIDO POR

JORGE RICARDO FELSEN



Derechos de autor

Copyright ***Una Dama Nunca Llora*** es una obra de ficción. Los nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Copyright © 2025 por Bronwen Evans Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Bronwen Evans Autor.

Arte de portada por Forever After Romance Design

Traductor Jorge Ricardo Felsen

bronwenevans.com

Índice

Sinopsis del libro

Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capitulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Epílogo

Acerca del Autor
Otras Obras de bronwen evans

Sinopsis del libro

Una Dama Nunca Llora

La Hermandad Del Escándalo libro #3

Ha regresado de entre los muertos…

Durante cinco años, Lady Courtney Montague ha atesorado su dolor como una llama sagrada. Su amado prometido, Lucien Cavanaugh, vizconde de Furoe, murió como un héroe en Irlanda, o eso creía ella. Hasta que él vuelve a su vida como si hubiera sido convocado desde sus sueños, devastadoramente apuesto y dolorosamente vivo. *Pero el hombre que regresa es un extraño con el rostro de su amado.*

Él no puede recordarla, pero ella no puede olvidarlo…

Lucien no recuerda nada de su vida anterior: ni a su familia, ni su título, ni a la mujer que aún lleva su anillo colgado en un collar. Lo único que sabe es que es un viudo con una hija de tres años, deudas aplastantes y una necesidad práctica de una esposa adinerada. La lógica dice que Lady Courtney es la solución perfecta. *Su corazón dice que ella es peligrosa.*

Algunas historias de amor merecen un segundo capítulo…

Courtney se niega a casarse con un hombre que la ve como un arreglo conveniente. Ella quiere lo imposible: ser amada de nuevo por el único hombre que alguna vez poseyó su corazón. Pero, ¿cómo haces que alguien se enamore de ti dos veces? Y, ¿qué sucede

cuando descubres que el hombre en que se ha convertido podría valer la pena amar incluso más que aquel que perdiste?

Un romance de segundas oportunidades sobre encontrar el amor otra vez cuando nada, y todo, ha cambiado.

Prólogo

Lord Rockwell Ware se sentó en el carruaje de cuero gastado, esperando que este no fuera un viaje en vano a un pequeño pueblo llamado Malahide, a las afueras de Dublín, Irlanda, con este clima tan cambiante. Echó un vistazo a su acompañante y rezó para que el tiempo se mantuviera. Cerró los ojos y los recuerdos de un viaje anterior lo invadieron. Hace unas semanas, sentado en una taberna sombría en Dublín, había visto un fantasma.

O al menos eso había pensado.

El hombre estaba sentado en las sombras, de espaldas a la sala, pero algo en la forma de sus hombros, el ángulo de su cabeza mientras se inclinaba sobre su cerveza, había enviado escalofríos por las venas de Rockwell. Cuando el extraño giró ligeramente, mostrando su perfil, Rockwell casi se atragantó con su bebida. La barba era más abundante, el rostro más curtido, y una cicatriz feroz recorría desde la frente hasta la mejilla, pero esos rasgos…

Lucien.

Su mejor amigo desde la infancia. Su hermano en todo menos en sangre. El hombre que había desaparecido en el caos de la Rebelión Irlandesa hace cinco años y nunca regresó. El hombre que enterraron en una tumba vacía en la iglesia parroquial de Danvers mientras su padre, el Conde de Danvers, lloraba, y sus hermanas vestían luto por su hermano perdido.

Sacudió las imágenes de su mente. Había llegado a Irlanda de nuevo unos días atrás para buscar al hombre que vio en aquella taberna en su visita anterior. Tenía que saber si era Lucien y si su

amigo estaba vivo. Había hecho buenos progresos. Tras unos días en Irlanda, logró averiguar, gracias a un comerciante del mercado y a la madame de un burdel, el nombre de un hombre que podría ser Lucien.

—Sí, ese sería John Collins. Vive cerca de Malahide. Buen hombre, John. Generalmente se mantiene para sí mismo, pero ha ayudado a muchos vecinos con sus cosechas.

John Collins. El nombre le supo a ceniza en la boca a Rockwell.

Y así estaba, en un carruaje rumbo a Malahide con Lady Farah Perrin a su lado—otra complicación imposible en su vida cada vez más complicada. Ella había resultado herida mientras se escondía en su baúl, y terminó siendo llevada a su barco rumbo a Irlanda para buscar a Lucien, otra larga historia.

Además de buscar a un amigo que todos creían muerto, ahora tenía que ingeniárselas para regresar a Lady Farah a Londres sin que nadie se percatara de su ausencia o ella quedaría completamente comprometida, y él terminaría casado con ella. Actualmente, Farah fingía ser su hermana, Ashley.

Desafortunadamente, Farah estaba tan involucrada en esta loca travesía como él. Quizá más, dado su corazón tierno y sus nociones románticas sobre amores perdidos y segundas oportunidades.

—Allí —dijo Farah suavemente, señalando hacia un conjunto de cabañas—. Debe ser Malahide.

Rockwell entrecerró los ojos contra el sol, distinguiendo el grupo de cabañas encaladas que salpicaban la costa como conchas dispersas. En alguna de ellas vivía el hombre que podría ser Lucien Furoe, vizconde por cortesía y heredero de un condado, viviendo como un simple agricultor irlandés llamado John Collins.

La imposibilidad de todo esto lo golpeó de nuevo. ¿Cómo podría Lucien, el brillante, educado, aristocrático Lucien, haber sobrevivido todo este tiempo en tales circunstancias? ¿Cómo pudo simplemente desaparecer de su vida anterior sin dejar rastro? ¿Y por qué nunca había regresado a casa ni siquiera les había hecho saber que estaba vivo? ¿Por qué John Collins? Simplemente no podía ser él. ¿O sí?

—¿Y si nos equivocamos? —preguntó Farah, como leyendo sus pensamientos—. ¿Y si este John Collins es simplemente un hombre

que se parece a tu amigo?

—Entonces habremos hecho un viaje muy tedioso y arriesgado tu reputación por nada —respondió Rockwell, aunque su intuición le decía lo contrario. Esa visión en la taberna, por breve que fuera, había encendido una certeza en él que desafiaba la lógica—. Pero no creo que estemos equivocados.

Mientras su carruaje se acercaba a la tienda del pueblo, la mente de Rockwell corría pensando en las implicaciones. Si Lucien estaba realmente vivo, ¿qué le había pasado? ¿Por qué había permanecido en Irlanda, viviendo bajo un nombre falso? ¿Y su familia, su padre y hermanas que lo habían llorado durante cinco años? ¿Y Lady Courtney, que había vestido de negro un año entero y, cuatro años después, seguía soltera, alegando que ningún hombre podía compararse con su amor perdido?

Las preguntas se multiplicaban con cada vuelta de las ruedas, pero Rockwell se obligó a concentrarse en la tarea inmediata. Primero, debían encontrar a ese John Collins. Luego, determinar si era realmente Lucien. Solo entonces podrían comenzar a desentrañar el misterio de lo ocurrido durante esos años perdidos.

El pueblo estaba tranquilo a primeras horas de la tarde, con solo unos pocos barcos de pesca preparándose para trabajar en la orilla. Rockwell ayudó a Farah a bajar del carruaje y luego se quedó un momento contemplando la escena pacífica. Era tan diferente de Londres, que habían dejado atrás: el ritmo frenético, el ruido constante, el peso de las obligaciones sociales que presionaba cada interacción. Aquí, el aire olía a sal, algas y cosas que crecían. Gaviotas gritaban sobre sus cabezas y, a lo lejos, podía escucharse el mugido del ganado.

Si Lucien había estado viviendo aquí durante cinco años, Rockwell podía entender por qué podría haber encontrado la felicidad. Había algo profundamente atractivo en la simplicidad de todo, en la conexión con la tierra y el mar que faltaba en sus vidas londinenses.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Farah, ajustándose la sencilla capa de viaje. Ambos se habían vestido lo más

humildemente posible, esperando mezclarse entre los lugareños en lugar de anunciarse como nobleza inglesa.

Rockwell respondió, escaneando la costa.

—Empezaremos caminando y preguntaremos sobre la marcha.

—Dividámonos. Yo buscaré la rectoría. Seguramente el vicario local conocerá a todos.

—Buena idea. Yo preguntaré en el pueblo.

Desafortunadamente, su acento traicionaba su origen y obtuvo muy poca información de los desconfiados y anti ingleses aldeanos. Así que se dirigió colina arriba hacia el cementerio y la rectoría para encontrarse con Farah. Empujó la puerta oxidada y comenzó a caminar entre las lápidas cuando escuchó a Farah hablar. Al doblar la esquina, la vio, y entonces, oh, Dios mío, Lucien.

Al minuto siguiente, Rockwell se encontró corriendo hacia ellos, abrazando a Lucien mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

Lucien comenzó a forcejear, y Farah tiró con fuerza del abrigo de Rockwell, apartándolo de Lucien.

—No sabe quién eres, ni quién es él. Tiene amnesia.

Rockwell retrocedió, con el rostro entre la sorpresa y el alivio.

—Lucien —respiró Rockwell.

Como si escuchara su nombre, el hombre se enderezó y lo miró a los ojos. Las rodillas de Rockwell casi le fallan. La barba estaba más poblada que en la taberna, y la cicatriz era aún más prominente a la luz del día, un recordatorio irregular de cualquier violencia que hubiera sufrido. Pero los ojos, la forma del rostro, la manera en que se sostenía…

No había duda. Ese era Lucien Furoe, vizconde Furoe, heredero perdido del Conde de Danvers. Vivo.

Antes de que Rockwell pudiera hablar, una pequeña figura tiró de su abrigo: una niña con rizos oscuros que rebotaban al moverse. Se lanzó a las piernas de Lucien, y él la levantó con la facilidad de alguien acostumbrado a hacerlo, con su rostro transformándose en una sonrisa dolorosamente familiar.

—¡Daid! —la voz de la niña resonó en el aire de la mañana—. ¡Mira lo que encontré!

Sostenía algo pequeño en la mano, una concha o tal vez una piedra bonita, y el hombre lo examinó con la atención solemne que merecían esos tesoros. La escena doméstica era tan pacífica, tan completa, que Rockwell vaciló. ¿Qué derecho tenía para destruir esta felicidad? ¿Qué derecho tenían ellos para arrastrar a Lucien de nuevo a un mundo que ya no recordaba, a deberes que no podía recordar haber aceptado?

Pero luego pensó en el Conde de Danvers, y en la familia que estaba a punto de perderlo todo. El Conde ya pensaba que había perdido a su heredero. Lauren y Madeline, que aún llevaban medallones con la miniatura de su hermano. Lady Courtney, que había rechazado tres propuestas solo en el último año porque ningún hombre podía igualar a su amor perdido.

Y pensó en el propio Lucien: el hombre brillante y apasionado que una vez debatía sobre política hasta el amanecer y escribía poesía a la luz de las velas. El que estaba destinado a grandes cosas, que tenía responsabilidades y un legado que se remontaba a generaciones. ¿Acaso ese hombre no merecía la oportunidad de elegir su propio destino, en lugar de que las circunstancias y la memoria perdida lo eligieran por él?

—¡Daid, esta es mi nueva amiga, Farah, pero yo no conozco a este hombre! —dijo la niña, señalando en su dirección.

El hombre, John, Lucien, quienquiera que fuera ahora, miró hacia arriba, y Rockwell solo vio allí curiosidad educada. Ningún reconocimiento. Ninguna chispa de memoria. Este hombre miraba a su amigo más antiguo y veía a un desconocido.

—Mantén la calma —susurró Farah—. Debemos tener cuidado de no sorprenderlo.

Rockwell pudo ver los cambios que habían producido cinco años. Las manos de Lucien estaban callosas por el trabajo en la granja, su piel curtida por el sol y el aire del mar. Se movía con la confianza natural de alguien cómodo consigo mismo, pero había algo vigilante en sus ojos, la desconfianza de quien ha aprendido a no fiarse fácilmente.

—Yo tampoco lo conozco —dijo Lucien, ahora con un acento puramente irlandés, sin rastro de los tonos ingleses cultos que

Rockwell recordaba—. ¿Quién es?

Rockwell observó a la niña acunada en los brazos de Lucien. La niña era indudablemente su hija: tenía su cabello oscuro, sus ojos inteligentes, incluso su mentón obstinado. Pero su manera de hablar, su acento, revelaba una educación muy diferente de la que recibiría la hija de un vizconde.

Farah reaccionó primero:

—Estoy en Malahide buscando a alguien.

—Ah, es inglesa —dijo Lucien, levantando a la niña en brazos—. Soy John Collins. Esta es mi hija, Ava-Marie.

John Collins. El nombre le dolió a Rockwell como un giro de cuchillo en el pecho. Su amigo, su hermano, reducido a esta ficción. ¿Quién le había hecho esto? ¿Cómo había llegado Lucien Furoe a ser este humilde agricultor sin memoria de su pasado?

—Sí, se presentó ante mí —dijo Farah, y Rockwell pudo notar la tensión en su voz mientras luchaba por mantener la farsa—. ¿Siempre ha vivido aquí en Malahide?

Una ceja se frunció en el rostro de Lucien y tocó su cicatriz inconscientemente.

—No. Creo que viví en Inglaterra antes de volver a casa, porque me lesioné en Francia, creo. O eso me decía mi esposa. No recuerdo nada de antes de hace cinco años. Una herida en la cabeza me quitó la memoria.

Francia. Rockwell casi rio por la amarga ironía. Alguien le había dicho a Lucien que había sido herido en Francia, probablemente para explicar sus heridas y su presencia en Irlanda. Pero Lucien nunca había luchado en Francia: había estado en Irlanda, combatiendo en la rebelión que casi destroza el país.

Alguien le había mentido. Alguien se había aprovechado de su estado herido y le había robado toda su identidad.

La ira que llenó a Rockwell fue tan intensa que casi lo abrumó. Su amigo, el brillante y confiado Lucien, había sido engañado de la manera más cruel posible. Robado no solo de sus recuerdos, sino de su propio ser, de su familia, de su futuro. Alguien había cometido un robo tan profundo que desafiaba toda credulidad.

—Señor Collins —dijo Farah con cuidado—, este es mi amigo, Lord Rockwell Ware, y ha estado buscándolo durante mucho tiempo. Está simplemente encantado de encontrarlo. ¿Hay algún lugar donde podamos explicarle por qué estamos aquí?

Lucien los miró a ambos, con confusión y desconfianza luchando en su expresión.

—¿Buscándome? Pero, ¿cómo podrían buscarme si ni siquiera me conocen?

La simple lógica de la pregunta era desgarradora. ¿Cómo podrían explicar que buscaban a alguien que él solía ser? ¿Alguien que no podía recordar haber sido?

—Quizá podríamos sentarnos —dijo Rockwell, encontrando por fin su voz—. Lo que tenemos que decirle… será difícil de creer.

La verdad, reflexionó Rockwell con gravedad, era en efecto más complicada que cualquier mentira. Pero había encontrado a su amigo y ahora estaba decidido a llevarlo a casa, asegurarse de que retomara su lugar en la sociedad y junto a su familia, y ayudarle a restaurar el buen nombre y las finanzas de los Danvers.

Capítulo Uno

Lucien Furoe contempló la imponente fachada de Danvers House, con la garganta apretada por una emoción que no podía nombrar. La gran mansión georgiana se alzaba ante él, su piedra envejecida y sus altas ventanas sin ofrecer ningún indicio de familiaridad. Según Lord Rockwell Ware, que estaba a su lado irradiando tranquila preocupación, esta había sido su casa durante los primeros veintitrés años de su vida. Ahora tenía veintiocho y no había puesto un pie en esa casa durante los últimos cinco años.

Hogar. La palabra sonaba hueca, sin sentido. Su hogar era una modesta cabaña en Malahide, Irlanda, con suelos de madera gastados y un techo con goteras que lo volvía loco cada primavera. Pero ese hogar, como tantas otras cosas en su vida, había resultado estar construido sobre mentiras.

—¿Estás listo? —preguntó Lord Wolfarth, Wolf, como prefería que le dijeran, desde su otro lado. Ambos hombres se habían convertido en aliados inesperados, aunque Lucien aún trataba de comprender sus motivos para traerlo de vuelta a Inglaterra. Rockwell decía que era porque eran mejores amigos en su vida pasada y que su familia lo necesitaba, ya que su padre había arruinado a la familia con apuestas llevándola a la cárcel por deudas.

Rockwell aclaró la garganta de nuevo.

—¿Estás listo?

—Tan listo como pueda estar —dijo Lucien enderezando su corbata, un gesto nervioso que había desarrollado desde que llevaba estas ropas de caballero ajenas. El fino abrigo de lana le resultaba

confinado después de años de camisas de lino simples y ropa de trabajo resistente. Pero ahora era un vizconde, o eso le decían. Vizconde Furoe, heredero del Conde de Danvers.

La gran puerta de entrada se abrió antes de que pudieran llamar, y apareció un mayordomo anciano, con los ojos abiertos de par en par ante la visión de Lucien.

—Mi lord —susurró el hombre, su rostro surcado de líneas palideciendo—. No puede ser…

—Hola, Phillips —dijo Rockwell con suavidad—. ¿Podríamos entrar? Tenemos noticias para la familia.

Phillips retrocedió, sus ojos vidriosos sin apartarse del rostro de Lucien.

—Por supuesto, mi lord. La familia está en casa. Anunciaré…

—No hace falta —interrumpió Wolf—. Mejor que manejemos esto… con delicadeza.

Lucien los siguió a un vasto hall de entrada que se extendía a dos pisos, dominado por una imponente escalera de mármol. La fuerte luz del sol de junio filtraba por las altas ventanas, reflejándose en retratos con marcos dorados y candelabros de cristal. La opulencia descolorida le hacía girar la cabeza. Esto supuestamente era su derecho de nacimiento, pero se sentía un impostor en una obra que no había ensayado.

Un suave suspiro llamó su atención hacia la escalera. Una joven estaba congelada en los escalones, con los nudillos blancos sobre la barandilla. Tenía quizás veinte años, con cabello oscuro como el suyo y ojos del color de nubes de tormenta.

—¡Lucien, estás vivo! —respiró, y la esperanza desnuda en su voz le hizo doler el pecho—. ¿Dónde has estado?

Corrió escaleras abajo y se lanzó a sus brazos.

El impacto de su abrazo envió un choque a través de su cuerpo. Su cuerpo se quedó rígido, cada músculo estaba tenso mientras brazos desconocidos lo envolvían con desesperada familiaridad. Ella lo abrazó fuerte y largo mientras sus lágrimas caían, y él permaneció congelado, con los brazos inútiles a los costados.

Ella lo abrazó fuerte y largo mientras sus lágrimas caían, y él se sintió impotente ante su dolor.

—¿Cómo pudiste estar tanto tiempo lejos?

Quiso responder, decir algo, cualquier cosa, pero la garganta se le había cerrado. Esta mujer, esta desconocida, lloraba lágrimas de alegría por él, y él no sentía más que el hueco dolor de la ausencia donde debería haber reconocimiento. La culpa fue inmediata y aplastante.

Se apartó y él vio cómo su rostro se arrugaba al ver su postura rígida, su expresión vacía. Su alegría titiló y murió como una vela en el viento.

—¿Lucien? —La incertidumbre en su voz era peor que sus lágrimas.

Se volvió hacia ella, buscando desesperadamente en sus rasgos cualquier chispa de reconocimiento. La forma de su nariz, la curva de su boca, incluso la inclinación de su cabeza, todo parecía significativo, como un idioma que debería entender pero que no podía leer. Reconocía sus propios rasgos, pero no a ella. Nada. Igual que con la casa, los jardines, el mayordomo, era una desconocida con el rostro de la familia.

Wolf dijo en voz baja:

—Tu hermano no recuerda quién es ni quién eres tú. Recibió una herida en la cabeza durante la Rebelión Irlandesa y no puede recordar nada de antes de ese día. Ha estado viviendo en Irlanda creyendo que su nombre es Mr. John Collins.

Lucien se sorprendió de que esta hermana no se hubiera desplomado al suelo. ¿Acaso no era eso lo que hacían las damas de calidad al enfrentarse a noticias terribles?

Ella lo miró con atención.

—Estoy tan agradecida de que no estés muerto. Padre… él estará, estará tan *aliviado*.

—Lady Lauren —dijo Rockwell suavemente—, ¿puedo presentarle a Lord Lucien Furoe? —La presentación formal quedó flotando con incomodidad en el aire entre ellos—. Lucien, esta es tu hermana, Lady Lauren Cavanaugh.

—¿Mi hermana? —Probó las palabras, extrañas en su lengua. Ejecutó la reverencia que vagamente recordaba de un rincón oscuro de su memoria, y que Rockwell también le había refrescado respecto

a las normas sociales de las que no estaba del todo seguro—. Mi señora.

Los ojos grises de Lauren nadaban en lágrimas contenidas; su rostro estaba pálido, dominado por emociones reprimidas. Vestía su traje de mañana, una suave muselina azul que hablaba de tiempos mejores. Él notó parches en la manga. Detrás de él, Wolf se movió inquieto, y Lucien captó la mirada significativa que pasó entre él y Lauren. Había historia allí, comprendió. Otra historia más que debería conocer, pero no conocía.

—Bienvenido a casa —dijo Lauren, la voz temblorosa—. Madeline se pondrá fuera de sí. Está en casa de una amiga, pero creo que será mejor que hable yo con ella primero. Será un gran impacto. Y en cuanto a padre…

—¿Otra hermana? —La información que Rockwell y Wolf le habían dado durante el viaje se arremolinaba en su mente. Todo era tan nuevo, y le costaba mantenerlo en orden.

—Sí —Lauren tragó con dificultad—. Tu hermana menor. Tenía doce años cuando tú… cuando moriste… es decir, cuando te fuiste.

Fuiste. Qué palabra tan suave para la violencia que le había robado la memoria y lo había lanzado, medio muerto, a una nueva vida en Irlanda. A la vida de Ava.

Ava. El pecho se le apretó al pensar en ella. La hermosa, cambiante Ava que lo había cuidado hasta devolverle la salud, que había tejido dulces mentiras sobre un matrimonio que nunca existió, que le había dado a su hija...

No. No podía pensar en Ava-Marie ahora. Su pequeña estaba a salvo en la casa londinense de Rockwell junto con su prima Caitria, y nadie allí necesitaba conocer la verdad sobre su nacimiento. La historia que Rockwell y Lady Farah habían elaborado durante el viaje era bastante simple: un matrimonio apresurado con una muchacha irlandesa, ahora fallecida. Era lo bastante cercana a la verdad como para que su conciencia descansara tranquila, y protegía el futuro de su hija.

Ahora también protegía a sus hermanas y el nombre de su familia.

Lauren se retorcía las manos.

—¿Nada te resulta familiar? ¿Quieres… quieres ver la casa, o quizá el retrato de nuestra madre?

No tuvo corazón para decirle que nada le devolvería los recuerdos. Pero la complacería, sabiendo lo impactante que debía de ser para ella. Además, posponía la verdadera razón de estar allí: averiguar cuán precaria era la situación financiera de la familia. Rockwell había insinuado que era muy grave, y la decadencia y la falta de sirvientes indicaban que tenía razón. Crecía en él la ira hacia el padre al que no recordaba.

Asintió, siguiéndola por la escalera señorial y entrando en una larga galería flanqueada de ancestros de rostro severo a los que debía reconocer, pero no reconocía. Ella se detuvo frente a un gran retrato de una mujer imponente de poco más de cuarenta años. El cabello oscuro, como el suyo, estaba dispuesto en elegantes ondas alrededor de un rostro en forma de corazón, y algo en su leve sonrisa tiró de los bordes de su mente.

—Es encantadora —dijo en voz baja, con sinceridad.

—Murió hace dos años —la voz de Lauren se quebró—. Ojalá pudiera estar aquí para ver que su hijo vive y que el heredero no está perdido… —se interrumpió, observando su rostro con desesperada esperanza.

El giro de dolor en su pecho lo sorprendió. No lloraba a la madre que no recordaba, sino el hecho de no recordarla. Que había estado vivo y bien en Irlanda, trabajando su pequeña parcela de tierra, mientras esa mujer moría creyendo a su hijo perdido.

Un estruendo desde arriba los hizo sobresaltarse. Se oyeron pasos pesados tambaleándose en el piso superior, y el rostro de Lauren se endureció con algo parecido a la resignación.

—Padre —susurró, justo cuando un hombre apareció en lo alto de las escaleras.

El conde de Danvers era una ruina: sus ropas eran finas pero arrugadas, el rostro estaba enrojecido por lo que solo podía ser licor fuerte a pesar de la temprana hora. Se balanceaba ligeramente mientras los observaba desde lo alto.

—¿Hijo mío? ¿Eres un fantasma que ha vuelto para atormentarme? —Las palabras salieron arrastradas.

Bajó las escaleras a trompicones, y Lucien se tensó, luchando contra el impulso de retroceder. El conde llegó al pie y se lanzó hacia adelante con los brazos extendidos. Esta vez Lucien sí retrocedió, un movimiento instintivo que hizo que el rostro del hombre mayor se desmoronara.

—Claro que eres un producto de mi imaginación. Mi hijo murió hace mucho, y no tengo heredero. Dios me castiga… lo siento, lo siento tanto. —Las manos del conde cayeron a sus costados—. Lauren, perdóname… —y se dio vuelta para subir de nuevo.

—Padre —Lucien carraspeó—. No soy un fantasma. Soy yo, Lucien.

Su padre se giró lentamente y luego se deslizó al suelo.

—¿Lucien?

—Quizá deberíamos ir a su biblioteca, Lord Danvers —sugirió Rockwell con suavidad, avanzando—. Hay mucho de lo que hablar.

Los hombres ayudaron a su padre a ponerse en pie, pero su señoría los apartó y se tambaleó hasta la biblioteca de los Danvers. El conde se desplomó en un gastado sillón de cuero, mientras Lucien permanecía de pie, con el cuerpo vibrando de necesidad de moverse, de correr, de escapar de regreso a su simple vida en Irlanda.

Pero aquella vida se había construido sobre mentiras, se recordó con dureza. Las mentiras de Ava. La verdad de su engaño aún ardía, incluso años después de su muerte. Él se había creído un granjero viudo, conforme con su vida humilde y con su adorada hija. Entonces Rockwell y Farah habían aparecido en el pueblo, hablando de títulos y familia y de una vida que no podía recordar.

Ava le había robado su verdadera identidad, y estaba allí para recuperarla.

La otrora grandiosa biblioteca de Lord Danvers daba testimonio silencioso de la decadencia de la fortuna familiar. Altas ventanas georgianas, con la pintura descascarada y los marcos de madera deformados, aún lograban proyectar largos rectángulos de luz estival sobre lo que quedaba de la alfombra turca. El salón se extendía en dos pisos de altura, con una galería superior a la que se accedía por una escalera curva de caoba.

Los huecos entre los libros contaban su propia historia: volúmenes valiosos vendidos, probablemente uno a uno, para mantener a flote a la familia. La colección restante se alineaba en hileras desparejas, con lomos de cuero resecos y agrietados, algunos brotando con mechones de moho verde. Un dulzor rancio impregnaba el aire, mezclado con el agrio olor a madera podrida de los estantes combados.

El yeso ornamental del techo, antaño crema y dorado, se había amarilleado hasta el color de dientes viejos. Manchas de agua trazaban mapas de continentes en la superficie donde el techo filtraba, aunque estratégicamente colocados baldes de cobre recogían lo peor de las goteras. Sus superficies opacas hacían juego con las lámparas de aceite deslustradas que no habían sido pulidas en mucho tiempo.

—Disculpa el… —Lauren se detuvo de golpe.

Lucien empezaba a comprender la magnitud del desastre al que había regresado. De pronto entendió por qué, en el viaje desde Irlanda, Rockwell lo había instado a considerar como prioridad un matrimonio con gran dote.

Avanzó más dentro del salón, apenas capaz de ocultar su consternación. Una enorme chimenea de mármol dominaba una de las paredes; sobre la repisa se apiñaban retratos en miniatura en marcos dorados demasiado valiosos como para vender. Los sillones agrupados alrededor, antaño de un aterciopelado carmesí, se habían desteñido hasta un cansado tono rosado, con el relleno visible entre los desgarrones y las costuras raídas. Aun así, intuía cierta dignidad en ellos.

Cerca de la ventana se encontraba el escritorio de Lord Danvers, con el cuero de la superficie cuarteado y seco como hojas otoñales. Pilas de cuentas sin pagar y otra correspondencia cada vez mayor cargaban una esquina, mientras que un decantador a medio llenar sugería cómo solía enfrentarse su señoría a esos papeles.

Un único lacayo entró para atender el escaso fuego, racionando con cuidado el carbón y la leña. A través de las ventanas, la maleza sin cuidar de lo que alguna vez había sido un jardín formal hablaba por sí sola sobre el estado actual de la residencia de los Danvers.

Lucien no se atrevía a imaginar el estado de sus propiedades en el campo, si es que aún quedaban. Ni siquiera lo recordaba. Se hundió en otro sillón, contemplando al hombre que era su padre. Ignoró a su hermana y a sus amigos.

—Las deudas —dijo de pronto el conde, con voz cargada de vergüenza—. Creí que estabas muerto, hijo. Muerto como tu madre. Las cartas… los dados… me ayudaban a olvidar, aunque fuera por un rato.

La mandíbula de Lucien se tensó.

—¿Qué tan grave es?

—Lo bastante como para perderlo todo si no se hace algo pronto —dijo Wolf sin rodeos, ignorando la mirada de advertencia de Rockwell—. Debe saber a qué verdad se enfrenta ahora que regresa.

—Necesitamos un momento con Lady Lauren —dijo Rockwell en voz baja—. ¿Nos disculpan?

Se retiraron al pasillo, dejando a Lucien a solas con su padre. El silencio se extendió entre ellos, cargado con cinco años de ausencia.

—Diez mil libras —dijo al fin el conde, clavando la mirada en su copa vacía—. Por lo menos. Los prestamistas rondan como buitres. He hipotecado lo que pude, pero no puedo tocar las propiedades vinculadas, y aun así están casi arruinadas… —Alzó la vista, con los ojos inyectados en sangre y desesperados—. Nunca quise cargar con este peso sobre ti. Cuando desapareciste tras la rebelión… cuando pasaron meses sin noticias… me perdí en el duelo y la culpa. Si no hubiera iniciado aquella estúpida discusión contigo sobre ir con Rockwell en aquel viaje…

—No recuerdo nada de eso —lo interrumpió Lucien, con una voz más dura de lo que pretendía—. Ni la rebelión, ni mis motivos para estar allí, nada. —Se pasó la mano por el cabello, un gesto que le resultó familiar sin saber por qué—. Mi vida comenzó hace cinco años, en un pueblo cerca de Dublín, con una herida en la cabeza y sin memoria de quién era.

El conde se estremeció.

—¿Los médicos que consultó Lord Rockwell… creen que podrías recuperar la memoria?

—No consulté a nadie. No lo necesito. —Lucien se volvió hacia la ventana, contemplando los jardines. Tan distintos de su humilde huerto en Irlanda, donde Ava-Marie había correteado tras él, ayudándole a plantar zanahorias con sus pequeñas manos—. El hombre que conocías, tu hijo… está muerto para siempre.

—Estás aquí ahora —dijo suavemente el conde—. Eso es lo que importa.

La risa de Lucien no tuvo nada de humor.

—Sí, justo a tiempo para salvar a la familia de la ruina, por lo que parece. Porque no te preocupa que tus hijas terminen en la calle. —Hasta a él lo sorprendió la amargura en su voz. Se volvió a enfrentar a su padre cuando Lauren y los hombres regresaron. No sabía qué le habían dicho, pero los ojos de Lauren estaban enrojecidos, aunque consiguió esbozar una sonrisa temblorosa.

—Madeline volverá pronto a casa. ¿Quieres que Phillips prepare tus antiguas habitaciones?

La idea de dormir en los aposentos de un desconocido, aunque ese desconocido fuera su yo pasado, le provocó escalofríos.

—Gracias. También necesito que preparen otras habitaciones. —Ante la expresión desconcertada de Lauren, añadió—: Mi hija y la prima de mi esposa vendrán conmigo.

—¿Tu hija? —el conde se enderezó, de pronto más alerta de lo que había parecido en toda la mañana—. ¿Estás casado?

—No. Mi… esposa… murió hace dos años de una enfermedad en los pulmones. —El alivio de su padre fue evidente y, en ese instante, Lucien lo odió. Contaba con que su hijo se casara bien.

Lucien mantuvo la voz cuidadosamente neutra.

—Ava-Marie. Tiene cuatro años. —*Y es ilegítima*, añadió su mente con traición. Pero ellos nunca lo sabrían. Para Inglaterra, él se había casado con Ava en una pequeña iglesia del pueblo, y su hija era tan legítima como cualquier hijo de un noble. La mentira le sabía amarga, pero la repetiría mil veces para proteger a su pequeña.

—Mi hijo regresa y tengo una nieta —suspiró el conde, con el asombro reemplazando parte de la preocupación en su rostro—. Nunca pensé… es decir, cuando creímos que estabas muerto…

—Es todo lo que tengo de su madre —dijo Lucien en voz baja; la media verdad era más fácil de pronunciar que la mentira completa. En realidad, Ava-Marie era todo lo que le quedaba de su vida en Irlanda, lo único puro que había surgido del engaño de Ava—. Agradecería que retrasáramos cualquier… anuncio formal de mi regreso hasta que ella esté instalada.

—Por supuesto —dijo Lauren enseguida—. Lo que necesites. —Vaciló, y luego preguntó—: ¿Te quedarás al menos a tomar el té? Hay tanto que contarte, sobre la familia, sobre… —Se interrumpió, mordiéndose el labio.

Sobre su vida anterior, comprendió él. Sobre el hombre que había sido, el hermano que ella había perdido. La prometida de la que nadie había hablado todavía, aunque él sabía por Rockwell que existía. Lady Courtney Montague, la mujer a la que supuestamente había amado lo suficiente como para prometerle su vida y de la que no podía evocar ni una sombra de recuerdo.

—El té sería agradable —dijo al fin, porque no podía soportar decepcionarlos más. No cuando lo miraban con tanta esperanza desesperada, buscando en su rostro destellos de un hombre que bien podría estar muerto.

Cuando Phillips entró empujando el carrito del té, Lucien atrapó su reflejo en un espejo con marco dorado. Un extraño lo observaba, envuelto en lana fina y lino almidonado, interpretando el papel de un vizconde. En algún lugar de Irlanda, un humilde granjero llamado John Collins había muerto, dejando en su lugar solo esta cáscara vacía de un lord.

Aceptó una taza de té de manos de Lauren, notando cómo le temblaban un poco los dedos al pasársela. Su hermana. La palabra aún le resultaba ajena, aunque algo en sus ojos grises tironeaba de él, como un sueño medio recordado. Quizás eso era un comienzo.

Se inclinó hacia adelante y habló del elefante en la sala.

—Creo que tenía una prometida. ¿Sigue soltera? —Cuando vio que Lauren miraba rápidamente a Rockwell y Wolf, añadió—: Háblame de ella.

La sonrisa de Lauren fue como un rayo de sol atravesando las nubes. Mientras ella empezaba a hablar, Lucien se recostó en su

silla, dejando que sus palabras lo envolvieran. No podía ser el hermano que ella recordaba, pero quizá podía convertirse en alguien nuevo, alguien digno de la esperanza en sus ojos. Alguien que pudiera proteger el futuro de su hija y salvar a su familia de la ruina, aunque nunca recordara haber formado parte de ella.

Pero tal vez eso dependiera de otra mujer a la que no podía recordar. Lady Courtney. Temía conocerla. Tendría que ver si Lauren tenía algún retrato suyo.

Pero era un comienzo, en cierto modo. Reintegrarse poco a poco en la sociedad tendría que bastar por ahora.

Capítulo Dos

Lucien se encontraba en el salón de Lord Lorne, esperando conocer a la hija del marqués, Lady Courtney, una mujer con la que una vez había estado comprometido. La urgencia de ajustarse la corbata lo dominaba. La seda esmeralda había sido elección de Lauren. "Siempre has preferido el verde", había dicho ella con esa esperanza temblorosa que él había aprendido a temer. La había usado para complacerla, aunque el color le parecía equivocado de alguna manera. En Irlanda, había preferido lino simple en tonos terrosos, ropa que no mostrara la suciedad de trabajar su tierra ni lo hiciera destacar en el pub local.

El opulento salón lo hacía sentir de manera aguda la enorme brecha entre su antigua vida y su nueva realidad. Mientras que la casa de su padre mostraba los restos deteriorados de una antigua grandeza, el salón de Lord Lorne resplandecía con riqueza. Los espejos con marcos dorados reflejaban la luz de la tarde, multiplicando el brillo del candelabro de cristal. La alfombra turca bajo sus botas, había tenido que comprarse botas nuevas, sus antiguas consideradas demasiado toscas para la sociedad londinense, era gruesa y sin desgaste, con colores aún vibrantes. Flores frescas perfumaban el aire desde delicados jarrones de porcelana; nada que ver con las flores silvestres que Ava recogía para su tosco mesa de madera en Irlanda.

Se acercó a la chimenea, notando la fina repisa de mármol con su elegante reloj de ormolu. Aquí no había ollas de cobre recogiendo gotas, ni manchas de agua que estropearan los elaborados

rosetones del techo. Incluso los muebles hablaban de un cuidado mantenimiento: la tapicería de damasco de seda estaba impecable, las mesas de caoba relucían con un pulido reciente. Este era el mundo en el que aparentemente había nacido, y aun así se sentía más fuera de lugar aquí que en su humilde cabaña.

¿Qué pensaría la dama de esta casa de sus modales rústicos? A pesar del cuidadoso entrenamiento de Rockwell, sabía que aún se movía más como un granjero que como un vizconde. Sus manos, aunque limpias y recién arregladas, aún conservaban las callosidades del trabajo manual. ¿Se apartaría Lady Courtney de esas manos? ¿Vería más allá de la ropa fina al campesino que había debajo?

El sonido de pasos que se acercaban lo hizo ponerse rígido. Había insistido en venir solo, a pesar de las protestas de Rockwell. Esta reunión tenía que suceder sin público, sin el peso de las expectativas de todos aplastándolo. Enderezó los hombros, intentando proyectar una confianza que no sentía. Era hora de ver si su antigua prometida podía soportar al hombre rudo que había reemplazado a su refinado vizconde.

La puerta se abrió.

Una enorme mancha gris pasó disparada por las faldas de Lady Courtney antes de que pudiera atrapar el collar de cuero, y Lucien casi se vio derribado hacia atrás por una masa entusiasta de pelaje desgreñado. Un imponente lebrel irlandés, encanecido en el hocico, pero todavía lo bastante fuerte como para plantar ambas patas sobre su pecho, gimió de alegría en su cara. La cola del perro se agitaba con tanta fuerza que todo su cuerpo temblaba, e intentaba desesperadamente frotar el hocico contra su barbilla, su áspero pelaje rozándole la cara.

—¡Freya, abajo! —la voz de Lady Courtney se quebró de emoción —. Lo siento muchísimo, normalmente se porta mejor, es que… —se interrumpió, presionando unos dedos temblorosos contra sus labios —. Tú me la regalaste, el día en que nos comprometimos. Ella… ella te recuerda.

Lucien se estabilizó, bajando con suavidad las patas del perro al suelo. La criatura enseguida se pegó a sus piernas, gimiendo suavemente, con la cola aun agitándose. Sintió una extraña opresión

en el pecho al mirar los ojos marrones y esperanzados que lo contemplaban desde abajo. Otra pieza de su pasado que no podía recordar, otra relación rota por su pérdida de memoria.

Dirigió entonces su atención a la dueña del perro. Lady Courtney Montague era exactamente como se la habían descrito, y al mismo tiempo nada como la había imaginado. Alta y esbelta, parecía flotar al entrar en la habitación, con su cabello cobrizo dispuesto en elaborados rizos que atrapaban la luz de la tarde que entraba por las ventanas. Se movía con la gracia innata de la aristocracia que él aún luchaba por emular, cada paso medido y preciso, aunque notó un ligero temblor en sus dedos a los costados. Su rostro mostraba una delicada belleza que hablaba de buena cuna y de una vida apacible, tan distinta de los rasgos curtidos por el sol a los que se había acostumbrado en Irlanda.

Pero fueron sus ojos los que lo atraparon y lo sostuvieron: un ámbar intenso, como whisky a la luz de una vela, y llenos de un anhelo tan desnudo que tuvo que obligarse a no apartar la mirada. Esos ojos se abrieron de par en par al verlo, y por un instante su cuidadosa compostura se resquebrajó. Vio un destello de alegría, seguido rápidamente de incertidumbre, y debajo de todo, un dolor tan profundo que le hizo doler el pecho en respuesta.

—Lucien —susurró, y la emoción cruda en esa sola palabra le dieron ganas de huir—. Perdón, quiero decir, Lord Furoe.

En su lugar, ejecutó una reverencia perfecta, tal como Rockwell le había enseñado.

—Lady Courtney.

La formalidad pareció dolerle. Dio un paso instintivo hacia adelante, luego se contuvo, alisándose las faldas de muselina azul pálido con las manos temblorosas.

—Me dijeron que estabas vivo, pero yo… —se detuvo, estudiando su rostro con una intensidad que lo hizo querer apartar la mirada—. ¿De verdad no me recuerdas?

—No recuerdo nada antes de despertar en Irlanda.

Las palabras salieron ásperas, cargadas de culpa. Suavizó el tono.

—Lo siento.

—No es tu culpa. —Un destello de algo, dolor, quizá, o lástima, cruzó su rostro antes de dominarlo—. Por favor, siéntate. ¿Quieres té?

Freya se acurrucó en el suelo a los pies de Courtney.

Las formalidades sociales parecían irreales. Allí estaba, tomando el té con la mujer a la que, supuestamente, había amado lo suficiente como para prometerle su vida, y no sentía más que incomodidad y un persistente sentimiento de culpa.

—¿Cómo encuentras tu regreso a Londres? —preguntó Courtney con voz suave mientras servía el té con una gracia ensayada—. Debe de ser… abrumador.

Lucien aceptó la delicada taza de porcelana, agudamente consciente de sus manos callosas sobre la fina loza.

—Todo es extraño —admitió—. Como caminar por la vida de otra persona.

—Tu familia debe estar feliz de tenerte en casa. Yo también lo estoy. —Hizo una pausa y agregó con más suavidad—: Lauren habla mucho conmigo. Es muy buena amiga mía. Su apoyo después de que creyeron que habías muerto… nos consolamos mutuamente. Ella ha estado preocupada por tu padre y por las finanzas de la familia.

—La situación en casa dista de ser ideal.

La amargura en su voz se desbordó como las gotas de té por el borde de la taza. Por más que lo intentara, no podía contenerla. Bebió un sorbo para disimular su incomodidad.

—Sé que no debe ser fácil —dijo Courtney, con sus ojos ámbar estudiándolo con una comprensión inesperada—. Regresar a una vida que no recuerdas, a responsabilidades que nunca pediste. —Dejó la taza con un leve tintineo—. Si hay algo en lo que pueda ayudarte, con la sociedad, con… lo que sea, solo tienes que pedírmelo.

¿Incluyendo casarte conmigo? Quiso preguntar, pero temió su respuesta. ¿Y si decía que sí? ¿Y si decía que no?

La calidez genuina de su ofrecimiento lo tomó desprevenido. Esperaba reproche, o al menos la incómoda presión de las expectativas, no esta compasión serena.

—Eso es… muy amable.

—Éramos amigos mucho antes de ser cualquier otra cosa, Lucien. —Una sombra cruzó su rostro—. Al menos, creo que lo éramos. Espero que podamos volver a serlo.

Él asintió, sin confiar en su voz. La mujer frente a él mostraba la misma desesperada esperanza que había visto en los ojos de su hermana, y la decepción apenas disimulada en los de su padre. Pero ella le ofrecía simple aceptación de quién era ahora. No había mencionado su compromiso anterior. Tal vez ya no lo quería. Qué arrogante había sido al pensar que lo recibiría de vuelta sin más. A este extraño. A esta cáscara de su antiguo yo.

—Tu hermana me contó que tienes una hija. —Su voz se mantuvo cuidadosamente controlada, aunque él notó el rubor subirle al cuello mientras le servía más té.

—Sí. Ava-Marie.

La garganta se le apretó al pensar en su pequeña, que en ese momento exploraba su nuevo hogar con ojos asombrados.

—Tiene cuatro años.

—¿La nombraste por su madre? —La pregunta no llevaba juicio alguno, pero Lucien se tensó de todas formas.

—Sí. —Dejó a un lado el té intacto—. Lady Courtney, debo disculparme…

—¿Por enamorarte de otra mientras no tenías memoria de mí? ¿Por construir una vida sin mí? —Sacudió la cabeza, con una sonrisa triste jugando en sus labios—. Estabas muerto, Lucien. Durante cinco años te lloré. Visité tu tumba vacía. Te escribí cartas que nunca pude enviar.

La mención de las cartas hizo que él se irguiera.

—¿Cartas?

—Sí, aún conservo todas las tuyas. Quizás en algún lugar de tu estudio estén también las mías. —Se levantó y fue hacia un pequeño escritorio, de donde sacó un fajo atado con una cinta—. Tal vez… tal vez puedan ayudarte. Abarcan todo nuestro noviazgo, desde que nos conocimos en el baile de Lady Ashworth hasta… —Tragó con esfuerzo— hasta la semana en que desapareciste.

Lucien se quedó mirando el paquete que ella le tendía. Sus propias palabras, escritas con una letra que ya no reconocía,

narrando un amor que no podía recordar. La idea le hizo dar vueltas la cabeza.

—No puedo aceptar esto. —Pero incluso mientras hablaba, su mano se alargó por instinto hacia ellas.

—Son tuyas —dijo ella simplemente—. Tan parte de tu pasado como tu casa, esta vida. —Titubeó y añadió en voz baja—. Como yo lo fui.

Entonces la estudió de verdad, intentando ver qué era lo que su antiguo yo había amado de ella. Era hermosa, sin duda, en ese modo refinado de la alta sociedad. Muy distinta de la belleza salvaje de Ava, con sus rizos cobrizos indomables y sus fieros ojos verdes. Donde Ava había sido toda pasión e impulso, Lady Courtney irradiaba una fuerza tranquila y un control cuidadoso.

Ella decía que habían sido amigos primero. Quizás su yo anterior llegó a amarla, porque, aunque era una dama atractiva, incluso rozando lo bello, él no sentía chispa alguna, ningún fuego en su interior al tenerla delante. Nada parecido a lo que había sentido con Lady Farah. Cuando Lady Farah lo encontró en Irlanda y le dijo la verdad sobre quién era, había sido como un faro de seguridad llamándolo a casa. Y la culpa volvió, haciéndole apretar el estómago.

—Ya no soy él —dijo por fin—. El hombre que escribió estas cartas… murió en Irlanda.

—Lo sé. —Su voz se quebró—. Pero sigues siendo Lord Lucien Furoe. Sigues siendo el hombre que enseñó a mi hermano a pescar, que discutía filosofía con mi padre, que bailó conmigo en Almack's y me hizo reír incluso cuando yo intentaba ser correcta. Sigues siendo el hombre al que le entregué mi corazón. —Se alisó de nuevo la falda, un gesto nervioso—. No espero que me ames. Ni siquiera que me aprecies. Pero me gustaría mucho tener la oportunidad de conocer quién eres ahora.

La simple honestidad de sus palabras lo conmovió. No había exigencias, ni expectativas de recuerdos recuperados ni de un amor reavivado. Solo una oferta de… ¿amistad? ¿Comprensión? No estaba seguro.

—Debo advertirte —dijo, jugueteando con las cartas atadas con cinta—, que no soy muy buena compañía en estos días.

—Ni yo. —Otra vez esa sonrisa triste—. Cinco años de duelo embotan las habilidades sociales de cualquiera.

A pesar de sí mismo, Lucien sintió que sus labios se movían en respuesta.

—Entonces quizá podamos ser mala compañía juntos.

Los ojos de ella se iluminaron con algo que podía ser esperanza.

—Me gustaría.

—Por favor, cuéntame de Irlanda —dijo Courtney en voz suave, con las manos apretadas en su regazo—. ¿Fuiste… fuiste feliz allí?

Lucien estudió su rostro, buscando algún indicio de la conexión que supuestamente habían compartido. Era hermosa, con una gracia elegante que hablaba de su crianza aristocrática.

—Estuve contento —respondió con cuidado—. Teníamos una cabaña cerca del mar en Malahide. Trabajaba la tierra, cultivaba vegetales, criaba algunas ovejas. Era una vida sencilla, pero satisfactoria.

—¿Y tu esposa? —La palabra pareció atragantársele.

—Ava. —Desvió la mirada, los recuerdos de su engaño removiéndosele en el estómago, aunque mantuvo la voz firme—. Me cuidó cuando estaba herido. Nos casamos en la iglesia local. —La mentira salió más fácil esta vez, ensayada—. Fue amable, me hizo sentir seguro cuando no tenía nada, ni recuerdos, ni pasado, ni siquiera mi propio nombre.

—Debe haber sido muy diferente de la vida que conocías aquí —observó Courtney, sin un ápice de juicio en su voz.

—Eso dicen. No puedo recordar cómo era mi vida aquí, así que difícilmente la extrañaba —respondió con una leve sonrisa—. Aunque, al parecer, se me daba bien la granja. El comerciante de granos local decía que tenía un talento natural para ello.

—Tu madre era irlandesa —apuntó Courtney—. Solías pasar los veranos en la finca de tu abuela en el condado de Cork. Te encantaba estar allí.

La información lo golpeó como un impacto físico. Otro pedazo de sí mismo que no podía recordar.

—Eso explica por qué el idioma me salió tan natural, incluso sin recuerdos.

—¿Y tu hija? ¿Me hablarás de ella?

Su rostro se suavizó de verdad.

—Ava-Marie. Ahora tiene cuatro años, llena de vida y picardía. Tiene mi color de cabello, pero el espíritu de su madre. —Sonrió con ternura—. Le encantaba jugar a las escondidas en el cementerio del pueblo, nada menos.

—Debe haber sido difícil, perder a su madre siendo tan pequeña.

—Por suerte tenemos a Caitria, la prima de Ava. Ha sido como una segunda madre para Ava-Marie desde que Ava enfermó. —Él estudió el rostro de Courtney—. Sé que esto debe de ser… difícil de escuchar para ti.

—No más difícil que lo es para ti tener que contármelo, imagino —respondió ella con una sorprendente dulzura—. Volver a una vida que no recuerdas.

—Ya no sé quién soy —admitió él—. Lord Furoe se siente como un disfraz que llevo puesto.

—Quizás —sugirió Courtney en voz suave— no tengas que ser quien eras. Quizás puedas ser alguien nuevo. O una mezcla de lo viejo y lo nuevo. Alguien que construya un futuro en lugar de intentar recuperar el pasado.

Sus miradas se encontraron, y por un instante Lucien vislumbró lo que su yo del pasado pudo haber visto en ella. No solo su belleza, sino compasión, sabiduría y comprensión.

Courtney observaba a Lucien mientras hablaba, con el corazón doliéndole por la manera familiar pero extraña en que se movía, los fantasmas de gestos recordados persiguiendo sus nuevas maneras. Seguía pareciendo su Lucien, salvo por la cicatriz en un lado del rostro. Seguía siendo tan apuesto que le costaba respirar.

La forma en que se pasaba la mano por el cabello cuando estaba preocupado, eso era puro Lucien. Pero la manera cuidadosa en que se contenía, el leve acento irlandés que se colaba en su voz cuando hablaba de su vida en Malahide, su sonrisa cautelosa… esas cosas pertenecían a un extraño. El antiguo Lucien estaba lleno de vida y

espíritu. Este Lucien estaba golpeado y marcado. Sus ojos ya no tenían ese destello travieso.

Le bastaron apenas unos segundos, al entrar en la habitación, para darse cuenta de que el Lucien que había amado y por quien había suspirado se había ido y no volvería jamás. Este Lucien, este extraño, no era el amor de su vida.

Pero aun así su corazón se estremecía de anhelo. Un extraño de aspecto familiar que la hacía querer estrecharlo en sus brazos y besarlo hasta perder el sentido. Quería sentir que realmente era él. Pero no podía.

Porque él no la recordaba. El dolor en su pecho no cedía.

Había sido, una vez, el deseo de su corazón. No podía mantener sus manos alejadas de ella. Siempre buscaba maneras de robarle un beso y, cuando compartieron aquella noche secreta… sus dedos se alzaron para rozar sus labios, pero se contuvo al notar la ceja levantada de él.

Quería hacer tantas preguntas. ¿Seguía amando la poesía? ¿Seguía discutiendo filosofía con la misma pasión que la había cautivado aquella noche en el baile de Lady Ashworth? ¿Seguía teniendo esa risa profunda que hacía que su corazón se acelerara? Pero esas preguntas solo subrayarían lo que él había perdido, lo recordarían de un hombre que ya no podía ser.

En cambio, se encontró preguntando por su granja, por su vida en Irlanda. Observó cómo su rostro se iluminaba al hablar de su hija, y allí… allí estaba la ternura que recordaba, la capacidad de un amor profundo que la había hecho enamorarse de él tantos años atrás.

—Siempre quisiste tener hijos —se sorprendió diciéndole, y enseguida lo lamentó al ver cómo su expresión se cerraba.

—¿Ah, sí? —Él se removió incómodo—. Lo siento, yo no…

—No, lo siento yo —dijo ella rápido—. No debería hacer comparaciones. No es justo para ninguno de los dos.

Pero era difícil no hacerlo. Difícil no notar cómo sus ojos aún se arrugaban en las comisuras cuando sonreía, incluso si la sonrisa era distinta, más reservada, cargada con experiencias que ella

desconocía. Difícil no escuchar ecos de su antiguo ingenio en alguna que otra observación irónica.

Era como un cuadro familiar visto a través de un vidrio ondulado. Las formas básicas estaban allí, pero todo aparecía sutilmente distorsionado, cambiado. La educación y modales aristocráticos estaban camuflados, o quizás mezclados, con la sabiduría práctica de un granjero. El joven lord despreocupado que le había robado el corazón había sido transformado por la amnesia y el trabajo duro en alguien que era a la vez más y menos de lo que había sido.

Y, sin embargo, había algo cautivador en esta nueva versión de él. Podía entender por qué la mujer irlandesa, Ava, lo había amado. Incluso sin sus recuerdos ni su título, Lucien irradiaba una fuerza tranquila, una nobleza innata que nada tenía que ver con su cuna.

Y seguía siendo tan extraordinariamente apuesto que los demás hombres palidecían en comparación.

Por eso, tantos años atrás, ella se había sorprendido cuando él la había escogido a ella. No era una gran belleza, no como Valora o incluso Farah. Pensó que era demasiado bueno para ser cierto, pero él la cortejó, la hizo amarlo, y luego se fue a la guerra… En aquel entonces ella no había comprendido el peligro. Lucien le había dicho que iba a asegurarse de que no estallaran enfrentamientos. Creía que los luchadores irlandeses hablarían con él dado que tenía ascendencia irlandesa por parte de su abuela y podía hablar el idioma.

Cuando se enteró de que lo habían matado, estuvo tan enojada con él. Pero la rabia se disolvió y se convirtió en una pena profunda al darse cuenta de que nunca lo volvería a ver. Nunca tendría sus fuertes brazos alrededor. Nunca conocería un amor que llenara su alma.

Se quedó sola.

Ahora estaba de vuelta, sin memoria de ella, y ¿tendría la suerte de una segunda oportunidad? Ella ya no era una joven debutante. Tenía veinticuatro años.

—¿Me hablarás de nuestro compromiso? —preguntó él de repente, sacándola de sus pensamientos—. Rockwell lo mencionó, pero…

Ella dudó. ¿Cómo explicar su cortejo sin hacerlo sentir culpable por no recordar? ¿Cómo describir su amor sin que sintiera la presión de recuperar algo que podía haberse perdido para siempre?

—Primero fuimos amigos —dijo al fin—. Esa fue la base de todo. Podíamos hablar horas sobre libros, arte, música. Me hacías reír. Me retabas a pensar distinto sobre las cosas. No intentabas protegerme como si las mujeres no pudiéramos ser iguales a los hombres. —Sonrió al recordarlo—. Me cortejaste casi un año antes de pedirme matrimonio. Las cartas te contarán más. —Miró por la ventana el día soleado, aunque la habitación seguía sintiéndose gris—. Estábamos tan enamorados. —Se volvió hacia él—. No lo digo para herirte ni para crear expectativas, más bien para explicar por qué esto me resulta tan difícil. Nunca logré superarte del todo y ahora estás aquí, vivo. Pero no eres el hombre del que me enamoré. Y sé lo que Lauren y Rockwell esperan. Que yo sea tu salvación.

—Yo siento lo mismo. Eso tenemos en común —su voz fue suave —. ¿Qué quieres de mí ahora?

La pregunta quedó suspendida entre ellos, cargada de implicaciones. Courtney sostuvo su mirada con firmeza, viendo al hombre que había perdido y al extraño en que se había convertido.

—Quiero conocerte —dijo con honestidad—. No al hombre que fuiste, sino al que eres. Si me lo permites.

Algo brilló en los ojos de él, ¿alivio tal vez?, ¿gratitud?

—Creo que me gustaría —dijo suavemente—. Ser amigos otra vez. Ver si…

No terminó la frase, pero no hacía falta. Ambos sabían que no podían prometerse nada, que no había garantías. Solo la posibilidad de que algo nuevo creciera de las cenizas de lo perdido. Ella tuvo que recordarse que quizá él la necesitaba más de lo que ella a él.

Empezar desde el principio tendría que bastar.

Pero también era consciente de que Lucien no tenía mucho tiempo. El grupo de inversión de la hermandad sabía muy bien lo precarias que eran las finanzas en Denver. El dinero que Tiffany ganaba con sus inversiones ayudaba a Lauren a mantener a los acreedores a raya. Lucien necesitaba casarse y casarse bien.

La tarde terminó demasiado pronto. Freya siguió a Lucien mientras se despedía, y tuvo que llamarla de vuelta.

—Lo veremos de nuevo pronto, niña mía —dijo mientras acariciaba la cabeza de su sabueso. Tal vez debería ser como Freya y simplemente aceptarlo tal como es ahora, sin preocuparse por lo que había pasado o por el tiempo que había estado ausente.

Pero las personas no eran perros. Sin embargo, su primer encuentro le dio esperanza.

Capitulo Tres

Más tarde ese día, Lucien se encontraba junto a la ventana del salón de Danvers House, observando cómo la noche caía sobre Londres. La habitación le resultaba extraña a pesar de las constantes aseguraciones de todos de que había pasado su juventud allí. Como todo desde su regreso de Irlanda, era un recordatorio constante de lo que le había costado el engaño de Ava.

Ava trabajaba como prostituta en un burdel de alta categoría y lo había encontrado herido en las calles de Dublín. Lo había acogido y, al enterarse de que él sufría amnesia, le dijo que era su esposo, y él le creyó. No tenía razón para no hacerlo. Hablaba gaélico y estaba en Irlanda. Ella había visto una salida de una vida que odiaba y la tomó. Le resultaba difícil culparla.

Era de una gran belleza, y no era difícil enamorarse del espíritu libre irlandés. Pero le había impedido estar con su verdadera familia y asumir sus responsabilidades. Pero entonces estaba Ava-Marie… ¿Qué hubiera pasado si hubiera regresado a casa cinco años antes?

Sostenía en su mano una de sus cartas de amor para Courtney.

Mi querida Courtney,

Me encuentro una vez más en mi escritorio en las horas de la medianoche, incapaz de dormir por pensar en ti. La luna llena cuelga fuera de mi ventana, y me recuerda aquella noche en el baile de Lady Ashworth cuando discutimos "Bright Star" de Keats. Tú argumentabas que el narrador no deseaba la inmortalidad, sino la constancia para permanecer para siempre en un momento de amor

perfecto. Ahora me pregunto si tú sabías incluso entonces lo que estaba creciendo entre nosotros.

¿Recuerdas cómo debatimos durante horas en la biblioteca de tu padre sobre si la pura razón podía existir sin emoción? Eras tan apasionada en la defensa del sentimiento, con los ojos brillando de convicción, mientras yo me aferraba obstinadamente a la lógica. Qué apropiado que hayas probado tu punto tan a fondo haciéndome enamorarme de ti, destruyendo todos mis argumentos racionales cuidadosamente construidos sobre el matrimonio y el deber.

Hoy salí a montar a caballo por los campos del norte de nuestra propiedad, donde las flores silvestres florecen en abundancia. Me encontré recogiendo algunas, como te vi hacer alguna vez, eligiendo cada flor con cuidado. Acianos brillantes, azules como tus cintas favoritas, delicadas flores de encaje de reina Ana como el encaje en tus muñecas, amapolas rojas como tus labios al sonreír. He colocado una de cada una entre las páginas de esta carta, aunque temo que son pobres sustitutos de tu belleza.

Mi padre sigue presionándome para que tome más control de la propiedad, pero todo en lo que puedo pensar es en lo vacíos que serían mis días sin poder discutir los asuntos contigo después. Tu mente me desafía, tu ingenio me deleita, y tu corazón… oh, tu corazón me humilla con su capacidad tanto para la inteligencia feroz como para la ternura.

Me encuentro contando los días hasta verte de nuevo en el baile de San Miguel. ¿Me guardarás el primer vals? Y tal vez podríamos escaparnos a la biblioteca después para continuar nuestra discusión sobre Voltaire. Aunque confieso, estos días me interesa mucho más robar besos que ganar debates.

Dime, mi amor, ¿sigues leyendo poesía en el jardín al atardecer? ¿Sigues defendiendo las comedias de Shakespeare con tan encantadora vehemencia? ¿Sigues creyendo, como me dijiste una vez, que el verdadero amor debe construirse primero sobre la amistad? Porque si es así, entonces seguramente lo que tenemos debe ser el amor más verdadero de todos.

Te envío esta carta con mil deseos: que te encuentre bien, que lleve una sonrisa a tu hermoso rostro, que te transmita aunque sea

una fracción del amor que llena mi corazón. Hasta que nos volvamos a encontrar, sigo siendo

Por siempre tuyo,

Lucien

P.D. – Me doy cuenta de que he llenado toda esta carta de preguntas y no te he dejado espacio para responder. ¡Qué típico de mí, dirías, monopolizando la conversación! ¡Escríbeme y cuéntame todo! Tus pensamientos, tus días, tus sueños. Cada palabra tuya es preciosa para mí.

Sus manos se cerraron en puños a los costados, arrugando la nota. Cinco años. Ava le había robado cinco años de su vida con sus mentiras. Cinco años que podrían haberlo cambiado todo. Pero entonces había experimentado el amor. Había amado a Ava con todo su corazón solo para descubrir que ella le había robado otro amor.

Y ahora no podía recordarla.

La puerta se abrió con un chirrido y Caitria se deslizó dentro.

—Ava-Marie finalmente está dormida. Sigue preguntando cuándo podremos ir a casa.

Casa. Esa humilde cabaña en Malahide que nunca fue realmente suya. Otra de las mentiras cuidadosamente construidas por Ava.

—Ha tenido muchos cambios. ¿Está pensando que Lord Wolfarth House es su hogar o Irlanda? Me pregunto si lo sabe. Gracias, Caitria. —Se giró para mirarla, notando las sombras bajo sus ojos—. Tú también deberías descansar. Ha sido un largo viaje.

Ella dudó.

—¿Está bien? Parece… preocupado.

Una risa áspera se escapó de él.

—¿Preocupado? Supongo que es una forma de decirlo. —Se pasó una mano por el cabello, caminando de un lado a otro de la habitación—. ¿Sabes lo que aprendí hoy? Hace cinco años, cuando Ava me encontró, mi padre aún tenía gran parte de la fortuna familiar intacta. La propiedad era próspera. Mis hermanas tenían sus temporadas por delante. Y yo estaba comprometido para casarme con una mujer que aparentemente me amaba lo suficiente como para permanecer fiel a mi recuerdo todos estos años.

—Mi señor… —comenzó Caitria, pero él la interrumpió con un gesto brusco.

—Si Ava me hubiera dicho la verdad. Si me hubiera ayudado a encontrar el camino a casa en lugar de tejer su red de mentiras, todo sería diferente. Todavía la habría ayudado a escapar de esa vida que odiaba y que nunca quiso. Mi padre quizá no se habría perdido en el duelo y el juego. Mis hermanas no estarían usando vestidos remendados y viviendo en una casa en ruinas. Y aunque todavía no recordaría a Lady Courtney… quizá ella podría haber seguido adelante, o podríamos haber tenido tiempo para aprender si…

Se detuvo, el peso de la posibilidad le aplastó el pecho. Hoy había visto a Courtney, hermosa y elegante, con los ojos llenos de un amor que él no podía recordar haber merecido. ¿Qué podría haber crecido entre ellos si hubiera regresado cinco años atrás? Incluso sin sus recuerdos, podrían haber construido algo nuevo. En cambio, ella había pasado esos años de luto mientras él jugaba a ser granjero, creyéndose casado con una mujer que lo había robado como una urraca roba algo brillante.

—Courtney me amaba —dijo en voz baja—. En todas esas cartas que compartió conmigo, preservadas con tanto cuidado, puedo ver cuánto nos amábamos. Podríamos haber tenido una vida juntos, hijos propios. En cambio…

—En cambio, tiene a Ava-Marie —dijo Caitria suavemente—. ¿La cambiaría? ¿Incluso ahora?

La pregunta lo golpeó como un impacto físico.

—No —admitió—. Nunca. Ella es lo único puro que ha surgido de todas las mentiras de Ava. —Apoyó la frente contra el vidrio frío de la ventana—. Pero estoy tan enfadado, Caitria. Cada día descubro nuevas consecuencias de las decisiones de Ava. Nuevas formas en que su engaño destruyó vidas.

—Ella lo amaba —ofreció Caitria con vacilación—. A su manera.

—¿Lo hacía? —Se giró, con la voz amarga—. ¿O simplemente vio una oportunidad? ¿Un caballero sin memoria, listo para ser moldeado en el esposo que ella quería? Incluso en su lecho de muerte, no me dijo la verdad. Me dejó creer…

Un golpe fuerte interrumpió sus oscuros pensamientos. Ambos se volvieron para ver a Phillips.

—Vizconde Milburn, mi señor —anunció. El hermano de Courtney, Tarquin, estaba en la puerta, con expresión grave.

—Perdonen la intrusión tardía —dijo Tarquin, entrando en la habitación—. Pero pensé que debían saberlo. Hace una hora se vio a su padre entrando en el infierno de juegos de Crockford.

El pecho de Lucien se tensó. Después de todas sus discusiones de hoy sobre las precarias finanzas de la familia, después de todas las promesas llorosas de su padre de cambiar…

—Disculpa, Caitria —dijo con voz tensa—. Parece que tengo un asunto urgente que atender.

—Tenga cuidado —advirtió ella—. Ya no conoce Londres.

Pero él ya estaba saliendo de la habitación, con el vizconde siguiéndolo al paso.

—Estaré con él —dijo Tarquin por encima del hombro.

El peso desconocido de sus nuevas responsabilidades se posó sobre sus hombros como un manto empapado. Esta era ahora su vida: intentar salvar lo que quedaba de la fortuna familiar mientras una vocecita le susurraba que nada de esto sería necesario si Ava simplemente le hubiera dicho la verdad.

—Tu padre ha estado así desde tu "muerte" —explicó Tarquin mientras bajaban las escaleras—. El duelo rompió algo en él. Juega para olvidar, bebe para adormecer el dolor. Ha empeorado desde que tu madre falleció.

—¿Y nadie pensó en detenerlo? —exigió Lucien.

La expresión de Tarquin se endureció.

—Muchos lo intentaron. Tus hermanas. Tus amigos. Los amigos de tu padre… pero un hombre decidido a destruirse a sí mismo generalmente encuentra la manera.

—Pero ahora estoy en casa. No tiene excusa, y no toleraré este comportamiento. Lo encerraré si es necesario.

Salieron al fresco aire de la noche, y Lucien trató de controlar sus emociones estranguladas.

—Si tan solo hubieras regresado antes. Gracias a Dios Rockwell te encontró cuando lo hizo —dijo Tarquin mientras entraban en su

carruaje esperando afuera—. Esa maldita mujer… Courtney me contó lo que pasó —se refería a Ava y sus mentiras, y aunque su corazón la había amado, no podía defender sus acciones ante Tarquin.

—La amé —dijo de repente, sorprendiéndose a sí mismo—. Incluso sabiendo lo que hizo, todavía la amo. Construimos una vida juntos, criamos a nuestra hija… —Se detuvo, la culpa familiar retorciéndole el estómago por perpetuar la mentira de Ava sobre la legitimidad de Ava-Marie. No pudieron encontrar registro de su matrimonio con Ava. Ella le había dicho que estaban casados cuando en realidad nunca lo estuvieron.

—Te ayudó cuando estabas solo. No me sorprende que la amaras. Era todo lo que tenías. Pero ahora —preguntó Tarquin en voz baja.

—Ahora no sé si algo de eso fue real. ¿Realmente me amó, o fue solo otra manipulación? ¿Murió sabiendo que había logrado mantenerme alejado de mi verdadera vida? ¿O se arrepintió al final?

Lucien vio su reflejo en la ventana del carruaje. Un extraño lo devolvía la mirada, atrapado entre dos vidas. El simple granjero que había sido y el lord que se suponía que debía ser.

—Debería haber estado aquí —dijo mientras el carruaje arrancaba—. Hace cinco años, debería haber estado aquí para detener todo esto.

—No puedes cambiar el pasado —respondió Tarquin—. Solo puedes decidir qué hacer con el presente.

Lucien asintió con severidad. Primero, arrastraría a su padre del infierno de los juegos antes de que pudiera perder lo poco que quedaba de su fortuna. Luego… luego tendría que descubrir cómo ser Lord Furoe, cómo salvar a su familia de la ruina, cómo construir un futuro a partir de los escombros de su pasado.

Un futuro que pudiera soportar. Un futuro que quisiera. Merecía ser feliz. Solo que no sabía cómo lograrlo.

Y en medio de todo eso, tendría que decidir qué hacer con Lady Courtney. La mujer que lo había amado lo suficiente como para esperar cinco años, solo para ver regresar a un extraño con el rostro de su prometido. La mujer que podría haber sido su esposa, que podría haber tenido sus hijos, que podría haber compartido su vida

si no fuera por la elección egoísta de Ava. No podía pedirle que honrara su compromiso, porque su matrimonio con Ava lo habría anulado. Y ciertamente no quería que nadie supiera que nunca estuvo casado. Solo Rockwell y Farah conocían ese secreto. Eso haría que Ava-Marie fuera ilegítima y podría destruir cualquier posibilidad de un buen matrimonio para él y, en el futuro, para ella.

Echó un vistazo al hermano de ella. ¿Qué pensaría sobre que su hermana se casara con un hombre que regresaba de entre los muertos? Un hombre que necesitaba su dinero más que a ella.

Ahora era obvio que a Lucien se le había acabado el tiempo para encontrar una esposa adinerada. ¿Podría casarse con Courtney? La había amado una vez. Y al parecer ella había rechazado ofertas de matrimonio, aún enamorada de él.

El carruaje retumbaba por las calles oscuras de Londres, llevándolo hacia la primera de muchas batallas por venir. Pero mientras la ciudad pasaba borrosa por la ventana, Lucien no podía evitar preguntarse cómo habría sido su vida si Rockwell nunca lo hubiera encontrado. ¿Habría sido un hombre feliz? ¿Se habría conformado con una vida sencilla de campesino irlandés?

Las preguntas lo acosaban, aunque sabía que eran inútiles. No podía cambiar el pasado. Solo podía intentar salvar lo que quedaba, construir algo nuevo a partir de las cenizas de lo perdido.

Pero oh, cómo el peso de esos años perdidos lo aplastaba. Y oh, cómo ardía la ira: contra Ava, contra sí mismo, contra el cruel giro del destino que le había robado sus recuerdos y permitido que su engaño tuviera éxito.

El carruaje se detuvo frente a Crockford's, y Lucien enderezó los hombros. Era hora de ser el hijo y heredero que su padre necesitaba, aunque no pudiera recordar haber sido ninguno de los dos.

Algunas mentiras, estaba aprendiendo, tenían consecuencias que resonaban más allá de la tumba.

Era consciente de Tarquin a su lado mientras se dirigían al club decadente. Confiaba en un hombre que no podía recordar, pero sabía que ese hombre tenía sus mejores intereses en mente. Cómo

un hombre como Tarquin conocía este tipo de clubes sería una historia para otro día.

El hedor a licores rancio, sudor y desesperación golpeó a Lucien al entrar en Crockford's. La presencia constante de Tarquin a su lado lo mantenía firme mientras navegaban por el infame club de apuestas tenuemente iluminado. A pesar de su pérdida de memoria, algo en la atmósfera le resultaba inquietantemente familiar; quizás su cuerpo recordaba lo que su mente no podía.

Risas estruendosas y el tintinear de vasos se mezclaban con el roce de cartas y el rodar de los dados. Hombres bien vestidos encorvados sobre mesas de juego, sus rostros transformados por la codicia o la desesperación. Mujeres con poca ropa se movían entre las mesas, ofreciendo bebidas y a sí mismas, y los hombres perdedores forzaban sonrisas mientras habían perdido más de lo que podían permitirse.

—Ahí —murmuró Tarquin, señalando una mesa en la esquina—. Tu padre está jugando con el barón Lockwood.

La mandíbula de Lucien se tensó al ver la escena. El conde de Danvers estaba encorvado en su silla, con la corbata torcida y los ojos vidriosos. Frente a él, un hombre llamado por Tarquin como barón Lockwood sonreía con una expresión de tiburón que lo decía todo.

—El barón es conocido por buscar presas vulnerables: hombres con más títulos que sentido, hombres borrachos, lo suficientemente desesperados para apostar lo que no pueden permitirse perder —susurró Tarquin—. Parece que tiene a tu padre en la mira.

—¿Cuánto ha perdido? —preguntó Lucien en voz baja.

La expresión de Tarquin se ensombreció.

—Es difícil de decir, pero viendo la pila de fichas junto a Lockwood, apostaría a que es significativa.

Lucien comenzó a avanzar, pero Tarquin lo sujetó del brazo.

—Cuidado. Lockwood es peligroso cuando se le cruza. Tiene la costumbre de desafiar a quienes interfieren con su… entretenimiento.

—No me importa si me desafía —gruñó Lucien—. No dejaré que desangre a mi familia.

Se acercó a la mesa, notando cómo las manos de su padre temblaban al alcanzar sus cartas. El barón Lockwood levantó la vista, con sus ojos pálidos evaluando a Lucien con interés depredador.

—Bueno, bueno. Si no es el hijo pródigo, resucitado de entre los muertos —dijo Lockwood, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos —. ¿Vas a unirte a nuestro jueguito?

—He venido a recoger a mi padre —Lucien mantuvo la voz serena, aunque la rabia ardía en su pecho—. El entretenimiento de esta noche ha terminado.

El conde levantó la vista, sus ojos inyectados en sangre se abrieron de par en par.

—¿Lucien? Pero… estás en Irlanda… ¿no estás en Irlanda?

—No, padre. Ahora estoy aquí —Lucien puso una mano sobre el hombro de su padre, sintiendo el ligero temblor bajo el fino abrigo de lana—. Es hora de ir a casa.

—No puedo irme todavía —balbuceó el conde—. Tengo que recuperarlo… tengo que arreglar lo que he hecho…

La sonrisa del barón Lockwood se amplió.

—Tu padre ya me debe quinientas libras esta noche. Pero me siento generoso. Una mano más, doble o nada. ¿Qué dices, Danvers?

Quinientas libras. La suma golpeó a Lucien como un impacto físico. Incluso si vendieran todas las pinturas restantes, no podrían cubrir tal pérdida.

—El juego ha terminado —dijo Lucien con firmeza—. Mi padre no está en condiciones de continuar.

—El juego termina cuando yo digo que termina —la voz de Lockwood tenía un filo peligroso—. A menos que quieras ocupar su lugar. Me han dicho que eras todo un jugador de cartas antes de tu… desafortunada desaparición.

No recordaba si había sido bueno en su pasado, pero sí sabía que había sido un excelente jugador de cartas en Dublín. Lucien sintió a Tarquin tensarse a su lado, listo para intervenir si era necesario. Pero algo en la expresión arrogante de Lockwood le hizo hervir la sangre. Ese hombre había estado destruyendo sistemáticamente a su familia

mientras Lucien trabajaba su pequeña granja en Irlanda, creyendo ser un simple viudo.

—Muy bien —dijo Lucien, desestimando la protesta de Tarquin y tomando el asiento de su padre—. Pero jugamos según mis reglas.

—¿Y cuáles serían?

—Si gano, destruyes todas las letras que mi padre firmó esta noche. Si ganas tú, honraré su deuda… y añadiré quinientas libras más de mi propio bolsillo.

Tarquin se inclinó y le susurró al oído:

—Es conocido por hacer trampas. Te aconsejo precaución.

Los ojos de Lockwood brillaron.

—Valiente de tu parte, considerando que pasaste los últimos cinco años limpiando establos o haciendo lo que sea que hayas hecho en Irlanda.

—¿Tenemos un trato? —Lucien mantuvo la voz helada.

—Oh, definitivamente —Lockwood reunió las cartas, con movimientos deliberados—. La mesa juega al Faro. ¿Es de tu agrado?

Cuando Lucien asintió, Lockwood añadió:

—Faro, entonces. A tu padre siempre le ha gustado. No entiendo por qué. No tiene suerte en él.

—La mía será mejor —dijo Lucien, aceptando las cartas que Lockwood repartió, consciente de la multitud que se reunía para observar. Su padre había sido llevado a una silla cercana, donde Tarquin mantenía una mano firme sobre su hombro.

Mientras Lucien estudiaba sus cartas, el instinto se apoderó de él. Había jugado mucho en Irlanda, contra hombres que hacían más trampas que este hombre. Sus manos sabían cómo manejar las cartas, cómo organizar los palos, cómo seguir lo que se había jugado. Era como hablar un idioma que había olvidado que conocía.

Los primeros trucos fueron para Lockwood, quien se volvió más confiado con cada carta ganadora. Pero Lucien observaba, esperaba, contando las cartas con una precisión que incluso a él le sorprendía. Cuando finalmente jugó su cuidadosamente preservado as de corazones, la sonrisa de Lockwood vaciló.

—Quizá tu tiempo en Irlanda no ha entorpecido por completo tus habilidades —dijo el barón, con un tono menos seguro.

—Quizá no —Lucien ganó el siguiente truco, y luego el siguiente —. Aunque aprendí algo valioso allí: cómo reconocer cuando alguien se aprovecha de la debilidad de otro.

El rostro de Lockwood se ensombreció.

—Cuidado, Furoe. Estás rozando el insulto.

—No es un insulto —Lucien colocó otra carta ganadora—. Estoy diciendo claramente que hombres como tú, que se aprovechan de la desesperación ajena, me repugnan. No eres mejor que un ladrón común.

—¿¡Cómo te atreves…!?

—No, ¿cómo te atreves tú? —la voz de Lucien resonó en la sala ahora silenciosa—. Sabías que mi padre había bebido, que no podía pensar con claridad, y aun así lo alentaste a seguir jugando. ¿A cuántos otros hombres has arruinado de esta manera? ¿Cuántas familias han sufrido porque explotas las debilidades de sus seres queridos?

—Si intentas provocarme para que te desafíe…

—Intento provocarte para que muestres un mínimo de decencia humana —Lucien ganó otro truco—. Aunque sospecho que eso está más allá de tus capacidades.

La última mano se redujo a una sola carta. Lucien jugó su última carta maestra y el rostro de Lockwood palideció.

—Imposible —susurró el barón—. No podrías…

—Creo que esas letras son mías —Lucien extendió la mano, con una expresión inflexible.

Por un momento, pensó que Lockwood podría negarse. Pero la reputación del barón sufriría más daño al negar una deuda de juego que al perder contra un par recién regresado. Con dedos temblorosos, Lockwood entregó el montón de papeles.

Lucien se levantó, guardando las letras en el bolsillo de su abrigo.

—Créeme, no verás a mi padre en estas mesas nuevamente —dijo, colocando sus manos sobre la mesa frente a Lockwood—. Pero

si lo hace, le aconsejo que se niegue a jugar contra él o habrá consecuencias.

—¿Me estás prohibiendo jugar con tu padre? —la voz de Lockwood rezumaba veneno.

—No. Te estoy informando que si alguna vez te acercas a él de nuevo, aquí o en cualquier otro lugar, me aseguraré de que la sociedad sepa exactamente qué clase de hombre eres. Intenta encontrar esposa o puertas abiertas en la sociedad con esa reputación sobre tu cabeza —la sonrisa de Lucien era fría—. Puede que haya perdido mis recuerdos, pero he ganado otra cosa: la capacidad de reconocer depredadores con ropa de caballeros.

Se volvió hacia su padre, que lo miraba con una mezcla de vergüenza y asombro.

—Vamos, padre. Regresemos a casa.

El conde se levantó tambaleándose, apoyándose fuertemente en el brazo de Tarquin. Mientras se dirigían a la salida, Lockwood gritó:

—Esto no ha terminado, Furoe.

Lucien no se molestó en mirar atrás.

—Sí, lo ha hecho. Porque la próxima vez, no seré tan caballeroso al expresar mi desagrado.

Afuera, el fresco aire nocturno ayudó a despejar un poco la mente de su padre. El conde se apoyó pesadamente contra la puerta del carruaje, con el rostro surcado de miseria.

—Lo siento —susurró—. Lo siento mucho. Pensé… que si podía ganar lo suficiente… arreglar lo que he hecho a nuestra familia…

—Jugar más no arreglará nada —la voz de Lucien se suavizó ligeramente—. El daño ya está hecho, padre. Ahora debemos centrarnos en reconstruir.

—¿Cómo puedes siquiera mirarme? —la voz del conde se quebró —. He arruinado todo. El futuro de tus hermanas, la propiedad, el legado de tu madre…

—Sí, lo has hecho —Lucien ayudó a su padre a subir al carruaje y luego subió tras él—. Pero estoy aquí ahora. Y no permitiré que destruyas lo poco que nos queda.

Tarquin se unió a ellos, haciendo señas al conductor para que avanzara. Mientras el carruaje rodaba por las oscuras calles de

Londres, Lucien observaba la figura quebrada de su padre. La ira que lo había sostenido dentro de Crockford's se desvaneció, dejando solo un cansancio profundo, hasta los huesos.

—Mañana —dijo en voz baja—, discutiremos los términos. Cederás el control de todas las cuentas a mí. Nada más de juegos de azar, nada más de beber hasta el olvido. Si realmente quieres honrar la memoria de mamá, me ayudarás a rescatar lo que queda del legado de nuestra familia. Y quizá un viaje a nuestra propiedad campestre ayude.

El conde asintió miserablemente.

—Lo que digas, hijo mío. Lo que digas.

Lucien se recostó, con las letras pesando en su bolsillo. Una crisis evitada, pero ¿cuántas más lo esperaban? ¿Cuánto daño se había hecho en esos cinco años mientras él vivía su vida simple en Irlanda? ¿Y cuánto podría reparar realmente?

Tarquin lo miró y asintió levemente en señal de aprobación. Al menos tenía aliados en este extraño mundo al que había sido arrojado. Se sentía extraño tener que depender del hermano de Courtney. Necesitaría a estos desconocidos en las batallas que estaban por venir.

—Ten cuidado. Te has hecho un enemigo esta noche. Lockwood es un hombre desagradable.

—No tuve otra opción —respondió él—. Como con la mayoría de las cosas en mi vida, no hubo elección.

A medida que las grandes casas de Londres dieron paso al tramo familiar que conducía a Danvers House, Lucien se encontró pensando en Courtney. Si se casaba con ella de inmediato, todo esto podría desaparecer.

¿Qué pensaría ella de la escena de esta noche? ¿Reconocería algo del hombre que amaba en su fría confrontación con Lockwood? ¿Aprobaría Tarquin el matrimonio? Él no tenía nada que ofrecerle.

Lucien no lo sabía. Pero comenzaba a entender que no podía simplemente volver a su antigua vida. Tendría que forjar un nuevo camino, combinando la fortaleza que había encontrado en Irlanda con las responsabilidades que había heredado aquí.

Y quizá ese era el verdadero legado del engaño de Ava: no solo lo que se había perdido, sino lo que había ganado. La capacidad de tener experiencia en dos mundos.

Courtney tenía razón. Podía construir una nueva vida, no como la que tenía antes de perder la memoria, ni como la de su vida en Irlanda. Alguna combinación de ambas.

Esta vez construiría un mundo que él quisiera. No más mentiras. No más compromisos. Esto sería bajo sus propios términos.

Se pasó una mano cansada por el rostro.

Maldita sea. Simplemente no sabía cuáles eran esos términos.

Lucien ignoró los fuertes ronquidos de su padre.

—Podrías casarte. Estoy seguro de que Courtney vería con buenos ojos un matrimonio contigo. Todavía te ama.

—¿Y tu familia lo aceptaría?

Tarquin se encogió de hombros.

—Anoche vi a un hombre honorable que reconocí. Courtney podría terminar con alguien mucho peor.

Cerró los ojos, avergonzado de lo que se había convertido su familia.

—Sé que tus intenciones son buenas, Tarquin. Sin embargo, prefiero manejar mis asuntos a mi manera.

El carruaje llegó frente a su casa.

—Gracias por venir esta noche. Estoy en deuda contigo —dijo, como si estuviera en deuda con todos.

Mientras ayudaba a su padre a entrar, surgió en su mente la idea de que Courtney podría conseguir a alguien mucho mejor que él.

Y probablemente lo sabía.

Capítulo Cuatro

Courtney apenas había terminado de desayunar cuando llegó una nota de Farah. La invitaba a pasear por el parque con ella, Caitria y Ava-Marie. Pasarían a buscarla al mediodía. Qué amable de su parte. Farah había viajado de regreso desde Irlanda con Ava-Marie, y la niña la conocía más que a nadie salvo a Caitria. La presencia de Farah ayudaría a que la pequeña se adaptara más fácilmente a su nueva vida. Salir y moverse en sociedad podía ser abrumador para una niña tan joven.

—Buenos días, querida —dijo Tarquin, entrando a grandes pasos en la sala de desayuno justo cuando Courtney terminaba su té. Su corbata estaba ligeramente torcida y unas ojeras oscuras ensombrecían sus ojos, lo que sugería que había tenido una noche larga.

—Pareces agotado —observó ella, haciéndole un gesto para que se sentara con ella—. No te oí entrar anoche.

—Estaba con Lucien —se sirvió café, observando con atención el rostro de su hermana—. En Crockford's.

La mano de Courtney se detuvo en su taza de té.

—¿Qué pasó?

—Su padre estaba jugando otra vez. Con Lockwood —el labio de Tarquin se torció con disgusto—. Ese buitre ya le había sacado quinientas libras al conde para cuando llegamos.

—Dios mío —Courtney dejó la taza, se le había ido el apetito—. ¿Lucien pudo…?

—Lo ganó todo de vuelta —un matiz de admiración se coló en la voz de Tarquin—. Tenías que haberlo visto, Court. Es… diferente a como era antes. Más duro, de algún modo. La manera en que enfrentó a Lockwood… —sacudió la cabeza—. El antiguo Lucien era todo encanto e ingenio. Este tiene acero en la espalda.

—Irlanda lo cambió —dijo Courtney en voz baja.

—Cinco años trabajando la tierra con sus propias manos cambiarían a cualquier hombre —Tarquin estudió el rostro de su hermana—. Pero hay algo cautivador en él ahora. Ha perdido ese barniz aristocrático, pero ha ganado otra cosa. Una especie de… autenticidad cruda. Ve a través de las máscaras de la sociedad con más claridad que antes.

El corazón de Courtney se encogió.

—¿Parecía… feliz? Cuando lo conocías antes, ¿era realmente feliz en nuestro mundo?

Tarquin lo pensó.

—Cumplía bien su papel: el heredero encantador, el hijo devoto. Pero mirándolo en retrospectiva, me pregunto si alguna vez se sintió realmente en casa en todo eso. Quizá por eso se ofreció para ir a Irlanda, para luchar. Tú tampoco soportabas los juegos superficiales de la sociedad.

Courtney sabía por qué se había ofrecido. Lucien se sentía atrapado entre su herencia irlandesa e inglesa y quería intentar poner fin al conflicto.

—¿Y ahora?

—Ahora se mueve por nuestro mundo como un lobo entre perros falderos: conoce las reglas pero no está atado a ellas. Cuando se enfrentó a Lockwood… —Tarquin sonrió con seriedad—. No lo amenazó con violencia ni lo retó públicamente. Simplemente prometió contarle a la sociedad exactamente qué clase de hombre es Lockwood. La practicidad del agricultor combinada con la comprensión del prestigio de un noble. Bastante efectivo.

Courtney asimiló todo aquello, intentando reconciliar sus recuerdos del pulido vizconde con esa nueva versión que su hermano describía.

—¿Crees que puede salvar a su familia?

—Si alguien puede, es él —la expresión de Tarquin se volvió grave—. Court, sé que todavía lo amas…

—Tarquin…

—Déjame terminar. Sé que amas a quien fue. Pero este hombre… quizá sea más adecuado para ti ahora que antes. El viejo Lucien nunca se habría enfrentado a Lockwood más directamente. Habría maniobrado dentro de las reglas de la sociedad. Este… —sonrió levemente.

—Este simplemente corta con las tonterías y llama al mal por su nombre. Siempre sabrás dónde estás parada con él.

—Eso es lo que me da miedo —murmuró Courtney—. Podría venir a pedirme mi mano y decirme que no está enamorado de mí. Y Dios me ayude, podría decir que sí, porque todavía lo amo.

—Exacto —Tarquin se inclinó sobre la mesa para apretarle la mano—. No digo que debas precipitarte en nada. Pero no descartes la posibilidad de que esta versión de él, la moldeada por el trabajo duro y la vida sencilla, sea una mejor pareja para tu corazón honesto que el noble pulido que fue alguna vez.

Courtney sintió que las lágrimas le escocían los ojos.

—Ya casi no lo conozco.

—Entonces conócelo. Tal como es ahora, no como era antes —la voz de Tarquin se suavizó—. Ambos han cambiado en estos cinco años. Quizá esos cambios los hayan acercado más a quienes son en verdad, y entre sí, en lugar de separarlos.

—Está tan perdido, Tarquin. Luchando por encontrar su lugar entre dos mundos.

—Entonces sé su brújula, no su ancla al pasado —Tarquin se levantó y le dio un beso en la frente—. Solo… mantén tu corazón abierto a la posibilidad de que lo que perdiste pueda ser reemplazado por algo aún más verdadero.

Se enderezó la corbata.

—Y ahora debo dormir un poco. Ser un buen hermano y vigilar a tu ex prometido es un trabajo agotador.

Courtney logró reír entre lágrimas.

—Gracias, Tarquin. Por todo.

—¿Para qué son los hermanos? —se detuvo en la puerta—. Ah, y Court… su hija se parece a él. Al verdadero él: directa, honesta, sin ataduras a las pretensiones de la sociedad. Lo verás cuando la conozcas.

—¿Y si no le caigo bien?

Su hermano sonrió.

—¿Quién podría no quererte?

Con eso la dejó sola con sus pensamientos, y con la nota recién llegada de Farah que la llevaría cara a cara con la niña que, en otra vida, podría haber sido suya.

Mientras subía a su habitación a buscar su capa, sus guantes y su sombrero, sus nervios saltaban como un saltamontes. Iba a conocer a la hija de Lucien. La hija que había creído que tendría con él.

Casi se tropezó con un escalón; el dolor de la pérdida era tan grande.

Mientras esperaba que llegara el carruaje, reflexionó sobre el consejo de su hermano. Sería tan fácil salvar a Lucien y a su familia. También le encantaría ayudar a Lauren y Madeline, pero los últimos cinco años habían sido solitarios. No quería seguir estando sola, ni dentro, ni fuera de un matrimonio.

Había intentado llenar su vida vacía con ocupaciones significativas. Era mecenas de algunos artistas, trabajaba recaudando fondos para varias obras de caridad, pero había dejado muy claro a la sociedad que no buscaba casarse. Y el mes pasado, antes de enterarse de que Lucien estaba vivo, ya había tomado la decisión de que pasar el resto de su vida sola, como solterona, no era realmente lo que quería. Al ver lo felices que eran Tiffany y Wolf, ella también deseaba tener a alguien especial.

Debía ser alguien especial, porque tendría que confesar que no era virgen.

Se había entregado a Lucien sin que ninguno de los dos lo esperara… solo agradecía que no hubiese resultado un hijo. Aunque no siempre lo sintió así. Después de que él muriera, deseaba estar esperando un hijo suyo para tener algo de él.

Aunque Lucien no fuera el hombre que recordaba, a su corazón no le importaba. Lo veía y lo deseaba.

Escuchó que se acercaba el carruaje y salió a recibirlo. Podía sentir cómo le empezaba a doler la cabeza, los hombros tensos como un arco tensado. Esta reunión con Ava-Marie le diría si debía considerar dejar que Lucien volviera a su vida. Si Ava-Marie la odiaba, no tendría otra opción que alejarse.

El carruaje se detuvo frente a la casa adosada de Courtney, y apenas podía escuchar los cascos de los caballos por encima de los latidos de su corazón. A través de la ventana, pudo distinguir tres figuras: los característicos rizos rubios de Farah, una mujer de cabello oscuro que debía ser Caitria, y entre ellas, una figura más pequeña de cabello oscuro. Ava-Marie.

Courtney alisó sus faldas, agradecida de haber elegido su vestido azul de paseo, un color que siempre ayudaba a calmar sus nervios. Al bajar los escalones, Farah descendió del carruaje, su cálida sonrisa haciendo poco por aliviar la tensión en los hombros de Courtney.

—Queridísima Courtney —dijo Farah, abrazándola y susurrándole al oído—. Es absolutamente encantadora. Solo respira.

Courtney subió al carruaje, y Farah la presentó a Caitria y a Ava-Marie. Ava-Marie no le prestó atención, charlando emocionadamente sobre el estanque y los patos.

Farah hablaba sobre el viaje a la ópera esa noche, y Caitria permanecía sentada, observándola en silencio. Debió de gustarle lo que veía, porque Caitria le ofreció una cálida sonrisa.

Pronto llegaron al parque. Courtney descendió y ayudó a Farah a bajar.

Caitria salió a continuación, ofreciendo un apretón tranquilizador de la mano de Courtney antes de volverse para ayudar a la niña a bajar del carruaje. Ava-Marie aterrizó con sorprendente gracia para su edad, sus rizos oscuros rebotando bajo un gorro perfectamente atado. Llevaba un vestido verde primavera que resaltaba los destellos esmeralda de sus ojos, los ojos de Lucien.

—Señorita Ava-Marie —dijo Farah cálidamente—, saluda a nuestra invitada. Esta es Lady Courtney Montague, una querida

amiga nuestra.

La niña intentó una reverencia inestable, para luego tirar inmediatamente de los cordones de su gorro.

—¿Tengo que usar esto?

—Todas las damas lo hacen, así que yo diría que sí —dijo Courtney, con una risita.

—Papá dice que eres su amiga y que también eres amiga de Lady Farah.

El aliento de Courtney se detuvo un momento.

—¿De verdad? —Logró mantener la voz firme, aunque su pulso retumbaba en sus oídos.

—Ajá —asintió Ava-Marie vigorosamente, haciendo que sus rizos saltaran—. Dijo que lo conocías de antes. Hace mucho tiempo.

—Sí —murmuró Courtney, incapaz de apartar la mirada de ese recordatorio vivo de lo que podría haber sido—. ¿Caminamos? Tal vez veamos algunas flores bonitas en el parque.

—¿Puedo recoger algunas? —preguntó Ava-Marie con entusiasmo, ya empezando a saltar adelante antes de que Caitria suavemente le tomara la mano.

—Lo veremos, querida —dijo Farah—. Primero, caminemos juntas con calma.

Mientras avanzaban por el parque, Courtney se quedó un poco rezagada, observando cómo Ava-Marie saltaba entre Farah y Caitria, tirando ocasionalmente de sus manos para apresurarlas. Sus movimientos eran rápidos e inquietos, como los de un gorrión, pero había algo en su mirada directa que era puramente Lucien.

Como prometió, llegaron a la Serpentine y pasaron un tiempo ayudando a la pequeña Ava-Marie a alimentar a los patos. Otra niña, Tessa, se unió a ella en la orilla, y jugaron y rieron.

Cuando llegó el momento de irse, Ava-Marie dijo en voz alta:

—Tessa dijo que hablo raro. Dijo que le encantaría aprender a hablar como yo. —Courtney compartió una mirada preocupada con Farah. Pero la niña no estaba molesta. Simplemente dijo: —Le dije que era porque nací en Irlanda.

—Inglaterra es muy diferente de Irlanda, ¿verdad? —preguntó Caitria a la niña.

Ava-Marie asintió, sonrió y saludó a Tessa mientras continuaba su paseo con su niñera.

—Está bien extrañar tu antiguo hogar —dijo Courtney suavemente.

—¡Extraño a mi pony! —declaró Ava-Marie—. Y a mi gatito. Papá dice que aún no podemos tener un gatito aquí. —Se giró de repente hacia Courtney—. ¿Tienes un gatito?

—No —dijo Courtney suavemente, recuerdos de Lucien burlándose de su preferencia por los perros bañando su memoria—. Pero tengo un Irish Wolfhound llamado Freya. Puedes venir a jugar con ella.

—¿De qué color es? ¡A mí también me encantan los perros! —El rostro de Ava-Marie se iluminó por completo—. Papá dice que quizá tengamos un perro cuando... —Se detuvo de golpe, cubriéndose la boca con ambas manos—. Ups. Eso es un secreto.

Courtney no pudo evitar sonreír ante el pobre intento de discreción de la niña. Lo de "cuando podamos tener uno" probablemente saldría de su boca tarde o temprano. Llegaron a la fila de cerezos, donde la primavera había pintado todo en suaves tonos pasteles. Los pétalos de cerezo flotaban en la brisa como nieve, y Ava-Marie suspiró de alegría.

—¡Miren! ¡Está nevando flores! —Giró en círculos, intentando atrapar los pétalos, olvidando cualquier intento de comportamiento adecuado—. Lady Farah, ¿por qué está nevando flores?

—Esos son pétalos de cerezo —explicó Farah—. Caen de los árboles en primavera.

—¿Puedo quedármelos? —Ava-Marie ya estaba recogiendo pétalos caídos con sus pequeñas manos.

—No se mantendrán frescos por mucho tiempo —advirtió Caitria suavemente.

—¡Pero ahora son bonitos! —insistió Ava-Marie, luego le ofreció el puñado de pétalos a Courtney—. ¡Toma! Estos son para ti.

Y así, sin más, Courtney perdió su corazón con otra Furoe.

Courtney aceptó los pétalos ligeramente aplastados, con la garganta apretada.

—Gracias, querida.

Continuaron caminando, Ava-Marie corría entre ellas para recoger más pétalos, deteniéndose ocasionalmente para señalar perros que paseaban o pájaros en los árboles. Su parloteo era constante, pero entrañablemente disperso, saltando de un tema a otro con la desconexión típica de una niña.

—Es bonito con el sol, pero extraño la noche y las estrellas. Mi mamá es una estrella, y puedo verla todas las noches. Papá me lee historias sobre las estrellas —anunció de repente, poniéndose a caminar junto a Courtney—. Pero dice que se olvida de algunas. ¿Conoces historias?

—Sí —dijo Courtney con cuidado—. ¿Quieres escuchar una?

—¡Sí! ¿Hay una princesa? Me gustan las princesas.

—Bueno, había una reina llamada Casiopea...

—¿Era bonita? ¿Tenía corona? —interrumpió Ava-Marie, dando vueltas sobre sí misma.

—Era muy hermosa —empezó Courtney, pero la atención de Ava-Marie ya se había desviado hacia una mariposa que revoloteaba cerca.

—¡Mira! ¡Es amarilla! Papá me mostró una mariposa amarilla en Irlanda. Pero se fue volando. —Su rostro se ensombreció un poco—. Todo en Irlanda se fue volando.

La simple declaración, pronunciada con la inocente tristeza de un niño, golpeó el corazón de Courtney. Se arrodilló para ponerse a la altura de Ava-Marie.

—A veces las cosas tienen que volar un poco —dijo—. Pero eso no significa que se hayan ido para siempre.

Ava-Marie meditó sus palabras, su pequeño rostro serio.

—¿Como cuando papá volvió a Londres?

—Sí, exactamente así.

La niña asintió, y de repente lanzó sus brazos alrededor del cuello de Courtney en un abrazo impulsivo que olía a flores de cerezo y dulces.

—Me gustas. Eres amable. Y bonita.

Courtney la abrazó con cuidado, sintiendo cómo se le humedecían los ojos. Por encima del hombro de Ava-Marie, vio a Farah y Caitria mirando discretamente hacia otro lado.

—¿Podemos tomar té algún día? —preguntó Ava-Marie mientras se separaba—. Papá me está enseñando a dibujar, pero no soy muy buena. Los caballos son mis favoritos porque se ven divertidos.

—Me encantaría —respondió Courtney—, si tu papá está de acuerdo.

El corazón de Courtney dio un vuelco al mencionar el dibujo, recordando el dibujo especial que había hecho para Lucien, de Lucien. Había sido después de su noche especial, justo antes de que él se fuera a Irlanda. Estaba sin camisa, con la mitad inferior cubierta por una manta. Se preguntó dónde lo habría guardado. ¿Lo habría encontrado Lauren si habían limpiado su habitación? Ella no lo había mencionado.

—¡Estará de acuerdo! —dijo Ava-Marie con la certeza de un niño—. Le encanta dibujar y enseñarme. Me dio su set de acuarelas que encontró en su habitación.

La revelación de que su familia había guardado su regalo de compromiso la dejó sin palabras. Antes de que pudiera responder, Farah llamó diciendo que era hora de irse.

—¿Solo cinco minutos más? —rogó Ava-Marie, pero estaba claramente cansada, su energía desbordante de antes disminuyendo.

—Deberíamos regresar —dijo Caitria, notando la energía menguante de Ava-Marie—. Ya casi es hora de tu descanso de la tarde, querida.

—¿Solo cinco minutos más? —insistió Ava-Marie, pero un bostezo la delató.

El paseo de regreso al carruaje fue más tranquilo, la exuberancia anterior de Ava-Marie suavizándose en un contento somnoliento. Tomaba la mano de Farah con la derecha y la de Courtney con la izquierda, balanceándose ocasionalmente entre ellas.

En el carruaje, se acurrucó contra el costado de Caitria, con los ojos pesados.

—¿Me contarás más historias la próxima vez? —preguntó a Courtney, somnolienta—. Sobre las estrellas y la reina bonita.

—Por supuesto —prometió Courtney, observando cómo la niña se dormía.

—Está absolutamente encantada contigo —observó Caitria en voz baja.

—Courtney tiene ese efecto en las personas —dijo Farah, su sonrisa afectuosa mostrando años de amistad—. Siempre llega directo al corazón de los demás.

Courtney suspiró.

—Va a enfrentarse a un futuro formidable. Hija de un conde, pero su madre era una campesina irlandesa. Habrá muchos en la sociedad que menosprecien su linaje. —Le pareció extraño que el rostro de Farah palideciera y Caitria mostrara alarma—. ¿Hay más en esta historia?

Farah se recuperó rápido.

—Tienes razón. Pero estoy segura de que su acento desaparecerá con el tiempo, y Lucien solo la dejaría casarse con un hombre que no se preocupe por su pasado.

Courtney asintió.

—Además, nos tendrá a todos nosotros cuidándola.

Primero dejaron a Caitria y Ava-Marie en su casa, luego continuaron hacia la casa adosada de Courtney. Cuando el carruaje se detuvo, Farah cruzó el brazo para apretar la mano de su amiga.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente.

—No —admitió Courtney—. Pero creo que tal vez algún día lo estaré. —Tocó las flores de cerezo aplastadas en su regazo, esos simples símbolos de afecto de una niña—. Se parece tanto a él, Farah.

—Tiene su semblanza y su bondad —observó su amiga en voz baja—. ¿Viste cómo intentó compartir todo lo que encontraba? Las flores, las historias, su emoción por dibujar. Recuerdo que Lucien era así.

Courtney asintió, incapaz de hablar por el nudo en la garganta. El calor de la tarde se desvanecía, pero algo más la calentaba desde dentro, no era esperanza aún, pero quizá la posibilidad de ella. Como una estrella emergiendo detrás de las nubes de tormenta, distante pero brillante con promesa.

Pensó en las palabras de Tarquin de esa mañana: "Sé su brújula, no su ancla al pasado". Mirando su guante, donde los pétalos de

cerezo aplastados de Ava-Marie dejaban rastros de rosa, Courtney se preguntó si tal vez podía ser ambas cosas, un puente entre lo que habían sido y lo que podrían llegar a ser.

—Él me recoge para la ópera esta noche. ¿Vas a ir?

Farah respondió:

—Rockwell nos ha reservado a todos en su palco.

Courtney notó el nudo en la voz de su amiga.

—¿Amas a Rockwell? —preguntó—. ¿Qué pasó entre ustedes en Irlanda? Y no me digas que solo son amigos. Eres infeliz. ¿Él… hizo algo?

—¿Aparte de hacerme enamorar de él y luego dejar claro que incluso si se casara conmigo, zarparía? —Y Farah estalló en lágrimas. Courtney la abrazó y la dejó sollozar.

—Vaya par que somos.

Farah se incorporó y se secó los ojos.

—Eso es injusto. Él no me obligó a nada. Yo me dejé enamorar de él. Y ahora no sé qué hacer. Les estoy mintiendo a todos diciendo que estoy enferma. Si mi hermano se enterara de que estuve en Irlanda con Rockwell… me haría caminar por el pasillo a su lado antes de que pudiera parpadear.

—¿Sería tan malo?

—¿Caminarías tú por el pasillo con Lucien?

—Touche. No con este Lucien. Al menos no todavía.

—Y yo no lo haría con Rockwell, que se casaría conmigo y luego navegaría por el mundo —y ambas rieron. La risa murió cuando el novio vino a abrirle la puerta.

Farah tomó sus manos entre las suyas.

—Lucien es un buen hombre. Dale una oportunidad. Podrías hacerlo feliz. Y él merece ser feliz. Podrías ayudarlo a sanar y encontrar la tranquilidad… y el amor.

Courtney asintió.

—Ya lo había decidido, una vez que conocí a Ava-Marie. Tenía que estar segura de que ella me aceptaría. —El novio la ayudó a bajar del carruaje. Se asomó por la ventana y le dijo a Farah—: pero olvidas algo. —Al notar la ceja levantada de Farah añadió—: Lucien tiene que quererme.

Farah no dijo nada. De hecho, parecía un poco culpable.

—Nos vemos esta noche —dijo Courtney, entrando con la confusión y la esperanza luchando en igual medida. Subió corriendo a su habitación llamando a su doncella. Esta noche se aseguraría de verse lo mejor posible.

Quería atraer la atención de Lucien. Quería la oportunidad de ver si él podía volver a amarla.

Mientras se sumergía en el baño, un pensamiento recorría su mente. Podía decírselo directamente. Sabía que, como caballero, si él supiera que había tomado su inocencia, haría lo correcto. Mordió su labio inferior. ¿Debería decírselo?

No, hasta que estuviera segura de que lo quería.

Capítulo Cinco

El carruaje de Lucien llegó a la casa de Courtney, y él tamborileaba los dedos inquietamente sobre su muslo. La constante, silenciosa esperanza de que algo, cualquier cosa, pudiera desencadenar sus recuerdos lo estaba volviendo casi loco. Respiró hondo, acomodó su corbatín y descendió del carruaje.

Por supuesto, el mayordomo lo reconoció de inmediato. Todos parecían tratarlo como si estuviera enfermo e indefenso, y muchos no podían comprender por qué no podía recordar. Todos parecían esperar que sus recuerdos regresaran de repente, como un gato perdido.

—Lady Courtney bajará en breve, mi señor —dijo el hombre con una reverencia que se sentía forzada.

Lucien esperó en el salón familiar pero extraño a la vez, rodeado de pinturas y muebles que deberían significarle algo, pero no lo hacían. Sus ojos se detuvieron en un retrato de él con Courtney: más jóvenes, felices, con su brazo envuelto posesivamente alrededor de su cintura. El hombre del cuadro era un desconocido con su rostro. Ese cuadro no estaba en la pared cuando él estuvo allí ayer. Era como si Courtney lo hubiera colocado para ayudarlo a recordar.

Pero no lo haría.

El revuelo suave de la seda anunció su llegada. Lucien se giró y, por un instante, se le detuvo la respiración. Courtney estaba en la cima de las escaleras, espléndida con un vestido de un bordó profundo que hacía brillar su piel pálida. Su cabello oscuro estaba elegantemente arreglado, adornado con granates a juego que

captaban la luz de las velas. Él se había equivocado. Ella era, sin duda, una mujer hermosa.

Algo se agitó en su pecho. No un recuerdo, exactamente, sino un fantasma de sensación, un eco de lo que el hombre del retrato debía haber sentido. Su cuerpo parecía reconocerla, aunque su mente no lo hiciera, respondiendo a su presencia con un tirón inexplicable.

Esperó a que ella bajara y se pusiera frente a él.

—Te ves impresionante —dijo, y lo decía en serio. Pero incluso al pronunciar las palabras, sintió el peso de su mirada llena de esperanza, vio cómo buscaba en su rostro algún signo de reconocimiento.

—Gracias —respondió ella suavemente, con una sonrisa genuina, aunque teñida de esa tristeza siempre presente—. Tú también estás muy apuesto.

Le ofreció su brazo y, mientras caminaban hacia el carruaje, se encontró pensando en Farah. El pensamiento le produjo alivio y culpa a la vez. Mientras que cada mirada y gesto de Courtney parecía cargada de cinco años de historia compartida que él no podía recordar, la presencia de Farah era refrescantemente sencilla. Ella lo había conocido antes, sí, pero que él hubiera perdido la memoria no tenía consecuencias para ella. Lo veía solo como era ahora: perdido, confundido, tratando de reconstruir una vida que no podía recordar.

Al ayudar a Courtney a subir al carruaje, percibió otra vez su perfume: rosa y algo más, presumiblemente un aroma que alguna vez había conocido bien. Debería significar algo. El hombre del retrato lo habría sabido exactamente, tal vez se lo habría comprado para ella. Pero él ya no era ese hombre.

Se acomodaron en el carruaje, y Lucien se sorprendió al descubrir que esperaba con ganas llegar a la ópera, porque Farah estaría allí. Con ella, no tenía que fingir ni intentar recordar. Ella lo aceptaba tal como era, sin presionarlo ni esperar milagrosos recuerdos. Entendía lo que era estar a la deriva, intentar encontrar un lugar en un mundo que ya te había asignado un rol que no estaba seguro de poder desempeñar.

—Es amable de parte de Lord Rockwell ayudarnos a recibirte nuevamente en la sociedad —aventuró Courtney, con un tono cuidadosamente casual.

—Sí. Lady Farah también ha estado atenta. Aunque claro, ella también es amiga de mis hermanas —respondió, quizás demasiado rápido—. Ha sido muy amable, ayudándome a adaptarme.

Vio el destello de dolor en los ojos de Courtney y se odiaba a sí mismo por causarlo. Esta hermosa mujer a su lado merecía algo mejor que un ex prometido que no recordaba haberla amado, que se encontraba cada vez más atraído por otra mujer simplemente porque ella no cargaba con el peso de su pasado compartido.

Al acercarse a la ópera, decidió esforzarse más con Courtney esa noche. Al menos eso se lo debía. Pero no pudo suprimir del todo el salto de anticipación en su pecho al pensar en ver a Farah. Ella era familiar. Lo había encontrado en Irlanda y su compasión fue una de las razones por las que decidió regresar a Inglaterra. Farah conocía todos sus secretos y aun así lo aceptaba a él y a Ava-Marie. Tal como él conocía los suyos: que ella había viajado sin acompañante por Irlanda con Lord Rockwell. Si eso se supiera, ella quedaría arruinada.

Ella era la opción segura. Hija de un duque, con una gran dote. Si no pensara que Farah estaba enamorada de Rockwell, sería la elección sensata. Pero si estaba enamorada de Rockwell, ¿por qué no deseaba casarse con él?

Lucien incluso le había hecho una promesa a Farah al regresar a Inglaterra. Si la sociedad se enteraba de su escandaloso viaje a Irlanda con Rockwell para encontrarlo, y realmente no quería casarse con Rockwell, él se ofrecería para salvar su reputación. Hasta que se resolviera la situación entre Farah y Rockwell, él estaba atrapado. No podía proponerle matrimonio a otra hasta estar seguro de no tener que salvar a Farah.

Al mirar el perfil de Courtney a la luz parpadeante de los faroles de la calle, se preguntó si era posible enamorarse dos veces de la misma mujer, y qué significaba que su cabeza pareciera jalarlo en dos direcciones diferentes.

~

Courtney se sentó como una estatua en el palco Wolfarth de la Royal Opera House, con cada músculo tenso mientras observaba a Lucien sentado a su lado. La curva familiar de su cuello, la manera en que su cabello oscuro se rizada ligeramente sobre el cuello de la camisa, todo era dolorosamente familiar y, sin embargo, pertenecía a un extraño. La luz de las velas iluminaba los bordes dorados del palco, proyectando sombras danzantes que reflejaban sus pensamientos tumultuosos.

—¿Puedes recordar haber asistido a la ópera? —la suave pregunta de Wolf rompió su ensoñación. Ella se estremeció, consciente de lo que vendría.

—Ojalá todos dejaran de preguntarme si recuerdo algo, porque no recuerdo —replicó Lucien, con un tono brusco que hizo que el corazón de Courtney se contrajera. El silencio que siguió se sintió como un peso físico. Cuando suspiró y ofreció disculpas, ella logró sonreírle, aunque su pecho dolía por contener las lágrimas.

La amable respuesta de Wolf sobre vivir con esperanza parecía irritar aún más a Lucien.

—Sugiero que todos olviden la idea de un recuerdo milagroso. No puedo ni voy a recordar.

Las palabras golpearon a Courtney como si fueran físicas. Parpadeó rápidamente, conteniendo las lágrimas mientras sentía la mirada compasiva de Farah. Reuniendo toda su fuerza, colocó su mano sobre el brazo de Lucien, intentando acortar la inmensa distancia entre ellos con ese simple contacto. Se sintió victoriosa cuando él no la apartó.

La ópera comenzó, pero Courtney apenas registró la música. En cambio, se encontró observando a Lucien, notando cada cambio en su postura, cada movimiento sutil. Su estómago se retorció al notar cómo su mirada se desviaba repetidamente hacia Farah. La manera en que él se inclinaba ligeramente cuando ella hablaba, la intensidad en sus ojos al mirarla, era dolorosamente familiar. Solía mirarla así, antes...

Cuando Lucien se inclinó para susurrarle a Farah durante el aria de Madame Butterfly, Courtney sintió que podría quebrarse. Su cálido murmullo sobre la belleza, claramente dirigido a los oídos de Farah, la impulsó a actuar. Ya no podía quedarse allí, viendo al hombre que amaba volcar su atención en su amiga más querida.

—Farah —llamó tan pronto comenzó el intermedio, con la voz extrañamente brillante incluso para ella misma—. ¿Me acompañarías al tocador de damas?

En la privacidad del tocador, la compostura cuidadosamente mantenida de Courtney se desmoronó. Las preguntas surgieron sobre Lucien, sobre Farah, sobre qué debía hacer con este hombre que llevaba el rostro de su prometido, pero la miraba como a una desconocida. Cada palabra era como cristal en su garganta, pero necesitaba saber.

La lealtad feroz y las respuestas sinceras de Farah la confortaron y a la vez la hirieron. Sí, Lucien podría estar desarrollando sentimientos por Farah. No, Farah no los correspondía. Sí, todavía había esperanza para que Courtney y Lucien construyeran algo nuevo.

Mientras se arreglaban el cabello y regresaban al palco, Courtney se sentía simultáneamente más fuerte y más frágil. La promesa de Farah de que ningún hombre se interpondría entre ellas calentaba su corazón, pero no podía aliviar por completo el dolor de ver a Lucien, su Lucien, navegar en este nuevo mundo sin recordar su amor.

Se acomodó de nuevo para el segundo acto, con las notas trágicas de la ópera de Puccini envolviéndola. Qué apropiado que estuvieran viendo Madame Butterfly, pensó, una historia de amor, pérdida y espera. Pero a diferencia de Cio-Cio San, Courtney no dejaría que la esperanza la destruyera. Sería paciente, le daría a Lucien el tiempo y el espacio que necesitara, confiaría en la amistad de Farah y en su propia resiliencia.

Aun así, mientras observaba la ópera, no pudo evitar preguntarse. ¿Era más doloroso perder a alguien por la muerte, como había pensado durante cinco años, o tenerlo sentado a tu lado, mirándote como si fueras un extraño? ¿Cuánto tiempo debía sufrir por esto? ¿Qué oportunidad podía o debía darle?

El baile de Farah para dar la bienvenida a Lucien de regreso a la sociedad sería en unos días y si para entonces las cosas no habían mejorado… si no sentía que Lucien intentaba conocerla, ella ¿qué haría? ¿Qué podía hacer?

—Justo en ese momento levantó la vista y, al otro lado del teatro, vio un par de binoculares de ópera apuntando hacia ellos. No era sorprendente, realmente, porque todos estaban fascinados con el regreso de Lucien. Pero su corazón dio un salto en el pecho. Ese era el palco del vizconde Vale y, si no se equivocaba, su hermano menor, el señor Axton Fancourt, apuntaba sus binoculares hacia allí. Se preguntó qué era lo que llamaba su atención.

Le caía bien Axton. Era apuesto y encantador. Venía de una buena familia y, sobre todo, no buscaba una esposa rica. La semana pasada, en el baile de Lady Skye, había coqueteado descaradamente con ella y lo había disfrutado. Era el hombre que la había hecho reconsiderar su voto de permanecer soltera.

Enderezó la espalda y se sentó erguida en su asiento. Si Lucien no la quería, ella encontraría a un hombre que sí lo hiciera.



Más tarde esa noche, apenas Lucien había entrado en su casa tras acompañar a Courtney, Lauren apareció deslizándose por el rellano, envuelta en una bata de casa.

—¿Me estabas esperando despierta?

Ella le dio una débil sonrisa.

—Quería saber cómo te fue esta noche con Courtney.

Él subió los escalones hacia donde ella estaba.

—Fue una buena noche.

—¿Buena?

Se volvió hacia ella.

—¿Qué esperas de mí? No puedo encender y apagar mis sentimientos a voluntad.

Odiaba ver las lágrimas asomar en sus ojos.

—Necesitamos… necesitamos que te cases. Uno de los acreedores de papá vino esta noche y me amenazó. Amenazó con cobrar las deudas y arruinarnos. Se nos está acabando el tiempo —la atrajo para abrazarla—. Lo siento, Lucien. Estoy tan preocupada y había esperado que te gustara Courtney, que te pareciera aceptable, porque la habías amado antes.

Él no dijo palabra.

Lauren continuó.

—Sé cuánto te ama. Así que pensé que sería fácil. Simplemente le pedirías la mano porque tú también la amabas tanto. Pero no me di cuenta de que eso no sería justo para ti. ¿Cómo puedo esperar que simplemente te cases con una extraña solo para salvar a la familia que ya no conoces, cuando yo he estado posponiendo hacer justamente eso?

—Por favor, no te preocupes. Si alguien más viene, pídeles que vuelvan cuando yo esté en casa. Lord Rockwell ha accedido a prestarme fondos para pagar a cualquiera de los acreedores que no estén dispuestos a esperar a que yo arregle nuestra situación, dicho de otro modo, la mayoría de los acreedores esperaban que él se casara y lo hiciera bien.

Lo que no añadió fue que, como no recordaba ser un lord, no tenía reparos en aceptar la ayuda. No sentía vergüenza por tener que pedir prestado a Rockwell. Esta era una situación que no había provocado. Rockwell comprendía su necesidad de tiempo para ordenar su vida y la situación financiera de su familia. Por eso, después de ver a Farah y Rockwell en la ópera esa noche, había decidido ayudar a Rockwell a casarse con Farah antes de que la perdiera. En el fondo, Lucien podía ver que Rockwell amaba a Farah, pero por alguna razón estaba resistiéndose.

Lauren se apartó de su abrazo.

—Oh, qué amable de parte de Rockwell. Qué alivio. Debes sentirte aliviado también. Te da tiempo para encontrar a alguien que pueda hacerte feliz.

—¿Has encontrado a alguien que pueda hacerte feliz? —replicó, desviando la conversación de él y Courtney.

Su rostro se sonrojó.

—Eso es un poco difícil cuando todos saben que no tengo dote. —Él la miró, de verdad la miró. Era una belleza. Seguramente habría hombres interesados en la hija de un conde con tanta gracia y belleza, aunque no tuviera dote.

—Parece que los caballeros ingleses son unos idiotas.

Se rio de eso.

—La mayoría lo son.

—¿La mayoría? —bromeó él. ¿Había alguien? Los músculos de su mandíbula se tensaron.

—Realmente no he tenido tiempo de pensar en cortejar —mintió. Desde que había regresado, él había notado que los labios de su hermana siempre se contraían cuando mentía. Se preguntó quién le gustaba.

Pensó en Courtney. Se había desvanecido la idea de perseguir a Farah él mismo. Ella solo tenía ojos para Rockwell. Eso lo había comprobado esa noche. Y ella había rechazado su evidente coqueteo.

Sin embargo, había hecho una promesa a Farah. Que si la sociedad alguna vez supiera que había estado en Irlanda con Rockwell, sola y sin chaperona, y que realmente no quería casarse con él, él se casaría con ella para salvarla del escándalo.

Esa era la razón por la que no se había lanzado abiertamente hacia Courtney, todavía. No podía. Estaba obligado con Farah y, aun así, no podía decir nada por miedo a exponer el escandaloso viaje de Rockwell y Farah para encontrarlo.

Cuanto antes ese maldito Rockwell se diera cuenta de que estaba a punto de perder lo mejor que le había pasado, mejor. Ahora, esa era una idea. Quizás podría presionar el punto en el baile que Farah y su hermano estaban organizando para darle la bienvenida a Lucien de nuevo al mundo de los vivos.

Se acomodó en la cama y sus pensamientos se dirigieron a Courtney. En la parte trasera de su armario, escondido detrás de una tabla suelta, había encontrado un dibujo a lápiz de él acostado desnudo en una cama, con una manta cubriendo la parte inferior del cuerpo, pero el pecho descubierto. Lo había dibujado Courtney, lo había firmado. ¿Cuál había sido su relación con la mujer que él

pensaba tan recatada que no haría nada para perturbar a la sociedad?

Debían haber estado solos, haciendo qué, tendría que averiguarlo, ya que tenía implicaciones. Pero definitivamente había sido algo íntimo. Decir que se sorprendió sería quedarse corto… esa era una de las razones por las que dudaba en perseguir a Courtney. Todos hablaban de la virtuosa Lady Courtney, y él no sabía cómo estar a la altura de ese ideal. En algún momento habría cometido un error y luego, ¿qué sentiría ella o qué haría? ¿Terminaría despreciándolo? ¿Lo miraría por encima del hombro?

Desenrolló la ilustración y fijó la vista en su imagen. Esa pintura estaba llena de pasión, sexo y ardor. Cerró los ojos y recordó su toque, su aroma y su risa de la ópera de esa noche. Qué sorprendente que debajo de toda esa respetabilidad yaciera una mujer deseando liberarse. ¿Era esa la razón por la que lo había amado? ¿Porque él había liberado sus inhibiciones? ¿Sus deseos?

Pondría su plan en marcha mañana por la noche en el baile. Empujaría a Rockwell a reconocer sus sentimientos por Farah. Tan pronto como estuviera libre de su promesa a Farah, tan pronto como Rockwell propusiera matrimonio, él perseguiría a Courtney. No porque tuviera que hacerlo, sino porque quería. Quería conocerla. No la Courtney rígida de la sociedad, sino la mujer que evidentemente había sido con él.

Al haber encontrado este dibujo, ahora comprendía lo que su antiguo yo había visto en ella. Estaba tan abrumado por su situación que realmente no había mirado a la mujer a la que una vez había amado.

Se quedó dormido con visiones de Courtney en su cama, su largo cabello cobrizo deslizándose sobre su pecho, sus senos tersos rebotando y sus pezones endurecidos en su boca, mientras ella lo montaba llevándolo al olvido.

Capítulo Seis

A la noche siguiente, mientras Courtney bajaba las escaleras de su casa, con su vestido y su cabello perfectos, la recibió un Lucien diferente. La forma en que la miraba, cómo besaba los nudillos de su mano enguantada, cómo la ayudaba a subir al carruaje para ir al baile, todo gritaba coqueteo.

El carruaje se balanceaba suavemente mientras avanzaba por las calles oscuras de Londres. El corazón de Courtney latía con fuerza ante la proximidad de Lucien; su muslo presionaba cálidamente contra el suyo. Algo había cambiado en él desde la noche anterior en la ópera. La manera en que la miraba ahora tenía una intensidad que ella recordaba de antes, antes de Irlanda, antes de la pérdida de su memoria, antes de que todo cambiara.

—Te ves muy hermosa esta noche.

Sintió que su rostro se sonrojaba.

—Gracias. Tú también te ves muy apuesto.

Su mano se movió hacia el bolsillo de su chaqueta, y ella lo vio sacar un pergamino familiar. Su aliento se detuvo en su garganta al reconocerlo a la luz tenue de las farolas. El dibujo. *Su* dibujo. El calor le inundó el rostro al recordar aquella mañana íntima, cómo la luz del sol temprano se deslizaba sobre su pecho desnudo mientras ella lo dibujaba, ambos aún cálidos y lánguidos tras su encuentro amoroso.

—Encontré esto —dijo suavemente—, escondido en mi armario detrás de una tabla suelta. —Su voz tenía un matiz de curiosidad, no de acusación—. Lo firmaste.

—Yo… sí —su voz tembló ligeramente—. Fue la mañana antes de que te fueras a Irlanda. Nosotros habíamos… —se detuvo, incapaz de continuar.

—¿Fuimos amantes? —La pregunta directa, pronunciada con ese leve acento irlandés que había adquirido, la hizo estremecerse.

—Una vez —susurró—. Solo una vez. Aquella noche. Íbamos a casarnos de todos modos, y tú te ibas, y yo… —se detuvo, reuniendo valor—. No quería arriesgarme a que murieras sin haberme conocido completamente. Y después nunca me arrepentí de esa decisión.

Su pulgar recorrió el borde del papel, y ella lo vio estudiar el dibujo con la luz intermitente.

—Es bastante… íntimo.

—Te dibujé sin tu permiso —dijo suavemente, perdida en el recuerdo—. Pero te gustó. Dijiste que era prueba de cómo te veía y de nuestro amor mutuo. —Una lágrima rodó por su mejilla—. Cuando no regresaste… he temido que alguien lo encontrara. Pero Lauren nunca lo mencionó. No sabía si lo habías conservado.

—Lo conservé —dijo él, volviéndose hacia ella, y ella vio algo brillar en sus ojos, no memoria, sino comprensión—. Por eso nunca te casaste. No solo porque me llorabas, sino porque… —se detuvo, claramente buscando las palabras correctas.

—Porque me había entregado a ti —terminó ella en voz baja—. Sí. ¿Cómo podría casarme con otro cuando mi corazón, y mi cuerpo, te pertenecían? —Más lágrimas cayeron, pero no intentó ocultarlas —. Pero no quiero que te sientas obligado. Quiero casarme por amor y, al ver a Tiffany y Wolf, de repente comprendí que, si un hombre me amara, no le importaría. Comencé a permitir que los hombres me cortejaran. Estoy llegando a una edad en que no puedo esperar mucho más si no quiero pasar el resto de mi vida sola. Y no quiero.

Su mano encontró la de ella en la oscuridad, sus dedos callosos entrelazándose con los de ella.

—La mujer que dibujó esto —dijo despacio—, que se entregó a mí esa noche… no era la dama de sociedad correcta que todos describen. Era apasionada. Valiente. Dispuesta a arriesgarlo todo por amor.

—Era diferente contigo —admitió ella—. Me hiciste sentir lo suficientemente segura para ser yo misma. Para desear cosas. Para tomarlas. Para compartir mis sueños y anhelos contigo. Quiero eso otra vez.

El carruaje pasó por un bache, presionándolos más juntos. Courtney sintió el calor familiar de su cuerpo, tan dolorosamente similar a aquella última mañana juntos. Pero este no era su Lucien, no realmente. Este era un hombre nuevo, uno que miraba su dibujo con ojos frescos, viendo no la memoria de su pasión, sino la promesa de lo que aún podría ser posible.

—He sido un tonto —dijo finalmente—. Te miro y solo veo lo que la sociedad ve: la dama perfecta y correcta. Pero esto… —sostuvo el dibujo—. Esto me muestra quién eres realmente. Quiénes éramos juntos.

—Quizá podríamos encontrar eso otra vez —susurró antes de poder detenerse—. Si quisieras.

Sus dedos se apretaron sobre los de ella.

—Tenía miedo de ti. Estoy tan lejos de ser el caballero perfecto y, al regresar a Londres, al encontrarte, me parecías una dama perfecta.

—Nadie es perfecto, Lucien. Pero las personas pueden ser perfectas juntas. O perfectas el uno para el otro.

La carreta estaba aminorando la marcha al acercarse a su destino. Ella contuvo la respiración, esperando a ver qué decía.

—¿Me guardarás los dos valses esta noche? —preguntó él, guardando cuidadosamente el dibujo.

—Siempre —respondió ella, y por primera vez desde su regreso, su sonrisa no tuvo tristeza, solo esperanza.

Entonces la sonrisa de él se apagó.

—Tengo otra cosa que confesar. Involucra a Farah y Rockwell.

—Ya sé que ella estuvo en Irlanda con él y lo ayudó a encontrarte. Ashley, la hermana de Rockwell, lo dejó escapar.

Él miró por la ventana, perdido en pensamientos.

—No recuerdo haber sido jamás el vizconde Furoe, pero recuerdo lo que significa ser un hombre. Ser un buen hombre. Farah arriesgó su reputación viniendo a rescatarme. No sé si habría logrado

regresar a casa sin ella. De algún modo fue menos amenazante que Rockwell y fue amable con Ava-Marie y Caitria.

Ella contuvo el aliento, con su corazón preparándose para hacerse pedazos. Estaba enamorado de Farah.

Él se volvió hacia ella.

—Ella está enamorada de Rockwell, pero el muy tonto está huyendo. Y ella no quiere casarse con un hombre que la dejará atrás para navegar por el mundo. Así que le hice una promesa. Si se llega a saber que estuvo en Irlanda con Rockwell, y ella no desea casarse con él, me casaré con ella para proteger su reputación.

Él no la amaba. Era solo una promesa. Gracias al cielo.

—Así que, como ves, no puedo cortejarte abiertamente hasta saber que nunca tendré que cumplir esa promesa. Desde mi regreso, me recuerdan constantemente lo que significa el honor para un caballero.

Su corazón dio un vuelco. Farah jamás aceptaría esa oferta de Lucien, pero no dijo nada. Él intentaba demostrarle que podía ser un caballero aun habiendo olvidado que alguna vez lo fue.

—¿Cuándo será eso, crees? —Su sonrisa era tan sensual que ella quiso lanzarse a besarlo.

—Tengo un plan para que Rockwell enfrente sus verdaderos sentimientos. Pero puede que implique que parezca interesado en Farah. Los celos son una emoción poderosa. Y puede que eso te lastime.

Yo estaría bien con cualquier cosa si eso significara que pudieras enfocarte en mí, quiso gritar.

—Quizá yo también pueda ayudar. Si logro que Rockwell crea que tus intenciones son reales.

—Podríamos hacerlo juntos. Ellos dos no se darán cuenta de lo que pasa, pero nosotros sí —dijo él, besándole los nudillos—. Prestaré especial atención a Farah esta noche y tú advertirás a Rockwell de que tiene un rival por su afecto.

La determinación de Courtney titubeó un poco mientras rezaba para que ese plan no se volviera en contra de ambos.

~

Y sí que se volvió en contra... Courtney nunca había vivido un momento más humillante en toda su vida.

Un instante antes, compartía sonrisas secretas con Lucien desde lados opuestos del salón de baile, ambos disfrutando de su ingenioso plan para empujar a Rockwell y Farah el uno hacia el otro. Al siguiente, su mundo se derrumbó cuando Lucien anunció su compromiso con Farah delante de toda la sociedad.

Una amiga de Rockwell, que había visto a Farah y a él en Irlanda, descubrió la mentira que Rockwell le había contado. En Irlanda, había intentado hacer pasar a Farah por su hermana Ashley. La mentira quedó expuesta cuando la verdadera Ashley apareció en el baile. Ahora todos sabían que ella había estado en Irlanda con Rockwell y con Lucien.

Los susurros comenzaron de inmediato, esparciéndose por la multitud como viento entre hojas otoñales. Y aunque comprendía que Lucien no tuvo opción y estaba protegiendo a su amiga, las entrañas de Courtney se retorcieron al analizar cómo podía terminar aquello.

—¿No estaba comprometido con Lady Courtney antes de su desaparición?

—Pobre querida, rechazada por el mismo hombre.

—Qué humillante.

Ella mantuvo la compostura con notable entereza, sonriendo con serenidad como si el anuncio no tuviera importancia alguna. Aunque el orgullo se le astillaba en el pecho, asintió con gracia, aceptando condolencias con una risa ensayada y un movimiento desdeñoso de su abanico. *Por favor, por favor, Rockwell, haz lo correcto...*

—Qué extraordinario —murmuró a Lady Worthington, quien prácticamente había corrido al salón para ofrecerle sus condolencias —. Les deseo toda la felicidad.

Courtney no pudo soportarlo más y siguió a Lucien cuando este salió del salón de baile a grandes zancadas, con su corazón aun tambaleándose por la humillación pública de aquel compromiso. Lo

encontró en la terraza iluminada por la luna, con las manos apoyadas en la balaustrada de piedra, los hombros tensos de pura rigidez.

—Lucien —empezó a decir con suavidad, acercándose con pasos cautelosos—. Necesitamos hablar de lo que acaba de pasar.

Él no se volvió.

—He arruinado todo. Mi vida. La vida de mi familia, y ahora la de Farah y la tuya. De no ser por mí, Rockwell nunca habría ido a Irlanda y Farah nunca habría estado en ese maldito barco.

—Estoy orgullosa de ti por hacer lo correcto. Quizá sea lo mejor. Tú haces una nueva vida, y yo hago una nueva vida sin las cargas de nuestro pasado. Hay alguien más en quien estaba pensando. Sé que estaré bien. Sé que tú estarás bien porque no amas ni a mí ni a Farah. Es Farah quien me preocupa.

—¿Alguien más? —¿Cómo podía sonar tan herido si apenas se conocían y acababa de prometerse con otra mujer?

—El señor Axton Fancot, el hermano de Valora —se encogió de hombros—. Es agradable y se ha interesado en mí.

—Entonces, ¿alguna vez pensabas tomarte en serio mi regreso y una relación entre nosotros? ¿O solo me dabas el gusto esta noche en la carreta?

—Si el amor de tu vida regresara de entre los muertos, aunque sin recuerdos de ti, ¿te marcharías?

—Probablemente, si estuviera dañado. ¿Roto? —Su voz se quebró apenas.

Las lágrimas punzaron los ojos de Courtney.

—Bueno, yo no soy tú...

—¿Pero soy yo un hombre con el que quieres intentarlo de nuevo? —Él dio un paso más cerca, su expresión cruda de dolor y frustración—. Cuando me miras, lo ves a él. Cuando no recuerdo algo que fue importante para nosotros, me miras decepcionada. Cuando no reacciono como esperas, intentas recordarme quién solía ser. Todo eso es nuevo con el señor Fancot. Sin recuerdos de lo que fue, solo recuerdos nuevos. Es difícil competir con eso.

—No estás compitiendo...

—¿No lo hago? —Las palabras quedaron suspendidas entre ellos —. El Lucien al que amaste murió en Irlanda hace cinco años. Yo soy lo que queda: un granjero que no sabe cómo ser un lord, un hombre que no recuerda haberte amado, alguien que fracasa en cada prueba que nunca me dijiste que estaba tomando.

—Pero hablamos en la carreta de camino aquí y dije que quería intentarlo.

Sus hombros se desplomaron y apartó la mirada.

—Yo también quiero esa oportunidad, de verdad, pero ahora lo he arruinado todo con mi propuesta pública que, como siempre, no pensé bien.

Se giró hacia ella, y el dolor en sus ojos le rompió el corazón.

—Será mejor que vaya a arreglar esto. Con suerte, Rockwell entrará en razón.

La dejó allí, de pie en la oscuridad, y así era como ella lo sentía a él. Estaba envuelto en tinieblas, y no tenía idea de si alguna vez saldría a la luz para que ella pudiera conocer al nuevo hombre en el que se había convertido. Estaba presente, pero escondiendo partes de sí mismo.

Quizá las segundas oportunidades no eran más que un sueño. Ni siquiera sabía si le gustaba este nuevo Lucien. Un momento quería intentarlo y al siguiente lo arruinaba todo con esa escena para salvar la reputación de Farah. Tal vez Axton era una mejor opción en la que arriesgarse. Tal vez Lucien tenía razón. Axton era nuevo y no había ningún doble con quien compararlo.



Ya a salvo en una pequeña antecámara junto al salón principal, Courtney se permitió un momento de debilidad. Apoyó la frente contra el vidrio frío de la ventana, agradecida por el alivio momentáneo que ofrecía a su piel acalorada.

—Al menos se da cuenta de que ha creado un terrible escándalo —susurró, empañando el cristal con su aliento—. Lo peor es que, aunque Rockwell haga lo correcto y Lucien quede libre para casarse,

¿quién va a creer que se casa conmigo por amor? Pensarán que ama a Farah y que se casa conmigo solo por mi dinero.

¿Le importaba lo que pensara la sociedad? Si Lucien hubiera dicho que la amaba, eso le habría bastado. Pero no había dicho nada parecido.

A su espalda, la puerta se abrió con un clic. Se irguió de inmediato, disimulando sus emociones tras una máscara de indiferencia. Sin embargo, al volverse, su compostura titubeó al ver a Lucien en el umbral, con el rostro ceniciento.

—Courtney —dijo él, con voz áspera—. Necesito disculparme.

—Creo que lo que hiciste fue maravilloso. Protegías a nuestra amiga. Pero espero que tengas razón y que Rockwell entre en razón. ¿Era esto parte de tu plan? Porque, si lo era, va a causar un enorme escándalo.

Lucien se arrodilló a sus pies y le tomó la mano.

—Lamento haberte convertido en el blanco de más habladurías.

—Al menos la atención se centrará en Rockwell y Farah, y eso quizá nos dé la oportunidad de aprender más sobre nosotros.

—Rockwell se casará con ella —insistió, como hablándose a sí mismo—. Cuando se dé cuenta de que podría perderla conmigo, entrará en razón. Esto es solo… una medida temporal.

—Farah no se casará contigo, Lucien. Sabe que eso me heriría y Farah es demasiado buena para hacerlo. Pareces tan seguro de que Rockwell se casará con Farah, pero mi miedo es que no se case con ninguno de los dos. Y si no, estará arruinada. No estoy segura de poder vivir con eso en mi conciencia.

—¿Qué estás diciendo?

—Que quizá tenga que convencerla de casarse con alguno de ustedes. No voy a permitir que mi amiga quede arruinada por algo que no es culpa suya.

La mandíbula de Lucien se tensó.

—¿Estás diciendo que si Farah rechaza a Rockwell, entonces esperarás que yo cumpla mi palabra y tratarás de convencerla de que me acepte?

—Sí. —Una lágrima le resbaló por la mejilla.

—¿Es por el señor Fancot? ¿Lo prefieres a él?

Antes de que pudiera responder, la puerta volvió a abrirse y Tarquin entró, con el ceño cargado de tormenta.

—Aquí están —dijo, clavando la mirada en Lucien—. Los he buscado por todas partes. Debemos hablar de lo ocurrido antes de que los chismosos destrocen la reputación de mi hermana.

Lucien se irguió, enfrentando a Tarquin con admirable compostura.

—Acababa de explicarle la situación a Lady Courtney.

—¿Ah, sí? —La voz de Tarquin rezumaba escepticismo—. ¿Y qué situación sería esa? ¿La de anunciar públicamente tu compromiso con Lady Farah apenas unos días después de regresar a Londres y reencontrarte con mi hermana, tu antigua prometida?

—No es lo que parece… —empezó Lucien, pero Tarquin lo interrumpió con un gesto brusco.

—Ahorra tus palabras. Wolf me informó de las… circunstancias que rodearon el viaje de Lady Farah a Irlanda. Y aunque admiro tu galantería al proteger su reputación, no puedo evitar preguntarme si no habría habido una solución menos dañina. ¿O acaso tenías un motivo ulterior?

—¿Como cuál? —replicó Lucien, su postura endureciéndose.

—Como en realidad casarte con Farah en lugar de permitir que Lord Ware haga lo honorable y le ofrezca matrimonio él mismo —respondió Tarquin con suavidad—. Al fin y al cabo, fue él quien la comprometió primero, aunque accidentalmente.

Courtney vio hacia dónde se encaminaba esa conversación: a un desafío. Quiso desactivar la tensión entre ambos hombres.

—Lo hecho, hecho está —intervino—. Lord Furoe actuó para proteger a Farah, y no puedo culparlo por ello. Ahora debemos decidir cómo proceder de aquí en adelante con el menor daño posible para todas las partes.

—Estás siendo notablemente comprensiva —observó Tarquin, frunciendo el ceño.

—¿Qué se supone que haga? ¿Armar una escena? Eso sí que daría de qué hablar a los chismosos. Además, Lucien ya me había contado la promesa que le hizo de proteger la reputación de Farah.

Es un hombre de honor. ¿Preferirías que me derrumbara en un ataque de histeria? —replicó, arqueando una ceja.

Una sonrisa reacia asomó en la comisura de la boca de Tarquin.

—No, supongo que no.

—Bien. Entonces seamos prácticos —dijo, volviéndose hacia Lucien—. ¿Crees que Rockwell entrará en razón y le propondrá matrimonio a Farah, dejando tu compromiso sin efecto?

Lucien asintió, y parte de la tensión se le esfumó de los hombros.

—Es terco, pero no es estúpido. La ama, solo que tiene miedo.

—¿Miedo de qué? —preguntó Tarquin.

—De decepcionarla. De no ser el esposo que merece —la expresión de Lucien se suavizó—. Cree que su deseo de recorrer el mundo lo convertiría en un mal marido, dejándola sola durante meses.

—Quizá esa sea una decisión que Farah debería tomar por sí misma —sugirió Courtney—. Y no que se tome por ella.

Algo brilló en los ojos de Lucien: ¿una realización, quizá, o un dejo de arrepentimiento?

—Tienes razón. Así como tú también deberías tener la oportunidad de decidir por ti misma si quieres continuar con nuestra… relación, en lugar de que mis circunstancias decidan por ti.

La esperanza volvió a encenderse en el pecho de Courtney, más fuerte esta vez.

—¿Qué estás diciendo, Lucien?

—Eres una mujer hermosa y mereces a un hombre que pueda amarte —respondió él, con voz baja y sincera—. Yo no puedo ofrecerte casi nada.

Tarquin carraspeó de forma significativa.

—Por muy conmovedor que sea esto, ¿puedo recordarles que Lord Furoe está comprometido públicamente con Lady Farah ante toda la sociedad? Necesitamos un plan para sacarlo de esta situación sin dañar más la reputación de nadie.

—Lo que nos deja con una sola pregunta —dijo Lucien, volviéndose hacia Courtney—. ¿Me esperarás a que resuelva esta situación? ¿O acaso ya he puesto tu paciencia al límite? ¿Quieres

conocerme a mí? No a mi fantasma, sino a mí. El hombre que volvió de Irlanda sin nada.

La pregunta quedó suspendida entre ellos, cargada de significado. Courtney buscó en el rostro de Lucien alguna señal del hombre al que una vez había amado con tanta desesperación. Él era distinto ahora: más duro, más directo, menos atado a las expectativas de la sociedad. Pero todavía estaba allí esa misma intensidad en su mirada, ese mismo enfoque inquebrantable que la había atraído desde el principio.

—He esperado cinco años —dijo por fin—. Supongo que puedo soportar unos días más. Pero, Lucien… —lo miró con firmeza—. No esperaré para siempre. No otra vez. El señor Fancot también merece algo mejor de mí.

El alivio se reflejó en sus facciones.

—Gracias. Te prometo que esto se resolverá rápido.

—Asegúrate de que así sea —intervino Tarquin, con un tono que dejaba claro que sus palabras eran tanto una amenaza como un acuerdo—. Ahora, ¿regresamos al salón de baile? Tu ausencia ya ha sido notada, y seguir escondidos solo dará más material a los chismes.

Courtney asintió, alisando sus faldas y revisando su reflejo en un pequeño espejo de la pared. Sus ojos brillaban, sus mejillas estaban encendidas, pero se veía compuesta, una mujer dueña de sí misma y de su situación.

—Lidera, hermano —dijo, tomando el brazo que Tarquin le ofrecía.

Cuando se dirigían a la puerta, Lucien atrapó su mano libre y le besó los nudillos rápidamente.

—Arreglaré esto —murmuró, con los ojos intensos—. Lo prometo.

Ella asintió, incapaz de hablar por la repentina opresión en la garganta. Al reingresar al salón, mantuvo la cabeza erguida, ignorando las miradas curiosas y los murmullos que los seguían.

Que hablen, pensó desafiante. La historia estaba lejos de terminar.

La orquesta comenzó un vals, y para su sorpresa, Lucien apareció a su lado, con la mano extendida en invitación.

—¿Me concede este baile, Lady Courtney? —preguntó, lo bastante alto para que lo oyeran los cercanos.

Un silencio se extendió a su alrededor, todas las miradas fijas en su respuesta. Sabía lo que esperaban: que lo rechazara en público, que mostrara su orgullo herido con un desaire cortante.

—Te gusta provocar escándalos —replicó. Depositó su mano en la de él, con una sonrisa serena—. Te lo concedo, Lord Furoe.

Los murmullos de sorpresa que recorrieron la sala le dieron cierta satisfacción. Que se pregunten. Que especulen. La verdad se revelaría a su tiempo.

Mientras Lucien la conducía a la pista de baile, su mano cálida y firme en su cintura, ella se inclinó y susurró:

—¿Eres consciente de lo que acabas de hacer? Al bailar conmigo tan pronto después de anunciar tu compromiso con Farah, has encendido un nuevo fuego de especulación entre la alta sociedad.

—La alta sociedad habla de mí haga lo que haga. Pienso ser yo mismo. Aprenderán que no soy el mismo hombre que partió a luchar en la rebelión irlandesa. Soy un hombre que sigue su propio camino.

A pesar de todo, Courtney se echó a reír.

—Qué… directo de tu parte.

—He descubierto que la franqueza tiene sus ventajas —respondió él, con el rostro más serio—. Si hubiera sido más franco contigo desde el principio acerca de mi promesa a Farah, quizás podríamos haber evitado parte del drama de esta noche.

—Quizás —admitió ella—. Aunque empiezo a pensar que el drama te sigue a donde vayas, Lord Furoe.

—Un efecto secundario desafortunado de volver de entre los muertos, me temo. —Sus ojos brillaron con humor, pero se apagaron enseguida—. Hablando en serio, Courtney… gracias por comprender. Y por darme otra oportunidad de demostrar que soy digno de ti.

La sincera sencillez de sus palabras la conmovió profundamente.

—No necesitas demostrar que eres digno, Lucien. Necesitas decidir qué quieres. A quién quieres. El hombre que amé nunca dudó de eso.

Una sombra cruzó el rostro de él.

—Ya no soy ese hombre.

—No —admitió ella suavemente—. No lo eres. Pero quizás el hombre en que te has convertido sea alguien a quien podría amar igual de profundamente. Si me das la oportunidad. Necesito saberlo tanto como tú. Yo también tengo una decisión que tomar.

La música los envolvió, y por un momento fue como si estuvieran solos en la pista, protegidos en una burbuja de posibilidades. La mano de Lucien se tensó un poco en su cintura, acercándola más de lo que la decencia permitía.

—No sé si volveré a amar alguna vez —murmuró él.

—No lo creo —replicó ella con un destello de su antiguo espíritu y una sonrisa pícara—. Soy muy adorable, o eso me han dicho.

Cuando el vals terminó, Lucien la soltó a regañadientes, aunque sus ojos siguieron fijos en su rostro.

—Arreglaré este lío —repitió—. Y luego, si me lo permites, me gustaría cortejarte como corresponde. Sin planes, sin disfraces. Solo nosotros, descubriendo quiénes somos ahora juntos.

Courtney sintió una extraña ligereza en el pecho, una frágil esperanza que echaba raíces.

—Me gustaría eso —dijo sencillamente.

A su alrededor, el baile continuaba, los músicos arrancaban una melodía animada. Los chismosos cuchicheaban en los rincones, especulando sobre los dramáticos sucesos de la noche, mientras las parejas giraban en la pista, ajenas al torbellino que se desplegaba entre ellos.

—Si sirve de consuelo —dijo mientras se retiraban de la pista—, siempre he creído que piensas mejor en medio de una crisis.

Él rio, con un sonido cálido y genuino.

—Esperemos que eso se cumpla. Porque esto, querida Courtney, es sin duda una crisis.

Su sonrisa en respuesta fue tanto un reto como una promesa.

—Entonces, por todos los medios, Lord Furoe, muéstreme qué tan bien puede pensar.

Capítulo Siete

El barón Lockwood se dejó caer en la silla de terciopelo carmesí, haciendo girar el líquido ámbar en un vaso de cristal que había visto días mejores. El Faisán Dorado era uno de los establecimientos más respetables de Londres, pero él rara vez utilizaba sus servicios. Demasiado insípido para sus gustos. Aunque la propietaria siempre era una mina de información.

—¿Otro, mi lord? —preguntó la propietaria, la señora Bellamy, cuyos rasgos, aún llamativos a pesar de la edad, se fruncieron con una preocupación ensayada.

—La maldita botella entera —gruñó Lockwood, deslizando unas monedas sobre la pulida mesa de caoba. Su buen humor habitual lo había abandonado desde aquella desastrosa noche en Crockford's. El recuerdo de la fría sonrisa de Furoe al recuperar los pagarés de su padre todavía le quemaba las entrañas como ácido.

—¿Algo lo inquieta? —La señora Bellamy acomodó su considerable figura en la silla opuesta, haciendo una seña a una sirvienta para que trajera la botella solicitada. A pesar de su dudosa profesión, la señora Bellamy poseía una inteligencia astuta que había mantenido su establecimiento a flote durante quince años.

—Furoe —escupió el nombre como si fuera una maldición—. El maldito vizconde pródigo regresa de entre los muertos.

—Ah, sí —las cejas pintadas de la señora Bellamy se alzaron—. La noticia ya se ha extendido por medio Londres. Lord Lucien Furoe, milagrosamente vivo después de cinco años. Toda una sensación.

Pero debo informarle que no ha hecho uso de los servicios que ofrece mi casa.

—Todo un inconveniente, quieres decir —Lockwood apuró su copa, disfrutando del ardor—. Tenía planes, Bellamy. Cinco largos años de cuidadosa planificación, y todo se fue por la letrina en una sola noche.

La sirvienta, que apenas pasaba de los dieciséis años y cuyo rostro aún conservaba trazos de inocencia a pesar de su entorno, se acercó con la botella. La señora Bellamy la despachó con un chasquido de sus enjoyados dedos.

—¿Planes que involucran la residencia de los Danvers, supongo? —preguntó la señora Bellamy, sirviéndole a Lockwood otra medida generosa. Aunque regentaba un burdel, estaba más al tanto de las maquinaciones de la alta sociedad que muchas esposas de los lores.

—El conde estaba casi en mis manos —murmuró Lockwood—. Otro mes, dos como mucho, y lo habría perdido todo. La casa de Londres es lo único que quiero. Solía pertenecer a mi abuelo, y los Danvers prácticamente se la robaron. —Sus ojos brillaron con un fulgor febril—. Yo iba a ser el salvador, ¿entiendes? El acreedor benévolo, dispuesto a perdonar sus deudas a cambio de ciertas… consideraciones.

—¿Tales cómo?

—Para empezar, la mano de su hija mayor. —Lockwood sonrió con desagrado—. Lady Lauren Cavanaugh: hermosa, culta, y sin dote que valiera la pena. Un arreglo perfecto. Yo ganaría acceso a los más altos círculos de la sociedad casándome con la hija de un conde, y ella obtendría la seguridad financiera que yo le habría arrancado a su padre. Y, por supuesto, la casa en la ciudad sería mía, como siempre debió ser.

—Qué caritativo de su parte —comentó secamente la señora Bellamy. Difícilmente podía recordarle que fue el abuelo de él quien la perdió por el juego en primer lugar.

—La casa de Londres —continuó Lockwood, ignorando su tono—. He codiciado esa propiedad desde niño. Mi abuelo solía señalármela cuando cabalgábamos por Mayfair. Danvers House, que antes fue Lockwood House, con sus elegantes líneas georgianas, en una

ubicación privilegiada. "Ese, decía, fue nuestro hogar. Un día lo recuperarás para nosotros". Y ahora, justo cuando estaba a mi alcance…

—El hijo regresa —asintió con simpatía la señora Bellamy.

—No solo regresa —rugió Lockwood—. Vuelve y me humilla ante medio linaje en Crockford's. ¡Me llamó depredador en la cara! A mí, que solo estaba persiguiendo negocios legítimos.

La expresión de la señora Bellamy sugería que tenía su propia opinión sobre esa caracterización, pero con buen juicio se la guardó.

—Bueno, estoy segura de que un hombre con su… ingenio… encontrará otro camino hacia sus ambiciones.

Lockwood miró sombrío su copa.

—Se suponía que el hijo estaba muerto. Hice averiguaciones hace cinco años, cuando surgieron los primeros rumores de que podía haber sobrevivido a la rebelión irlandesa. Mis fuentes me aseguraron que pereció en los combates.

—Evidentemente no.

—No —los ojos de Lockwood se entrecerraron—. En cambio, ha estado viviendo en algún rincón olvidado de Irlanda todo este tiempo, jugando a ser granjero mientras su familia se desmoronaba. Y ahora regresa como un héroe conquistador, lleno de santa indignación por las deudas de juego de su padre. —Bebió de un trago su copa otra vez—. Es intolerable.

Un alboroto cerca de la entrada llamó su atención. Se oyó una carcajada femenina, seguida de un portazo. Una joven de deslumbrante belleza, con cabellera rojiza encendida y una sonrisa radiante, irrumpió en el salón.

—¡Kitty! —exclamó la señora Bellamy—. Qué sorpresa tan encantadora. No esperaba verte tan pronto.

—Oh, no sabía que tenías compañía —dijo Kitty—. Solo quería despedirme.

La sonrisa de la señora Bellamy carecía de sustancia.

—Sí, bueno, estoy disgustada por haberte perdido, pero sospechaba que eso ocurriría tarde o temprano con una joven de tu belleza y maneras. —Se volvió hacia el barón—. Kitty ha logrado

convertirse en la amante de un hombre de posición social bastante significativa.

—Ah, las aspiraciones de las rameras.

La señora Bellamy frunció el ceño ante su grosería.

—Disculpa el carácter del barón. El barón Lockwood necesita algo que lo alegre. Su señoría ha tenido una semana difícil. El regreso de Lord Furoe desde Irlanda ha trastocado sus planes.

Kitty mantuvo su sonrisa profesional firmemente en su lugar.

Lockwood apenas la reconoció, aún perdido en sus cavilaciones.

—Lo peor de todo es que ha traído una niña con él. Gracias a Dios no es un hijo y heredero que solidifique su posición.

—Una hija no es una amenaza para sus planes —dijo la señora Bellamy.

—Un hombre herido en la rebelión irlandesa, sin memoria de su vida pasada, encuentra el amor. Qué ridículo. Por lo visto, se casó en Irlanda. La niña tiene, ¿qué?, ¿cuatro años ya? Ava-Marie, creo que la llaman.

Las cejas de Kitty se alzaron de inmediato, y cruzó una mirada rápida con la señora Bellamy.

—¿Sabes algo, Kitty? —explicó la señora Bellamy—. Kitty es de Irlanda.

—¿Ava-Marie? —repitió Kitty, su voz súbitamente desprovista de su seducción ensayada—. ¿Y dice que vino de Irlanda? ¿De qué lugar exactamente?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —soltó Lockwood, irritado por sus preguntas—. Algún pueblo, da lo mismo. ¿Qué importa?

—¿Malahide, tal vez? —insistió Kitty, ganándose una mirada de advertencia de la señora Bellamy.

La atención de Lockwood se agudizó.

—Sí, creo que ese fue el nombre mencionado. Malahide. —Sus ojos se estrecharon—. ¿Qué sabes de eso?

Kitty vaciló, mirando a la señora Bellamy, quien le dio un leve asentimiento apenas perceptible.

—Quizá sepa algo, mi lord —dijo Kitty con cautela—. Sobre una Ava que vivía cerca de Malahide.

Lockwood se enderezó, súbitamente alerta.

—Continúa.

—Era mi amiga, ¿sabe? Trabajaba conmigo antes de que yo viniera a Londres. —Kitty se retorcía las manos en el regazo—. Éramos cercanas, durante un tiempo. Odiaba esta vida, siempre hablaba de encontrar una salida, una vida respetable.

—¿Y lo logró? —preguntó Lockwood, inclinándose hacia adelante.

—Eso dicen. —Kitty bajó la voz, aunque no había nadie cerca para escuchar—. Corrió la voz de que se había encontrado con un caballero. Estaba herido, sin memoria de quién era en realidad. Ella lo cuidó hasta que se recuperó; le dijo que era su marido.

La copa de Lockwood se quedó suspendida a medio camino de sus labios.

—¿Sin memoria, dices?

—Ninguna en absoluto, según lo que escuchamos. Una herida en la cabeza durante la rebelión, dijeron. Lo encontraron medio muerto en la calle, justo frente a nuestro lugar de trabajo. —Kitty se encogió de hombros—. Ava siempre fue lista. Vio su oportunidad y la aprovechó. Se hizo pasar por su esposa, y se mudaron los dos a una pequeña cabaña cerca de Malahide.

—¿Y la niña? ¿Esa Ava-Marie?

—Podría ser de ella, supongo. —Kitty frunció el ceño—. ¿Dices que la niña tiene cuatro años? La fecha coincide.

La mente de Lockwood corría, calculando posibilidades.

—Quizá ya estaba encinta cuando lo encontró. O poco después. —Sus labios se curvaron en una sonrisa depredadora—. Esto es… muy interesante.

—Mire, señor —intervino la señora Bellamy, con tono tajante—. Kitty solo repite chismes. No sabemos si se trata del mismo hombre o de la misma Ava.

—Pero podría serlo —insistió Lockwood—. Un caballero amnésico, hallado tras la rebelión irlandesa, cuidado hasta recuperarse por una mujer llamada Ava, que se mudó con él a Malahide junto a una niña llamada Ava-Marie… la coincidencia sería extraordinaria.

—Incluso si fuera el mismo hombre —dijo con cautela la señora Bellamy—, ¿qué importa? Ahora ha vuelto con su familia.

—Ah, ¿pero bajo qué pretextos? —Lockwood se recostó, con un brillo calculador en los ojos—. La sociedad cree que se casó legítimamente con esa Ava, que su hija es legítima. ¿Y si no es verdad? ¿Y si Ava nunca llegó a casarse? ¿Cómo iba a hacerlo si ya le había dicho que eran marido y mujer? ¿Podría ser que el preciado vizconde Furoe viviera en pecado con una prostituta común, y que su adorada hija fuera una bastarda?

Kitty palideció.

—Mi lord, yo nunca dije…

—No hizo falta —Lockwood desestimó su protesta con un gesto —. Las implicaciones son bastante claras. Dime, ¿esa Ava tuya sigue en Irlanda?

—Está muerta —respondió Kitty con frialdad—. La consumió la tisis hace unos dos años. Al menos, eso fue lo último que supe.

—Conveniente —murmuró Lockwood—. Muy conveniente, en efecto. Nadie que contradiga la historia que Furoe haya inventado.

—Excepto quizás quienes conocieron a Ava —apuntó la señora Bellamy—. Quienes podrían recordar sus alardes sobre haber encontrado a un caballero sin memoria. Seguramente deben existir registros eclesiásticos de algún matrimonio.

—Excelente —dijo Lockwood, con una sonrisa cada vez más amplia—. Debería haber un registro de su matrimonio.

Kitty se echó un poco hacia atrás.

—No quiero problemas, mi lord. Ava era mi amiga.

—Y puedes honrar su memoria diciendo la verdad —la animó Lockwood—. Con la compensación adecuada, por supuesto.

—Barón —intervino la señora Bellamy, con tono de advertencia—, ¿y qué hay de mí? Tiene esta información gracias a mí y a Kitty. Y como sabe, todo tiene un precio.

—Vamos, Bellamy —Lockwood la miró con complicidad—. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo.

Los labios de la regenta se estrecharon.

—Kitty, querida, tráenos unas copas limpias, ¿quieres?

Cuando la joven se hubo marchado, la señora Bellamy se inclinó sobre la mesa, bajando la voz a un susurro peligroso.

—Tenga cuidado, barón. No me tomo a la ligera que me traicionen.

—Ni yo —gruñó Lockwood—. Más vale que recuerdes mantenerte callada hasta que yo esté listo.

—¿Qué piensa hacer? ¿Viajar a Irlanda y buscar pruebas o, mejor dicho, la falta de pruebas de su matrimonio? —replicó la señora Bellamy—. Furoe probablemente pagaría cualquier cosa para mantener los detalles de su bastarda en secreto. Necesita una esposa rica. Ningún padre querría a un hombre con una hija ilegítima. —Sus ojos se endurecieron—. Esto podría ser muy lucrativo para ambos. Yo también quiero salir de esta vida. Los años me pesan. Una casita agradable en el campo me vendría bien.

La sonrisa de Lockwood no vaciló, aunque un músculo le saltó en la mandíbula.

—Me malinterpreta, querida dama. Yo solo busco restaurar lo que es mío. Lord Furoe me robó mis legítimas ganancias, me humilló ante mis iguales, y quiero recuperar la casa de mi familia. Si su pasado me ofrece un medio de reparación, ¿quién soy yo para ignorar semejante providencia? —Sus labios se curvaron en una sonrisa ladina—. Y si puedo usar esta información para volverme rico, ¿por qué no? No es mi culpa que Furoe fuera un ingenuo.

—¿Y la niña? ¿Arruinaría su futuro por su pequeña venganza?

Algo cruzó fugazmente el rostro de Lockwood, una vacilación momentánea, pronto reprimida.

—Quizá pueda guardar el secreto de la niña… si me conviene —dijo con desdén—. ¿Qué has oído de su antigua prometida, Lady Courtney?

La señora Bellamy lo miró con un desprecio sin disimulo.

—Creo que lo está dejando cortejarla. Furoe necesita su dote, y ella lo lloró durante cinco años. Sospecho que sigue locamente enamorada de él.

Lockwood juntó las yemas de los dedos.

—Interesante. Esa podría ser una forma de entrar.

—¿Qué estás tramando ahora? —preguntó la señora Bellamy.

Pero antes de que él pudiera responder, Kitty regresó con copas limpias, su expresión era cuidadosamente neutra, aunque sus manos

temblaban un poco al dejarlas sobre la mesa.

—Gracias, querida —dijo Lockwood con voz sedosa—. Ahora, cuéntame más sobre tu amiga Ava. Todo lo que recuerdes. No dejes nada fuera.

Mientras Kitty comenzaba su relato vacilante, la mente de Lockwood giraba con posibilidades. Esto podía ser el arma que necesitaba, no solo para recuperar sus pérdidas, sino para destruir por completo a Furoe. El escándalo sería delicioso: el noble vizconde, viviendo en pecado con una muchacha de burdel, presentando a su bastarda como legítima. La sociedad lo devoraría vivo. ¿Qué estaría dispuesto a pagar para evitar que ese secreto saliera a la luz? ¿Su casa en Londres y la mano de su hermana en matrimonio?

O tal vez podría tomar otro rumbo. Lady Courtney amaba a Furoe. Tenía una dote muy grande y era hija de un marqués. ¿Qué estaría dispuesta a pagar para proteger el secreto de su amante? A Lockwood no le importaría tener a Lady Courtney como esposa. Qué ascenso en estatus sería ese.

Y lo más importante: Furoe aprendería lo que significaba cruzarse con el barón Lockwood. Quizá aún pudiera conseguir Danvers House comprándosela a Furoe si no lograba una esposa rica a tiempo. Demonios, una vez casado con Lady Courtney y con su dote en las manos, aún podría revelar el secreto de Furoe y ver cómo lo marginaban y lo perdía todo.

—Una cosa más —interrumpió el relato de Kitty—. ¿Alguna vez mencionó esa Ava a una prima? ¿Alguien que pudiera haberla acompañado con la niña a Londres?

Los ojos de Kitty se abrieron un poco.

—Creo que su prima, Caitria, llegó para cuidar de Ava-Marie cuando ella enfermó.

—¿Y esa Caitria… te reconocería? ¿Sabría del… oficio de Ava?

—No lo sé. Vivía en Cork, bastante lejos de Dublín. Puede que no conociera la historia. —Kitty se encogió de hombros.

La mente de Lockwood daba vueltas.

—Enviaré a alguien a Irlanda de inmediato. —Alzó su copa en un brindis burlón—. Por Lord Lucien Furoe y la casa de naipes que ha

construido a su alrededor. Que se derrumbe de manera espectacular.

El cuerpo de la señora Bellamy también vibraba. Había sobrevivido en su negocio sabiendo cuándo hablar y cuándo guardar silencio. Y algo en los ojos de Lockwood esa noche, un destello despiadado, frío como el invierno, le sugería que el silencio era la opción más sabia. Esperaría su momento y obtendría lo que quería de Lockwood cuando supiera cuánto recibiría por ese conocimiento. O bien, podría hacer un poco de chantaje por su cuenta.

Kitty, sin embargo, no pudo contenerse.

—¿Qué está planeando, mi señor? No quiero que la hija de Ava salga lastimada. Sea lo que sea que haya hecho Ava, la niña es inocente.

—¿Inocente? —repitió Lockwood, la palabra se retorció en su lengua como si le resultara ajena—. Nadie es inocente, querida. Todos estamos manchados por las circunstancias de nuestro nacimiento, por las decisiones de nuestros padres. —Se inclinó hacia adelante, bajando la voz a un murmullo íntimo—. Pero no te preocupes. No dañaré físicamente a la niña... simplemente me aseguraré de que la sociedad sepa exactamente quién es y qué es, si llego a necesitarlo. Pero creo que Furoe pagará para mantener su secreto.

—Eso es cruel —susurró Kitty.

—Eso es justicia —la corrigió Lockwood—. Su justicia, por lo que me ha hecho. —Sus ojos brillaron con una satisfacción impía—. Y cuando termine, cuando el poderoso vizconde Furoe sea derribado por su propio engaño, cuando su preciosa hija cargue con la mancha de la ilegitimidad que ninguna cantidad de riqueza ni privilegio podrá borrar... entonces, tal vez entienda el precio de humillar al barón Lockwood.

Bebió de un trago el contenido de su copa, dejándola sobre la mesa con un chasquido decisivo.

—Ahora, Kitty, necesito que escribas todo lo que recuerdes sobre Ava y ese caballero al que ella llamaba su marido. Cada detalle, por pequeño que sea.

Kitty miró de reojo a la señora Bellamy.

—No sé escribir, barón.

Lockwood solo gruñó.

—Entonces haré que mi abogado redacte una nota en la que puedas dejar tu marca.

Kitty parecía aún más incómoda. Se levantó de un salto.

—Debo irme, señora Bellamy. No me volverá a ver aquí... eso espero. Buen día, barón Lockwood.

Una vez que Kitty se hubo marchado, la señora Bellamy observó a Lockwood con creciente inquietud. Había visto a muchos hombres consumidos por la venganza en sus años en la vida del demi-monde. Nobles, comerciantes, soldados, todos deformados por su sed de represalia. Pocos encontraban la satisfacción que buscaban, y muchos se destruían en el proceso.

Pero Lockwood… había algo distinto en él. Un cálculo frío bajo la apariencia de orgullo herido. Una paciencia que auguraba un mal presagio para el joven Lord Furoe y su pequeña familia. Lockwood encontraría la manera de llenar sus bolsillos con esa información. Calmar su orgullo herido siempre sería secundario frente al dinero, porque el barón necesitaba monedas más que orgullo. Y ella tenía la intención de obtener su parte de lo que el barón ganara con esa información que había ayudado a revelar.

O tal vez había otra manera. Quizás debería acudir a Lord Furoe.

Capítulo Ocho

Lucien se ajustó la corbata por tercera vez, estudiando su reflejo en el vidrio de las ventanas del salón de baile de Lord Rockwell Ware. La celebración de la noche estaba en pleno apogeo: era un gran acontecimiento para conmemorar la boda de Rockwell y Farah. Las suaves notas de una pieza de Mozart flotaban en el aire mientras las parejas giraban por el suelo pulido, con sus movimientos elegantes y ensayados. La luz de las velas relucía en las arañas de cristal, bañando con un resplandor cálido a la flor y nata de la sociedad reunida.

Debería sentirse eufórico. Después de todo, su plan había funcionado a la perfección. Rockwell finalmente había entrado en razón al enfrentarse con la posibilidad de perder a Farah a manos de otro hombre, aunque ese hombre hubiera sido el propio Lucien. La escena se reproducía en su mente como una representación teatral: Rockwell irrumpiendo en la casa Danvers la mañana después del baile, prácticamente echando espuma por la boca, exigiendo saber qué demonios pensaba Lucien al proponerle matrimonio a Farah.

—Tú ni siquiera la amas —había gruñido Rockwell, paseándose por la biblioteca como una bestia enjaulada.

—Quizás no —replicó Lucien con frialdad, apoyado en la repisa de la chimenea—. Pero me importa profundamente, y le daré la seguridad y la posición que merece. Que es más de lo que tú le ofreces en este momento.

Rockwell había parecido como si Lucien lo hubiera golpeado.

—Sabes por qué no puedo…

—¿No puedes qué? ¿Amarla? Porque eso es claramente falso. ¿No puedes casarte con ella? ¿Por qué no? ¿Porque temes que se sienta sola mientras navegas por el mundo? ¿Le has preguntado qué quiere ella, o también vas a decidirlo por ella? ¿O es que tienes demasiado miedo de enfrentarte a lo que en verdad deseas?

Había sido un ataque calculado, diseñado para atravesar la coraza de noble autosacrificio de Rockwell. Y había funcionado espectacularmente. En cuestión de días, Rockwell le propuso matrimonio a Farah como correspondía, ofreciéndole no solo su corazón sino también una verdadera unión. Farah aceptó entre lágrimas y risas, y Lucien fue liberado con gracia de su "compromiso" con un daño mínimo a la reputación de todos. Después de todo, la sociedad siempre se deleitaba con una historia de amor.

Así que sí, debería sentirse eufórico. Su amigo se había casado con la mujer que amaba. El escándalo se había contenido. Y lo más importante, Lucien ahora era libre de cortejar a Courtney sin complicaciones ni lealtades divididas.

Y aun así, mientras escaneaba el salón en busca de su cabello cobrizo entre la multitud, no podía sofocar la agitación que se removía en su interior. ¿O era miedo? El miedo de que sus motivos no fueran honorables, impulsados por su necesidad de salvar a su familia. O el miedo de no ser digno de ella. O el miedo de que ella exigiera más de lo que su corazón podía dar.

—¿Admirándote, hermano? —Lauren apareció a su lado, resplandeciente con un nuevo vestido de seda azul pálido, un regalo de Lucien tras haber finalmente tomado control de las finanzas familiares y saldado las deudas más urgentes—. ¿O tramando tu próxima catástrofe social?

Lucien sonrió a pesar de sí mismo.

—Creo que ya he cumplido con mi cuota de escándalos esta temporada.

—Qué lástima. Ya me estaba acostumbrando a ellos. —Siguió su mirada a través del salón—. Aún no ha llegado.

—¿Quién? —preguntó él, fingiendo ignorancia.

Lauren alzó una ceja.

—¿Cenicienta? ¿Quién crees? Courtney, por supuesto.

—Ah. —Lucien tironeó de sus puños, buscando parecer despreocupado—. No lo había notado.

—Claro que no. Por eso llevas media hora observando la puerta como un halcón. —Le dio una palmada en el brazo—. Vendrá. Tarquin prometió escoltarla.

Él levantó la cabeza de golpe.

—¿Acaso no quería asistir?

Lauren suspiró.

—Lucien, esa mujer te ha esperado cinco años, soportó creer que estabas muerto, te vio anunciar un compromiso con su amiga, y aun así mostró una gracia extraordinaria en todo momento. Creo que tiene derecho a un poco de duda.

Él hizo una mueca. Puesto de forma tan cruda, su comportamiento parecía abominable.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Tengo suerte de que todavía me hable.

—Sí, la tienes. —La voz de Lauren se suavizó—. Pero, para lo que vale, creo que aún te ama, incluso a esta nueva versión tuya. Aunque quién sabe por qué.

—Tu confianza me abruma.

—Mi confianza está perfectamente calibrada para la situación. —Asintió hacia la entrada—. Y ahora, querido hermano, te sugiero que pongas tu pie más encantador por delante, porque tu amada acaba de llegar.

Lucien se giró, y la visión de Courtney casi le robó el aliento. Ella estaba en el umbral, un sueño en seda esmeralda que complementaba su cabello rojizo, recogido en un elegante moño con rizos sueltos enmarcando su rostro. Diamantes brillaban en su cuello y orejas, y su esbelto cuello sostenía su cabeza con orgullo.

A su lado estaba Tarquin, alto e imponente con su atuendo formal, su expresión dejando claro que aún reservaba su juicio sobre la valía de Lucien. Pero no fue la desaprobación de Tarquin lo que hizo que la sangre de Lucien se enfriara.

Fue el hombre al otro lado de Courtney. El señor Axton Fancot, el notoriamente encantador hermano menor del vizconde Vale. Incluso

desde el otro extremo del salón, Lucien pudo ver la sonrisa fácil de Fancot, la inclinación atenta de su cabeza al susurrarle algo que hizo reír a Courtney.

Un calor extraño le atravesó el pecho. No era exactamente ira, ni exactamente miedo, sino algo más primitivo. Algo que lo hacía querer cruzar la sala de un zancazo e interponerse entre Courtney y el atractivo calavera que en ese momento monopolizaba su atención.

—Cuidado, hermano —murmuró Lauren, al parecer leyendo sus pensamientos—. Está asomando tu lado campesino.

El comentario lo devolvió de golpe a la conciencia de dónde estaba y de quién debía ser. Lord Lucien Furoe, vizconde, heredero de un condado. No John Collins, campesino irlandés, que podría haber simplemente marchado a reclamar lo suyo sin ceremonia.

—No veo nada de malo en la franqueza —murmuró.

—Ni yo —concordó Lauren—. Pero quizá considera un enfoque más sutil que fulminar desde el otro lado del salón.

Lucien asintió, tomó aire para serenarse y avanzó entre la multitud con pasos medidos. Era consciente de las miradas que lo seguían. La sociedad aún no se cansaba de observar al "vizconde resucitado". Pero se concentró únicamente en llegar hasta Courtney antes de que Fancot la reclamara para el primer baile.

—Lady Courtney —dijo, ejecutando una reverencia perfecta al llegar—. Está usted absolutamente deslumbrante esta noche.

Los ojos ámbar de ella se encontraron con los suyos, cálidos pero un tanto cautelosos.

—Lord Furoe. Gracias por el cumplido.

Aunque su tono era lo suficientemente agradable, él percibió una distancia calculada en su actitud. Su última conversación había sido reflexiva pero inconclusa, con Courtney dejando claro que, si bien entendía la necesidad de su engaño con Farah, necesitaba tiempo para determinar si aún eran compatibles después de todo lo ocurrido.

—Tendría que estar ciego para no verlo —replicó con sinceridad —. Ese color le sienta de maravilla.

—¿No es así? —intervino Fancot con suavidad—. Justo le decía a Lady Courtney que el esmeralda resalta el dorado de sus ojos. Como

el sol brillando a través del whisky.

La mandíbula de Lucien se tensó ante la familiar comparación, la misma que él mismo había hecho el día en que la volvió a ver.

—Qué poético.

—El señor Fancot tiene un don para la observación —dijo Courtney, su sonrisa sin delatar nada.

—Entre otros dones —añadió Fancot con un guiño que hizo que los dedos de Lucien ardieran por cerrarse en un puño.

—Lord Furoe —intervino Tarquin, siempre el diplomático—, confío en que esté disfrutando de la celebración.

—Inmensamente —Lucien no apartó los ojos de Courtney—. Aunque me encuentro en la necesidad de una pareja para el primer vals. Lady Courtney, ¿me haría el honor?

Vio titubear su rostro, seguido de una mirada hacia Fancot que hizo rechinar los dientes de Lucien. Pero luego ella asintió, extendiendo su mano.

—Sería un placer.

Un alivio lo recorrió, seguido por una oleada de algo que se parecía peligrosamente al triunfo, mientras la conducía lejos del decepcionado Fancot. Pero cuando tomaron posición para el baile, notó la cuidadosa distancia que Courtney mantenía entre ellos, la expresión reservada en unos ojos que una vez lo habían mirado con adoración abierta.

—No estaba seguro de que vinieras esta noche —dijo mientras la música comenzaba y se movían al compás del vals.

—¿Y perderme la celebración de la boda de Lady Farah? Jamás. —Su tono fue ligero, pero su espalda seguía rígida bajo su mano—. Además, Tarquin insistió.

—Me alegra que lo hiciera. —Lucien la guio en un giro, consciente de las miradas que los seguían—. Me has estado evitando.

—¿Ah, sí? —arqueó una ceja—. He estado bastante ocupada esta última semana ayudando a organizar este evento.

—Con el señor Fancot, al parecer.

Las palabras escaparon antes de que pudiera detenerlas, y se arrepintió de inmediato al ver el destello de irritación en sus ojos.

—El señor Fancot ha tenido la amabilidad de acompañarme a varios eventos —respondió con frialdad—. En ausencia de otras invitaciones.

La observación punzante cayó como un golpe físico.

—He estado ocupado con asuntos familiares —dijo, lo cual era bastante cierto. Entre resolver las deudas de su padre y ayudar a Rockwell a lidiar con las secuelas de su falso compromiso, había tenido poco tiempo para cortejar.

—Por supuesto. Los asuntos familiares deben tener prioridad. —Su mirada se desvió brevemente hacia donde estaba Axton—. Lo entiendo perfectamente.

No había reproche en su tono, sino un reconocimiento suave de su complicada situación. No estaba resentida por Farah, ya habían resuelto ese malentendido, pero él sentía que ella mantenía la guardia alta, protegiéndose de una posible desilusión.

—Axton ha sido un buen amigo para mí —añadió en voz baja—. Durante los años en que creí que estabas muerto, e incluso ahora… se preocupa por mí.

—¿Se preocupa? —preguntó Lucien, guiándola con cuidado en un giro.

—Le preocupa que… —lo miró directo a los ojos—. Bueno, para ser franca, no está seguro de que seas bueno para mí, Lucien. Dado cuánto ha cambiado todo y lo fácil que sería herirme.

La música los envolvía, y él la atrajo un poco más cerca, bajando la voz.

—¿Y tú qué piensas? ¿Soy bueno para ti?

Ella lo pensó un momento mientras seguían el compás del vals.

—No lo sé todavía. Esa es la verdad. El hombre que conocí y amé se ha ido en muchos sentidos. Eres alguien nuevo. Alguien por quien podría llegar a sentir mucho, pero no puedo estar segura.

—Farah es mi amiga —dijo, comprendiendo su cautela—. Me ayudó cuando estaba perdido y confundido, al volver a una vida que no recordaba. Pero lo que siento por ti es distinto.

—¿Y qué sientes exactamente? —preguntó Courtney, sin desafiarlo, sino con curiosidad genuina—. Porque desde donde estoy, Lord Furoe, los dos todavía estamos descubriendo quiénes somos el

uno para el otro. El señor Fancot, en cambio, ha sido bastante claro con sus sentimientos.

—¿Y cuáles son exactamente las intenciones del señor Fancot? —preguntó Lucien, incapaz de evitar un leve filo en su voz.

Una pequeña y pensativa sonrisa curvó los labios de ella.

—Ayer Axton me hizo una visita y me pidió permiso para cortejarme formalmente. Ha sido un amigo constante estos últimos años y cree que podríamos encajar.

¿Encajar? Si lo que ella quería era un matrimonio basado en la amistad, él también podía ofrecerlo. Pero sus palabras cayeron con un peso inesperado, y Lucien casi perdió un paso en el baile.

—¿Y se lo concediste?

—Le dije que lo consideraría. —Sus ojos se clavaron en los de él, honestos más que desafiantes—. No estoy cerrando puertas, Lucien. Pasé cinco años creyéndote muerto, y ahora todo ha cambiado. Apenas empezaba a rehacer mi vida y de repente apareces. Tú, pero no tú. Sería una necedad no mantener mis opciones abiertas mientras determinamos si aún queda algo entre nosotros que valga la pena.

—Lo entiendo —dijo él, aunque la admisión le costó—. Pero espero que sepas que para mí no eres solo una solución conveniente. No creo ser capaz de ver el matrimonio como una simple conveniencia.

—Sé que tus intenciones no son mercenarias. Muchas familias estarían encantadas de unirse a la tuya mediante matrimonio, incluso con la difícil situación financiera de tu familia —respondió con suavidad—. Pero la verdad es que ya no recuerdas haberme amado. Puede que lo hicieras una vez, pero ese hombre ya no existe. Y ambos necesitamos estar seguros de lo que queremos de una unión antes de tomar decisiones sobre nuestro futuro.

La última acusación dolió más que todas, quizá porque era cierta. Su familia sí necesitaba la seguridad que su fortuna podría aportar. Pero no era esa la razón por la que la quería.

—Tienes razón —dijo al fin—. No te amo. No puedo. Ese amor se construyó sobre experiencias compartidas que ya no recuerdo. —Respiró hondo mientras la guiaba en otro giro—. Pero ya no soy ese

hombre. Y tú ya no eres la misma mujer. Ambos hemos cambiado. Y aun así, sigo sintiéndome atraído por ti. Atraído por quién eres ahora, no por quien fuiste en mi pasado olvidado.

Sus pasos vacilaron apenas, pero se recuperó pronto, su expresión siguió cauta.

—Lindas palabras, Lucien. Pero necesito más que palabras.

—Entonces déjame demostrártelo —dijo simplemente—. Dame la oportunidad de cortejarte como es debido. De descubrir quiénes podemos ser ahora, juntos.

—¿Mientras el señor Fancot hace lo mismo?

Un destello de posesividad lo atravesó, pero lo contuvo.

—Si eso es lo que necesitas.

La música estaba llegando a su fin, y Courtney se apartó mientras las últimas notas se desvanecían.

—La vida nos ha traído giros inesperados a ambos —dijo pensativa—. Los chismosos han tenido material de sobra para hablar de nuestra situación, por supuesto. Aunque entiendo por qué pasó lo que pasó con Farah, ha sido… complicado de sobrellevar socialmente.

Lucien sintió un punzón de remordimiento.

—Lamento esa carga adicional —dijo con sinceridad.

Su expresión se suavizó.

—Hiciste lo que era necesario para la reputación de Farah. No te culpo por ello. Pero ahora debo proceder con cuidado, por mi propio bien.

—Lo entiendo perfectamente —aseguró él—. Estás protegiendo tu corazón, como debes hacerlo.

—Y la reputación. —Lo miró fijamente, sus ojos ámbar estudiando su rostro—. Axton ha sido paciente y amable en todo esto. Se merece consideración.

—¿Y tú qué mereces, Courtney? —preguntó él con suavidad.

Una pequeña y genuina sonrisa se dibujó en sus labios.

—Una oportunidad de ser feliz, ya sea contigo, con él o quizás con ninguno. En eso estoy resuelta.

Algo brilló en sus ojos, un leve ablandamiento, tal vez, o al menos una disposición a escuchar.

—Me voy a Dorset en dos días —dijo él, aprovechando el momento—. Para inspeccionar la propiedad y presentar a Ava-Marie su hogar ancestral. ¿Considerarías acompañarnos? Quizás tu hermano Julian y su esposa Serena podrían venir como acompañantes.

La sorpresa se reflejó en su rostro.

—¿Quieres que viaje contigo al campo?

—Quiero la oportunidad de conocerte lejos de las miradas entrometidas de Londres. Lejos de los chismes y las expectativas. Solo nosotros, descubriendo quiénes somos ahora juntos. —Le tomó la mano, rozando sus nudillos con el pulgar—. Lauren dice que éramos felices en mi finca. Solías visitarla para ver a Lauren y luego para verme a mí.

—Es cierto. —Él la observó mientras recuerdos que no podía compartir se reflejaban en sus expresiones.

Él la animó:

—No te presionaré por más que amistad al principio. Pero quiero la oportunidad de mostrarte que mi interés es genuino y no nace de la conveniencia o la necesidad, sino de una auténtica admiración y afecto.

Ella lo estudió largo rato, sus ojos ámbar escudriñando su rostro.

—¿Y Ava-Marie? ¿Qué piensa de esto?

—Me preguntó expresamente si podrías venir. Te adora. —Sonrió, recordando la emoción de su hija cuando le mencionó la posibilidad —. Dijo que le prometiste contarle más historias sobre las estrellas.

Una sonrisa sincera suavizó los rasgos de Courtney.

—Lo hice, ¿verdad? —Vaciló, luego asintió despacio—. Muy bien. Hablaré con Julian al respecto. Si él y Serena están dispuestos, yo… yo quisiera ir.

Un alivio lo recorrió.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía, Lord Furoe —lo advirtió ella, aunque el hielo en su tono se había derretido un poco—. No he decidido nada más allá de una visita al campo.

—Lo entiendo —la aseguró él—. Un paso a la vez.

Cuando la condujo fuera de la pista de baile, vio a Fancot observándolos desde el otro lado del salón, con una expresión mezcla de preocupación y cálculo. Lucien sostuvo su mirada con firmeza, transmitiendo un mensaje sin palabras. Puede que no recordara haber amado a Courtney, ni su pasado compartido, pero sabía con absoluta certeza que no estaba dispuesto a perderla antes de haber tenido una oportunidad real.

—Axton parece estar esperando el baile de la cena —observó Courtney, siguiendo su mirada.

—Es protector contigo —admitió Lucien, logrando un tono más medido del que sus instintos pedían.

Una pequeña sonrisa asomó en las comisuras de su boca.

—Como tú, al parecer.

—Así es. —Se volvió completamente hacia ella—. Puede que no recuerde nuestro pasado, Courtney, pero sé que quiero la oportunidad de descubrir qué podemos ser ahora el uno para el otro. Si el señor Fancot también forma parte de ese camino mientras decides, lo entiendo. Pero espero que me concedas una oportunidad justa de mostrarte quién soy hoy. Él ha tenido cinco años.

—Yo también quiero eso —admitió ella, con una chispa de algo, interés, calidez, quizá incluso esperanza, encendiéndose en sus ojos —. Pero tú sí tienes una ventaja. Mi corazón todavía te ama. Por eso no me he marchado simplemente.

—A pesar de que razones no te han faltado —señaló él con una sonrisa entre amarga y resignada.

Ella rio entonces, un sonido genuino que le alivió el corazón.

—Quizá solo tengo curiosidad de ver qué más podrías decir para redimirte.

—Puedo ser muy persuasivo cuando estoy motivado —prometió él.

—Ya veremos. —Desvió la mirada hacia el otro lado del salón—. Debería ir a hablar con la novia. No he tenido ocasión de felicitarla.

—Por supuesto. —Se inclinó, rozando sus labios contra los nudillos de ella en un gesto que se prolongó apenas un instante más de lo que dictaba la corrección—. ¿Pero me guardarás otro baile antes de que termine la velada?

Ella dudó, luego asintió.

—El último vals.

Mientras la veía alejarse, moviéndose con gracia entre la multitud hacia donde Farah resplandecía junto a su flamante esposo, Lucien sintió una ligereza curiosa en el pecho. No era la pasión desesperada que había sentido por Ava, ni la necesidad urgente de seguridad que por un breve tiempo había buscado en Farah, sino algo más firme. Algo que, a pesar de las complicaciones y de sus recuerdos perdidos, se parecía, de manera sorprendente, a volver a casa.

—Te ves bastante satisfecho —comentó Lauren, apareciendo a su lado con su habitual sentido del momento—. Supongo que la conversación fue bien.

—Está considerando acompañarme a Dorset —respondió él, sin dejar de seguir con la mirada el avance de Courtney por el salón de baile.

—Ajá. ¿Y qué hay de su apuesto admirador?

—El señor Fancot es libre de probar suerte —dijo Lucien, sorprendiéndose de su propia seguridad—. Pero no pienso ponérselo fácil.

Lauren lo observó con atención.

—¿Sabes, hermano? Creo que Irlanda te ha hecho más directo y menos paciente con los juegos de la sociedad de lo que eras antes. El antiguo Lucien habría maniobrado y tramado planes. Esta nueva versión simplemente reclama lo que quiere.

—¿Eso es malo?

Ella sonrió, enlazando su brazo con el de él.

—No. De hecho, creo que podría ser exactamente lo que Courtney necesita. Ella no tiene tiempo para juegos. El tiempo pasa. Está alcanzando cierta edad… quizá necesite sentir la atención de alguien que no juegue con las reglas y los dictados de la sociedad.

Al otro lado del salón, Courtney se giró, sus ojos encontrando los de él entre la multitud. Incluso a esa distancia, podía ver la pregunta en ellos, la cuidadosa consideración. Ella aún no estaba ganada y quizá nunca lo estaría, si no lograba demostrar que sus sentimientos eran genuinos. Pero por primera vez desde su regreso a Londres, Lucien sintió que tenía un camino claro ante sí.

Una pequeña punzada de duda le atravesó el pecho mientras se dirigía a hablar con Rockwell. Se preguntó qué era lo que Courtney buscaba en un compromiso con él. Sí, la encontraba atractiva físicamente, inteligente, y le gustaba mucho. Y odiaba la idea de otro hombre cortejándola. Pero Lucien era muy consciente de que su corazón maltrecho podía negarse a abrirse y dejar entrar a cualquier mujer. ¿Y si ella quería escuchar palabras de amor que él nunca podría decirle, ni a ella ni a ninguna otra? Las mentiras de Ava habían destruido su corazón, y no sabía cómo recuperarlo.

Capítulo Nueve

El bullicio del salón de baile se había vuelto abrumador. Courtney se deslizó por las puertas francesas hacia la terraza oeste, respirando hondo el aire fresco de la noche, agradecida por el respiro momentáneo. El baile de bodas de Rockwell era un evento espléndido, pero después de su danza con Lucien, necesitaba un momento para ordenar sus pensamientos. Apenas su corazón había comenzado a calmarse cuando Lauren apareció a su lado.

—¿Buscas refugio? —preguntó Lauren, sus ojos azules llenos de conocimiento.

—Solo un poco de aire fresco —respondió Courtney, sonriendo a la hermana de Lucien. A la suave luz de las lámparas de la terraza, el parecido de Lauren con su hermano era sorprendente: el mismo cabello oscuro, la misma mirada directa, aunque en la de ella aún brillaba un destello que Lucien había perdido durante sus años en Irlanda.

—Te vi bailar con mi hermano —comentó Lauren con tono casual, aunque Courtney percibió la curiosidad en el trasfondo—. Parecía… intenso.

—Esa sería una forma de describirlo —concedió Courtney, alisando una arruga invisible en su falda de seda esmeralda. El recuerdo de la mano de Lucien en su cintura, la seriedad de su mirada al pedirle que los acompañara a Dorset, permanecía como el calor de un fuego de hogar en medio del frío invernal.

—Bueno, si estás escondiéndote de él, escogiste el lugar equivocado —bromeó Lauren—. No ha dejado de vigilar las puertas

desde que saliste del salón.

—No me estoy escondiendo —protestó Courtney, aunque quizá un poco sí. No de Lucien, sino de la intensidad de sus propios sentimientos—. Solo necesitaba despejar mi mente.

—Tú y la mitad de las damas de la alta sociedad, al parecer —observó Lauren justo cuando su amiga Valora apareció en las puertas de la terraza, seguida de Ivy y Ashley. Claire emergió un momento después, sonrojada por el baile. Ivy y Ashley, las hermanas de Rockwell, siempre intentaban mantener bajo control el comportamiento de Valora. Valora era hermana de Axton, y a él le costaba mantener alejados a los hombres encandilados por la gran belleza y diamante de la temporada. Claire era la más sensata de todas. Su hermano era el conde de Marlowe, el mayor libertino de Inglaterra y la principal razón por la que Claire siempre declaraba que nunca querría casarse. Los desengaños amorosos que él provocaba la habían convencido de que el amor era para tontos. Todas estas damas formaban parte del club de inversión de la hermandad y eran mejores amigas.

—Ah, aquí están las dos —dijo Valora, con los ojos oscuros brillando de picardía—. Hablando, supongo, del repentino interés de lord Furoe por el cortejo.

El calor subió a las mejillas de Courtney.

—En realidad, estábamos comentando lo hermosa que está la velada.

—Mmm, muy hermosa, sí —concedió Valora con una sonrisa burlona—. Especialmente la parte en que el vizconde recién regresado no apartó los ojos de ti durante el vals.

—Déjala en paz, Val —la reprendió Ivy, aunque sus propios ojos chispeaban de interés—. Después de todo lo que ha pasado, merece un poco de tranquilidad.

—Gracias, Ivy —dijo Courtney, agradecida por la intervención.

—Aunque —añadió Ivy pensativa—, debo decir que el hombre luce bastante bien de etiqueta. Esos hombros sin duda se han ensanchado desde sus días de caballero.

—Trabajo en el campo —explicó Lauren con un toque de orgullo en la voz—. Se ha vuelto muy fuerte. Papá dice que ahora puede

superar a cualquiera de los mozos en la equitación.

Courtney intentó conciliar esa imagen de Lucien, con las mangas arremangadas, el cabello despeinado y los músculos tensos al cargar troncos, con el vizconde pulido del que se había enamorado cinco años atrás. Ambas versiones aceleraban su corazón, aunque de maneras muy distintas.

—Es bastante notable, ¿no? —murmuró Claire, apoyada en la balaustrada de piedra—. Cómo se ha desarrollado esta temporada. Primero Serena y Julian, luego Tiffany y Wolf, y ahora Farah y Rockwell… todos casados con hombres a quienes conocían de toda la vida.

—Es como si Cupido recordara de repente un montón de asuntos pendientes —rio Ashley.

—Hablando de asuntos pendientes —dijo Valora, volviéndose hacia Claire—, ¿dónde está ese hermano tan poco respetable tuyo esta noche? No he visto a Fane por ninguna parte.

Claire puso los ojos en blanco.

—Probablemente en algún sitio donde no debería estar, con alguien con quien no debería estar. Yo que tú no esperaría nada de mi libertino y mujeriego hermano, Val. No piensa asentarse en ningún momento cercano.

—Como si yo fuera a esperarlo —bufó Valora, aunque Courtney notó un leve rubor subirle por el cuello—. Solo tenía curiosidad.

—La curiosidad es peligrosa cuando se trata de Fane —advirtió Claire—. Pregúntale a cualquier debutante de las últimas tres temporadas. Rompió muchos corazones.

—Bueno, yo desde luego no corro peligro de convertirme en la próxima novia de esta temporada —dijo Ashley, con un deje de resignación—. No con el "escándalo" que aún pesa sobre mí.

—No estés tan segura —replicó Ivy, dándole un suave codazo—. La memoria de la sociedad es más corta de lo que creemos. He visto al duque de Blackstone hablar contigo dos veces esta noche. —Sus ojos se abrieron con intención—. ¡Nada menos que el hermano de Farah!

Ashley agitó la mano con desdén, aunque sus ojos brillaban.

—Solo estaba siendo cortés. Su gracia jamás consideraría un compromiso con alguien como yo.

—¿Alguien inteligente, hermosa y talentosa? —preguntó Lauren con inocencia—. Qué terrible sería para él.

Todas rieron, y Courtney sintió un torrente de cariño por esas mujeres. Aun con todo lo que había pasado, con su prometido supuestamente muerto que regresaba del más allá con un hijo y sin memoria de su amor, ellas habían estado a su lado, ofreciéndole apoyo sin juzgarla.

—¿Y tú, Court? —preguntó Ivy—. ¿Le darás otra oportunidad a Lucien? ¿O el señor Fancot es ahora el principal candidato a tu afecto?

Todas las miradas se posaron en ella, curiosas pero no crueles. Courtney dudó, sin saber cómo expresar sus sentimientos contradictorios.

—Sinceramente, no lo sé —admitió—. Lucien es… distinto ahora. No es el hombre que recuerdo, pero quizá alguien a quien podría llegar a querer con la misma intensidad.

—¿Y Axton? —apuntó Valora.

—Ha sido un amigo leal —dijo Courtney con cuidado—. Me ayudó en mis días más oscuros, después de que se presumiera muerto a Lucien. Es amable, considerado y muy claro con sus intenciones.

—Al contrario que algunos hombres que podríamos mencionar —murmuró Claire.

Lauren se tensó un poco.

—Las circunstancias de mi hermano no son precisamente típicas. Perdió la memoria, Claire. No es como si hubiera abandonado a Courtney a propósito.

—No, solo se enamoró de otra sin querer, tuvo un hijo y luego anunció un compromiso con Farah en cuanto regresó a Londres —replicó Claire, y de inmediato pareció arrepentida—. Lo siento, Courtney. Fue cruel.

—Pero no del todo inexacto —reconoció Courtney con una sonrisa torcida—. Aunque, para ser justos, el compromiso con Farah fue únicamente para proteger su reputación, después de que saliera a la luz que había acompañado a Rockwell a Irlanda sin chaperona.

—Qué conveniente y escandaloso —comentó Valora, arqueando una ceja elegante.

—Valora —amonestó Ivy.

—¿Qué? Solo digo lo que todos piensan. Toda la situación es extraordinaria. Como algo sacado de una novela de Jane Austen.

—La vida rara vez sigue los patrones ordenados de la ficción —observó Ashley en voz baja—. La gente comete errores, los corazones cambian, las circunstancias intervienen. Lo que importa es cómo enfrentamos lo que viene después.

La sabiduría de sus palabras cayó sobre el grupo. Courtney se encontró asintiendo.

—Exactamente. No puedo cambiar lo que ha pasado, pero sí puedo decidir cómo seguir adelante. Y ahora mismo, eso significa tomarme el tiempo de conocer quién es Lucien en este momento, sin dejar de mantener mi corazón… cauto.

—Muy sensato —aprobó Lauren—. Aunque espero que no te moleste si digo que me encantaría poder llamarte hermana algún día. Siempre pensé que tú y Lucien eran perfectos el uno para el otro, incluso antes de… todo.

Courtney le apretó la mano con gratitud.

—Eres muy amable. Y siempre te he adorado, Lauren. Pase lo que pase con tu hermano, eso no cambiará.

—¿De verdad estás considerando viajar a Dorset con ellos? —preguntó Ivy, con los ojos muy abiertos—. Eso parece bastante importante.

—Solo si Julian y Serena vienen con nosotros como acompañantes —aclaró Courtney rápidamente—. Y será bueno para mí pasar tiempo con Ava-Marie y Lucien lejos de las miradas indiscretas de Londres.

—Ah sí, la niña —dijo Claire, suavizando el tono—. ¿Cómo es ella?

—Maravillosa —respondió Courtney sin dudar—. Vivaz, curiosa, ajena a las reglas de la sociedad. Tiene los ojos de Lucien y su franqueza. En realidad, es encantadora.

—¿Y no te resulta difícil? —preguntó Ashley con suavidad—. ¿Cuidar de la hija que tuvo con otra mujer?

La pregunta hizo que Courtney vacilara. En verdad, había luchado con eso al principio. Tuvo que enfrentar la cruda evidencia de que Lucien había amado a alguien más, que había construido una vida sin ella. Pero desde el momento en que Ava-Marie le tendió aquellas flores de cerezo, con los ojos brillando de generosa inocencia, no había podido culpar ni a la niña ni a Lucien por unas circunstancias que escapaban a su control.

—La quiero por sí misma —dijo al fin—. Ella no es responsable del pasado. Y también ha sufrido pérdidas: a su madre, su hogar en Irlanda.

—Tienes un corazón generoso, Court —dijo Valora, con un tono menos burlón de lo habitual—. No muchas mujeres serían tan comprensivas.

—Comprensiva, sí. ¿Pero tonta? Espero que no. —Courtney suspiró—. Por eso avanzo con cautela. Necesito estar segura de lo que quiero antes de tomar decisiones. Y quizá las inversiones de Tiffany le den suficiente dinero a Lauren como para que Lucien pueda tomarse su tiempo y encontrar a la mujer que realmente quiera, en lugar de la que solo necesite.

—No creo que te preste atención solo porque te necesita —dijo Ashley—. Hay muchas madres adineradas deseosas de casar a sus hijas con un hombre de su posición social. Podría elegir un camino mucho más fácil. —Negó con la cabeza—. No. Él se siente atraído por ti, Court.

La conversación quizá habría continuado, pero una sombra se proyectó sobre la terraza cuando la puerta volvió a abrirse. El barón Lockwood entró en la luz de las farolas, impecablemente vestido, sus ojos recorriendo a las damas con un interés calculado. Courtney sintió un escalofrío instintivo cuando su mirada la encontró y se detuvo en ella.

—Qué reunión tan encantadora —comentó, avanzando con una confianza que rozaba la arrogancia—. Las flores más bellas de la alta sociedad, todas convenientemente reunidas. Debo de estar en gracia con la fortuna esta noche.

Aunque indudablemente atractivo, con su cabello dorado y rasgos aristocráticos, había algo en la sonrisa de Lockwood que ponía a

Courtney en guardia: una frialdad que nunca abandonaba sus ojos azul hielo.

—Barón —lo saludó Lauren con frialdad—. ¿Qué lo trae a la terraza? Seguro que las salas de juego serían más atractivas para un caballero de sus… intereses.

Si percibió la pulla, Lockwood no lo mostró.

—El placer de la compañía de las damas supera con creces al de las cartas, lady Lauren. Aunque oí que su padre quizá no opine lo mismo.

Courtney vio a Lauren tensarse y se acercó a su amiga, sintiendo repugnancia. Lucien le había contado su enfrentamiento con Lockwood en Crockford's; la referencia del barón al problema de apuestas del conde era una puñalada deliberada.

—Qué afortunadas somos de contar con su preferencia —intervino Courtney, con un tono deliberadamente ligero pero con los ojos fríos—. Aunque me temo que hablábamos de asuntos que difícilmente le interesarían.

—Al contrario, lady Courtney —replicó Lockwood, acercándose un paso más—, todo lo que tiene que ver con usted me resulta fascinante.

La frialdad calculadora de su mirada hizo que a Courtney se le erizara la piel. No había en ella verdadera admiración, sino el análisis depredador de quien evalúa una presa.

—Qué halago —respondió ella, sin molestarse en ocultar su desinterés—. Aunque imagino que su fascinación es bastante reciente.

Su sonrisa se tensó.

—No tan reciente como cree. Hace tiempo que admiro su… resistencia.

—¿Mi resistencia? —repitió ella, desconcertada por la elección de palabras.

—Así es. Haber soportado la pérdida de un prometido, mantenerse fiel a él, luego presenciar su milagroso regreso con una nueva hija y sin recuerdo alguno de su compromiso, y después ver cómo propone matrimonio de inmediato a su amiga… la mayoría de

las mujeres se habrían derrumbado ante tales circunstancias. —Su voz destilaba una falsa compasión.

Las demás damas se movieron sutilmente, cerrando filas en torno a Courtney como un muro protector de faldas de seda y miradas aceradas.

—La fortaleza de lady Courtney es bien conocida —dijo Ivy con firmeza—. Como lo es su buen juicio.

—Por supuesto —asintió Lockwood con suavidad—. Solo ofrezco mi admiración. Y quizás… un oído comprensivo, si alguna vez se cansa de la inconstancia de lord Furoe.

Claire soltó una risita desdeñosa.

—Creo que Lady Courtney no carece de confidentes, barón.

—Sin duda. Aunque quizá tenga menos que comprendan el verdadero carácter del vizconde que ha regresado. —En los ojos de Lockwood brilló algo: ¿conocimiento, o la pretensión de tenerlo? —. He estado haciendo algunas averiguaciones sobre su tiempo en Irlanda, ¿sabe? De lo más reveladoras.

A pesar de sí misma, Courtney sintió un destello de curiosidad.

—¿Averiguaciones?

—Court —murmuró Lauren en tono de advertencia, pero Lockwood ya había captado su interés.

—Me resulta curioso —continuó él, bajando la voz de manera teatral— que un hombre con los antecedentes de Lord Furoe se adaptara tan perfectamente a la vida de un simple granjero. Casi podría pensarse que tuvo… ayuda.

—Lucien sufrió una lesión traumática en la cabeza —intervino Lauren con brusquedad—. No recordaba nada de su vida anterior.

—Eso es lo que nos han dicho —replicó Lockwood, con un tono que dejaba traslucir escepticismo—. Y sin embargo, logró encontrar esposa casi de inmediato. Muy conveniente.

El disgusto de Courtney se profundizó hasta convertirse en abierta aversión.

—No alcanzo a ver qué insinúa, barón, pero me parece excesivo su interés en mi antiguo prometido.

—No en él, mi lady —corrigió Lockwood, manteniendo la mirada fija en su rostro—. En usted. Solo pensé que merecía conocer la

verdad sobre el hombre que la abandonó.

—¿Abandonó? —repitió Valora, incrédula—. Estuvo a punto de morir en la rebelión irlandesa.

—¿Esa es la historia? —La sonrisa de Lockwood fue helada en su falsedad—. Qué dramático. Casi tanto como regresar con una niña a su lado. —Volvió a dirigirse a Courtney—. Dígame, Lady Courtney, ¿ha conocido a la pequeña? Ava-Marie, ¿no? Un nombre de lo más inusual. Tengo entendido que se parece mucho a su padre.

—Así es —respondió Courtney con rigidez, cada vez más incómoda con sus preguntas.

—¿Y la madre? ¿Cómo era esa hija de granjero irlandés que conquistó el corazón de un vizconde?

—Era su esposa —dijo Courtney, preguntándose por qué hacía semejante pregunta—. Y ha fallecido. No es apropiado hablar de ella.

—Su esposa —repitió Lockwood, como probando la palabra—. Sí, por supuesto. Qué desafortunado que muriera antes de poder incorporarse a la sociedad londinense.

—Creo que hemos soportado su conversación el tiempo suficiente, barón —dijo Ashley con firmeza—. Si nos disculpa.

Lockwood hizo una reverencia, pero sus ojos nunca se apartaron del rostro de Courtney.

—Por supuesto. No se me ocurriría importunar más. Pero Lady Courtney, si alguna vez desea conocer más sobre las… aventuras de su prometido en Irlanda, estaré encantado de compartir lo que he descubierto.

Había algo inquietante en su tono, un deje de malicia apenas disfrazado de preocupación. Courtney sintió que se le erizaban los vellos de la nuca.

—Dudo que pueda contarme algo de valor que Lucien no pueda decirme por sí mismo —replicó con frialdad.

—Quizá no —concedió él, aunque su sonrisa sugería lo contrario —. Pero siempre es prudente conocer la verdad sobre quienes nos rodean, ¿no le parece? Especialmente cuando hay niños de por medio.

Antes de que ella pudiera responder, Ivy dio un paso adelante, colocándose deliberadamente entre Courtney y el barón.

—Creo que Lord Blackstone lo buscaba en la sala de naipes, barón. Algo sobre una apuesta de las carreras de la semana pasada.

Era una mentira evidente, pero eficaz. Lockwood dudó, valorando la ventaja de continuar con la conversación frente al riesgo de ofender a un duque.

—Odiaría hacer esperar a Su Gracia —dijo al fin—. Damas, ha sido un placer. Lady Courtney… —se inclinó sobre su mano, apretándola con incomodidad— …hasta nuestro próximo encuentro.

Cuando desapareció por las puertas de la terraza, la tensión entre las mujeres se alivió de manera palpable.

—Qué hombre tan odioso —declaró Claire, estremeciéndose levemente.

—Es peligroso —añadió Lauren, con gesto preocupado—. Lucien dijo lo mismo después de su enfrentamiento en Crockford's. Mi padre, bien bebido, perdió una suma considerable ante el barón, y este intentaba ganar más a propósito cuando Lucien intervino.

—Y ahora parece que busca alguna forma de venganza —observó Ivy—. Aunque qué espera lograr insinuando vaguedades sobre el tiempo de Lucien en Irlanda, no lo imagino.

Más inquietante aún era su interés evidente en Ava-Marie. ¿Qué posible razón podía tener para preguntar por la madre de la niña?

—¿Estás bien, Court? —preguntó Ashley con suavidad—. Estás muy pálida.

—Estoy bien —respondió automáticamente, aunque su mente corría—. Solo cansada. Tal vez deba volver al salón de baile.

—Iremos todas —declaró Valora, enlazando su brazo con el de Courtney—. En grupo es más seguro. Ese hombre es vil.

Mientras regresaban al interior, Courtney recorrió la multitud con la mirada en busca de Lucien. Lo divisó al otro lado del salón, en animada conversación con Rockwell. Su expresión era seria, intensa, tan distinta del vizconde despreocupado que había conocido. Y sin embargo, había algo en esa seriedad que la atraía, una profundidad que la conmovía incluso al recordarle cuánto había cambiado.

Fuera que Lockwood solo actuara con malicia o realmente supiera algo sobre el tiempo de Lucien en Irlanda, una cosa estaba clara: debía actuar con cautela. No solo para proteger su propio corazón, sino quizá también el de Lucien. Fuera lo que fuese que Lockwood estuviera planeando, estaba claro que deseaba dañar a la familia Furoe.

Y pese a todo lo que había pasado, pese a sus dudas persistentes, Courtney no estaba dispuesta a permitirlo. Si Lockwood creía que podía usarla como pieza en el juego que estaba tramando, pronto descubriría su error. Podría ser cauta con su corazón ahora, pero su lealtad, una vez entregada, no se quebraba con facilidad.

Como si sintiera su mirada, Lucien levantó la cabeza, sus ojos encontrando los de ella a través del abarrotado salón de baile. Algo pasó entre ambos, un reconocimiento silencioso, una conexión que trascendía la memoria. Se excusó con Rockwell y comenzó a abrirse paso hacia ella, su expresión suavizándose al acercarse.

—Te veo preocupada —dijo sin rodeos al llegar a su lado—. ¿Ha pasado algo?

La preocupación en su voz era genuina, y Courtney se quedó momentáneamente sin palabras.

—No es nada —dijo por fin, decidiendo que las insinuaciones de Lockwood podían esperar a un momento más privado—. Solo una conversación tediosa en la terraza.

Lucien estudió su rostro, claramente sin convencerse.

—Ya veo. —Su mirada se dirigió hacia donde Lockwood acababa de entrar al salón tras ellas, y su expresión se endureció—. ¿El barón dijo algo que te molestó?

Su percepción la sorprendió.

—¿Cómo supiste que fue Lockwood?

—Por la forma en que lo miras —respondió con simpleza—. Como si fuera un insecto particularmente desagradable que encontraste en tu té.

A pesar de sí misma, Courtney rio.

—Qué analogía tan encantadora.

Su sonrisa en respuesta fue cálida, genuina y completamente suya; no un eco del hombre que ella había perdido, sino algo nuevo

e igualmente cautivador.

—Puede que en Irlanda haya perdido el pulido aristocrático, pero gané cierta claridad para discernir el carácter de las personas.

—Así parece —convino ella, sintiéndose relajarse en su presencia a pesar de la inquietud persistente por su encuentro con Lockwood —. No es un cambio del todo indeseado.

—¿No? —Sus ojos guardaban una esperanza cautelosa que le tironeó el corazón.

—No —confirmó suavemente—. No lo es.

La orquesta atacó las notas iniciales del último vals, y Lucien le ofreció la mano.

—Creo que me prometió este baile, Lady Courtney.

Al posar su mano en la de él, Courtney fue dolorosamente consciente de que Lockwood los observaba desde el otro extremo del salón, su mirada fría evaluándolos. Fuera cual fuese el juego que el barón estaba jugando, lo que creyera saber del pasado de Lucien en Irlanda, no permitiría que lo usara para herirlo a él o a su hija.

Hay cosas que valía la pena proteger, incluso cuando el propio corazón seguía incierto.

—Así es, Lord Furoe —respondió, dejándose guiar hacia la pista de baile—. Así es.

Capítulo Diez

La carreta se mecía suavemente mientras avanzaba por el camino costero, y Courtney se inclinó hacia adelante para ver por primera vez Danvers Hall a través de la ventana. El campo de Dorset se desplegaba a su alrededor en un tapiz de prados esmeralda y setos salvajes, la luz del final del verano bañándolo todo con un resplandor dorado. A su lado, Ava-Marie rebotaba en su asiento, con su pequeño rostro iluminado por la emoción.

—¿Ya casi llegamos, Lady Courtney? ¿Veremos el mar? —la niña había estado haciendo variaciones de esa misma pregunta desde que habían salido de Londres dos días antes.

—Ya casi, cariño —respondió Courtney, alisando un rizo rebelde en la frente de la niña—. Si no recuerdo mal, sí, desde la casa se ve el mar. Está en un acantilado con vista al agua.

Al coronar la última colina, la mansión y sus terrenos aparecieron ante sus ojos, y a Courtney se le cortó la respiración. Cinco años habían hecho poco por cambiar su fachada de piedra gastada, quizás la hiedra trepaba un poco más abundante y los jardines estaban algo menos cuidados. Pero seguía siendo el lugar donde ella y Lucien habían pasado incontables días de verano, donde se había dado cuenta por primera vez de que estaba enamorada de él.

—Dios mío, es más grande que nuestra casa de Londres. Parece un castillo —dijo Ava-Marie con asombro, aplastando su pequeña nariz contra el cristal.

—Es tan grande que puedes perderte en él —dijo Courtney—. Hay prados donde puedes correr, y un sendero que baja a una

pequeña cala donde podemos nadar cuando el clima sea lo bastante cálido.

—A mí me encanta nadar —dijo Caitria—. Nadaré todos los días mientras estemos aquí. Le enseñaré a Ava-Marie.

Courtney se preguntó si esa era la forma de Caitria de decir que Ava-Marie era suya para cuidar. ¿Iba a tener un problema con la joven en lo que respectaba a Ava-Marie? No podía culparla. Caitria había sido una madre para la niña.

—Había olvidado lo grande que es la finca —dijo Julian—. Estoy deseando montar y nadar contigo, mi amor —y tomó la mano de su esposa para depositar un beso en sus nudillos.

—Gracias a los dos por venir conmigo.

—¿Para qué están los hermanos mayores, si no es para asegurar que mi hermana tenga un acompañamiento apropiado?

Serena rio ante la expresión alarmada de Courtney.

—No demasiado apropiado, sospecho que es lo que Courtney espera.

Su hermano no respondió mientras el rostro de Courtney se encendía. Ella se giró hacia la ventana.

Un recuerdo la asaltó sin previo aviso. Lucien tirando de su mano por ese mismo sendero, ambos riendo mientras corrían hacia el agua. Ella llevaba su vestido más viejo, uno que no le importaba arruinar con agua salada, y él se había remangado los pantalones para meterse en la orilla junto a ella. Habían sido tan despreocupados e inocentes entonces, antes de su partida a Irlanda, antes de los años creyéndolo muerto.

—Papá dice que hay ponis —dijo Ava-Marie, con los ojos verdes tan parecidos a los de Lucien, abiertos de par en par de expectación —. Me prometió que aprendería a montar.

—A tu padre le encantan los caballos —respondió Courtney, agradecida por la distracción de sus recuerdos—. Él me enseñó a montar bien, ¿sabes? Cuando era más joven, me daba un miedo terrible caerme.

—¿De verdad? —Ava-Marie parecía escéptica, como si no pudiera imaginar a la compuesta Lady Courtney temiendo algo.

—De verdad —admitió Courtney con una sonrisa—. Pero tu padre fue muy paciente. Escogió la yegua más mansa de los establos y caminó a mi lado durante horas, hasta que me sentí lo bastante segura como para montar sola.

Lo que no contó fue cómo esas lecciones habían llevado a largas cabalgatas por la finca, galopando juntos por los campos abiertos, deteniéndose a hacer picnic junto al arroyo que marcaba el límite este de la propiedad. Cómo Lucien le había enseñado a saltar cercas, su orgullo por sus logros calentándola por dentro. Cómo él le había robado sus primeros besos después de una de esas cabalgatas, los dos despeinados y exultantes.

La carreta comenzó a descender hacia la mansión, y Courtney alcanzó a ver dos figuras esperando en la entrada. Su corazón se aceleró al ver a Lucien, y también distinguió al señor Roberts, el nuevo administrador de la finca que Lord Wolfarth había recomendado después de que el padre de Lucien se viera obligado a despedir al anterior. Su corazón latía con fuerza al verlo, aún sin acostumbrarse al milagro de su regreso, pese a las semanas que habían pasado desde que se resolvió el escándalo en el baile de Farah.

—¡Mira! ¡Ahí está papá! —gritó Ava-Marie, saludando con entusiasmo, aunque los hombres no podían verla a través de las ventanas de la carreta.

—Sí, querida, ya casi llegamos —dijo Caitria, ajustando el sombrerito de la niña, que se había torcido con sus saltos de emoción.

Julian, sentado frente a Courtney, miró por la ventana con interés.

—El lugar tiene buena estructura, aunque está claro que ha sido descuidado. Tengo curiosidad por escuchar lo que el señor Roberts ya ha evaluado.

—Yo lo único que espero es poder dar un buen paseo después de estar encerrada en esta carreta —comentó Serena, alisándose las faldas. Como compañera y acompañante de Courtney durante la visita, había soportado el viaje con notable paciencia.

Cuando se detuvieron frente a la casa, Lucien se adelantó para abrir él mismo la puerta de la carreta, su sonrisa cálida mientras los saludaba.

—Bienvenidos a Dorset —dijo, con ese ligero acento irlandés que todavía la sorprendía de vez en cuando—. Espero que el viaje no haya sido demasiado pesado.

—Valió la pena cada bache en el camino —respondió Courtney, dejando que su mano se demorara en la de él mientras la ayudaba a bajar—. La finca parece casi igual.

Era una pequeña exageración. De cerca, podía ver cómo los años de abandono habían pasado factura. La entrada de grava estaba cubierta de maleza, la fuente del patio central estaba seca y varios postigos colgaban torcidos. Pero la estructura del lugar seguía siendo sólida, y podía ver el potencial para su restauración.

Julian descendió después, luego ayudó a Caitria con Ava-Marie, que prácticamente saltó detrás de ella, mientras Serena bajaba de última con el aire digno de alguien decidido a mantener la compostura pese a las dificultades del viaje.

El señor Roberts dio un paso al frente, un hombre fornido con la piel curtida de quien ha pasado gran parte de su vida al aire libre.

—Bienvenidos a Danvers Hall, mi señora, Lord y Lady Montague —dijo con una ligera reverencia hacia Courtney, Serena y Julian—. He estado familiarizándome con la propiedad estos últimos días.

—El señor Roberts ha sido invaluable —añadió Lucien—. Su conocimiento en administración de fincas es impresionante. Ya hemos identificado varias áreas para mejorar de inmediato.

Julian asintió con aprecio.

—Me interesaría mucho escuchar su evaluación, señor Roberts. Quizás pueda dar algún consejo a Lucien si lo necesita. ¿Tal vez las damas quieran aprovechar para refrescarse?

—Por supuesto, mi lord —respondió el señor Roberts—. He preparado algunas notas sobre las granjas arrendadas y los campos del sur que creo que interesarán a Lord Furoe. Una segunda opinión nunca está de más.

Ava-Marie tiró del abrigo de Lucien.

—¡Papá, prometiste mostrarme el mar! ¿Podemos ir ahora, por favor?

Lucien se inclinó para besarle la cabeza.

—Pronto, cariño. Primero debemos dejar que todos se instalen. El viaje ha sido largo.

—Yo la llevaré a lavarse y cambiarse —se ofreció Caitria—. Quizás Lady Serena y Lady Courtney también quieran descansar.

—Una excelente sugerencia —asintió Lucien—. El ama de llaves ha preparado habitaciones para todos. Mientras tanto, Lord Milburn, ¿quisiera acompañar al señor Roberts y a mí en un breve recorrido por los terrenos inmediatos?

—Con mucho gusto —respondió Julian con entusiasmo—. Me interesa especialmente ver qué ganado tienen en la propiedad.

Mientras los hombres se preparaban para salir en su inspección, Courtney intercambió una cálida mirada con Lucien.

—No entretengas demasiado a mi hermano —dijo con ligereza—. Después de todo, nos han prometido una vista del mar.

—Jamás soñaría con decepcionarte —replicó Lucien, sus ojos deteniéndose en los de ella un instante más de lo estrictamente correcto—. Volveremos pronto.

El pequeño grupo se separó: las damas y Ava-Marie fueron conducidas al interior por el ama de llaves, mientras los hombres se dirigían hacia los campos, ya inmersos en una conversación sobre rotación de cultivos y calidad del suelo.

Dentro, el gran vestíbulo estaba fresco y en penumbra tras la brillante luz del sol, el aroma familiar de cera de abejas y lavanda trayendo una oleada de recuerdos. Courtney se detuvo en el recibidor, abrumada por un momento por la sensación del pasado envolviéndola. Allí era donde ella y Lucien habían bailado durante la fiesta de solsticio de verano, donde él le había dicho por primera vez que la amaba, donde habían planeado su futuro juntos.

—¿Lady Courtney? —la voz de Serena la devolvió suavemente al presente—. ¿Espero que no sea demasiado para usted?

—Son solo recuerdos felices —aseguró Courtney, recomponiéndose—. Solo estoy asimilando lo familiar. Ha pasado tiempo desde mi última visita.

Ava-Marie miraba a su alrededor con curiosidad abierta, sus ojos brillantes recorriendo la galería de retratos que bordeaba la escalera.

—¿Quiénes son todas esas personas, Lady Courtney? ¿Son la familia de papá?

—Sí, lo son —respondió Courtney, guiando a la niña hacia las escaleras—. Ese es tu abuelo cuando era joven, y a su lado está tu abuela. Y allí —señaló un retrato de una joven de cabello oscuro— está tu tía Lauren cuando tenía solo dieciséis años.

—Es bonita —observó Ava-Marie, y luego arrugó la nariz—. La casa huele raro. Como a libros viejos.

Courtney rio suavemente.

—Es porque aquí hay muchísimos libros antiguos. Quizás Caitria pueda mostrarte la biblioteca después de que descanses.

No quiso decirle a Ava-Marie que la casa había estado prácticamente cerrada y los sirvientes despedidos por cuestiones de dinero.

—¡Oh sí, por favor! —El entusiasmo de Ava-Marie fue inmediato —. Papá dice que ahora que estamos instaladas puedo aprender a leer bien. ¿Podría enseñarme, Lady Courtney?

La simple pregunta conmovió profundamente a Courtney.

—Sería un honor ayudarte a aprender a leer, Ava-Marie. La biblioteca aquí tiene libros maravillosos para niños que creo que disfrutarás. —Se preguntó si Caitria sabía leer. Tal vez podría enseñarles a ambas.

La ama de llaves las condujo a sus habitaciones, que habían sido preparadas con evidente cuidado a pesar del estado general de deterioro de la mansión. Lucien evidentemente había contratado más personal con parte del dinero que Rockwell le había prestado. La habitación de Courtney estaba exactamente como la recordaba de su última visita. El mismo papel tapiz azul y crema, la misma vista de los jardines y, más allá, la extensión brillante del mar. Y, como de costumbre, estaba situada justo al final del pasillo de las habitaciones de Lucien. Qué conveniente.

Una vez a solas, se acercó a la ventana, disfrutando de la vista familiar. ¿Cuántas veces había estado en esta misma ventana,

esperando que Lucien regresara de sus paseos? ¿Cuántos sueños había tejido aquí, imaginando su futuro juntos en esta casa?

Esos sueños habían sido destrozados por su desaparición y luego remodelados por su regreso. La presión por ver qué podría ser ahora su relación hacía que sus hombros se encorvaran bajo el peso de la esperanza y las expectativas. La única pregunta que aún no había tenido el valor de hacer era: ¿Lucien seguía enamorado de su esposa?

Un suave golpe en la puerta interrumpió su ensoñación.

—Adelante —llamó, girándose desde la ventana.

Caitria entró, con expresión disculpándose.

—Perdone la interrupción, mi señora, pero Ava-Marie está desesperada por ver el mar. Ha estado encerrada unos días, así que un paseo la cansará para la tarde. Ya se ha lavado y cambiado, y me preguntaba si quizás nos acompañaría al sendero del acantilado. Está bastante insistente en que esperemos por usted.

Courtney sonrió.

—Por supuesto. Me encantaría mostrarles la vista. Es realmente espectacular.

Mientras caminaban juntas por el pasillo para recoger a Ava-Marie, Courtney sintió una sensación de bienestar, como si las piezas encajaran. Esta gran casa antigua, envejecida pero duradera, parecía darle la bienvenida como a una vieja amiga. Y si los recuerdos que albergaba eran agridulces, también eran preciosos. Contenían los cimientos sobre los que construir nuevos recuerdos con este Lucien cambiado y su encantadora hija.

Poco después, de pie al borde del acantilado, con la pequeña mano de Ava-Marie confiada en la suya mientras contemplaban el azul interminable donde el mar se encuentra con el cielo, Courtney se permitió tener esperanza.

Les mostró el estrecho sendero hacia la orilla, advirtiéndoles a ambas que tuvieran cuidado con la caída y que Ava-Marie nunca debía bajar sola a la playa, meterse al agua sin compañía ni aventurarse demasiado. Las corrientes eran peligrosas.

Caitria llevó a Ava-Marie a remojar los pies en el agua mientras Courtney se sentaba en la arena recordando haber espiado a Lucien

nadar desnudo cuando era joven y estaba con Lauren. En su primera visita allí, había decidido casarse con el apuesto hermano mayor de Lauren y unos años después, cuando él le propuso matrimonio, supo que sus sueños se habían hecho realidad.

Justo entonces, un cuerpo cayó en la arena junto a ella. Sabía quién era antes de volverse.

—Mi hija va a amar este lugar.

Se volvió para sonreírle.

—Es un lugar hermoso.

Su sonrisa desapareció.

—Lo será cuando yo lo arregle. ¿En qué estabas pensando antes de que me sentara?

Ella rio y sintió cómo se calentaban sus mejillas.

—Estaba recordando que te espiaba nadar aquí cuando tenía quince años. Ese fue el día que supe que quería casarme contigo.

—¿Era buen nadador entonces? —rio él.

—Más bien que nadabas desnudo, y como eras el primer hombre desnudo que había visto, me distraje.

Esta vez, las mejillas de Lucien se sonrojaron.

Ella continuó.

—A menudo nadábamos aquí después de comprometernos. Y la ropa de baño a menudo estaba ausente.

Antes de que él pudiera responder, Ava-Marie lo vio.

—¡Papá! —y corrió por la arena para lanzarse a sus brazos abiertos. —Me encanta este lugar. Quiero nadar todos los días.

Lucien la abrazó con fuerza y le besó la cabeza.

—Mientras haya un adulto contigo, podrás venir aquí tantas veces como quieras. Y, por supuesto, si te portas bien.

A Courtney le encantó cómo no le importaba que el vestido de Ava-Marie estuviera mojado y cubierto de arena; aun así, la abrazaba fuerte.

—Ahora creo que es hora de que Caitria te lleve a casa. Quiero hablar con Lady Courtney, ¿está bien?

La niña debía estar cansada, porque no se resistió. Pronto, solo el sonido de las gaviotas y las olas llenaba el silencio.

—Lord Danvers te acompañó hasta aquí. ¿Cómo se ha adaptado tu padre? Lauren estaba preocupada por él. —Era una conversación torpe, y se preguntó si alguna vez llegarían al punto de poder hablar de cualquier cosa y saber lo que el otro diría antes de hablar.

Lucien se recostó en la arena con las manos detrás de la cabeza.

—Parece estar mejor lejos de la ciudad. Todavía bebe demasiado, pero no creo que esté jugando. He dejado claro en la zona que nadie debe permitirle apostar. Incluso está viendo a una viuda del pueblo.

—Eso debe ser un alivio para ti. Sé que solo llevas diez días aquí, pero ¿qué más has descubierto desde que estás aquí solo?

Cerró los ojos contra el brillo del sol.

—Que entiendo la gestión de la finca, pero aún recibiría con gusto la opinión de Julian sobre algunas ideas que tengo. Rockwell también mencionó que debería seguir su ejemplo desarrollando un rebaño de Merino, pero no estoy seguro de poder arriesgarme.

Courtney se mordió el labio y se preguntó si podría hablarle sobre los molinos en los que las damas estaban invirtiendo. La hermandad seguía el consejo de Tiffany. Había investigado la demanda de la lana fina. El precio de sus acciones subía con la idea de un suministro más constante de lana Merino.

—Creo que Rockwell tiene razón y que el riesgo vale la pena.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Has estado estudiando el mercado de valores? —y se rio. Su risa murió al mirar su rostro.

Ella tragó saliva.

—Si queremos tener alguna posibilidad de ver si esta relación puede evolucionar en algo que ambos deseemos, debemos confiar el uno en el otro. ¿No crees? —y giró para mirarlo a los ojos.

Se incorporó sobre un codo, pero se tomó su tiempo para responder.

—Creo que la confianza sería una ventaja, ciertamente.

—Entonces, no deberíamos guardarnos secretos entre nosotros.

Él se encogió de hombros.

—Depende de los secretos de quién se trate. A veces una persona no puede compartirlos, aunque quiera, porque no es su

secreto para compartir.

Ella asintió.

—Tiene sentido. Entonces tal vez no pueda compartir este secreto porque no es solo mío, pero tendrás que confiar en mí cuando digo que sigas el consejo de Rockwell. No te arrepentirás.

Él levantó la mano y apartó un rizo rebelde de su mejilla.

—Me alegra que estés aquí.

Lucien observaba las olas lamer la orilla, su movimiento rítmico casi hipnótico. El sol de la tarde había comenzado su lento descenso hacia el horizonte, pintando el cielo con pinceladas de oro y ámbar que le recordaban los ojos de Courtney. A su lado, ella estaba sentada con las rodillas abrazadas, los brazos alrededor de ellas, las faldas extendidas en la arena como los pétalos de una flor. La brisa levantaba mechones de su cabello cobrizo, y él resistía el impulso de extender la mano y acomodarlos.

—Es hermoso aquí —dijo ella, rompiendo el silencio cómodo que se había instalado entre ellos después de que Caitria llevara a Ava-Marie de regreso a la casa—. Había olvidado cómo la luz lo cambia todo a esta hora del día.

—Me recuerda un poco a la costa irlandesa —se sorprendió diciendo él—. Aunque los acantilados allí eran más ásperos, más salvajes de alguna manera.

Ella se volvió a mirarlo, con curiosidad en sus ojos ámbar.

—¿La extrañas? ¿Irlanda?

Él consideró la pregunta, sorprendido de descubrir que la respuesta no era sencilla.

—Algunas cosas, sí —admitió—. Quizás la simplicidad. Saber exactamente quién era y lo que se esperaba de mí cada día. Sin obligaciones sociales complicadas, sin una fortuna familiar que restaurar.

—Sin recuerdos que recuperar —añadió ella suavemente.

Él asintió, sintiendo un giro familiar de culpa en el pecho.

—Sin los fantasmas de un hombre que no recuerdo haber sido.

Courtney trazó dibujos distraídos en la arena con la punta de los dedos, su expresión pensativa.

—Háblame de ella —dijo tras un momento—. De Ava.

La petición lo tomó por sorpresa, y se tensó ligeramente, sin saber cómo responder. Hasta ahora había logrado evitar esa conversación, pero allí, con el sol poniéndose y el mar susurrando secretos a la orilla, parecía imposible esquivar.

—¿Por qué querrías saber de ella? —preguntó, observando con atención el rostro de Courtney.

—Porque fue importante para ti —respondió Courtney con sencillez—. Porque te dio a Ava-Marie. Y porque creo que entender tu vida en Irlanda podría ayudarme a entender quién eres ahora.

Lucien suspiró, recogiendo un guijarro liso y dándole vueltas entre las manos.

—Ella era... vibrante —dijo por fin—. Llena de vida, siempre riendo o cantando, con ese cabello cobrizo salvaje que parecía encenderse con el sol. Me encontró después de que me hirieran... me cuidó hasta que me recuperé.

Se detuvo, eligiendo sus palabras con cuidado. La verdad sobre cómo Ava lo había engañado, fingiendo que estaban casados cuando no lo estaban, inventando un pasado ficticio para ellos, era algo que no podía compartir. Solo Rockwell y Farah conocían la verdad, y él pensaba mantenerlo así. La vergüenza, las implicaciones para la legitimidad de Ava-Marie, las consecuencias para su familia, para que Lauren y Madeline encontraran buenos matrimonios, demonios, incluso él necesitaba un buen matrimonio, serían devastadoras si la sociedad llegaba a enterarse. En realidad no conocía a esa mujer.

—¿La amabas? —preguntó Courtney, y aunque su voz era firme, él notó el leve temblor en su mano cuando sacudió la arena de su falda.

Capítulo Once

—Sí la amé —respondió con honestidad, mirando hacia el horizonte—. Ella fue mi ancla cuando no tenía nada más. Y cuando murió… —la garganta se le cerró—. Cuando murió, la lloré. Lloré a la madre de mi hija, a la mujer que me hizo sentir vivo.

Miró a Courtney, vio la suave compasión en sus ojos y continuó:

—Pero, al mirar atrás ahora, sabiendo lo que sé sobre quién era antes… —sacudió la cabeza—. Fue un tipo distinto de amor al que, al parecer, tuvimos. Más simple en algunos aspectos, pero también construido sobre un vacío donde deberían haber estado mis recuerdos. A ella no le importaba quién era yo, solo lo que podía hacer por ella. Solo quería escapar de su horrible vida de prostitución, y no puedo culparla por desearlo.

—No puedo imaginar lo desorientador que debe ser todo esto para ti —dijo Courtney, con una voz suave cargada de genuina compasión.

—Lo más duro fue enterarme de que me ocultaba cosas —admitió con cautela—. No solo sobre quién podría haber sido yo, sino sobre nuestra vida juntos. Pequeñas cosas al principio, que con el tiempo crecieron.

Lucien soltó una risa amarga.

—La ironía es que todavía no lo sé todo. Aún hay piezas del rompecabezas que no encajan del todo. —Pensó en la verdad que jamás podría compartir: que nunca se había casado con Ava, que Ava-Marie era ilegítima, y sintió de nuevo el nudo familiar de vergüenza y miedo en el estómago.

Courtney pareció percibir que había más de lo que él decía.

—¿Es por eso que ahora te cuesta confiar? ¿Porque ella no fue completamente sincera contigo?

Su percepción lo sobresaltó.

—Quizás —admitió—. ¿Cómo confiar en tu propio criterio cuando ha demostrado ser tan falible? ¿Cómo confiar en los demás cuando la única persona en la que te apoyabas por completo no fue del todo franca?

—La gente guarda cosas para sí misma por distintos motivos —señaló Courtney con suavidad—. No todos son maliciosos.

—No —coincidió él, encontrando su mirada—. No lo son.

La pregunta no pronunciada flotó entre ellos: ¿Pero cómo sé que puedo confiar en ti? No era justo para ella, lo sabía. No le había dado motivo alguno para dudar de su sinceridad. Pero las heridas que Ava había dejado seguían abiertas, sangrando cada vez que las tocaba.

—¿Qué buscas ahora, Lucien? —preguntó Courtney, ajustándose el chal alrededor de los hombros mientras la brisa de la tarde se intensificaba—. En una esposa, quiero decir. Sé que no tienes más opción que casarte por las finanzas de tu familia, pero seguramente también quieres ser feliz.

La franqueza de su pregunta lo sorprendió, pero esa nueva Courtney, más directa que la dama de sociedad de la que le habían hablado, le gustaba.

—Honestidad —dijo de inmediato—. Por encima de todo, honestidad. —La ironía de esa respuesta, considerando el secreto tan celosamente guardado sobre Ava-Marie, no se le escapó. La vergüenza le ardió en el pecho, pero la apartó. No era realmente deshonestidad, se dijo. Y no era solo su secreto, también era el de Ava-Marie. Era protección para su hija, para el nombre de su familia —. Alguien que me vea como soy ahora, no como el hombre que fui. Alguien que entienda que tal vez nunca recuerde mi pasado y que no espere que me convierta en alguien que no soy. Alguien que se conforme con vivir una vida sencilla en la finca y compartir la carga de mi título y mi lugar en este mundo.

—Eso suena razonable —dijo ella, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Y bondad —añadió él, animándose con el tema—. Alguien que pudiera amar a Ava-Marie como si fuera suya. Alguien inteligente, que pudiera desafiarme, hacerme pensar.

—¿Y pasión? —preguntó Courtney, con un destello travieso en los ojos—. Seguramente eso también importa.

El calor le subió por el cuello.

—Sí —admitió—. Eso también. —Ava había sido tan salvaje en la cama como lo era fuera de ella.

Ella rio, y el sonido se lo llevó el viento.

—Al menos eres honesto en eso.

No tan honesto como mereces, pensó él con amargura.

—¿Y tú? —preguntó en cambio—. ¿Qué buscas en un esposo? El señor Axton Fancot parece bastante atento.

Algo cruzó fugaz por los ojos de ella, quizás diversión, quizás exasperación.

—Axton es encantador y amable, y sí, atento. Pero… —se interrumpió, mirando hacia el mar.

—¿Pero? —la animó él, sorprendido por el pequeño pinchazo de celos que sintió al oír el nombre de Fancot.

—Pero no busco encanto ni atención —dijo lentamente—. Quiero a alguien que vea más allá de la Lady Courtney correcta que la sociedad espera. Alguien que entienda que tengo pensamientos y deseos propios, que soy más que un buen partido o una solución conveniente a un problema. Y quiero un esposo que capture mi corazón.

Su corazón estaba roto, y dudaba que alguna mujer pudiera repararlo.

—Y pasión, por supuesto —añadió ella con una pequeña sonrisa, repitiendo su propia confesión anterior.

—Por supuesto —coincidió él, devolviéndole la sonrisa a pesar del torbellino en su pecho.

Ella se volvió hacia él por completo, de pronto seria.

—¿Cómo lo sabemos, Lucien? ¿Cómo sabemos si podríamos construir algo real juntos, cuando ambos somos tan distintos de

quienes éramos antes?

Era la pregunta que lo perseguía desde su regreso a Londres. Desde el momento en que se dio cuenta de que la elegante y reservada Lady Courtney aún podía sentir algo por él, a pesar de todo lo ocurrido.

—No creo que podamos saberlo —dijo con sinceridad—. No con certeza. Pero quizá podamos descubrirlo juntos.

—¿Cómo? —preguntó ella, en un murmullo apenas audible por encima del sonido de las olas.

Lucien se inclinó un poco más cerca, atraído por la vulnerabilidad en sus ojos.

—Tenemos dos semanas aquí, lejos de las miradas indiscretas de Londres, lejos de las expectativas de la sociedad. Aprovechémoslas para conocernos de verdad tal como somos ahora. Para hablar, reír, ver si todavía hay algo entre nosotros que valga la pena construir.

—¿Un período de prueba? —preguntó ella, con un matiz divertido en la voz—. Qué pragmático, Lord Furoe.

—Prefiero llamarlo ser minucioso —replicó él, siguiendo su tono —. Nadie construye una casa sin antes examinar los cimientos.

Ella volvió a reír, y aquel sonido lo calentó más que el sol poniente.

—Muy bien. Dos semanas para descubrir si nos convenimos. Pero tengo condiciones.

—Por supuesto que las tienes —dijo él con sequedad, aunque sus labios se curvaron en una sonrisa contenida—. Vamos, cuéntamelas.

—Sinceridad absoluta —dijo ella, levantando un dedo—. Debemos prometer decir lo que pensamos, incluso cuando sea difícil. Nada de escondernos detrás de la cortesía o de las formalidades sociales.

Él asintió, ignorando el giro de culpa en su interior. No podía prometer sinceridad total, no aún. No sobre Ava-Marie. Pero sí podía ser honesto en todo lo demás.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Sin presiones —continuó ella, levantando un segundo dedo—. Si al final de estas dos semanas cualquiera de los dos siente que

esto no es correcto, nos separamos como amigos. Sin reproches, sin orgullo herido.

—Eso parece justo —concedió él—. ¿Algo más?

Un brillo travieso apareció en sus ojos cuando levantó un tercer dedo

—Pasión. Deseo. No puedo vivir sin saber que me quieres en tu cama.

A Lucien se le atascó la respiración en la garganta.

—¿Perdona?

—Me escuchaste —dijo ella, con un rubor encantador extendiéndose por sus mejillas a pesar de sus palabras audaces—. ¿Cómo podríamos determinar si nos convenimos sin poner a prueba la pasión? Es cuestión de investigación científica.

Él soltó una carcajada, sorprendido y encantado por ese lado inesperado de ella.

—¿Investigación científica, dices? Bueno, lejos de mí oponerme a la ciencia. —Se inclinó más, bajando la voz a un murmullo—. ¿Cómo propones que realicemos este experimento?

El rubor de ella se intensificó, pero sostuvo firme su mirada.

—Cuando se sienta correcto. No forzado, no planeado. Solo… correcto. Nos dejamos llevar. No es como si pudieras arruinarme dos veces.

Algo cambió entre ellos, una tensión que antes no estaba allí, o quizá había estado siempre pero no la habían reconocido. De pronto, Lucien se encontró dolorosamente consciente de la luz menguante, del aislamiento de la playa, de la forma en que los labios de ella se entreabrían mientras esperaba su respuesta.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. A las tres condiciones.

Podría haberla besado entonces. Una parte de él quería hacerlo, quería acortar la pequeña distancia entre ellos y descubrir si sus labios eran tan suaves como parecían, si ella respondería con la misma audacia sorprendente que había mostrado al hacer su petición.

Pero no sería correcto. Aún no. No con el peso de su secreto sobre Ava y Ava-Marie todavía acechándolo.

En cambio, se levantó, ofreciéndole su mano.

—Deberíamos regresar. La marea subirá pronto, y la cena nos estará esperando.

Ella tomó su mano, permitiéndole ayudarla a ponerse de pie, pero no lo soltó de inmediato.

—Lucien —dijo en voz baja—. Quise decir lo que dije sobre la honestidad. Pase lo que pase en Irlanda, los secretos que aún guardes, no te juzgaré por ellos. Cuando estés listo para compartirlos, te escucharé.

La simple oferta, hecha con tanta compasión genuina, casi lo desarmó. Por un momento, estuvo tentado a confesar todo sobre los grandes engaños de Ava que había descubierto tras su muerte, sobre su miedo de no ser capaz del tipo de amor que Courtney merecía. Pero la verdad sobre el nacimiento de Ava-Marie permanecía oculta, era un secreto que nunca revelaría.

En cambio, apretó suavemente su mano.

—Gracias —dijo, palabras insuficientes para las emociones que se agitaban dentro de él. Y para distraerla de los secretos, la atrajo a sus brazos y la besó.

Pasó la punta de su lengua sobre su labio inferior. Courtney inhaló profundamente, sorprendida por la repentina reacción femenina de su cuerpo ante sus atenciones. Su estómago se tensó en un puño de seda y el deseo floreció. Sus labios trabajaban tiernamente sobre los de ella. Era como si una fuerte marea oceánica la arrastrara, sabía que quería nadar, pero temía ahogarse en la corriente. Y aún no sabía si este hombre era su salvador o uno que podría romperle el corazón.

Su error fue mirar sus claros ojos verdes, porque la atraparon con puro calor. Incapaz de resistirse, se inclinó, y su lengua se deslizó para tocar la suya. Al pequeño suspiro que escapó involuntariamente de ella, el normalmente frío y contenido Lucien desapareció, y con un gemido tan lleno de deseo la atrajo profundamente hacia un abrazo, tomando sus labios firmemente pero con suavidad en un beso que era, oh Dios, familiar y diferente al mismo tiempo. La emocionaba y la asustaba. La asustaba porque estaba consumida por el deseo, la necesidad y el hambre… y este era un hombre que no la recordaba.

Sus manos se enredaron fuertemente en su cabello, sosteniendo su cabeza perfectamente para su invasión. Su cuerpo se presionaba contra el de ella, y ella acogía el calor que generaba. Sintió algo duro y largo presionando contra su estómago; sabía que iban demasiado rápido, pero su boca creaba sensaciones tan increíbles que simplemente se acercó más, rodeando su cuello con los brazos y gimoteando por más.

Él le dio más. Su lengua se adentró profundamente en su boca en un baile que exigía que ella siguiera. Luchaban por el dominio, con su lengua entrando en la boca de él como una reina al frente de su ejército. Él acogía la invasión, y otro gemido resonó profundo en su garganta mientras frotaba su dureza contra ella.

Esto era el cielo. Nunca quiso que el beso terminara, pero cuando sus hábiles dedos encontraron su pezón endurecido, sus rodillas cedieron y se desplomó en sus brazos.

Solo entonces rompió el beso. Respiró hondo y, con la frente tocando la de ella, murmuró con voz como brandy suave:

—Lo siento. Me dejé llevar un poco.

Ella pensó que era algo bueno. Él la deseaba.

—Supongo que podemos descartar pasión y deseo como algo que probar.

—O tal vez necesita una evaluación completa mientras estás de visita —dijo él, poniéndola de pie y tomando su mano—. Vamos. Necesitamos subir por el camino antes de que oscurezca demasiado.

Mientras subían por el sendero del acantilado, con el sol poniente proyectando largas sombras frente a ellos, Courtney se preguntaba qué podrían traer las próximas dos semanas. ¿Podría él aprender a confiar de nuevo, a abrir su corazón? Porque a menos que pudiera, Courtney no veía posibilidad de un futuro juntos. ¿Podrían construir algo verdadero y duradero, o él siempre se escondería detrás de esta fortaleza de miedo?

No lo sabía. Pero por primera vez desde su llegada a Inglaterra, se encontró esperando, realmente esperando, que él pudiera encontrar un camino que le permitiera vencer sus miedos.

¡Dos semanas! ¿Sería suficiente tiempo?

Capítulo Doce

El sol de la mañana se filtraba a través de las cortinas de encaje del dormitorio de Courtney en Danvers Hall, proyectando delicados patrones sobre el piso de madera pulida. Se había despertado temprano, con la mente aún llena del beso del día anterior. El recuerdo de la mano de Lucien entre la suya mientras regresaban al hall hacía que su pulso se acelerara incluso ahora.

Tras vestirse con una sencilla bata matutina de muselina verde suave, bajó las escaleras con la esperanza de encontrar a Serena para un desayuno tranquilo antes de que la casa despertara por completo. Los pasillos aún conservaban la tranquilidad de la mañana temprano, y se movía con cuidado, sin querer perturbar la atmósfera pacífica.

Al pasar por la biblioteca, notó que las puertas francesas que daban a la terraza estaban entreabiertas, dejando entrar el cálido aire de verano. Voces se filtraban por la abertura, voces masculinas que parecían estar en una conversación seria. Se detuvo, reconociendo el tono mesurado de Julian y la voz más profunda de Lucien, con su ligera inflexión irlandesa.

Deben estar dando un paseo matutino por los jardines, pensó, avanzando hacia las puertas para saludarlos. Pero algo en su tono la hizo vacilar justo dentro de la biblioteca, oculta tras las pesadas cortinas de terciopelo.

—Las cifras son preocupantes, lo concedo —decía Julian, con la neutralidad cuidadosa que usaba al tratar asuntos particularmente

delicados—. Pero no insuperables, con la inversión y el tiempo adecuados.

—El tiempo es algo que tengo en muy poca cantidad —respondió Lucien, con un tinte de frustración—. Los acreedores se vuelven más insistentes cada semana. Algunos ya han amenazado con acciones legales.

La mano de Courtney se fue a la garganta. ¿Acciones legales? Ella había pensado que el préstamo de Rockwell los mantenía a raya.

—¿Cuánto estimas que se necesitaría? —preguntó Julian—. ¿Para restaurar la finca a plena productividad y saldar las deudas inmediatas?

Hubo una larga pausa, durante la cual Courtney pudo escuchar el suave crujido de la grava bajo sus pies mientras caminaban. Cuando Lucien volvió a hablar, su voz estaba cargada del peso de la responsabilidad.

—Tres mil libras, como mínimo. Quizá más, dependiendo de cuán extensas resulten las reparaciones en las casas de los arrendatarios. El techo del granero principal necesita un reemplazo completo, y el sistema de drenaje de los campos del sur ha fallado por completo.

El aliento de Courtney se cortó. Tres mil libras era una suma enorme, más de lo que muchas familias ganaban en toda una vida. Pero su fondo de inversión administrado por Tiffany era mayor que eso. Su propia dote era sustancial, quince mil libras. Su dinero sería suficiente.

—¿Y sin esa inversión? —insistió Julian con suavidad.

—La finca seguirá decayendo —dijo Lucien con frialdad—. Los agricultores no podrán pagar sus rentas, más abandonarán sus tierras, y en pocos años no quedará nada más que campos vacíos y edificios en ruinas. Mis hermanas no tendrán perspectivas, y Ava-Marie… —Su voz se desvaneció, la implicación era clara.

—Entiendo —dijo Julian, con el tono cuidadoso que Courtney conocía bien—. ¿Y crees que el matrimonio proporcionaría el capital necesario?

La franqueza de la pregunta hizo que el corazón de Courtney latiera con fuerza contra sus costillas. Se pegó más a las sombras,

sabiendo que debía retroceder, pero incapaz de apartarse de una conversación que concernía tan directamente a su futuro.

—Un matrimonio con una mujer de medios sustanciales ciertamente ayudaría —respondió Lucien con cuidado—. La cuestión es si puedo encontrar a alguien dispuesto a asumir tal carga.

—¿Alguien como mi hermana?

Las palabras quedaron flotando en el aire entre ellos, y Courtney sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies. La pregunta de Julian no llevaba acusación, sino la preocupación protectora de un hermano que necesitaba comprender los motivos de cualquier hombre que cortejara a su hermana.

La respuesta de Lucien tardó tanto que Courtney comenzó a preguntarse si respondería alguna vez. Cuando finalmente habló, su voz apenas se escuchaba.

—Tu hermana merece algo mejor que un hombre que necesita su fortuna para salvar a su familia de la ruina.

—Eso no es lo que pregunté —insistió Julian, con el tono un poco más firme—. Pregunté si por eso la trajiste aquí. Si su dote era la atracción principal.

Otra larga pausa, durante la cual Courtney podía escuchar su propio corazón retumbando en sus oídos. Apretó la cortina con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—No voy a mentirte, Julian —dijo finalmente Lucien, con la voz áspera por la emoción—. Cuando consideré por primera vez cortejar a Courtney, su dote era… un factor significativo. La situación de mi familia es desesperada, y tengo responsabilidades que no puedo ignorar. El futuro de Ava-Marie, las perspectivas de mis hermanas… todo depende de mi capacidad para restaurar nuestra fortuna.

La confesión golpeó a Courtney como un golpe físico. Sabía, intelectualmente, que las consideraciones financieras jugaban un papel en la mayoría de los matrimonios de su clase. Pero escucharlo expresado tan abiertamente, saber que su valor había sido calculado en libras y chelines…

—Pero —continuó Lucien, con la voz fortaleciéndose—, si el dinero fuera mi única preocupación, hay otras herederas que serían elecciones mucho más prácticas. La hija de Lady Pemberton tiene

diez mil libras y ha dejado claro que recibiría mis atenciones. Miss Hartwell tiene veinticinco mil y menos complicaciones familiares. Y ninguna de las dos me mira como si fuera un fantasma.

—Entonces, ¿por qué Courtney? —preguntó Julian en voz baja.

—Porque es la única mujer que he conocido desde que regresé de Irlanda que me hace sentir que podría ser capaz de amar de nuevo —dijo Lucien, como si las palabras le fueran arrancadas—. Porque cuando estoy con ella, quiero algo más que la mera supervivencia. Porque mientras ella puede mirarme como si me conociera, también me ve y ve mis defectos y aun así me quiere.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Courtney, su enojo por las consideraciones mercenarias de él en guerra con la alegría por su confesión de sentimientos más profundos.

La voz de Lucien se quebró ligeramente.

—La sociedad sigue recordándome que soy un caballero y no un simple agricultor. Sin embargo, no me parece honorable cortejar a una dama por su dote cuando no sé si puedo ofrecerle lo único que desea: mi corazón.

—Pero no te estás aprovechando de ella —dijo Julian con suavidad—. Estás siendo honesto sobre tus circunstancias. Hay una diferencia.

—¿La hay? —La risa de Lucien fue amarga—. ¿Cuándo estoy cortejando a una mujer cuya dote podría resolver todos mis problemas? ¿Cuándo la invito a mi finca, mostrándole lo que podría ser suyo, sabiendo que su apego hacia mí podría nublar su juicio sobre la realidad financiera?

Courtney se llevó la mano a la boca, sofocando un sollozo. Podía escuchar la angustia genuina en su voz, el conflicto entre sus sentimientos por ella y las necesidades de su familia.

—Estás suponiendo que ella es ingenua respecto al dinero —señaló Julian—. Courtney siempre ha sido práctica con los asuntos financieros. Entiende la realidad de tu situación.

—Eso espero —preguntó Lucien—. ¿O se estará preguntando si mis sentimientos son genuinos, o simplemente el resultado de la desesperación? ¿Cuestionaría cada palabra de afecto, cada gesto de

ternura, preguntándose si está motivado por amor o por mi necesidad de su herencia?

La pregunta tocó el corazón de los propios temores de Courtney. Incluso ahora, escuchando su confesión conflictiva, se preguntaba cuánto de su creciente afecto hacia ella era genuino y cuánto estaba influenciado por su desesperación financiera.

—Solo sé honesto con ella —dijo Julian con comprensión—. El amor lleva tiempo. Mira a Serena y a mí. A Serena le llevó una eternidad darse cuenta de que me amaba. Ten paciencia contigo mismo. Relájate y ve si puedes desarrollar sentimientos por mi hermana. Ella merece la oportunidad de ganarse tu corazón de nuevo.

—Me temo que mi corazón está irrevocablemente roto —admitió Lucien—. Me importa, Julian. Más de lo que pensé posible después de todo lo que he pasado. Pero no puedo separar mis sentimientos de las necesidades de mi familia. Están entrelazados de maneras que ni yo mismo entiendo del todo.

—Courtney es fuerte. Más fuerte que tú o yo.

—Casarse conmigo significa asumir cargas que no le corresponden —dijo Lucien en voz baja—. Que su dote no se usaría para proveer comodidad a nuestros futuros hijos, sino para pagar las deudas de juego de mi padre y el descuido de mi finca. ¿Qué mujer elegiría eso voluntariamente?

—Una mujer que te ama —dijo Julian sencillamente.

—El amor no debería requerir tal sacrificio —respondió Lucien—. Ella merece algo mejor que un esposo que necesita su fortuna para sobrevivir.

El corazón de Courtney se apretó al escuchar el auto-desprecio en su voz. Allí estaba un hombre dividido entre sus crecientes sentimientos por ella y su sentido del honor, entre las necesidades de su familia y el deseo de no cargarla con problemas que no eran suyos.

—Quizá —dijo Julian con cuidado— estás subestimando a mi hermana. Quizá estás tan concentrado en protegerla de ti mismo que le estás negando la posibilidad de tomar su propia decisión.

—O quizá la estoy protegiendo de tomar una decisión de la que se arrepienta —replicó Lucien—. Cuando el brillo romántico se desvanezca y ella se dé cuenta de lo que ha asumido, ¿qué entonces? Cuando vea cuánto de su herencia ha ido a reparar muros en ruinas y pagar viejas deudas, ¿me seguirá mirando con la misma calidez?

El dolor en su voz era inconfundible, y Courtney sintió que su enojo por sus consideraciones mercenarias empezaba a suavizarse. Este no era un cazador de fortunas calculador que perseguía fríamente su dote. Era un hombre atormentado por circunstancias fuera de su control, luchando por equilibrar sus sentimientos con sus responsabilidades.

—Estás anticipando problemas —observó Julian—. Suponiendo lo peor antes de darle la oportunidad de demostrar que te equivocas.

—¿Lo hago? —preguntó Lucien—. ¿O estoy siendo realista sobre lo que significaría casarse conmigo? Ella podría tener a cualquier hombre en Londres. ¿Por qué debería conformarse con uno que solo trae problemas y deudas?

—Porque —dijo Julian con tranquila convicción— ella ve algo en ti que tú no ves en ti mismo. Porque ya te ha elegido, complicaciones financieras incluidas. La pregunta es si eres lo suficientemente valiente para confiar en su juicio.

El silencio cayó entre ellos, y Courtney pudo escuchar el distante canto de los pájaros de la mañana y el susurro de las hojas en el jardín. Su mente giraba con todo lo que había escuchado, intentando ordenar el enredo de emociones que habían despertado las palabras de Lucien.

—No sé si puedo —dijo finalmente Lucien, con voz apenas audible—. No sé si podría soportar ver la decepción en sus ojos cuando se dé cuenta de lo que estaría asumiendo.

—Entonces no la conoces tan bien como crees —replicó Julian—. Mi hermana ha enfrentado decepciones antes. Tú moriste y yo la vi reconstruirse tras la desolación total. Es más fuerte de lo que crees.

—Quizá —concedió Lucien—. A veces pienso que sería más fácil casarme con una mujer que no me importara y que a su vez no me importara a mí.

Sus voces comenzaron a desvanecerse mientras se alejaban más en el jardín, y Courtney se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. La soltó lentamente, con la mente aturdida por todo lo que había escuchado.

Apretó la cortina, con los nudillos blancos. Una parte de ella se sintió herida por su franca admisión de que su fortuna había sido un factor en su cortejo. Pero la angustia en su voz, su miedo a no ser suficiente para ella, hablaban de algo más profundo que el mero cálculo.

El sonido de pasos sobre la grava se acercaba. Estaban regresando.

Courtney se apartó rápidamente de las ventanas, con el corazón latiendo con fuerza. Necesitaba tiempo para pensar, pero no allí donde podrían descubrirla espiando. Se deslizó fuera de la biblioteca y se apresuró hacia el comedor, con la mente girando con todo lo que había aprendido.

Lucien no era un cazador de fortunas, era un hombre que luchaba con elecciones imposibles. La pregunta era: ¿qué iba a hacer ella al respecto?

Se detuvo en el umbral del comedor, escuchando las voces acercarse a la biblioteca detrás de ella. Cualquiera que fuera su decisión, definiría no solo su futuro, sino el tipo de mujer que elegía ser.

—¿Courtney? —Serena apareció al otro extremo del pasillo, ya vestida para el día—. Te has levantado temprano. ¿Desayunamos juntas?

—Sí —dijo Courtney, forzando una sonrisa—. Creo que hoy me vendría bien algo de compañía.

Pero incluso mientras seguía a Serena al comedor, sus pensamientos permanecían fijos en la conversación que había escuchado. Lucien había llamado a su corazón "irrevocablemente roto", pero, ¿y si estaba equivocado? ¿Y si los corazones podían sanar, dadas las circunstancias adecuadas?

¿Y si ella estaba dispuesta a asumir ese riesgo?

Capítulo Trece

Dejando atrás su indiscreción, poco después de desayunar Courtney bajó la amplia escalera y encontró a Lucien esperándola en el vestíbulo, vestido con ropa de montar. Lucien se veía tanto como su antiguo yo con esa ropa que su corazón no pudo evitar latir un poco más rápido.

—Te has levantado temprano —dijo ella, sintiéndose culpable—. ¿Dónde están los demás?

—Lord Julian y el señor Roberts se fueron al amanecer a inspeccionar los límites del norte —explicó Lucien, con la mirada aparentemente apreciando el sencillo vestido azul de paseo que ella había elegido—. Serena está ayudando a Ava-Marie con un proyecto de dibujo, y Caitria está organizando el guardarropa de la niña. Crece tan rápido, y necesita ropa nueva.

—Así que estamos solos —observó Courtney, con un ligero rubor al recordar su intimidad en la playa el día anterior. No podía sacarse de la cabeza su beso y había dado vueltas en la cama toda la noche.

La sonrisa de Lucien tenía un dejo de picardía.

—No del todo. Hay sirvientes alrededor. Pero esperaba que quisieras acompañarme a dar un paseo. Hay algo que quiero mostrarte. Una cabaña que encontré el otro día. Puede que sepas quién vive allí, porque no está en la lista de propiedades arrendadas, pero creo que está en mis tierras.

La curiosidad encendida, Courtney aceptó de inmediato.

—Tendré que cambiarme.

—No hace falta —dijo él—. Pensé que podrías montar conmigo en mi caballo. Como cuando estabas aprendiendo.

La sugerencia le provocó un cosquilleo de expectación.

—¿Los dos? Eso no es nada apropiado, Lord Furoe.

—Si mal no recuerdo, insinuaste que la corrección nunca nos preocupó cuando estábamos aquí —la retó, sus ojos verdes brillando con diversión—. Además, el lugar que quiero mostrarte es difícil de encontrar si no conoces el camino.

Media hora después, iban montados en el fuerte alazán de Lucien, con Courtney sentada de lado delante de él, su espalda estaba sostenida por su fuerte brazo. La intimidad de la posición no pasaba inadvertida para ninguno de los dos. Ella acomodó la falda lo más modestamente posible sobre sus piernas, con el brazo de él rodeándole la cintura para equilibrarla, sus cuerpos pegados por necesidad.

Se alejaron de la casa, tomando un sendero a través del bosque que se abría hacia praderas onduladas. El día estaba gloriosamente cálido, el campo rebosaba de la abundancia veraniega. Pájaros revoloteaban por los setos, conejos se dispersaban a su paso y flores silvestres se mecían con la suave brisa.

—He estado explorando la finca desde que llegué —explicó Lucien mientras subían una loma suave—. Tratando de reconectar con la tierra, de entender lo que pudo significar para mí antes.

—¿Y te ha servido? —preguntó Courtney, disfrutando del calor sólido de su cuerpo detrás de ella—. ¿Sientes ahora conexión con ella?

Él lo meditó un momento.

—No de la manera en que lo hace mi padre, no con el peso de generaciones de recuerdos. Pero siento… responsabilidad. Protección. —Guio al caballo alrededor de un tronco caído—. Es extraño. No tengo recuerdos de haber crecido aquí, y aun así me siento en paz aquí.

—Siempre dijiste que era el único lugar donde podías ser tú mismo —observó Courtney.

—Exactamente. —El aprecio en su voz la reconfortó.

Al llegar a la cima de la colina, Courtney supo adónde se dirigían, y su pulso se aceleró. Pronto Lucien detuvo al caballo. Ante ellos, en un pequeño valle protegido, se alzaba una pintoresca cabaña de piedra. Un arroyo burbujeaba junto a ella, y un pequeño jardín, descuidado, pero aún con rastros de cuidadosa plantación, rodeaba la vivienda. Humo se elevaba de la chimenea, señal de que había alguien dentro.

—Es exactamente como la recuerdo —dijo Courtney.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó él—. ¿Quién vive aquí?

—Tu antiguo guardabosques y su esposa. Tu padre les regaló la cabaña por sus años de servicio. Es de ellos —respondió Courtney—. Ellos… —No podía decirle. Aún no.

Lucien desmontó y la bajó, sus manos demorándose en su cintura más de lo necesario antes de soltarla. Tomándola de la mano, la condujo cuesta abajo hacia la cabaña, con el caballo siguiéndolos.

—Hace tres días cabalgaba solo, dejando que mi mente divagara —explicó mientras caminaban—. No seguía ningún camino en particular, dejaba que el caballo eligiera. Y de algún modo, terminamos aquí.

Cuando se acercaban a la cabaña, la puerta se abrió y una anciana salió, secándose las manos en el delantal. Su rostro curtido se iluminó con una amplia sonrisa al verlos.

—¡Lord Lucien! ¡Ha vuelto! —exclamó—. ¡Y ha traído a Lady Courtney, como en los viejos tiempos!

—Señora Baxter —saludó ella con calidez—, buenos días. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que estuve aquí. Es un gusto verla tan bien.

La mujer se apresuró hacia ellos, sus ojos azules brillando de emoción.

—Me alegra tanto verlos juntos otra vez. Cuando supimos que había vuelto de entre los muertos, le dije a George enseguida: "Ahora traerá a su dama a vernos, acuérdate de mis palabras". ¡Y aquí están!

Lucien lanzó a Courtney una mirada interrogante, y ella se adelantó.

—La señora Baxter solía hacer tu pastel de caza favorito, y veníamos a visitar a los Baxter solo para que pudieras comer una porción. ¿Y cómo está el señor Baxter? —preguntó, tomando las manos encallecidas de la mujer entre las suyas.

—Tan amable como siempre, mi lady, George está fuerte como un roble, aunque un poco rígido cuando hace frío —respondió la señora Baxter con una sonrisa radiante—. Pasen, pasen. Acabo de sacar un pastel de conejo del horno y voy a poner la tetera.

Dentro, la cabaña estaba ordenada y acogedora, con una pequeña sala presidida por una robusta mesa de roble y muebles cómodos, aunque gastados. Hierbas secas colgaban de las vigas del techo, y una colección de animales tallados en madera adornaba la repisa de la chimenea. Un gran gato naranja dormitaba junto al hogar, abriendo perezosamente un ojo para evaluar a los visitantes antes de volver a dormir.

La señora Baxter se afanó en preparar el té mientras Lucien y Courtney tomaban asiento en la mesa.

—George está revisando las trampas de conejos —explicó—. Sentirá mucho no haberlos visto. Siempre decía que usted era el mejor tirador de entre los jóvenes caballeros, milord.

Lucien aceptó la información con un leve asentimiento, aunque Courtney veía las preguntas en sus ojos. Se inclinó hacia él, bajando la voz.

—George te enseñó a disparar. Lo querías y lo extrañaste mucho cuando se jubiló, así que lo visitabas seguido —explicó—. Tú traías piezas de caza, y yo traía lana para que la señora Baxter la hilara y tejiera. Enseñaste a pescar a su nieto Tommy.

La comprensión se encendió en sus ojos.

—Gracias —murmuró.

La señora Baxter regresó con una bandeja repleta de té, pan fresco y un pastel dorado cortado en rebanadas.

—Bueno, entonces —dijo, sentándose frente a ellos y ofreciendo un plato a Lucien—, cuéntenmelo todo. Hemos oído historias tan extrañas de que usted estaba en Irlanda todo este tiempo, sin memoria de quién era. ¡Y la pobre Lady Courtney tan firme, esperándolo!

Courtney sintió el calor subirle a las mejillas, pero Lucien respondió con calma.

—Es cierto, me temo —dijo—. Me hirieron durante la rebelión y perdí toda memoria de mi vida anterior. Solo hace poco he logrado volver a casa. Y lamento decir que no la recuerdo a usted ni a George.

La señora Baxter chasqueó la lengua con simpatía.

—Qué terrible para ustedes. Pero se han encontrado de nuevo, y eso es lo que importa. —Los miró con expresión radiante, como si fueran amantes reconciliados—. Esta cabaña ha visto muchos de sus momentos felices, ¿verdad?

Courtney se sonrojó más aún, escondiendo su vergüenza con un sorbo apresurado de té. ¿Qué habían hecho exactamente allí en el pasado?

Lucien parecía igualmente desconcertado.

—¿Ah, sí? —preguntó con cautela.

La señora Baxter soltó una risita.

—Oh, no se preocupe, mi lord. George y yo siempre hemos sido discretos. El amor joven necesita sus momentos privados, después de todo.

Le guiñó un ojo a Courtney, que casi se atragantó con el té.

—A menudo nos íbamos al pueblo los días de mercado y regresábamos para encontrar que la cabaña había sido… visitada. Pero siempre estaba todo en orden, y había un par de faisanes o un buen pescado como regalo de agradecimiento.

Courtney evitó la mirada de Lucien, mortificada y fascinada a la vez. Podía ver las preguntas en sus ojos. ¿Habían usado esa cabaña para sus encuentros secretos? El dibujo que había hecho de él, su única noche juntos antes de que él partiera a Irlanda, ¿había ocurrido allí?

—Qué amables de nuestra parte —logró decir Lucien, con un matiz de diversión en la voz.

—Muy amables, sin duda —asintió la señora Baxter—. Y hemos guardado su secreto todos estos años, incluso después de que se creyera que usted había muerto, mi lord. Ni una palabra a nadie.

—Y le agradecemos su discreción —dijo Courtney, recuperando la compostura. Le lanzó a Lucien una mirada que claramente decía: *ni se te ocurra preguntar de qué secreto se trata.*

Pasaron otra media hora con la señora Baxter, escuchando sus chismes del pueblo y relatos de lo ocurrido durante la ausencia de Lucien. Cuando se despidieron, prometiendo volver con lana e hilo de mascar para el señor Baxter, Courtney pudo ver que Lucien estaba tanto encantado por el evidente afecto de la mujer hacia ellos como cada vez más curioso por lo que realmente había pasado en aquella cabaña durante sus días de cortejo.

Cuando montaron de nuevo al caballo y emprendieron el regreso, el brazo de Lucien la sostuvo con más firmeza contra él, con su mano curvándose con posesividad en torno a su cintura.

—Así que —dijo, en voz baja junto a su oído— parece que tenemos un historial de impropiedad, lady Courtney.

Ella pudo oír la sonrisa en su voz y no pudo evitar responderle.

—Así parece, lord Furoe.

—¿Quieres iluminarme sobre qué secreto ha estado guardando la señora Baxter todos estos años?

Courtney giró la cabeza para mirarlo, sus rostros a apenas unos centímetros.

—No tengo idea —dijo, aunque sus mejillas sonrojadas sugerían lo contrario—. No recuerdo nada… indebido.

—Mentirosa —dijo él suavemente, con la mirada bajando a sus labios. Por un momento, ella pensó que volvería a besarla, pero en su lugar espoleó al caballo, estrechándola más contra él.

—No importa. Supongo que tendremos que crear nuevos recuerdos para reemplazar los que he perdido.

La sugerencia quedó flotando entre ellos, tentadora y llena de promesas. Courtney volvió a mirar al frente, recostándose apenas en su abrazo, disfrutando de la fuerza sólida de su cuerpo detrás de ella.

—Quizás lo hagamos —admitió, con su voz llevada por la brisa veraniega—. Después de todo, acordamos una evaluación exhaustiva.

Su risa retumbó contra su espalda, y durante el resto del trayecto viajaron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos sobre los secretos que la cabaña pudo haber presenciado y los que aún podría guardar.

La realidad rompió el ensueño apenas llegaron a los establos. El jefe de mozos de cuadra dijo que había un problema con una de las yeguas, así que Courtney regresó sola a la casa. Pronto, Caitria la arrastró a jugar a las escondidas en el jardín con Ava-Marie.

Al llegar el final del día y mientras se vestía para la cena, Courtney se dio cuenta de que amaba estar allí. Podía imaginarse construyendo una vida maravillosa con Lucien, Ava-Marie y los hijos que pudieran llegar en el futuro.

Esperaba que Lucien pensara lo mismo. Al bajar las escaleras hacia el comedor, admitió que estaba volviendo a enamorarse de Lucien. Se engañaba a sí misma. Nunca había dejado de amarlo, ni siquiera cuando él no podía recordarla. Ella tenía memoria suficiente para los dos. Rezaba para que él tuviera espacio en su corazón herido para amarla de nuevo.



Al día siguiente la lluvia persistente confinó la reunión dentro de la casa. Después del desayuno, Julian y Serena anunciaron que se dedicarían a escribir cartas en el salón de la mañana, mientras Caitria llevaba a Ava-Marie al cuarto de juegos para tomarle medidas para ropa nueva. Sin mucho más que hacer, Lucien le sugirió a Courtney un recorrido por la casa.

—Pero si ya conozco la casa —señaló ella, divertida.

—Sí, pero yo no —replicó él—. No realmente. Sería agradable escuchar historias.

El pedido la conmovió profundamente.

—Me encantaría, aunque no conozco todos los secretos de tu familia —dijo en voz baja.

Comenzaron en la galería de retratos, donde Courtney señaló a los antepasados cuyas historias recordaba que Lucien le había

contado. Luego fueron a la sala de música, donde ella evocó noches con Lauren al pianoforte mientras Lucien y su padre jugaban al ajedrez junto al fuego.

—Eras terrible en el ajedrez —le recordó, sonriendo ante el recuerdo—. Tu padre te ganaba en diez movimientos, y tú decías que era porque la música de Lauren te distraía.

—¿De verdad era tan malo? —preguntó él, escéptico.

—Horrible —confirmó ella riendo—. Preferías mucho más las cartas: tenías una memoria excelente para recordar qué cartas se habían jugado.

—Eso sigue siendo cierto —admitió él—. Lo descubrí en Irlanda, en las partidas del pub local. Es una de las pocas habilidades que parece haber sobrevivido a mi pérdida de memoria.

Después pasaron a la biblioteca, un gran salón con estantes que iban del piso al techo y cómodos sillones cerca de los ventanales. A pesar de los años de abandono, seguía siendo imponente, aunque la mayoría de los muebles estaban cubiertos de fundas y el aire tenía el olor añejo de las habitaciones cerradas y los libros viejos.

—Siempre fue mi habitación favorita —dijo Courtney, acariciando los lomos de los volúmenes encuadernados en cuero—. Pasábamos horas aquí, discutiendo libros, debatiendo sobre filosofía.

Se detuvo ante un estante de poesía.

—Solías leerme a Keats en días lluviosos como este.

Lucien se acercó, lo bastante como para que ella sintiera el calor que irradiaba su cuerpo.

—¿De veras? —preguntó en voz baja—. ¿Qué poemas me gustaban?

Ella sacó un volumen del estante, con la encuadernación familiar entre sus dedos. Al abrirlo, encontró una flor prensada, un nomeolvides, marcando una página. Una oleada de emociones la envolvió. Recordaba haber puesto esa flor en el libro para señalar su poema favorito.

—Bright Star —dijo, con un temblor en la voz al entregarle el libro—. Este era tu favorito.

Lucien tomó el libro, sus dedos rozando los de ella en el intercambio. Bajó la mirada a la página marcada, con una expresión

pensativa, y empezó a leer.

—"Estrella brillante, ojalá fuera tan firme como tú… no en solitaria grandeza colgada en lo alto de la noche…"

Su voz, más profunda ahora con un ligero acento irlandés, dio a las palabras familiares una nueva resonancia. Courtney cerró los ojos, dejándose envolver por el poema.

Cuando terminó, el silencio en la biblioteca parecía cargado de emoción. Ella abrió los ojos y lo encontró observándola, con algo indefinible en la mirada.

—Solías decir que te recordaba lo que sentías por mí —dijo en voz baja—. Constante, inquebrantable.

—Es un poema hermoso —admitió él—. Aunque ahora lo encuentro más bien melancólico. Ese deseo de permanecer para siempre en un momento perfecto, sabiendo que el tiempo tarde o temprano lo arrasará.

Ella dio un paso más cerca, atraída por la honestidad de su voz.

—Quizás por eso resonaba contigo entonces. Estabas pensando en irte a Irlanda, y nosotros tratábamos de aferrarnos a nuestros últimos momentos juntos antes de volver al brillo de la sociedad londinense.

Él dejó el libro a un lado, sin apartar los ojos de los de ella.

—¿Y ahora? ¿Qué resuena contigo ahora, Courtney?

La franqueza de la pregunta la tomó por sorpresa.

—Esperanza. Esperanza en un nuevo futuro —respondió tras un instante—. La esperanza de que podamos crear nuevos momentos que valga la pena conservar, aunque sean distintos de los que vinieron antes.

Algo cambió en su expresión: un ablandamiento, una vulnerabilidad que ella no había visto antes. Extendió la mano y con sus dedos ásperos apartó con suavidad un mechón de cabello de su rostro.

—Creo que me habría gustado el hombre que fui contigo —dijo en voz baja—. Suena más reflexivo que el joven lord imprudente del que todos hablan.

—Era ambas cosas —contestó ella con sinceridad—. Reflexivo en privado, encantador y a veces temerario en público. Pero siempre

sincero en sus afectos.

Su mano se detuvo en su mejilla.

—¿Y qué hay del hombre que soy ahora? ¿Cómo se compara?

—Es más directo, con un dejo de misterio —dijo ella, inclinándose apenas hacia su caricia—. Más centrado. Menos preocupado por las expectativas de la sociedad, pero más cargado de responsabilidad. Y… —vaciló un segundo antes de continuar— lleva heridas que lo hacen cauto, sobre todo con el corazón.

Él no lo negó.

—Esas heridas quizás nunca sanen del todo —advirtió, ahora con la palma posada en su mejilla—. No puedo prometer ser el hombre que recuerdas.

—No te lo estoy pidiendo —respondió Courtney, con el corazón acelerado por su cercanía—. Lo único que quiero es conocer al verdadero hombre que está contenido dentro del viejo Lucien. Solo sé tú.

Por un momento, pensó que volvería a besarla, pero en su lugar retiró la mano y dio un paso atrás.

—Muéstrame más de la casa —dijo, con la voz un poco más áspera que antes—. Quiero comprender todos los lugares donde construimos recuerdos juntos.

Ella lo condujo por la planta principal, compartiendo anécdotas y recuerdos, observando su rostro en busca de algún destello de reconocimiento. No hubo ninguno, pero su interés era genuino, sus preguntas, reflexivas. Parecía decidido a entender el pasado compartido que no podía recordar.

Su recorrido finalmente los llevó de nuevo a la sala de retratos, donde generaciones de los Danvers los miraban desde marcos dorados. Lucien se detuvo frente a una imagen de sí mismo a los veinte años, vestido formalmente con las galas de un vizconde, su expresión era seria salvo por un atisbo de picardía en sus ojos verdes.

—Parezco un señorito mimado —observó con un toque de ironía —. No se ve ni una dureza en mí, me atrevo a decir.

Courtney estudió el retrato, viéndolo a través de sus ojos.

—Fuiste criado para ser vizconde —dijo suavemente—, no un granjero. Pero siempre tuviste más sustancia que la mayoría de los jóvenes nobles de la alta sociedad.

Se acercó a un retrato de una hermosa mujer de cabello oscuro, su madre, la condesa, pintada en la plenitud de su vida.

—Lauren dice que tengo sus ojos —comentó.

—Los tienes —confirmó Courtney—. Y su terquedad, según tu padre.

Un atisbo de sonrisa tocó sus labios.

—Eso sí puedo creerlo.

Casi habían completado el recorrido por la sala cuando se toparon con un retrato que Courtney había olvidado: ella misma a los dieciocho años, pintada poco después de su presentación en sociedad. Llevaba un vestido de seda dorada pálida, su cabello castaño rojizo peinado en rizos a la moda, y sus ojos color ámbar brillaban con juventud y promesa.

—Eras...eres...hermosa —dijo Lucien, observando el retrato con evidente admiración.

—Lord Danvers lo encargó después de que se anunciara nuestro compromiso —explicó ella, sintiéndose extrañamente cohibida—. Quería un retrato de su futura nuera para colgar junto a los de la familia.

Lucien la miró.

—¿Y ahora? ¿Te sentarías para otro?

Capítulo Catorce

La pregunta llevaba implicaciones que aceleraron su pulso. Era el momento de hablar de sus sentimientos.

—Eso dependería de si hay una razón para que vuelva a estar incluida en la galería familiar —respondió con cuidado.

Su mirada era firme, inquisitiva.

—Creo que podría haberla —dijo, con voz baja—. Como tú, de repente tengo esperanzas.

—Sé que el dinero es una necesidad en tu matrimonio, pero no soy la única mujer con una dote decente.

—Eso es muy cierto. Si solo buscara dinero en un matrimonio, no te estaría cortejando a ti. Hay opciones menos complicadas. Quiero más de un matrimonio que dure el resto de mi vida e involucre a Ava-Marie.

La alegría floreció en su pecho, matizada por la cautela.

—Todavía tenemos mucho que aprender el uno del otro —le recordó. Sobre todo quería conocer lo que había en su corazón, pero tenía demasiado miedo de insistir. Además, se habían prometido dos semanas.

—Sí —coincidió él—, las tenemos.

Un silencio cómodo cayó entre ellos, interrumpido solo por el golpeteo de la lluvia contra las ventanas. Courtney era muy consciente de su presencia a su lado: su altura, su porte, el sutil aroma a sándalo y cuero que parecía acompañarlo.

—Debería ver cómo está Ava-Marie —dijo finalmente—. Gracias por el recorrido. Me ha dado mucho en qué pensar.

—De nada —respondió ella, observando cómo se dirigía hacia la puerta. Se detuvo en el umbral, volviendo la mirada hacia ella.

—Courtney —dijo, con voz seria—. Sé que aún no puedo darte certeza, sobre nosotros, sobre lo que siento. Pero quiero que sepas que estoy intentando abrir mi corazón de nuevo, confiar. No me resulta fácil.

La simple honestidad de sus palabras la conmovió profundamente.

—Lo sé —dijo suavemente—. La mayoría de las cosas que valen la pena rara vez se consiguen con facilidad.

Él asintió, pensativo, y luego la dejó sola con los retratos de sus antepasados, y con su yo más joven, cuyos ojos pintados parecían guardar secretos y esperanzas que su yo presente apenas comenzaba a redescubrir.

La lluvia continuó durante la tarde, golpeando con constancia las ventanas mientras se reunían en el pequeño comedor familiar para la cena. El espacio era íntimo en comparación con el gran comedor formal, con una mesa que acomodaba cómodamente a diez personas. Velas titilaban en candelabros de plata, proyectando un cálido resplandor sobre los presentes.

La conversación fluyó fácilmente durante la comida. Julian habló con entusiasmo sobre el estado de los campos del norte de la finca, mientras Serena describía el libro que estaba leyendo a Ava-Marie, un relato de caballeros y dragones que había cautivado la imaginación de la niña. Caitria, normalmente reservada, compartió anécdotas divertidas sobre los intentos de Ava-Marie de esconderse de ella en la gran casa.

Courtney se encontró observando a Lucien durante toda la comida. Parecía más relajado que la última vez que lo había visto desde su regreso a Inglaterra, riendo de las historias de caza de Julian y haciendo preguntas reflexivas sobre el potencial de la finca. El papel de señor del campo le sentaba bien, se dio cuenta, quizás mejor que el de caballero londinense jamás lo había hecho. Encajaba allí, pero parecía que adaptarse a la vida en Londres le resultaba mucho más difícil. Se preguntó si, de casarse, él querría pasar la mayor parte del tiempo allí. ¿Sería ella feliz con ese tipo de vida?

Cuando retiraron el último plato, Ava-Marie tiró de la manga de su padre.

—Papá, ¿puedo tocar el pianoforte para todos? La tía Lauren me ha estado enseñando, y espero practicar mientras estoy aquí para mostrarle cuánto he mejorado cuando volvamos a casa.

El silencio recibió la mención de Ava-Marie sobre su hogar en Londres. Courtney sabía que Lucien consideraba esta finca como su hogar. Él sonrió a su hija.

—Si crees que estás lista. —Ava-Marie aplaudió con alegría.

Se dirigieron al salón de música, donde Ava-Marie, con la ayuda de Serena, tocó una sencilla melodía con notable concentración. Sus pequeños dedos aún eran torpes sobre las teclas, pero su determinación se reflejaba en su ceño fruncido y la punta de su lengua atrapada entre los dientes.

Cuando terminó, todos aplaudieron entusiastamente, haciendo que la niña brillara de orgullo.

—Mi hermana también toca maravillosamente —dijo Julian, mirando a Courtney con calidez—. Tal vez nos deleite con una pieza.

—¡Oh, sí, por favor! —exclamó Ava-Marie, deslizándose del banco para hacer espacio—. Papá dice que todas las jóvenes deben aprender a tocar, así que sé que tú también debes poder porque eres una dama de verdad.

¿Dama de verdad? Tendría que hablar con Ava-Marie sobre ese comentario. ¿Alguien la había hecho sentir inadecuada? Courtney se sentó frente al instrumento, encontrando las teclas con facilidad y práctica.

—¿Alguna petición? —preguntó, mirando a Lucien.

—Lo que te inspire —respondió él, manteniendo su mirada en la de ella un instante más de lo necesario.

Empezó con una sonata de Mozart, lo suficientemente conocida como para tocar sin concentración total, permitiéndole observar la sala mientras interpretaba. Julian y Serena se sentaron juntos en un pequeño sofá, con las manos entrelazadas. Caitria tenía a Ava-Marie en su regazo, en un cómodo sillón junto a la chimenea. Y Lucien, Lucien estaba de pie junto al pianoforte, observándola con una intensidad que casi hacía que sus dedos titubearan sobre las teclas.

Mientras tocaba, recordó veladas como aquella en su primer y último viaje a su casa como prometida, antes de que él partiera a Irlanda. Cómo se paraba en ese mismo lugar, pasando las páginas de su música, alcanzando ocasionalmente para rozar sus dedos cuando los demás no miraban. Esos toques furtivos eran emocionantes entonces, la promesa de caricias más íntimas cuando finalmente se casaran.

Al terminar la pieza, Lucien fue el primero en aplaudir, con expresión de aprecio.

—Hermoso —dijo sencillamente—. ¿Tocarías algo más?

Ella asintió, comenzando una canción de iglesia de Bach, las notas melancólicas llenando la sala con dulce tristeza. Esa había sido su pieza, la que tocó la noche antes de que él partiera a Irlanda, la noche en que finalmente cedieron a la pasión que había crecido entre ellos durante meses. El juego semiprivado y los besos en la cabaña ya no eran suficientes. No si él se iba.

Al mirar hacia arriba, vio que él se conmovía con su interpretación. Se acercó más, con su mano descansando sobre el pianoforte, a pocos centímetros de su hombro.

—Esto era importante para nosotros —dijo en voz baja, dirigida solo a ella.

—Sí —confirmó ella, sin interrumpir el flujo de la música—. La toqué la noche antes de que te fueras. Nuestra última noche juntos.

La comprensión amaneció en sus ojos.

—La noche en que nosotros…

—Sí —lo interrumpió ella, con un rubor que le subió a las mejillas —. Esa noche.

Su mirada se oscureció, descendiendo un instante hasta sus labios antes de volver a sus ojos.

—Ojalá pudiera recordarla —murmuró.

—Yo también lo desearía —respondió en voz baja—. Fue un momento muy especial para mí… para nosotros. —Era la primera vez que compartía un pesar, pero no le importaba. Él necesitaba entender lo que sentía.

La noche llegó a su clímax, sus dedos arrancaron emoción de las teclas que reflejaban el tumulto en su corazón. Cuando las notas

finales se desvanecieron, la sala permaneció en silencio varios latidos, como si todos los presentes hubiesen sido transportados por la música.

—Creo que ya pasó la hora de dormir de alguien —observó Caitria al fin, notando cómo la cabeza de Ava-Marie se había apoyado contra su hombro.

—Pero no estoy cansada —protestó la niña, contradiciéndose de inmediato con un enorme bostezo.

Lucien cruzó hacia su hija, levantándola en brazos con la facilidad de la costumbre

—Despídete de todos, pequeña.

Ava-Marie se despidió obedientemente, con los brazos rodeando el cuello de su padre mientras él la sacaba de la sala. El corazón de Courtney se encogió al contemplar la escena: la ternura con la que sostenía a su hija, la suavidad con que besaba su frente. El modo en que todavía la llevaba a dormir él mismo, como lo hacía en Irlanda, sin importar que tuviera personal para encargarse de ello.

—Bien —dijo Julian, levantándose de su asiento—, creo que yo también me retiraré. Ha sido un día largo.

—Yo subiré en un rato —respondió Serena—. No he tenido oportunidad de ponerme al día con Courtney —y le sonrió a su cuñada con amabilidad. Le haría bien hablar con Serena sobre las emociones que la envolvían.

Cuando las damas se quedaron solas, Serena preguntó:

—¿Pido té o prefieres algo un poco más fuerte, como un jerez?

—Jerez, creo.

—¿Así está la cosa?

Courtney se encogió de hombros y suspiró.

—A veces lo miro y veo a mi antiguo Lucien y, en otras, le veo esa mirada atormentada y siento su dolor. No sé cómo ayudarlo ni qué quiere de mí.

Serena le tendió una copa de jerez.

—Creo que sigue siendo el hombre honorable que era hace tantos años y que se siente atrapado. Necesita dinero, y sabe que un matrimonio contigo se lo traería, pero le gustas y no quiere atraparte en un matrimonio que puedas llegar a lamentar.

—No es eso. Podría casarse por dinero mañana mismo. Conozco varias familias adineradas con hijas casaderas que saltarían ante la oportunidad de un título… y él es lo bastante apuesto para hacer girar la cabeza a cualquier mujer. No. Hay otra cosa que lo preocupa. Si no supiera más, diría que es algo relacionado conmigo lo que lo inquieta. —Courtney no pudo evitar sentir que él le ocultaba algo—. ¿Has oído algo de lo que yo no me haya enterado?

Serena negó con la cabeza.

—Nada.

Ella suspiró.

—Quizás no tiene nada que ver conmigo, sino que sigue tan enamorado de su esposa que la idea de volver a casarse le resulta repugnante.

—Puede que tengas razón. Pero su esposa lleva muerta dos años. —Serena se golpeó la frente con la mano—. Perdón, hablo sin pensar. Tú lo has llorado cinco años. —Se quedaron en silencio antes de que su cuñada añadiera—: Tal vez tengas razón. Quizás piensa que sería más fácil casarse con alguien que no lo ame, porque así no se vería obligado a corresponderle.

Courtney sabía que Serena tenía razón. Tenía que tenerla.

—¿Crees que si me amó antes podría volver a amarme? ¿La gente tiene segundas oportunidades?

—No lo sé. Él no es el mismo hombre, pero debes preguntarte si vale la pena arriesgarse a intentarlo.

La respuesta le vino a la mente antes de que Serena terminara la frase.

—Sí. Lo vale. Lo perdí una vez y no pienso perderlo de nuevo. —Jamás había expresado ese pensamiento, pero era lo que sentía. Tenían amistad. Tenían deseo y pasión. Seguramente, con el tiempo, el amor llegaría. O tal vez lo amaría ella lo suficiente por los dos.

Serena se levantó y le dio un beso en la mejilla.

—En el fondo sabes lo que quieres hacer. —Y, al caminar hacia la puerta, añadió—: Es un buen hombre. Tiene una hija encantadora. Y con tu dote podrías cambiar la fortuna de su familia. Podrías tener la vida con la que siempre soñaste. Yo diría que vale la pena luchar por eso.

Y esa era la verdad.

Tras la partida de Serena, Courtney permaneció al pianoforte, tocando distraídamente fragmentos de distintas piezas mientras reflexionaba sobre los sucesos del día. La disposición de Lucien a explorar su pasado compartido, su franqueza al hablar de su lucha por volver a confiar… eran señales prometedoras. Sin embargo, sentía que todavía guardaba algo. Su amor por su esposa era la fortaleza que se interponía entre ellos.

—Ha sido hermoso —la voz de Lucien la sacó de su ensueño. Había regresado al salón de música y ahora estaba en el umbral, mirándola.

—Gracias —dijo ella, deteniendo sus dedos sobre las teclas—. ¿Ava-Marie ya está dormida?

—Casi de inmediato se durmió —confirmó él, entrando en la sala.

Se acercó al pianoforte, su alta figura estaba recortada por la luz del fuego. Más temprano, con su ropa de montar, había parecido el granjero que había sido en Irlanda: capaz, práctico, fuerte. Ahora, vestido para la cena con atuendo de gala, volvía a parecer más un aristócrata, aunque ambas identidades ya no parecían estar en conflicto dentro de él.

—Julian parece impresionado con el potencial de la hacienda —observó Courtney, llenando el silencio que se había asentado entre ellos.

—Ha sido increíblemente útil —asintió Lucien—. Tiene una cabeza para las mejoras agrícolas que admiro. Estamos discutiendo la posibilidad de introducir nuevos reproductores para las ovejas, aunque la inversión necesaria es considerable.

—¿Los cruces de Merino de los que habló Rockwell? —preguntó ella, recordando su conversación anterior en la playa.

Él asintió, con una expresión curiosa.

—Escuché tu consejo y lo hablé con Julian.

Ella sonrió, sin ofrecer explicación sobre su conocimiento.

—Uno recoge cosas en los salones de baile. Además, Julian siempre está hablando de su último emprendimiento agrícola en las reuniones familiares.

Lucien la estudió un momento, como si intentara conciliar ese conocimiento práctico con la dama consumada que tocaba a Bach con tanta expresividad.

—Sigues sorprendiéndome, lady Courtney.

—Espero que no sea algo desagradable —respondió ella, dejando que sus dedos tocaran un acorde suave.

—Al contrario. —Se sentó a su lado en el banco, y la proximidad le provocó a ella un estremecimiento consciente—. Descubro que disfruto que me sorprendas.

Estaban lo bastante cerca como para que sus hombros se rozaran, la seda de su manga contra la fina lana del frac de él. Courtney era intensamente consciente de su muslo presionando el suyo a través de las capas de su vestido, de su aroma limpio y masculino mezclado con el leve rastro de brandy después de la cena.

—Toca otra cosa —le pidió suavemente—. Algo que disfrutes.

Ella comenzó un delicado impromptu de Mozart, las notas corriendo como agua bajo sus dedos. Lucien observaba sus manos, pensativo.

—Mencionaste que pasábamos tiempo en la cabaña de la señora Baxter —dijo de pronto—. ¿Qué hacíamos allí, exactamente?

Courtney casi falla una nota ante su pregunta directa.

—Estábamos... juntos —respondió evasiva, concentrándose en la música.

—¿Solos? —insistió él, con un matiz divertido en la voz.

—Sí —admitió, con las mejillas encendidas.

—¿Sin compañía?

Ella suspiró, renunciando a toda pretensión de decoro.

—Sí, Lucien. Sin compañía. Salíamos a cabalgar, supuestamente para cazar, dibujar o recoger especímenes botánicos, y a veces parábamos en la cabaña.

—¿A hacer qué, exactamente? —Su tono era ahora juguetón, sus ojos brillando con picardía.

Courtney dejó de tocar y lo miró de frente.

—Si quieres saberlo, hablábamos, leíamos, a veces simplemente nos sentábamos juntos junto al fuego. Y sí, en ocasiones nos... besábamos.

—¿Solo besos? —preguntó él, con la voz más baja.

—Principalmente —respondió ella, manteniendo la mirada a pesar de su rubor—. Aunque pudo haber algo de... exploración. Nada que comprometiera mi virtud —añadió rápidamente—. No hasta esa última noche antes de que volviéramos a Londres y tú a Irlanda.

La expresión de Lucien se suavizó; la broma dio paso a algo más profundo.

—Ojalá pudiera recordarlo —dijo otra vez, con un dejo de pesar —. No solo lo físico, sino la intimidad de aquello: conocerte tan bien, estar tan cómodo juntos como para compartir esos momentos privados.

Su honestidad la conmovió profundamente.

—Podemos construirlo de nuevo —dijo ella en voz baja—. No tiene que ser igual, pero puede ser igual de significativo.

Él extendió la mano, sus dedos recorriendo suavemente la curva de su mejilla.

—Eres extraordinariamente paciente conmigo —observó—. La mayoría de las mujeres ya se habrían rendido.

—Tal vez yo no sea la mayoría de las mujeres —respondió, inclinándose apenas hacia su caricia.

—No —convino él, rozando con el pulgar su labio inferior—. Ciertamente no lo eres.

La tensión entre ellos era palpable, una cosa viva que parecía latir con cada golpe de su corazón. Sus ojos bajaron a su boca, y ella supo que estaba pensando en besarla otra vez.

En cambio, él se apartó un poco, aunque su mano permaneció en su mejilla.

—Deberíamos retirarnos —dijo, con la voz más áspera—. Se está haciendo tarde.

La decepción se reflejó en ella, pero asintió.

—Por supuesto.

Él se levantó, ofreciéndole la mano para ayudarla a incorporarse. Cuando ella puso sus dedos en los suyos, él no los soltó de inmediato, sino que llevó su mano a los labios para darle un beso que fue a la vez caballeroso y profundamente íntimo.

—Buenas noches, Courtney —dijo, sus ojos conteniendo promesas que sus palabras no expresaban—. Duerme bien.

—Buenas noches, Lucien —respondió ella, retirando su mano a regañadientes. Al subir las escaleras hacia su alcoba, aún sentía la huella de sus labios en la piel, una sensación fantasma que la acompañó en sus sueños. ¿Estaba lista para buscar más?

No cuando su corazón todavía estaba lleno de amor por Ava. ¿Cómo podía competir ella por sus afectos con un fantasma? Esperaba no tener que hacerlo. ¿Podía un hombre amar dos veces en su vida o, en el caso de Lucien, tres veces? Había amado a Courtney una vez; de eso estaba segura.

Dicen que el tiempo sana, y tenía que admitir que después de cinco años finalmente había comenzado a considerar la idea de casarse de nuevo, pero no esperaba volver a amar. El fantasma de Lucien todavía llenaba su corazón, así que podía entender su situación. ¿Podría Lucien amar de nuevo? ¿O todo lo que podría ofrecer sería afecto? Se dio la vuelta en su fría cama y supo que no sería suficiente. No cuando él una vez más comenzaba a llenar su corazón.



Lucien observó a Courtney subir las escaleras, con su lindo trasero balanceándose de manera provocativa, y el deseo de seguirla y arrastrarla a su habitación, a su cama, casi lo abrumaba. Pero ¿cómo podría hacerlo cuando todavía tenía demasiado miedo de decirle la verdad? ¿Qué pensaría ella de él? ¿De Ava-Marie?

Teniendo este tiempo con Courtney, sabía en su corazón que ella nunca usaría el conocimiento del nacimiento de Ava-Marie para lastimarlo a él o a su hija. Pero ahora no sabía cómo decírselo sin revelar su desconfianza inicial.

¿O era simplemente que temía lo que ella pensaría de él? Un hombre engañado por una mujer, y un hombre que todavía se había enamorado de Ava y la amaba después de todo lo que ella había hecho. ¿Existió alguna vez un tonto mayor?

Se lo diría cuando regresaran a Londres. No quería arruinar el recuerdo de su tiempo aquí.

Mientras yacía en la cama, solo, los pensamientos de besar cada centímetro de la deliciosa piel cremosa de Courtney llenaban su mente. No pasó desapercibido para él que, por una vez, no eran los pensamientos de Ava los que lo mantenían despierto hasta casi el amanecer.

Capítulo Catorce

Los días que siguieron cayeron en un ritmo agradable. Las mañanas solían pasarse explorando la finca, con Lucien mostrando orgulloso a Courtney las mejoras que había comenzado a implementar basándose en las sugerencias de Julian. Las tardes podían traer una visita al pueblo, donde Lucien se iba reencontrando poco a poco con los habitantes locales, o tranquilas horas junto a Ava-Marie, que se deleitaba con los relatos de Courtney y sus pacientes lecciones en el pianoforte.

Cada día, Courtney notaba cambios sutiles en Lucien. Sus sonrisas surgían más fácilmente, su risa era más frecuente. Hablaba más abiertamente de su tiempo en Irlanda, compartiendo anécdotas divertidas sobre la vida en el pueblo y sus intentos de dominar las técnicas de cultivo. Cuando hablaba de Ava, lo hacía con una honestidad melancólica que reconocía tanto el amor que habían compartido como el dolor de su muerte.

Una pausa en la persistente lluvia de Dorset llevó a Julian a sugerir una excursión de pesca. Los hombres partieron con cañas y buen ánimo, dejando a las damas a su aire.

Serena, alegando dolor de cabeza, se retiró a su habitación, mientras Caitria llevó a Ava-Marie a los jardines de la cocina para recoger verduras para la cena. Al encontrarse inesperadamente sola, Courtney decidió explorar más la finca, atraída por el bosque de campanillas azules que se extendía más allá de los jardines formales.

El bosque estaba en calma, con la luz moteada del sol filtrándose a través del dosel y formando dibujos en el suelo. Aunque las

campanillas hacía tiempo que se habían marchitado, la maleza estaba exuberante de helechos y flores silvestres de finales de verano. Courtney siguió un sendero angosto, disfrutando de la soledad y de la oportunidad de ordenar sus pensamientos.

Su mente volvía una y otra vez a Lucien, a la creciente naturalidad entre ellos, a los momentos de conexión que sugerían que quizá pudieran forjar algo significativo de las ruinas de su pasado. Sin embargo, sentía que él todavía se contenía, que aún protegía una parte de sí mismo. Protegía su corazón maltrecho. Ella entendía la pérdida mejor que nadie: había perdido a Lucien hacía cinco años. Los corazones eran órganos delicados. Requerían mucho para recuperarse.

Tan absorta estaba en sus pensamientos que casi no vio el pequeño claro que se abría adelante. Solo cuando salió de entre los árboles se dio cuenta de adónde la habían llevado sus pasos: a un claro escondido, con un banco de piedra que daba a un pequeño estanque natural. El lugar le resultaba dolorosamente familiar, un refugio privado donde ella y Lucien solían escapar durante sus visitas a Danvers Hall.

Tomando asiento en el banco, Courtney cerró los ojos, dejando que los recuerdos la envolvieran. Allí, lejos de la casa y de los siempre vigilantes sirvientes, habían compartido confidencias, sueños y besos cada vez más apasionados. Fue en ese mismo lugar donde Lucien le había dicho por primera vez que la amaba, nervioso a pesar de su habitual seguridad, con sus ojos verdes sinceros al confesar unos sentimientos que habían crecido durante meses.

—Imaginé que podría encontrarte aquí.

La voz de Lucien la hizo sobresaltarse. Al abrir los ojos, lo vio de pie al borde del claro, con la caña de pescar en la mano y el rostro inescrutable.

—Julian y yo terminamos antes de lo esperado —explicó, acercándose al banco—. Él volvió a la casa, pero te vi entrar en el bosque y te seguí.

—¿Cómo supiste de este lugar? —preguntó, haciéndole espacio a su lado.

Él se sentó, dejando la caña a un lado.

—Lo descubrí pocos días después de llegar aquí —dijo—. Me pareció… tranquilo. He venido varias veces a pensar.

—Solíamos venir aquí juntos —le dijo Courtney—. Era nuestro lugar especial, lejos de todos.

Él asintió, sin sorpresa.

—Lo sospechaba. Hay un grabado en la parte trasera del banco: nuestras iniciales dentro de un corazón. Muy romántico.

Ella sonrió al recordarlo.

—Lo hiciste después de que aceptara tu propuesta. Te regañé por dañar la propiedad de tu familia.

—¿Me disculpé? —preguntó, con un brillo travieso en la mirada.

—Eventualmente —respondió, ampliando la sonrisa—. Después de dejarme sin aliento a besos.

Él rio, el sonido resonando en el claro.

—Empiezo a pensar que era todo un bribón antes de perder la memoria.

—Solo conmigo —lo corrigió ella, disfrutando de la naturalidad entre ambos—. En público eras el modelo de la corrección. Por eso nadie sospechaba lo apasionadamente que nos sentíamos el uno por el otro.

Un silencio cómodo cayó entre ellos mientras miraban las aguas quietas del estanque. Los pájaros cantaban en los árboles y, de vez en cuando, una salpicadura marcaba la aparición de un pez en la superficie.

—No atrapé nada —admitió Lucien, señalando su cesta vacía—. Al parecer mis habilidades no sobrevivieron a la pérdida de memoria.

—Nunca fuiste particularmente paciente con la pesca —le recordó Courtney—. Preferías la caza, algo más activo.

Él asintió, reflexionando.

—Tiene sentido. He descubierto que prefiero estar en movimiento a quedarme quieto. En Irlanda no podía permanecer bajo techo mucho tiempo, ni siquiera con mal tiempo. Necesitaba trabajar la tierra, sentir que lograba algo tangible.

—¿Es eso lo que quieres ahora? —preguntó ella—. ¿Una vida de actividad y propósito?

Él la miró con gesto pensativo.

—Sí, pero no solo trabajo físico. Quiero restaurar esta finca, hacerla productiva de nuevo. Quiero dar seguridad a mi hija, a mis hermanas, a cualquier otro hijo que pueda tener si Dios es generoso, ojalá varones. —Titubeó antes de añadir en voz baja—: Con quien comparta mi futuro.

La implicación flotó entre ellos, delicada como cristal soplado. El corazón de Courtney se aceleró, pero mantuvo la compostura.

—¿Sientes algo por mí? —insistió, necesitando escucharlo con claridad.

Él tomó su mano, sus dedos cálidos contra los de ella.

—No me gustó que Fancot te prestara atención —dijo sencillamente—. Eso debe significar algo. Soy posesivo contigo, y me gustas.

—¿Y eso es suficiente? —preguntó ella en voz baja.

Sus ojos se oscurecieron.

—También hay deseo —dijo, con un tono bajo que le erizó la piel —. Contigo siento cosas que no sentía desde… desde antes. Diferentes a lo que tuve con Ava, pero no menos intensas.

El aliento de Courtney se entrecortó con esa confesión.

—Yo también lo siento —admitió.

Él apretó un poco más su mano.

—¿Pero es suficiente para ti? No puedo prometerte el mismo amor que aparentemente compartimos antes. No sé si soy capaz de volver a amar de esa forma.

La pregunta era sincera, su vulnerabilidad evidente en la tensión de su mandíbula y la mirada escrutadora en sus ojos. Courtney meditó su respuesta con cuidado, consciente de que sus palabras podían definir el futuro que tendrían juntos.

—No necesito el mismo amor —dijo al fin—. Yo no soy la misma mujer, y tú no eres el mismo hombre. Lo que construyamos ahora será diferente, pero eso no significa que no pueda ser igualmente valioso, igualmente profundo a su manera.

—Quiero ser feliz. Tengo que casarme de nuevo, y quiero que ese matrimonio sea feliz. Creo que sería feliz contigo. Así que tienes que pensar de verdad si este es un riesgo que estás dispuesta a asumir. ¿Será feliz nuestro matrimonio si no puedo darte mi corazón

y terminas por resentirme? Ese sería el peor desenlace que podría imaginar.

Ella dio un paso atrás. Qué posición imposible. Casarse con él ahora sin su corazón, o alejarse y renunciar a la posibilidad de que pudiera volver a amarla.

—Lo único que siempre hemos compartido, y una de las razones por las que me enamoré de ti y confié en ti, fue tu honestidad. Eso no ha cambiado. —Alzó la vista al cielo y cerró los ojos—. Si acepto casarme contigo, nunca llegaría a resentirte porque sería mi decisión. Viviría con las consecuencias de mi elección. Eso es lo justo.

Un destello de alivio cruzó su rostro.

—Eres realmente extraordinaria —dijo, atrayéndola hacia sí, con su otra mano apartando un mechón de cabello de su rostro.

—Es curioso si lo piensas. Tú sigues enamorado de Ava, y yo sigo enamorada de un Lucien que ya no existe. Los dos estamos enamorados de fantasmas.

Él parpadeó ante sus palabras, pero no negó seguir amando a su difunta esposa.

—¿Te habrías vuelto a casar si yo no hubiera regresado? —preguntó, apretando su mano.

—Creo que sí. He tenido cinco años de soledad para pensar en lo que podría ser mi futuro. Lo que quiero de un matrimonio.

—¿Y cómo sería eso? —preguntó él, con genuina curiosidad.

—Respeto —respondió de inmediato—. Confianza. Compañerismo. Un propósito compartido. —Hizo una pausa, un rubor subiendo a sus mejillas—. Y sí, atracción física. Pero el amor sigue siendo importante. Quizá el amor pueda crecer desde esas bases. No necesita existir completamente formado desde el principio. Lo vi en el matrimonio arreglado de mis padres.

Lucien estudió su rostro, como si quisiera memorizar cada rasgo.

—Te deseo —dijo con voz ronca—. Desde el momento en que te vi en la ópera, ha habido algo… innegable entre nosotros.

Impulsivamente, ella se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra los de él. Él respondió de inmediato, una mano sujetando la nuca de ella mientras profundizaba el beso. A diferencia

de su encuentro en la playa, este fue pausado, exploratorio, un redescubrimiento más que una conquista.

Cuando por fin se separaron, ambos un poco sin aliento, el aire entre ellos parecía cargado de posibilidades.

—Deberíamos volver a la casa —dijo Lucien a regañadientes—. Se preguntarán adónde hemos ido.

—Que se lo pregunten —respondió Courtney, sintiéndose insólitamente atrevida—. Saben por qué estoy aquí y nos darán privacidad.

Él rio suavemente.

—Aun así, Julian sigue siendo tu hermano y no quiero incomodarlo. Además, le prometí a Ava-Marie que esta tarde la llevaría a montar. Su primera lección de verdad.

La mención de su hija devolvió la realidad al primer plano. Lo que creciera entre ellos tendría que incluir a Ava-Marie, un hecho con el que Courtney se sentía cada vez más cómoda. La niña se había ganado su corazón con sus preguntas entusiastas y su afecto sincero. Pero ¿sería la niña un recordatorio constante de la mujer a la que él aún amaba?

—Entonces deberíamos irnos —aceptó ella, levantándose del banco—. No querría privarla de su lección.

Lucien se puso en pie también, recogiendo sus cosas de pesca. Mientras atravesaban el bosque de regreso, él buscó su mano, entrelazando sus dedos con los de ella en un gesto que resultaba a la vez protector y posesivo.

—¿Nos acompañarás? —preguntó—. A la lección de equitación. Ava-Marie estaría encantada.

La invitación, aparentemente simple, se sintió significativa: una inclusión en lo más preciado de su vida.

—Me encantaría —respondió ella, apretándole suavemente la mano.

Al salir del bosque hacia la luz de la tarde, Courtney sintió en su pecho una ligereza que no había sentido en años. No, no era el mismo amor que habían compartido antes. Pero tal vez, solo tal vez, podría ser algo incluso mejor.

—Ese fue un gran suspiro —comentó él, apretándole la mano.

—Mañana partimos a Londres. Estas dos semanas han pasado volando.

—Lo sé, todos estamos ocupados empacando, pero esta noche, después de la cena, ¿podemos hablar en privado sobre nuestra situación? ¿En la biblioteca, quizá?

El corazón de ella dio un vuelco. Era el momento. Tenía que tomar su decisión… ¡esa misma noche! Sonrió con valentía para mostrar que no tenía miedo, aunque las piernas ya comenzaban a temblarle.

—Me encantaría —respondió.

Capítulo Quince

Lucien recorría de un lado a otro la biblioteca, las brasas agonizantes en la chimenea proyectaban largas sombras sobre la alfombra gastada. Se detuvo ante la ventana, mirando los terrenos de Danvers Hall iluminados por la luna. La finca parecía apacible, eterna… tan distinta de su humilde cabaña en Irlanda. Y sin embargo, en estas dos últimas semanas, ese lugar había empezado a parecerle un hogar, o un sitio donde podría construir uno. Probablemente porque estaba lejos de las miradas y las lenguas viperinas de la alta sociedad.

Sus dedos jugueteaban con la pequeña caja de terciopelo en su bolsillo. Contenía el anillo de su madre: un zafiro rodeado de diamantes que el conde le había puesto en la mano esa misma mañana, instándole a hacer lo que se esperaba de él. Eso era justamente el problema. Él quería algo más de un matrimonio que dinero. Podría ser feliz con Courtney, ¿verdad? El estómago le dio otro vuelco.

No dejaba de resultarle irónico. Allí estaba, a punto de proponerle matrimonio a una mujer a la que no recordaba haber amado, mientras seguía cargando con el peso del engaño de Ava. Su corazón era como un campo de batalla donde pasado y presente libraban una guerra sin fin.

El suave clic de la puerta al abrirse lo hizo girarse. Courtney estaba en el umbral, parecía un sueño envuelta en un sencillo vestido de noche azul profundo que hacía que su cabello cobrizo brillara como cobre bruñido a la luz del fuego. Estaba hermosa. Y

parte de la tensión de sus hombros desapareció. Sus ojos color ámbar contenían una pregunta mientras ella vacilaba en el umbral.

—Viniste —dijo él, con las palabras saliéndole más entrecortadas de lo que pretendía.

—Tú me lo pediste —respondió ella con sencillez. No había coquetería, ni juegos, solo honestidad. Eso era lo que más lo atraía de ella, se dio cuenta. En un mundo donde lo habían engañado tan profundamente, su naturaleza directa era como un faro. Quería confiar en ella.

Ella cruzó la habitación para unirse a él junto a la ventana, lo bastante cerca como para que él captara el sutil aroma a rosas que parecía rodearla.

—Es una noche hermosa —observó ella.

—Lo es —asintió él, aunque sus ojos permanecían en su rostro y no en la vista—. Courtney, estas dos últimas semanas…

—Han sido encantadoras —lo interrumpió ella, con una pequeña sonrisa en los labios—. He disfrutado volver a conocerte. Y odio decirlo, pero no eres tan distinto del hombre al que no recuerdas.

La garganta de él se le cerró con una emoción inesperada.

—¿De verdad?

Ella se volvió del todo hacia él.

—Bueno, tal vez en parte sí. Sospecho que cinco años cambian a las personas, Lucien. Ya sea viviendo una vida distinta en Irlanda o en Londres, llorando lo que creí perdido.

Él tomó sus manos entre las suyas, maravillándose de lo bien que encajaban.

—Lo que siento por ti es… complicado —admitió—. Te admiro: tu inteligencia, tu franqueza, tu amabilidad con Ava-Marie.

—La adoro. Es parte de ti —dijo ella con sencillez—. Eso lo hace fácil.

—Me gustas —prosiguió él, eligiendo con cuidado cada palabra—. Más que gustarme. Me descubro pensando en ti cuando estamos separados, buscándote con la mirada cuando entras en una habitación. Respeto tus opiniones, valoro tus puntos de vista.

—Pero no estás enamorado de mí —dijo ella, con una voz suave más que acusadora.

La verdad quedó suspendida entre ellos, dolorosa pero necesaria.

—No sé si soy capaz de ese tipo de amor otra vez —confesó él, y la admisión le costó mucho—. Después de perder a Ava, después de todo lo que pasó en Irlanda…

No podía decirle toda la verdad. Aún no. El futuro de Ava-Marie pendía de un hilo. La sociedad la destruiría si supieran la verdad. Tenía que protegerla, la parte inocente en el engaño de Ava. Tenía que estar absolutamente seguro antes de compartir ese secreto con alguien. Que Ava nunca había sido su esposa. Que su querida hija era ilegítima. Que había sido completamente engañado por la mujer que creyó haber desposado. Una mujer que lo había mantenido alejado de su verdadera familia… diablos, Ava lo había mantenido lejos de Courtney. La vergüenza de todo aquello le ardía en el pecho. No mancharía este momento con esas verdades. *Londres. Se lo diría en Londres. Porque sabes que en Londres, una vez anunciado el compromiso, le sería difícil retractarse, ¿no?* Odiaba ese pensamiento.

Courtney lo esperaba con paciencia, su pulgar acariciando sus nudillos con ternura.

—Mi corazón está… dañado —dijo al fin, conformándose con una verdad que no era toda la verdad—. No solo por la muerte de Ava, sino por cosas de las que aún no estoy listo para hablar. Cosas que te prometo que te diré cuando lo esté.

Para su sorpresa, no había dolor en los ojos de ella ante su secreto, solo comprensión.

—Todos tenemos heridas que tardan en mostrarse —dijo—. No necesito todos tus secretos esta noche.

¿Dónde estaba su juicio? ¿Su decepción? En su lugar, ofrecía una comprensión que él no estaba seguro de merecer.

—Courtney —dijo, soltando una de sus manos para sacar la cajita de su bolsillo—, puedo ofrecerte respeto, admiración, confianza y compañía. Te prometo ser fiel, cuidarte, construir juntos una vida que tenga sentido y propósito. —Tragó duro, enfrentando su temor más profundo—. Pero ¿será eso suficiente para ti? ¿Puedes aceptar a un hombre que tal vez nunca pueda darte el tipo de amor arrollador que una vez compartimos?

Los ojos de ella se abrieron cuando él abrió la caja, revelando el anillo en su interior.

—Lucien…

—Sé que no es la propuesta romántica que quizás habías imaginado —dijo él, con la voz áspera por la emoción—. Pero es honesta. No mereces menos.

Para su sorpresa, las lágrimas llenaron los ojos de ella, aunque sonreía.

—Cuando pensé que estabas muerto, creí que nunca me casaría —dijo suavemente—. La idea de entregarme a alguien más me parecía imposible. Pero con el tiempo comprendí que hay muchos tipos de amor, cada uno valioso a su manera.

Ella tocó su rostro, sus dedos cálidos en su mejilla.

—No necesito un amor arrollador, Lucien. Necesito un compañero que me respete, que me vea como realmente soy, que camine a mi lado y no delante ni detrás. Alguien que sea amable conmigo y con quien yo pueda ser amable también.

La esperanza brilló en su pecho, frágil pero persistente.

—¿Y crees que podría ser yo? ¿Aun con mis… limitaciones?

—Creo —dijo ella con serena certeza— que podemos construir algo hermoso juntos, si lo elegimos. El amor no es solo un sentimiento que cae como un rayo. Puede crecer despacio y profundizarse con el tiempo. También es una elección, una que tomamos cada día.

Ella confiaba en él. Ese conocimiento era a la vez un bálsamo y una carga. ¿Lo miraría con la misma aceptación cuando supiera toda la verdad? Tenía que creer que sí.

—Lady Courtney Montague —dijo formalmente, tomando el anillo de su nido de terciopelo—, ¿me harías el gran honor de convertirte en mi esposa? No por lo que fuimos alguna vez, sino por lo que podríamos llegar a ser juntos.

La sonrisa de ella era radiante entre lágrimas.

—Sí, Lord Furoe. Me honraría ser tu esposa.

Sus manos temblaban ligeramente al deslizar el anillo en su dedo. Encajaba perfectamente.

Él alzó su mano a los labios y besó sus nudillos, justo encima de donde descansaba ahora el zafiro.

—Gracias —susurró, palabras insuficientes para la gratitud que lo desbordaba.

Ella dio un paso más cerca, eliminando la distancia entre ellos.

—Bésame —pidió suavemente—, no me romperé.

Él no dudó, atrayéndola a sus brazos y reclamando sus labios con una ternura que pronto dio paso a algo más profundo, más primitivo. Su cuerpo se amoldó perfectamente al de él, sus manos enredándose en su cabello mientras respondía con igual fervor.

Cuando al fin se separaron, ambos sin aliento y sonrojados, él apoyó su frente contra la de ella.

—Puede que no recuerde haberte amado antes —dijo con voz ronca—, pero seremos felices juntos. Te lo prometo.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para construir una vida —lo aseguró ella, luego se mordió el labio, un rubor encantador extendiéndose por sus mejillas—. Aunque quizás… no tengamos que esperar para todo.

Él se apartó un poco, buscando su rostro.

—¿Qué quieres decir?

Su rubor se intensificó, pero su mirada se mantuvo firme.

—Ven a mi alcoba esta noche —susurró—. Cuando la casa esté dormida.

La invitación hizo arder su sangre, el deseo acumulándose en lo más profundo de su vientre.

—Courtney, ¿estás segura? No tenemos que…

—Quiero hacerlo —lo interrumpió, su voz sin la menor vacilación a pesar del rubor—. Te quiero, Lucien. Siento que he estado esperando toda una eternidad.

La idea de que lo hubiera deseado y esperado todos esos años mientras él había estado ajeno a su existencia lo conmovió profundamente. Tomó su rostro entre las manos, abrumado por la confianza que ella depositaba en él.

—Entonces iré a ti esta noche —prometió, sellando el voto con otro beso.

Mientras la estrechaba en sus brazos, Courtney sintió las lágrimas asomando. ¿Sabía él que ese era su anillo? El mismo que le había dado cuando le propuso matrimonio por última vez. Ella lo había devuelto a Lord Danvers tras la noticia de la muerte de Lucien. Era el anillo de su familia. Además, no podía soportar mirarlo cada día y recordar lo que pudo haber sido y ahora, ahí estaba, de nuevo en su dedo. Nunca había sido tan feliz.

También se había entregado a Lucien aquí, en esta misma casa. Quería que su segunda primera vez con él fuera aquí también. Intentaba convencerse de que no era porque quisiera comprobar si estar en sus brazos se sentiría igual, pero lo era. Si era lo mismo, sabía que todo saldría bien. Se estremeció y él la abrazó con más fuerza. Si era diferente… no sabía qué significaría.

—¿Estás bien? —susurró él en su oído.

—Estoy bien. —No lo estaba. Todo parecía tan fácil. Tan familiar y, sin embargo, Lucien era virtualmente un extraño. Esperaba que sus recuerdos, o sueños de lo que su vida podría haber sido, no estuvieran nublando su visión de la realidad. ¿Debería ser tan fácil?

Él la alzó en brazos y murmuró:

—Vamos a la cama.

Ella hundió el rostro en su chaqueta y solo asintió, demasiado sobrecogida por la emoción para hablar. Después de esa noche no habría vuelta atrás, y ambos lo sabían.

Apenas se dio cuenta cuando Lucien la depositó suavemente en su cama. Su corazón latía con fuerza en el pecho.

Quería que su cuerpo recordara. Pero también quería nuevos recuerdos.

Comenzaba a temer que no fuera lo mismo cuando Lucien se inclinó sobre ella, el peso de su cuerpo presionándola contra el colchón. Él emitió un sonido bajo en la garganta y empezó a besarle el cuello.

Y entonces su cuerpo recordó. Lo sintió empezar en los dedos de sus pies, un cosquilleo, un calor que subió por sus piernas, se acumuló en las zonas más sensibles entre sus muslos, haciéndola arder y doler, luego se extendió a sus pechos, a su cuello, a su rostro. Era como si despertara de un largo letargo invernal. Quizás

en la cama fuera el único lugar donde él sí era el Lucien que había conocido.

Su cuerpo estaba despierto y consciente. Oh, cuán consciente. Gloriosamente, maravillosamente, exquisitamente consciente.

Ella comprendió entonces que en los últimos cinco años no había estado viviendo, solo existiendo. ¿Cómo había podido pensar que podía permanecer soltera? ¿O era solo en los brazos de Lucien donde podía sentir este calor, este deseo… sentirse tan viva?

Yacía debajo de él mientras él la desnudaba lentamente, apenas notando el aire frío al quitarse cada prenda. Cada terminación nerviosa ardía, desesperada por su contacto. Sus labios recorrían su piel desnuda como en un acto de adoración. Cuando finalmente estuvo desnuda bajo su mirada, lo observó, con el calor creciendo en su interior, mientras él levantaba una mano temblorosa y la deslizaba por su costado.

—Tan suave… —murmuró, inclinándose para besar uno de sus pechos descubiertos.

La ternura fue lo que la conmovió. Ese era el Lucien que había conocido antes. Su caricia no era la de un extraño. Era la de su Lucien. Su mano descendió por su cuerpo hasta detenerse en su feminidad. La apoyó allí y respiró hondo.

Ella se incorporó sobre los codos.

—¿Estás dudando?

Él la miró con fuego y deseo ardiendo en los ojos.

—Solo pensaba en lo afortunado que soy de tenerte. En cómo haces que mi regreso sea soportable. Y en cómo quiero que esta noche sea especial.

Era hermoso, y todavía no lo había visto completamente desnudo. Su corazón latía frenéticamente, la atracción la desbordaba. La idea de acostarse cada noche con este hombre era embriagadora. Un pensamiento fugaz la atravesó: sobre todo si alguna vez le entregaba su corazón…

Esa noche se entregaría libremente al hombre que amaba, y atesoraría el recuerdo por la eternidad. Disfrutaría de las caricias de Lucien, y daría todo de sí para asegurarse de que él quedara satisfecho. Para borrar la memoria de cualquier otra.

—Eres hermoso, Lucien. Siempre te recordé así —agregó con nostalgia—. Ahora te toca desvestirte a ti.

—Te he deseado desde que llegamos aquí. —La súplica deliberada en su voz hizo que ella buscara los botones de sus pantalones. Sus dedos torpes lo intentaron, pero lo oyó maldecir antes de apartar sus manos y liberar su erección rígida en las suyas.

Ella lo envolvió con firmeza y, al primer movimiento, él suspiró y echó la cabeza hacia atrás. Lo exploró y comprendió que su toque lo complacía.

Finalmente, él gimió y la empujó de nuevo sobre la cama.

—Tienes demasiada ropa —murmuró ella con voz ronca—. Quítatela y deja que te mire.

Cuando él obedeció, ella bebió de su imagen. Había más cicatrices en su cuerpo que antes, y se había endurecido. Todo era músculo. Ya no quedaba nada de la suavidad de la juventud.

—Eres aún más hermoso de lo que imaginé. —Le acarició el pecho—. Valió la pena esperarte, pero he esperado demasiado. Y tengo hambre de ti.

Él tomó su mano y la arrastró por cada línea de su torso hasta su ingle. El calor que se acumuló en su vientre al sentirlo, duro y caliente bajo su palma, la sobresaltó.

—Mira lo que me haces. Mi cuerpo te desea. Te deseo.

La crudeza terrenal de sus palabras la estremeció. Le encantaba cómo él animaba su mano a explorar más de él.

Él le sostuvo la barbilla y, con la repentina intensidad de su beso, encendió un fuego en su vientre. Ella se entregó al placer mientras sus manos recorrían su carne desnuda.

La besaba con exigencia, posesivo y dominante. Caliente y necesitado, su lengua invadió su boca. El sabor masculino la embriagaba, y cuando se entrelazó con la suya, ella quedó rendida y anhelante sobre la almohada. Una mano fuerte recorrió cada centímetro de su piel erizada, avivando las llamas del deseo en su interior. Él profundizó el beso. Tiraba de ella, exigiendo respuesta, y ella se la dio con gusto.

El roce de su vello en los pezones sensibles le arrancó pequeñas descargas de placer. Se sentía tan grande, tan abrumador, mientras

ella yacía bajo la sombra protectora de su cuerpo.

Su tacto hábil la derretía. Su aroma oscuro y especiado era un afrodisíaco que la incitaba. Se apretó aún más contra él, explorando.

El aire frío rozó su boca cuando sus labios vagaron hasta su oreja y luego su cuello.

—Tienes el cuello elegante de un cisne.

Un instante después, una mano grande la acarició íntimamente, mientras su pulgar rozaba su pezón. Ella tembló en su abrazo y, con un gemido bajo de placer, echó la cabeza atrás, permitiendo y alentando que sus labios descendieran por su garganta. Sus dientes la mordisquearon suavemente hasta acercarse a su pecho, donde su pulgar seguía trazando círculos en el pezón rígido. Pronto ansiaba sentir su boca allí.

Era el cielo, era el infierno, era todo lo que había fantaseado y más… cielo, al entregarse a su toque tentador; infierno, por tener tanta hambre.

El segundo en que su boca la alivió, atrapando y chupando con firmeza su pezón sensible, otro gemido brotó de ella. El calor húmedo de su boca encendió otra necesidad salvaje, y exigió satisfacción. Sus dedos buscaron la dureza de él, cerrándose alrededor de su grosor.

Su contacto lo hizo gemir de deleite, y él movió su cuerpo para que su miembro se deslizara dentro y fuera de su agarre. Solo la idea de sentirlo penetrándola profundamente la estremeció con una mezcla de temor y expectación.

No era como lo recordaba, pero aquella había sido su primera vez, y él había sido un caballero. Este Lucien era tan intenso y primitivo en la cama como fuera de ella. Y a ella le encantaba.

Un suspiro de dicha escapó de sus labios cuando él masajeó su otro pecho mientras su boca devoraba el pezón ya endurecido. Nunca en sus sueños más osados había experimentado sensaciones tan deliciosamente pecaminosas. Él la excitaba por completo. El fuego corría salvaje por sus venas, y cuando sus dientes apretaron, su interior se humedeció con el deseo.

La palma de su mano acarició su garganta y bajó hasta su vientre. Un estremecimiento la sacudió hasta lo más profundo.

—¿Estás caliente y mojada para mí? Eres mi mujer maravillosamente sensible, mi sueño hecho realidad.

Sus pulmones ardían mientras sus dedos buscaban el calor entre sus piernas. Ella no lo decepcionó. Al soltar un suave sonido de emoción, la posesividad se apoderó de él y la besó una y otra vez, hambriento del sabor dulce de su lengua contra la suya.

Con una avidez que lo complació, Courtney se apretó contra su mano, con sus rizos húmedos tentando su miembro palpitante. Cristo, su pasión desbordada hacía que el deseo lo golpeara una y otra vez. Nunca una mujer lo había afectado como Courtney. El recuerdo de Ava desapareció ante la sensual inocencia de la dama bajo su cuerpo.

Sus uñas rasguñaron suavemente la piel de su espalda mientras murmuraba su nombre en un ruego doloroso. Nunca había escuchado algo tan dulce en toda su vida.

—Dios, la sola visión de ti casi me desarma —susurró, luchando por controlarse. Hacía mucho que no yacía con una mujer.

Ella sonrió con picardía y abrió más las piernas. El fuerte aroma de su excitación lo envolvió, y la visión de su intimidad brillando a la luz del fuego acabó con su dominio.

La sorpresa se reflejó en su rostro cuando él tomó una almohada y la colocó bajo sus caderas.

Ya no pudo esperar más. Usó sus muslos para separarla aún más y hundió su miembro en ella, saboreando su estrechez mientras la llenaba por completo, centímetro a centímetro, hasta el fondo.

Sus ojos rodaron hacia atrás y dejó escapar un suspiro profundamente satisfecho.

—Esto se siente tan bien.

Gratificado por su respuesta, su cuerpo se regocijó ante la visión encendida de ella bajo él. Se mantuvo quieto encima, con los brazos temblando. Quería embestirla, pero sabía que si lo hacía no duraría. Además, lo más probable era que no fuera muy caballeroso. Demonios, hacerle el amor antes del matrimonio ya era descortés, pero como ella misma le había dicho, no podía arruinarla dos veces.

Cuando él se negó a moverse, ella abrió los ojos.

—¿Estás bien?

—Nunca me he sentido mejor.

Vaya que era un premio. Dios todopoderoso, era estrecha y ardiente alrededor de su polla. Ella subrayó sus palabras arqueando el cuerpo, obligándolo a retirarse y luego hundirse de nuevo en ella, penetrándola más hondo. A ese ritmo, lograría hacerlo correrse más rápido que a un joven inexperto.

Él usó las manos para estabilizar sus caderas y poder embestir más profundo. Le empujó las piernas más arriba, abriéndola por completo y al fin su control se evaporó. Como al borde de la locura, se hundió con fuerza en sus ardientes profundidades. Ella inclinó las caderas, acompasando cada embestida, sus generosos pechos rebotando tentadoramente mientras él la golpeaba. Podía sentir sus testículos tensarse y llenarse al rozar contra ella. No podría durar…

Un grito agudo escapó de sus labios cuando sus uñas se hundieron en sus glúteos, y su apretada envoltura lo contrajo con espasmos de placer, su respiración escapando en jadeos sonoros.

Mientras ella seguía contrayéndose a su alrededor, esa presión lo arrastró a su propia liberación. Con un rugido, embistió una última vez y derramó su semilla en lo más hondo de ella. Se desplomó encima, completamente exhausto, incapaz de sostenerse por más tiempo. Su cuerpo palpitaba de placer. Era como si todas las mujeres anteriores hubieran sido apenas sobras, y ella, en cambio, fuera el festín. Acababa de borrar la memoria de todas las demás de su mente.

Bebió grandes bocanadas de aire, disfrutando de la lenta retirada de las olas de su clímax. Si siempre era así, sería un hombre feliz y tendrían un matrimonio exitoso.

Capítulo Dieciséis

Courtney solo había vuelto a Londres hacía dos días y ya extrañaba la compañía de Lucien. Él había estado ocupado con sus abogados y acreedores, y hablando con su padre sobre el contrato matrimonial.

Ese día, la hermandad se reunía en casa de Farah para hablar de sus inversiones y de cómo iba la apuesta contra los hombres. Ellos seguían sin enterarse de que las damas eran las responsables del desafío anónimo de inversión colocado en el libro de apuestas de White's contra sus propios hermanos. Quien lograra la mayor ganancia en doce meses se lo llevaría todo. La hermandad demostraría a los hombres que no eran indefensas y que podían ser independientes.

Al parecer, Claire había espiado a su hermano Fane y descubierto dónde estaban invirtiendo los hombres. Cuando Tiffany, su gurú financiera, se enteró, no paró de reír. Las damas se sentían muy optimistas respecto a salir victoriosas.

Courtney decidió preguntarle a Tiffany si podía contarle a Lucien su secreto y si podía ayudarlo a manejar sus finanzas. Pensaba hablarle de las habilidades de Tiffany una vez que estuvieran casados, siempre que él prometiera no revelar que eran las damas las que habían lanzado el desafío contra los hombres.

Estaba terminando una nota en la sala y acababa de pedirle a Graves, el mayordomo, que le trajera su capa, cuando él anunció que tenía una visita de un caballero. Una sonrisa le iluminó los labios al pensar que era Lucien, antes de que Graves añadiera:

—El barón Lockwood, mi lady.

Un destello de fastidio recorrió su piel.

—Seguramente ha venido a ver a mi padre.

—No. Preguntó por usted específicamente y me pidió que le entregara esta nota.

Tomando la nota, empezó a leer rápidamente y, a medida que lo hacía, su enfado creció.

—Haga pasar al barón.

—¿Quiere que prepare refrigerios?

—No. No se quedará tanto. Tengo una cita a la que debo acudir.

Se levantó de la silla y comenzó a pasear por la estancia. La nota del barón era impertinente. ¿Qué información tenía que ella ***debía*** conocer sobre Lord Furoe? Su hermano Julian, siempre el político, le había enseñado a ocultar sus emociones siempre que estuviera en una conversación donde no supiera qué intentaba conseguir la otra parte. Así que sería agradable y cordial hasta averiguar cuál era la información del barón Lockwood.

Volvió a sentarse junto al fuego y mantuvo su sonrisa cordial, aunque se sentía frágil en su rostro, mientras el barón Lockwood se acomodaba sin invitación en la silla frente a ella. Su cabello dorado brillaba a la luz del fuego, cuidadosamente peinado para sugerir una elegancia despreocupada, pero no había nada despreocupado en la mirada calculadora de sus ojos azul pálido.

—¿Cómo puedo ayudarlo, Barón? —dijo—. Tengo una cita con Lady Farah a la que debo asistir.

—Iré directo al grano, Lady Courtney —dijo Lockwood, inclinándose un poco hacia adelante—. Me encuentro en posesión de cierta información sobre su… prometido. Información que sería sumamente perturbadora para la sociedad si se llegara a conocer.

Un escalofrío de temor recorrió la espalda de Courtney, pero mantuvo su expresión serena.

—Qué fascinante. ¿Y qué información sería esa?

La sonrisa de Lockwood se ensanchó, como un depredador que percibe debilidad.

—Se refiere a su tiempo en Irlanda. Específicamente, a su relación con la mujer que él afirma era su esposa.

El énfasis que puso en "afirma" hizo que el corazón de Courtney diera un vuelco. ¿Era esto lo que Lucien había estado ocultando? El secreto que oscurecía sus ojos de vergüenza cada vez que la conversación se acercaba demasiado a su tiempo en Irlanda.

—Me temo que no entiendo a qué se refiere, Barón —dijo, orgullosa de lo firme que sonaba su voz—. La esposa de Lord Furoe murió hace algún tiempo. No es ningún secreto.

—Ah, pero ahí está el detalle —Lockwood se recostó, claramente disfrutando—. Ella no era su esposa en absoluto. Nunca hubo matrimonio, Lady Courtney. He hecho que mi gente busque en los registros parroquiales de toda Irlanda, particularmente en Malahide y sus alrededores. No hay constancia de ningún matrimonio entre un John Collins, como se le conocía en Irlanda, o Lucien Furoe, o cualquier otro nombre, con una mujer llamada Ava.

Los dedos de Courtney se apretaron imperceptiblemente sobre su abanico.

—Los registros pueden perderse, Barón. Especialmente en un país que experimentó rebelión.

—Cierto, pueden —aceptó él con suavidad—. Por eso también investigué sobre esta Ava. Parece que era conocida en ciertos círculos de Dublín antes de mudarse a Malahide. Círculos de naturaleza decididamente… inapropiada. Era una dama de la noche.

El entendimiento llegó, agudo y doloroso. Ava había sido una cortesana, o peor.

—Qué oportunas sus investigaciones —comentó Courtney, manteniendo un tono ligero pese al estruendo de su corazón—. Aunque no veo por qué se preocuparía por los asuntos privados de Lord Furoe.

Los ojos de Lockwood brillaron.

—Oh, pero no se trata solo de sus asuntos privados, ¿verdad? Afecta a su familia, especialmente a sus hermanas, y, por supuesto, a usted directamente. Después de todo, planea casarse con un hombre que vivió en pecado con una prostituta común. Un hombre que presenta a su hija ilegítima ante la sociedad como legítima.

Las palabras crudas golpearon como golpes físicos, pero Courtney se negó a retroceder. Esto era lo que había pesado sobre

Lucien. No solo el engaño practicado por Ava, sino las implicaciones para sus hermanas y Ava-Marie. La niña inocente que cargaría con la mancha de la ilegitimidad si se conociera la verdad.

—Si ha venido únicamente a difundir chismes maliciosos, Barón, me temo que debo pedirle que se retire —dijo, levantándose de su silla—. Tengo una cita que no puedo perder.

Lockwood permaneció sentado, su sonrisa volviéndose fría.

—No son chismes, Lady Courtney. Son hechos. Hechos que arruinarían a Lord Furoe si se hicieran públicos. Hechos que empañarían las posibilidades de matrimonio adecuado para sus hermanas. Hechos que harían que su hija ilegítima fuera rechazada por la sociedad. —Adoptó una expresión de simpatía—. Hechos que la convertirían a usted en objeto de burla de la sociedad.

Ella apretó los dientes y se negó a caer en su provocación.

Él continuó:

—Piense en la pobre niña. Nacida de una vulgar mujer, criada para creer que era legítima, solo para que esa seguridad le sea arrebatada cuando la verdad salga a la luz.

La bilis le subió a la garganta a Courtney.

—Me da asco.

—Quizá. Pero el asco no cambia la realidad —dijo, examinando sus uñas con fingida indiferencia—. La sociedad tiene ciertas expectativas, especialmente respecto a los linajes y la legitimidad. El escándalo sería… devastador.

La mente de Courtney corría. Si lo que decía Lockwood era cierto, y en el fondo sospechaba que lo era, explicaba mucho. La reticencia de Lucien a hablar de su tiempo en Irlanda, su feroz protección hacia Ava-Marie… pero lo que más le dolía que no fueran las palabras del Barón, sino que Lucien no le hubiera confiado nada. Ella entendía su miedo. Pero quería una relación en la que pudieran contarse todo. El viejo Lucien lo habría hecho… no. No más viejo Lucien. No podía seguir así. Ni con él ni consigo misma.

Pero tendrían que aprender a confiar antes de que ella considerara casarse con él. Que no estuviera enamorado de ella ya era bastante malo, pero no se podía construir nada sin confianza. ¿Se lo diría antes de casarse?

—¿Qué quiere, Barón? —preguntó directamente, dejando de lado las formalidades—. No ha venido solo a informarme de estos hechos.

—Perceptiva como siempre —reconoció él, finalmente levantándose, caminó a la puerta y la cerró. Volviendo a ponerse frente a ella, dijo—: Lo que quiero es simple. A usted.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Perdón?

—Cásese conmigo en lugar de con Furoe —dijo, bajando la voz —. Su considerable dote resolvería mis… inconvenientes financieros. Sus conexiones familiares abrirían puertas que hasta ahora me han estado cerradas. Y a cambio, me aseguraré de que este sucio asunto permanezca enterrado.

El repudio le recorrió la piel.

—No puede estar hablando en serio.

—Le aseguro que lo hago —dijo, recorriéndola con la mirada de una manera que la hizo sentirse mancillada—. Aún es joven, aún hermosa. Lord Furoe podría continuar su charada, criando a su pequeña ilegítima sin temor a ser expuesto.

No confiaba en este hombre ni un segundo.

Courtney luchó por controlar su respiración, por pensar con claridad a pesar del shock y el horror que la invadían. Si lo rechazaba, Lockwood no perdería tiempo en difundir su veneno por toda la sociedad londinense. Lucien sería desacreditado. Su nombre familiar manchado. Y Ava-Marie, la dulce e inocente Ava-Marie, que abrazaba su cuello y pedía cuentos sobre las estrellas, llevaría el cruel estigma de la ilegitimidad toda su vida.

—Me está pidiendo que traicione al hombre que amo —dijo en voz baja—. Mi padre nunca me permitiría casarme con usted.

—Estoy segura de que encontrará la manera de persuadirlo.

—Mi padre lo sabrá, Lucien lo sabrá, todos sabrán que algo anda mal.

—¿Y qué le importa eso a usted? —replicó Lockwood—. Le ofrezco la oportunidad de salvarlo, de evitar la humillación pública de su familia, de proteger a su hija del severo juicio de la sociedad. Todo lo que costaría sería su mano en matrimonio conmigo.

—¿Y si me niego?

Su sonrisa desapareció.

—Entonces, para esta misma hora mañana, cada salón de Mayfair estará murmurando sobre el escandaloso engaño irlandés de Lord Furoe. Sus hermanas verán desaparecer sus oportunidades matrimoniales de la noche a la mañana. La niña será marcada como ilegítima. Y usted, Lady Courtney, será objeto de lástima y burla.

La amenaza flotaba en el aire entre ellos, fea pero indudablemente potente. La mente de Courtney giraba en cálculos desesperados. Necesitaba tiempo, tiempo para pensar, planear y averiguar si este hombre decía la verdad.

—Esto es… abrumador —dijo, dejando que un temblor entrara en su voz—. Me pide que tome una decisión imposible sin tiempo para considerarla.

La expresión de Lockwood se suavizó ligeramente, aunque el cálculo nunca desapareció de sus ojos.

—Entiendo su dilema. No soy irrazonable. Tiene hasta mañana por la noche, en el baile de Lady Fenchurch, para tomar tu decisión. Puede darme su respuesta a medianoche, en la terraza.

Un alivio mezclado con temor se instaló en el pecho de Courtney. Un día. No mucho tiempo, pero quizás suficiente para formular una respuesta.

—Muy bien —aceptó con reluctancia—. Mañana por la noche.

Lockwood se inclinó, su manera repentinamente cortesana.

—Hasta entonces, Lady Courtney. Confío en que tomará la decisión correcta. —Se enderezó, endureciendo la mirada—. Y no necesito recordarte que cualquier intento de huir de Londres o advertir a Furoe forzaría mi mano de inmediato.

Ella lo miró fríamente.

—Lo entiendo perfectamente.

Cuando Graves acompañó al barón hacia la salida, Courtney se dejó caer de nuevo en su silla, con las piernas repentinamente débiles. El anillo de zafiro en su dedo, el anillo de la madre de Lucien, captó la luz del fuego, enviando destellos azules danzando por la pared. Las lágrimas amenazaron con brotar, pero las contuvo con fuerza. Ya lo había devuelto una vez. ¿Tendría que devolverlo por segunda vez?

Lucien le había estado ocultando algo. Lo había sentido. En el fondo sabía que las palabras de Lockwood serían ciertas. Pensaba que su corazón estaba destrozado por la pérdida de Ava porque la amaba. Pero era más probable que fuera porque ella le había mentido.

No podría creer que Lucien, incluso el Lucien que no conocía tan bien, permitiera que un niño naciera fuera del matrimonio. Por lo tanto, era natural suponer que Ava debía haber mentido y decir que eran marido y mujer. Lucien no recordaría. Ahora comprendía sus problemas de confianza.

Nunca había estado realmente casado con ella. Que Ava-Marie, la niña a la que Courtney había llegado a amar durante sus semanas en Dorset, hubiera nacido fuera de la santidad del matrimonio y pudiera quedar manchada para siempre casi la hacía llorar. Que Ava lo hubiera engañado por completo, aprovechando su amnesia para crear una vida ficticia donde ella era su esposa respetable en lugar de… ¿Cómo pudo Ava ser tan cruel? Pero Courtney difícilmente podía juzgar. Ella había llevado una vida de lujo. ¿Qué tan desesperada debía estar Ava?

Cualquiera que fuera el pasado de Ava, estaba claro que había amado a Lucien y a su hija. Que claramente le había proporcionado compañía y cuidado cuando él estaba más vulnerable. Tal vez su engaño comenzó como oportunismo, pero seguramente evolucionó hacia algo más genuino. Pero, ¿por qué nunca le había dicho la verdad? No es de extrañar que él tuviera problemas de confianza. La mujer que pensaba que lo amaba lo había engañado de la peor manera posible.

Siempre había envidiado a Ava por el tiempo con Lucien y la niña, pero ahora la detestaba profundamente. Le había robado cinco años de la vida de Lucien. Él podría haber vuelto a casa antes, detenido la caída de su padre en el juego y el vicio, y visto que las arcas familiares permanecieran llenas.

Courtney podría haberlo ayudado con su pérdida de memoria… Se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero entonces no tendría a Ava-Marie. *Pero podrían haber tenido su propio hijo…*

Levantándose con piernas inestables, Courtney se acercó a la ventana, mirando sin ver la calle abajo. ¿Qué debía hacer? Si cedía a la demanda de Lockwood, salvaría a la familia de Lucien y a Ava-Marie del escándalo, pero a costa de su propia felicidad. Si se negaba, las consecuencias serían devastadoras, no solo para Lucien, sino también para Lauren y Madeline, cuyas perspectivas matrimoniales se verían irreparablemente dañadas por asociación, y para la pequeña hija de Lucien.

¿Y si intentaba advertirle a Lucien? Lockwood se aseguraría de que el escándalo estallara de inmediato. Además, ¿qué podría hacer Lucien? La falta de un registro de matrimonio no podía remediarse después. Ava había muerto; no podía presentar de repente pruebas de un matrimonio que nunca había ocurrido.

Presionando los dedos contra las sienes, Courtney trató de pensar con racionalidad. Tenía que haber una salida de esta trampa, alguna solución que no implicara sacrificar ni la reputación de Lucien, ni el nacimiento de Ava-Marie, ni su propia felicidad futura.

Un destello de inspiración la hizo enderezarse. Quizás había una tercera opción, una que requiriera astucia en lugar de rendición. Lockwood no podía ser el único capaz de reunir información dañina. Todo hombre tenía secretos, vulnerabilidades que podían ser explotadas. Si pudiera descubrir las de Lockwood antes de la noche siguiente…

Con un propósito renovado, Courtney ajustó rápidamente su chal y llamó a Graves. Cuando el mayordomo apareció, le indicó que trajera inmediatamente su carruaje.

—Tengo una cita urgente con Lord Ware —explicó, con la mente ya corriendo hacia adelante. Tal vez Rockwell y Farah sabrían si esta información era cierta, porque habían encontrado a Lucien en Irlanda. Rockwell también tenía contactos en toda la sociedad londinense, conexiones que se extendían a ámbitos que Courtney nunca había navegado. Si alguien podía ayudarla a descubrir rápidamente las vulnerabilidades de Lockwood, esa sería ella.

Mientras esperaba que trajeran el carruaje, los dedos de Courtney volvieron a posarse sobre el anillo de zafiro. Lo giró pensativa, endureciendo su determinación. No entregaría a Lucien a

las maquinaciones de Lockwood. Ni permitiría que Ava-Marie sufriera por circunstancias fuera de su control.

Enterarse del nacimiento de Ava-Marie no cambiaba su decisión de casarse con Lucien. Si acaso, fortalecía su determinación de permanecer a su lado, de demostrar que su amor no dependía de la aprobación de la sociedad ni de las circunstancias de su pasado. ¿Cómo podía responsabilizarlo por el engaño de Ava? Un hombre herido en batalla y sin memoria.

Pero no podía ignorar la punzante duda que sentía en lo más profundo del pecho.

Él no le había confiado…

¿Podría florecer el amor sin confianza?

Con justicia, aún no estaban casados. Quizás se lo contara pronto. Podía darle tiempo. Pero si no se lo decía antes de su boda, ¿podría casarse con él?

El carruaje llegó, y Courtney descendió los escalones con renovada determinación. Tenía veinticuatro horas para desarmar la amenaza de Lockwood. Veinticuatro horas para asegurarse de que la vida que ella y Lucien estaban construyendo no se destruyera antes de que realmente comenzara.

Y el barón Lockwood pronto descubriría que Lady Courtney Montague no era una mujer con la que se pudiera jugar, especialmente cuando se trataba de proteger a quienes amaba.

Capítulo Diecisiete

—¿Qué ha pasado? —preguntó Farah en cuanto Courtney entró en su hermoso salón.

Courtney se quedó paralizada en el umbral, con la compostura que había mantenido durante todo el trayecto en carruaje amenazando con desmoronarse de repente. El rostro preocupado de Farah se difuminó ligeramente cuando las lágrimas llenaron los ojos de Courtney.

—Oh, querida —dijo Farah, cruzando inmediatamente la habitación y tomando las manos de Courtney—. Ven, siéntate. Estás temblando.

Courtney permitió que la llevaran hasta un sofá, hundiéndose en su mullido abrazo como si sus piernas ya no pudieran sostenerla. Alrededor de la habitación, registró vagamente la presencia de sus otras amigas: Claire e Ivy intercambiando miradas preocupadas, Valora dejando a un lado un libro de cuentas, y Ashley alcanzando la campana para llamar al té.

—Necesito hablar contigo en privado —logró decir Courtney, con la voz apenas un susurro—. Es… sobre Lucien.

La comprensión apareció instantáneamente en los ojos de Farah. Con un sutil gesto hacia las demás, la ayudó a levantarse de nuevo.

—Estaremos en el salón de la mañana —les informó—. Por favor, continúen sin nosotras.

Mientras Farah la guiaba fuera del salón, Courtney pudo ver un vistazo del libro de cuentas del inversor que Valora había estado examinando. Bajo cualquier otra circunstancia, habría estado ansiosa

por discutir sus últimos emprendimientos, por celebrar el éxito de sus audaces estrategias financieras. Qué triviales parecían ahora esas preocupaciones, con el futuro de Lucien, con el futuro de Ava-Marie, pendiendo de un hilo.

El salón de la mañana estaba bañado en luz solar, sus paredes amarillas y alegres y las flores frescas contrastaban marcadamente con la oscuridad que se extendía por el corazón de Courtney. En cuanto la puerta se cerró tras ellas, Farah se volvió hacia ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó de nuevo, su voz suave pero directa.

Courtney respiró hondo para estabilizarse.

—El barón Lockwood vino a verme esta mañana.

La expresión de Farah se endureció de inmediato.

—¿Qué quería ese hombre vil?

—Él… —Courtney vaciló, luego se obligó a mirar a Farah a los ojos—. Afirma tener información sobre el tiempo que Lucien pasó en Irlanda. Sobre Ava. Sobre Ava-Marie.

Un destello de algo, alarma, reconocimiento, culpa, cruzó por el rostro de Farah tan rápido que Courtney pudo haberlo imaginado, pero su corazón acelerado le decía lo contrario.

—¿Es cierto? —susurró Courtney—. ¿Acaso Ava nunca fue realmente su esposa? ¿Ava-Marie…? —No pudo atreverse a decir la palabra "ilegítima".

Farah cerró los ojos brevemente, con los hombros hundidos bajo un peso invisible. Al abrirlos de nuevo, contenían una mezcla de resignación y tristeza.

—¿Cuánto te dijo Lockwood? —preguntó con cuidado.

—Suficiente —respondió Courtney, sus peores temores confirmados por la no-negación de Farah—. Dijo que no hay registro de un matrimonio entre Lucien, o John Collins, y Ava en ninguna parroquia cerca de Malahide o Dublín. Dijo… —su voz se quebró—. Dijo que Ava era conocida en ciertos círculos de Dublín antes de mudarse a Malahide.

—¿Y le creíste? —preguntó Farah, aunque su tono sugería que ya conocía la respuesta.

—No quería —admitió Courtney—. Pero tu cara hace un momento lo confirma. Lo sabías, ¿verdad? Cuando encontraste a Lucien en Irlanda, descubriste la verdad.

Farah se acercó a la ventana, jugueteando con la cortina con sus dedos delicados.

—Sí —dijo finalmente—. Rockwell y yo supimos la verdad mientras estábamos en Irlanda. Rockwell habló con el vicario local en Malahide. Él nunca celebró su boda. Pero el vicario asumió que se habían casado en Dublín. Rockwell buscó en las iglesias locales de Dublín, pero no encontró registros, y Lucien admitió que no se había casado con ella después de su lesión. Ella lo había hecho creer que ya eran marido y mujer, aprovechándose de su pérdida de memoria.

La confirmación golpeó a Courtney como un golpe físico. Se hundió en una silla cercana.

—¿Y Ava-Marie?

—Es hija de Lucien —dijo Farah con firmeza—. De eso no hay duda. Solo mírala. Él la ama desesperadamente. Ella es inocente en todo esto.

—Por supuesto que lo es —aceptó Courtney de inmediato—. Nada de esto es culpa suya. —Giró el anillo de zafiro en su dedo, con las emociones revolviéndose en su interior—. ¿Por qué no me lo dijo? Vamos a casarnos, y él me lo ocultó. Quizás no quiso que esta información impidiera que nos conociéramos de nuevo.

—Probablemente sea cierto —dijo Farah, regresando a su lado, arrodillándose para tomar sus manos—. Pero también puede ser porque tenía miedo —susurró suavemente—. Está aterrorizado de que esto cambiara cómo te sentirías hacia él, hacia Ava-Marie. La vergüenza de haber sido engañado tan completamente, de tener una hija nacida fuera del matrimonio… pesa sobre él constantemente.

—Entonces realmente no me conoce. ¿Planeaba decírmelo alguna vez? —preguntó Courtney, sin poder ocultar el dolor en su voz.

—Solo él puede decírtelo —susurró Farah.

La mente de Courtney corría, uniendo fragmentos de conversaciones, las sombras que a veces oscurecían la expresión de

Lucien al hablar de su tiempo en Irlanda, su renuencia a hablar de Ava.

— Pensé que no podía soportar hablar de Ava porque estaba tan enamorado de ella y su pérdida lo había destruido. Pero entiendo su miedo —dijo lentamente—. Solo desearía que pudiera confiar en mí. Entonces la amenaza de Lockwood no habría sido una sorpresa. Odié que él supiera más sobre Lucien que yo.

—¿Amenaza? —Farah levantó de golpe la cabeza—. ¿Qué amenaza?

Courtney se llevó los dedos a las sienes.

—Por eso vine. Lockwood no se limita a difundir chismes. Está intentando chantajearme.

—¿Chantaje? ¿Cómo?

—Exige que me case con él en lugar de con Lucien —explicó Courtney, con el disgusto evidente en su voz—. Quiere mi dote y mis conexiones familiares. A cambio, asegura que guardará el secreto de Lucien y librará a Ava-Marie y a la familia del escándalo.

Los ojos de Farah se agrandaron de indignación.

—Ese despreciable, repugnante… —Se interrumpió, esforzándose visiblemente por recobrar la compostura—. ¿Cuándo espera tu respuesta?

—Mañana por la noche, en el baile de Lady Fenchurch. Me da plazo hasta la medianoche. —La mano de Courtney tembló al enjugar una lágrima de su mejilla—. Farah, tengo que protegerlos. Ya han sufrido bastante. Pero preferiría detener a Lockwood sin exponerlos al mismo escándalo que intento evitar.

Farah se levantó de un salto, la determinación reemplazando al asombro.

—Necesitamos a Rockwell. Él tiene recursos que podemos usar. —Cruzó la sala a grandes pasos, tiró con fuerza del cordón de la campanilla y, cuando apareció un criado momentos después, le ordenó enviar un mensaje urgente a Lord Ware solicitando su presencia inmediata.

—Tenemos menos de treinta y seis horas —dijo Courtney, la ansiedad oprimiéndole el pecho—. Ni siquiera la influencia de

Rockwell tal vez sea suficiente para descubrir algo que podamos usar contra Lockwood en tan poco tiempo.

—Brillante —reconoció Farah, empezando a pasearse por la habitación—. Pero debemos intentarlo. Lockwood ha estado planeando esto desde hace tiempo. Debe tener sus propios puntos débiles que podamos explotar.

—¿Y si no encontramos nada a tiempo? —preguntó Courtney, expresando su mayor temor—. Tendré que romper mi compromiso y fingir que acepto el plan de Lockwood. Eso nos daría más tiempo. Pero Lucien debe permanecer en la oscuridad o Lockwood divulgará la noticia.

Farah vaciló.

—Lucien exigirá saber por qué has roto el compromiso.

—Entonces ¿qué sugieres? —preguntó Courtney, con la desesperación asomando en su voz—. Incluso si finjo aceptar la propuesta de Lockwood, mi padre jamás consentirá un enlace con un hombre de su reputación. ¿Qué le digo a mi padre?

Antes de que Farah pudiera responder, un alboroto en el pasillo anunció la llegada de Rockwell. Entró sin ceremonias, su habitual aire lánguido estaba reemplazado por una preocupación alerta.

—Tu mensaje sonaba urgente —dijo a Farah, y luego notó el rostro pálido de Courtney—. ¿Qué ha pasado?

Farah explicó rápidamente la situación mientras la expresión de Rockwell se iba oscureciendo progresivamente. Cuando terminó, él también se paseaba junto a ella, con movimientos tensos por la ira apenas contenida.

—Lockwood ha jugado más de la cuenta —dijo al fin—. Ha cometido dos errores críticos: elegirte a ti, Courtney, cuando media sociedad saldría en tu defensa; y asumir que el secreto de Lucien es la única arma en esta batalla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Courtney, con un destello de esperanza encendiéndose en su pecho.

Rockwell sonrió sombríamente.

—Lockwood cree que tiene hasta mañana por la noche para tender su trampa. Eso nos da tiempo para preparar una contraofensiva.

—¿Pero qué podríamos encontrar contra él en solo un día? —insistió Courtney.

—Quizás nada —admitió Rockwell—. Pero aún no necesitamos pruebas: solo tenemos que hacerle creer que seguimos el rumbo que él prefiere mientras ganamos tiempo. Mientras tanto, pondré a mis contactos más discretos a investigar sus asuntos. El hombre está desesperado por dinero; de otro modo no recurriría al chantaje. Debe haber deudas, irregularidades, quizá hasta delitos que podamos usar contra él.

—¿Y Lucien? Tendré que romper el compromiso o Lockwood sospechará —preguntó Courtney, con el corazón encogiéndose ante la idea de engañarlo, aunque fuera temporalmente—. ¿Qué pensará de mí? Que soy voluble y cruel…

Un silencio cayó sobre la sala mientras Rockwell y Farah se miraban.

—Cuando le contemos la verdad, te estará infinitamente agradecido —dijo Farah con suavidad—. Debería darte las gracias por proteger a su familia.

—De acuerdo —añadió Rockwell—. Ya ha tenido un encontronazo con Lockwood. No quiero que haga una estupidez como desafiarlo a duelo.

Courtney retorció su anillo de compromiso, con emociones contradictorias luchando en su interior.

—Se siente mal mantenerlo en la ignorancia —murmuró—. ¿Quién sabe qué podría hacer Lucien si se entera de lo que planea Lockwood? Si reacciona mal, se revelará todo.

—Es una decisión difícil —admitió Farah, sentándose a su lado y tomándole la mano—. Pero piénsalo: al darnos unos días para prepararnos, proteges no solo a Lucien, sino también a Ava-Marie, Lauren y Madeline. El daño que amenaza Lockwood los alcanzaría a todos.

—En realidad —intervino Rockwell, con expresión pensativa—, puede que tengamos más tiempo del que creía. Las Spring Assizes empiezan la próxima semana. Y sé que Sir Wilfred Chambers, el principal acreedor de Lockwood, regresa del norte precisamente para asistir a las audiencias. Si mis sospechas sobre las finanzas de

Lockwood son correctas, estará especialmente vulnerable cuando Sir Wilfred vuelva a la ciudad.

—Eso nos da casi una semana —dijo Farah, con la esperanza iluminando su rostro.

—Pero aún requiere que Courtney mantenga la farsa con Lockwood —les recordó Rockwell con seriedad—. No será fácil.

Courtney enderezó los hombros, la resolución reemplazó la incertidumbre.

—Puedo soportarlo. Por Lucien, por Ava-Marie… haría cosas mucho más difíciles que tolerar la compañía de Lockwood unos días.

—No deberías enfrentarlo sola —insistió Farah—. Me aseguraré de que yo, Tiffany o alguna de la hermandad estemos siempre cerca en cualquier evento social. Crearemos una señal: si Lockwood se pone demasiado insistente o amenazante, podrás avisarnos.

—¿Y qué les digo a las damas? Sospecharán de mi compañía con Lockwood y de que estoy desprestigiando a Lucien.

—Nada. No puedes decirles nada. Eso solo lo haría más creíble para Lockwood. Además, no es nuestro secreto para compartir —dijo Rockwell con firmeza.

Se dirigió al escritorio, acercó papel y tinta.

—Contactaré a mi hombre de negocios, el señor Harrington. Es discreto, muy eficaz, con conexiones en los círculos financieros y legales de Londres. También me pondré en contacto con tu hermano Tarquin; tiene conocidos en establecimientos menos honorables que podrían saber de los vicios de Lockwood.

—Necesito una seguridad más —dijo Courtney, con la voz más firme ahora que el plan tomaba forma—. Una vez que detengamos a Lockwood, debemos hacerlo de manera que se vea obligado a abandonar Inglaterra. Si se queda aquí, temo que todavía pueda arruinar a Lucien.

—Tienes mi palabra —respondió Rockwell solemnemente—. Una vez que tengamos suficiente influencia contra Lockwood, lo pondremos en un barco muy lejos. Qué suerte que yo posea toda una flota.

—Y mientras tanto —añadió Farah—, tendremos que mantener las apariencias.

—La idea de engañar a Lucien, aunque sea por poco tiempo… —Courtney sacudió la cabeza, con el corazón pesado—. Se siente como una traición.

—Es protección, no traición —corrigió Rockwell con suavidad—. A veces la acción más amorosa no es la más directa.

La puerta se abrió entonces y una doncella entró con una bandeja de té. La conversación se interrumpió mientras ella disponía el servicio y se retiraba, pero esa breve pausa le dio a Courtney un momento para ordenar sus pensamientos.

Al aceptar una taza de manos de Farah, contempló el anillo de zafiro que aún adornaba su dedo. A pesar de su dolor por la falta de confianza de Lucien, a pesar de las revelaciones impactantes sobre Ava y Ava-Marie, su amor por él permanecía intacto. Más aún: comprender el peso que había cargado, el miedo por el futuro de su hija, la vergüenza de haber sido tan profundamente engañado, solo profundizaba su compasión hacia él.

—Hay algo más —dijo de pronto, alzando la mirada hacia Rockwell—. Algo que podría ayudarnos a entender el momento que eligió Lockwood. Parecía particularmente interesado en si yo sabía del pasado de Ava… que había trabajado en "ciertos círculos" en Dublín antes de conocer a Lucien. ¿Podría tener pruebas más allá de la simple ausencia de registros matrimoniales?

Rockwell frunció el ceño.

—Es posible. Lockwood tiene conexiones en establecimientos poco respetables de Londres. Si Ava trabajó en lugares similares en Dublín, quizá se enteró de ella por medio de alguna mujer que hubiera trabajado allí.

—Lo que significa que podría haber personas dispuestas a testificar sobre su pasado —comprendió Courtney, sintiendo un escalofrío—. Lo que haría el escándalo aún más difícil de contener si estalla.

—Más razón para neutralizar a Lockwood rápidamente —dijo Farah, dejando su taza con determinación—. Debemos ser metódicos. Mientras Rockwell investiga las finanzas y posibles indiscreciones de Lockwood, nosotras podemos usar nuestros propios recursos para preparar contingencias.

—¿A qué te refieres? —preguntó Courtney.

—Nuestras inversiones —explicó Farah, bajando la voz a pesar de la privacidad de la sala—. Las ganancias de nuestros molinos y negocios de transporte. Si fuera necesario, podríamos crear un fideicomiso sustancial para Ava-Marie, asegurando su estabilidad financiera sin importar la reacción de la sociedad.

—Es un gesto noble, pero el dinero solo no la protegerá del escándalo —dijo Courtney, con el corazón encogido por la inocente niña que tanto la había cautivado en Dorset.

—No —convino Rockwell—. Pero la influencia sí podría. Entre las conexiones de tu familia, el hermano duque de Farah y mi propia posición, podríamos asegurarnos de que al menos algunas puertas se le mantengan abiertas.

Una nueva oleada de lágrimas amenazó, pero esta vez nacidas de la gratitud y no de la desesperación.

—Gracias —susurró Courtney—. A los dos. Llegué aquí sintiéndome completamente sola en esto y ahora…

—Nunca estás sola —dijo Farah con firmeza, apretándole la mano —. Recuérdalo mañana por la noche cuando enfrentes a Lockwood. Tras de ti no solo está Lucien, sino todos los que nos preocupamos por ustedes.

Rockwell se levantó, con expresión resuelta.

—Debo irme de inmediato. Hay mucho que organizar y el tiempo es valioso. —Se inclinó ante ambas damas—. Les enviaré noticias en cuanto tenga algo útil.

Mientras se dirigía a la puerta, Courtney lo llamó:

—Rockwell… ¿y si fracasamos? ¿Y si Lockwood expone el secreto de Lucien antes de que podamos detenerlo?

Él se detuvo, volviéndose con una dulzura inesperada en sus habitualmente sardónicos ojos.

—Entonces lo enfrentaremos juntos. Lucien sobrevivió a perder la memoria, a construir una vida desde la nada, a descubrir que esa vida estaba cimentada en un engaño, y a regresar a una familia y una fortuna en ruinas. Es más fuerte de lo que él mismo cree, especialmente contigo a su lado.

Tras la partida de Rockwell, Courtney y Farah permanecieron en silencio durante varios minutos, la gravedad de la situación las envolvía como un manto pesado.

—Debo preguntarte algo —dijo por fin Courtney—. Algo que me inquieta desde que supe la verdad. —Clavó su mirada en la de Farah —. ¿Crees que Lucien podría volver a confiar de verdad? ¿Confiar lo suficiente en mí como para amarme como antes?

Farah meditó con cuidado la pregunta.

—Creo —dijo lentamente— que Lucien ya confía en ti más que en nadie en su nueva vida. Su fallo al no contarte sobre Ava-Marie no fue por falta de confianza en ti en particular, sino por miedo a perder lo que estaban reconstruyendo juntos.

—Pero…

—No muchos hombres en su posición se arriesgarían a una revelación así. La mayoría enterraría el secreto para siempre, permitiendo que sus hijos ilegítimos creyeran una cómoda ficción en lugar de afrontar un posible escándalo.

Courtney no lo había considerado desde esa perspectiva.

—Dijo que había algo que necesitaba contarme cuando regresáramos a Londres. Quizá no quiso arruinar nuestro tiempo juntos en Dorset. Fue muy mágico.

La idea calmó parte del dolor que llevaba dentro. Tal vez la reticencia de Lucien no tenía que ver con confiar en ella, sino con confiar en alguien con una verdad capaz de arruinar el futuro de su hija. Quizá no se trataba tanto de su relación, sino de las heridas de él, aún abiertas tras la traición de Ava.

—Mañana por la noche —dijo con renovada resolución—, me enfrentaré a Lockwood. Ganaré tiempo. Y cuando todo esto termine, Lucien y yo enfrentaremos lo que venga… juntos.

Farah sonrió, con orgullo reflejado en su expresión.

—Lockwood no tiene idea de lo que ha desatado al amenazarte a ti y a los tuyos. Para cuando terminemos con él, deseará no haber concebido jamás este plan.

Courtney volvió a tocar su anillo de compromiso, tomando fuerza de su fría solidez. Lucien estaba mucho más dañado de lo que ella había comprendido. Ojalá hubiera sabido todo esto cuando estaban

en Dorset. Habría podido decirle que para ella no significaba absolutamente nada.

Antes de la visita de Lockwood, se había preguntado si Lucien podría llegar a amarla alguna vez. Ahora comprendía que la pregunta más importante era si ella sería capaz de amarlo lo suficiente: lo bastante como para luchar por su futuro a pesar de los obstáculos, para ayudarlo a sanar su confianza herida, para abrazar a Ava-Marie como propia sin importar su origen.

La respuesta, descubrió, era inequívocamente sí.

Capítulo Dieciocho

Lucien estaba sentado junto al fuego en su estudio con una copa grande de brandy en la mano, mentalmente agotado. Wolfarth lo había llevado a la Cámara de los Lores ese día. Era como si nunca hubiera estado allí antes, y tratar de aprender la etiqueta y las reglas lo había drenado. Esa noche se quedaría en casa, y Courtney se suponía que se uniría a la familia para cenar, pero había cancelado. Un fuerte dolor de cabeza decía su nota, probablemente debido al cansancio. Necesitaba tiempo para recuperarse del viaje de regreso desde Dorset. Pero aun así, había algo extraño en su manera.

La extrañaba. No podía esperar a que se casaran, entonces ella estaría con él todo el tiempo. Sonrió al recordarla tendida como el manjar delicioso que era, en su cama la noche antes de que partieran de Dorset. Finalmente había pensado que el horror de los últimos cinco años había terminado y que estaba comenzando un camino que debería haber recorrido antes de resultar herido.

Había encontrado la forma de salvar a su familia y, hasta el momento, nadie había cuestionado su tiempo en Irlanda. Finalmente podía empezar a bajar la guardia. Pero aún tenía que contárselo a Courtney. ¿Debería? ¿No sería mejor para ella no saberlo?

¿O sus problemas de confianza estaban nublando su juicio?

Ella había hablado de confianza. Si se casaban y luego descubría que él había ocultado información tan importante… ¿sería capaz de perdonarlo? Dio otro sorbo y admitió para sí mismo que Courtney jamás miraría por encima del hombro a su hija. Tenía un corazón enorme, y ya veía a Ava-Marie como su futura hija.

Se quedó mirando las llamas en la chimenea. Esa noche marcaba la primera vez en mucho tiempo que tenía un momento para sí mismo para reflexionar de verdad sobre cuánto había cambiado su vida.

Su hija tendría una vida que él jamás soñó poder darle y, una vez casado y con las deudas pagadas, trabajaría sus tierras e inversiones para asegurar que el legado de su familia estuviera en buen pie para sus hijos varones. Odiaba tener que casarse con Courtney para lograr sus objetivos, pero trabajaría para darle la vida que ella amaba. Haría que fuera feliz y nunca la decepcionaría.

Amor. Qué palabra. Encerraba tanto temor como esperanza. Pensó en Ava y en lo que le había hecho, a él y a su familia. Los cinco años que le había robado. Pero debía admitir que fueron años felices. Había estado contento. Y tenía a Ava-Marie, el amor de su vida.

—Te perdono, Ava —susurró en la silenciosa habitación. Comprendía lo que era estar desesperado y que Ava aprovechara la oportunidad que su herida le presentó. ¿No estaba él haciendo lo mismo con Courtney? El hecho de que lo hubiera amado y probablemente aún lo hiciera jugaba a su favor.

Sentía algo profundo por Courtney, pero apenas la conocía desde hacía unas semanas. Su cuerpo la ansiaba. Aún podía recordar su aroma, su piel suave, su sensualidad contenida que lo atraía. Sus instintos posesivos se agitaban con la idea de que otro hombre hiciera el amor con ella.

Es mía.

El reloj de pie en el pasillo dio las diez cuando Lucien se sirvió otro brandy. El líquido ámbar atrapó la luz del fuego mientras lo giraba en su copa, su mente aun luchaba con la confesión pendiente a Courtney. Mañana, decidió. Mañana le contaría todo sobre el nacimiento de Ava-Marie.

Un golpe seco en la puerta principal resonó por la silenciosa casa, seguido de la voz apagada de Phillips conversando con un visitante. Lucien frunció el ceño. Era muy tarde para visitas sociales y no esperaba a nadie.

La puerta del estudio se abrió sin previo aviso, y Phillips apareció, su rostro normalmente imperturbable mostraba una ligera incomodidad.

—Mi señor, hay una… mujer que insiste en verlo de inmediato. Una señora Bellamy. Le informé de lo avanzado de la hora, pero dice que el asunto es de suma urgencia.

—¿Señora Bellamy? —repitió Lucien, sin reconocer el nombre—. ¿Dijo a qué venía?

—Comentó que se trata del barón Lockwood y de lady Courtney, mi señor. —Phillips bajó la voz—. Parece ser una mujer de… carácter cuestionable.

Lucien se irguió, alarmado al oír el nombre de Courtney.

—Hazla pasar.

Phillips dudó apenas un instante antes de inclinarse y retirarse. Momentos después, una mujer elegante entró en el estudio, su porte era refinado a pesar de la hora. Tendría unos cincuenta años, con hilos plateados entre el cabello oscuro aún lustroso y cuidadosamente arreglado. Su vestido de seda bordó era de buen gusto y bien confeccionado, que hablaba de prosperidad más que de ostentación. Aunque el tiempo había suavizado sus rasgos, aún se apreciaban en sus pómulos altos y cuello esbelto los huesos de una belleza notable. Sus ojos astutos e inteligentes reflejaban la sabiduría de una mujer que había visto mucho del mundo, y había aprendido a navegar por sus rincones más oscuros con dignidad y pragmatismo.

—Lord Furoe —dijo, ejecutando una reverencia que lograba ser tanto ensayada como inadecuada—. Le agradezco que me reciba a esta hora tan poco convencional.

Lucien permaneció de pie, sin ofrecerle asiento.

—Mencionó al barón Lockwood y a lady Courtney. Explíquese.

La señora Bellamy sonrió con un gesto cargado de conocimiento.

—Directo, ¿verdad? Escuché que había cambiado desde su regreso de Irlanda. Lo recuerdo cuando era joven. Visitaba mi casa a menudo. Era muy hábil en el juego de las sutilezas sociales. —Lanzó una mirada significativa a la silla frente a él—. Esta conversación sería mejor sentados. ¿Le parece?

Tras un instante de vacilación, Lucien señaló la silla.

—Hable claro, señora Bellamy. ¿Quién es usted y qué relación tiene con el barón Lockwood?

Ella se acomodó con gracia, arreglando sus faldas antes de fijarlo con una mirada calculadora.

—Dirijo un negocio, uno bastante sustancial. El barón, como la mayoría de la alta sociedad londinense, ha sido cliente durante muchos años.

—Un burdel —dijo Lucien sin rodeos.

—Prefiero "casa de placer" —corrigió ella, imperturbable—. Pero sí. Y en mi oficio, la información es tan valiosa como los servicios que brindamos. —Se inclinó hacia delante—. El barón Lockwood ha estado reuniendo información sobre usted, mi señor. Sobre su tiempo en Irlanda.

El hielo le recorrió las venas a Lucien.

—Siga —dijo.

—A través de una de mis chicas, Kitty, supo ciertos detalles sobre una mujer llamada Ava —los ojos de la señora Bellamy no abandonaron su rostro, vigilando su reacción—. Kitty la conoció en Dublín, antes de que se mudara a Malahide con un caballero que sufría pérdida de memoria.

Las manos de Lucien se apretaron sobre la copa.

—¿Y qué piensa hacer Lockwood con esa información?

—Piensa arruinarlo —dijo la señora Bellamy sin rodeos—. O, más bien, chantajear a Lady Courtney para que rompa su compromiso con usted y se case con él en su lugar.

La copa casi se le hizo añicos entre los dedos.

—¿Qué?

—Visitó a Lady Courtney ayer por la mañana, le reveló lo que sabe sobre su… relación poco convencional con Ava, y le exigió que aceptara su propuesta o vería a su hija señalada como ilegítima y el nombre de tu familia arrastrado por el lodo.

Lucien dejó la copa cuidadosamente; temía aplastarla por la ira que le subía.

—Eso es imposible. Courtney me habría informado de inmediato.

La risa de la señora Bellamy no tenía ninguna alegría.

—¿Lo haría? ¿Cuándo Lockwood amenazó con exponer su secreto en el acto, cree que ella le advertiría? ¿Cuándo dejó claro que las perspectivas de sus hermanas y el futuro de su hija serían destruidos si no obedecía? —Negó con la cabeza—. No, mi lord. Lady Courtney lo está protegiendo, como las mujeres suelen tener que proteger a los hombres que aman.

La percepción le cayó como un golpe físico. El repentino dolor de cabeza de Courtney, su cena cancelada, no estaba fatigada por el viaje. Podría estar ganando tiempo, intentando manejar las amenazas de Lockwood sola en lugar de arriesgarse a que él cumpla su advertencia.

—¿Por qué me cuenta esto? —exigió Lucien, la sospecha asomando entre el desconcierto—. ¿Qué interés tiene usted en este asunto?

La expresión de la señora Bellamy se endureció.

—Lockwood me prometió un porcentaje de la dote de Lady Courtney por la información que aportó mi chica. Una suma considerable que me habría permitido retirarme de mi negocio actual. En cambio, por mis contactos en Rotton Row he descubierto que pretende engañarme y quedarse con mi parte.

—Así que todo esto es por dinero —dijo Lucien, con el asco aflorando en la voz.

—¿Acaso no lo es todo? —replicó ella—. He pasado veinte años en un oficio donde los mismos hombres que recurren a mis servicios me desprecian. Me he ganado mi jubilación.

—¿Y espera que yo le pague a usted? —preguntó él.

La señora Bellamy se encogió de hombros.

—Soy una mujer de negocios, mi lord. Le ofrezco información valiosa a cambio de una compensación.

Lucien se acercó a la ventana, mirando al jardín oscuro mientras reunía sus pensamientos.

—¿Qué es exactamente lo que sabe Lockwood? ¿Qué tan detallada es su información?

—Sabe que Ava trabajó en un burdel en Dublín antes de encontrarlo herido tras la rebelión —respondió la señora Bellamy—. Sabe que ella afirmaba ser su esposa cuando no pudo hallarse

registro alguno de matrimonio. Y, por tanto, su hija sería, por ley, ilegítima.

—¿Y su… empleada… está dispuesta a confirmar públicamente esos detalles?

—Kitty no le debe lealtad a Lockwood. Le tenía aprecio a Ava y desea proteger a tu hija —la señora Bellamy alisó sus faldas—. En realidad, la apreciaba mucho. Se siente culpable por traicionar su memoria. Pero la culpa no pone comida en la mesa.

Lucien volvió la mirada hasta ella; su expresión se tornó fría.

—¿Qué me impide simplemente negar todo? Sería mi palabra contra la de su chica. Soy un hijo de conde.

—Nada —admitió la señora Bellamy con franqueza—. Salvo que Lockwood ha sido meticuloso. Ha hecho que hombres busquen en los registros parroquiales de toda Irlanda. No existe registro de ningún matrimonio entre usted, bajo ningún nombre, y una mujer llamada Ava. Y varias personas en Malahide recuerdan a la "viuda Collins" que no fue viuda hasta que supuestamente se casó con ella.

La vida cuidadosa que había construido desde su regreso a Inglaterra pareció desmoronarse a su alrededor. Todo aquello que temía desde que descubrió el engaño de Ava se estaba cumpliendo. Su hija cargaría con la vergüenza de la ilegitimidad. Sus hermanas sufrirían por sus errores. Y Courtney, Dios, Courtney enfrentaba sola las amenazas de Lockwood, creyendo que estaba protegiéndolo.

—¿Qué sugiere que haga? —preguntó con voz peligrosamente baja.

Los ojos de la señora Bellamy brillaron a la luz del fuego.

—Mátelo.

Lucien la miró, momentáneamente sin palabras.

—Hablo en serio —continuó ella, impasible ante su choque—. Los hombres como Lockwood no desaparecen por sí solos. Aunque le pague una vez, volverá por más. ¿Cree que se conformará con robarle a su prometida? Una vez que tenga la dote de Lady Courtney, seguirá manteniendo su secreto sobre su cabeza.

—Está sugiriendo asesinato —dijo Lucien con frialdad.

—Sugiero una solución permanente —corrigió ella—. Los hombres se retan a duelo por menos cada día. O suceden

“accidentes”: una caída por las escaleras, un coche desbocado, un baño nocturno en el Támesis.

Lucien negó con la cabeza, el asco creciendo dentro de él.

—No soy un asesino, señora Bellamy.

—¿No? Qué lástima —observó ella, mirándole con atención—. A veces la violencia es el camino más directo hacia la justicia.

—¿Eso es lo que busca usted? ¿Justicia? —la risa de Lucien fue amarga—. ¿O simplemente venganza porque Lockwood le roba su dinero sucio?

La señora Bellamy se incorporó, erguida hasta su máxima estatura.

—Llámelo como quiera. Tengo mis motivos. Pero considérelo: Lockwood tiene previsto reunirse con Lady Courtney mañana por la noche en el baile de Lady Fenchurch. Espera su respuesta entonces. Si ella lo rechaza, planea difundir su veneno de inmediato. Su reputación, el futuro de su hija, las perspectivas de sus hermanas, todo quedará destruido antes del amanecer.

La mente de Lucien echó a correr. Si lo que decía aquella mujer era cierto, disponía de menos de veinticuatro horas para contrarrestar el plan de Lockwood.

—¿Y su precio por esta información?

—Dos mil libras —respondió ella de inmediato—. Una suma justa por información que podría salvar a su familia de la ruina.

—Dos mil— interrumpió Lucien, incrédulo—. Eso es extorsión.

—Es negocio —replicó con calma—. Considérelo una inversión en el futuro de su hija.

Lucien se dirigió al escritorio, sacó papel y tinta.

—No tendré ese dinero hasta que me case. Debe saber que mi familia está arruinada. Puedo darle una letra de cambio.

La señora Bellamy lo consideró y luego asintió.

—Puedo esperar hasta la boda. A diferencia de Lockwood, no volveré por más. Estoy bastante orgullosa de lo que Ava logró y nosotras, las mujeres de mi oficio, debemos mantenernos unidas.

Mientras la señora Bellamy se levantaba para marcharse, una fría determinación se asentó en su pecho. No mataría a Lockwood, por

más que aquella mujer lo sugiriera. Pero lo detendría, de inmediato y de forma permanente.

—Una cosa más —dijo—. ¿Dónde puedo encontrar a Kitty? Puede que necesite hablar con ella directamente.

—Debería acudir a su amigo, el duque de Blackstone. Creo que acaba de instalar a Kitty en una casa. Ella no le ha dicho a nadie dónde es. Al duque le gusta la privacidad. La chica ha mejorado su posición, así que no la arruine.

¿El hermano de Farah? ¿El hombre que teme cualquier escándalo? ¿El rígido y correcto duque de Blackstone con una prostituta común? Lucien quedó atónito. Siempre había pensado que el duque de Blackstone estaba por encima de esas cosas, pero supuso que todos los hombres tenían sus necesidades. Llamaría al duque la primera hora de la mañana. Tenía que encontrar a Kitty.

—Una cosa más, milord. Lockwood es una víbora y no un caballero, así que no venga con la idea de que las reglas de su sociedad se aplican. Si tiene la oportunidad, repito: mátelo.

—Me las arreglaré —dijo Lucien con brusquedad—. Como sabe, no he sido un caballero en los últimos cinco años. ¿Hay algo más que deba saber sobre los planes de Lockwood?

La señora Bellamy se detuvo en la puerta.

—Solo que está desesperado. Sus acreedores le pisan los talones, y eso lo vuelve peligroso. La dote de Lady Courtney no es solo deseable para él: es necesaria para su supervivencia.

Cuando ella se marchó, Lucien permaneció inmóvil en el centro del estudio, la magnitud de la situación abrumándolo. Courtney afrontaba sola las amenazas de Lockwood. La idea de que ella se sacrificara, quizá accediendo a casarse con esa víbora para proteger a Ava-Marie del escándalo, le revolvió el estómago.

Debería haberle dicho la verdad desde el principio. Había sido un cobarde, temeroso de perder su respeto, temeroso de que ella se marchara al conocer la extensión completa de su engaño. En cambio, su silencio la había dejado vulnerable a la manipulación de Lockwood. Y ahora ella intentaba salvarlo.

Moviéndose con rapidez, Lucien cruzó al escritorio y sacó papel nuevo. Necesitaba ayuda, y deprisa. Escribió una nota para

Blackstone pidiéndole que le recibiera tan pronto como le fuera posible mañana.

Mientras escribía, su mente volvía una y otra vez a Courtney. Debía de estar aterrada, creyendo que enfrentaba aquella amenaza sola. Y, sin embargo, había mantenido la compostura, incluso cancelando su cena y haciéndose cargo de la situación de Lockwood.

Su fortaleza lo humillaba. Su disposición a sacrificarse por su familia, por Ava-Marie, demostraba la grandeza de su carácter de una manera que las palabras no podían alcanzar.

Algo dentro de su pecho estalló y casi cayó de rodillas. ¿Por qué luchaba tanto? ¿Por qué no podía simplemente amar a esa mujer? Contarle aquello de lo que tenía miedo. Parte de su reticencia a abrir el corazón venía de que todo el mundo esperaba que la amara por su pasado y él había combatido esa expectativa. Pero su lucha no había servido de nada. Ella había reclamado fragmentos de su corazón desde el día en que la había visitado. Era como si su corazón supiera que ella le pertenecía, aunque él no pudiera recordarlo.

Al terminar la nota para Blackstone, Lucien tocó el timbre para llamar a Phillips. Cuando apareció el mayordomo, le entregó la carta sellada.

—Haga que esto llegue a Su Gracia, el duque de Blackstone, inmediatamente, sin importar la hora. Luego prepare mi caballo. Salgo ahora.

Phillips pareció sorprendido.

—¿A esta hora, milord? Ya casi es medianoche.

—No puede esperar hasta la mañana —respondió Lucien, su decisión tomada—. No permitiré que Courtney enfrente esto un momento más. Y, Phillips: avise para que preparen mis pistolas. Puede que las necesite.

Mientras el mayordomo se apresuraba a cumplir, Lucien se acercó a la chimenea y contempló las brasas moribundas. La sugerencia de la señora Bellamy de recurrir al asesinato lo había repugnado, pero no pudo negar la satisfacción que le produciría, de ser necesario, poner una bala en Lockwood. No por venganza, sino por protección: de Courtney, de Ava-Marie, del porvenir de su familia.

Pero primero necesitaba ver a Courtney. Decirle que sabía de la amenaza de Lockwood. Prometerle que no estaba sola en esta lucha. Confesarle, de una vez por todas, toda la verdad: no solo sobre el nacimiento de Ava-Marie, sino sobre sus propios sentimientos hacia Courtney, sentimientos que habían crecido de una atracción cautelosa a algo más profundo.

Mientras se preparaba para cabalgar por las calles nocturnas hasta su casa, Lucien se hizo una solemne promesa: después de esta noche no habría más secretos entre ellos. El coste que fuera, las consecuencias que vinieran, las afrontaría a su lado.

Y en cuanto a Lockwood, el barón pronto descubriría que amenazar a la familia de Lucien había sido el más grave error de su miserable vida.

Capítulo Diecinueve

Las calles de Londres a medianoche tenían una cualidad siniestra que Lucien apenas notaba mientras cabalgaba por ellas, con la mente consumida por pensamientos de Courtney. Una fina bruma comenzaba a caer, envolviendo las farolas de gas en halos de luz difusa y humedeciendo su capa, pero apenas sentía el frío. Su corazón latía con una mezcla de rabia hacia Lockwood, miedo por Courtney y la ardiente necesidad de verla, de explicarle todo. ¿Qué estaría pensando ella sobre él, sobre ellos? ¿Lo odiaría por no haberle contado? ¿Había perdido su confianza?

Cuando llegó a Lorne House, rodeó la casa hacia el jardín; Lauren le había indicado cuál ventana correspondía a la habitación de Courtney. Una luz todavía brillaba allí, visible a través de las cortinas, estaba despierta. Un alivio lo invadió, seguido rápidamente por determinación.

Atando su caballo a un árbol en el borde de la propiedad, Lucien estudió el antiguo roble que crecía junto a la casa, con sus ramas extendiéndose hacia la ventana de Courtney. Hace años, podría haberlo trepado con facilidad. Aquella noche, tendría que reaprender la habilidad rápidamente.

La corteza húmeda hizo que sus manos resbalaran mientras se alzaba, encontrando apoyos en el tronco nudoso. Sus músculos se tensaban con el esfuerzo, pero la adrenalina lo impulsaba hacia arriba. Una rama crujió bajo su bota, haciéndolo detenerse momentáneamente, escuchando cualquier señal de haber sido

detectado. Al no oír nada, continuó hasta alcanzar la rama más cercana a la ventana.

Encaramado precariamente, se inclinó y tocó suavemente el cristal. No hubo respuesta. Tocó de nuevo, un poco más fuerte, y luego presionó su rostro contra el vidrio, tratando de mirar a través del hueco en las cortinas.

De repente, las cortinas se apartaron, y allí estaba ella, su cabello castaño rojizo suelto sobre los hombros, sus ojos ámbar abiertos de sorpresa al reconocerlo. Con rapidez, abrió la ventana.

—¿Lucien? —susurró, con voz entre incredulidad y alarma—. ¿Qué diablos haces? ¡Podrías romperte el cuello!

—Necesitaba verte —dijo él, con la voz áspera por la emoción—. Por favor, déjame entrar.

Ella no dudó, permitiéndole espacio para trepar por la ventana. Asomó la cabeza y miró alrededor antes de cerrar de golpe el marco.

Él aterrizó en el suelo de su habitación con menos gracia de la que había previsto, luego se enderezó, observando su apariencia. Su fino camisón de batista era casi transparente a la luz del fuego, y con el cabello suelto y su rostro pálido por la preocupación, era lo más hermoso que jamás había visto.

—No deberías estar aquí —dijo, aunque no hizo ningún movimiento para pedir ayuda—. Si alguien te descubre...

—Sé lo de Lockwood —interrumpió él, observando su rostro con atención—. Sé lo que amenaza con hacer. Lo que te está pidiendo.

Su rostro se descoloró.

—¿Cómo supiste…?

—La señora Bellamy vino a verme esta noche. Es dueña del establecimiento donde Lockwood se enteró de Ava.

Courtney se dejó caer al borde de su cama, como si sus rodillas no pudieran sostenerla.

—Entonces sabes todo —susurró.

—Todo lo que sabe Lockwood —confirmó Lucien, arrodillándose frente a ella—. Pero no todo lo que yo debería haberte contado hace mucho tiempo. —Tomó sus manos, encontrándolas frías y temblorosas—. Courtney, lo siento tanto.

Sus ojos buscaron los de él.

—Me mentiste, aunque fuera por omisión. ¡Ojalá pudieras haber confiado en mí!

—Iba a decírtelo cuando volviéramos a Londres —dijo él, apretando sus manos—. No quería arruinar nuestro tiempo en Dorset. Fui un cobarde.

—Sospeché que era así —una lágrima bajó por su mejilla—. No te habría juzgado, Lucien. ¿Lo sabes, verdad?

—En el fondo lo sabía —admitió él—. Pero tenía tanto miedo de perderte. De ver asco o decepción en tus ojos al descubrir hasta qué punto me habían engañado. Cómo había engendrado un hijo con una mujer que ni siquiera era realmente mi esposa.

—Cuéntamelo ahora —insistió ella suavemente—. Quiero escucharlo de ti.

Lucien se levantó, incapaz de quedarse quieto. Caminó de un lado a otro por la habitación, reuniendo sus pensamientos.

—Después de que resulté herido en la rebelión, desperté sin memoria de quién era. Ava me dijo que había resultado herido en el fuego cruzado. Ocultó que yo era oficial del Ejército Británico. Me cuidó hasta recuperarme, diciéndome que éramos marido y mujer.

—¿Pero cómo explicó lo del burdel? —preguntó Courtney, con voz suave, más comprensiva que juzgadora.

—Me dijo que yo había sido el jefe de establos cuidando los caballos y ella trabajaba en la cocina. No tenía motivos para dudar. Era el único trabajo que podíamos conseguir. Creó toda una ficción, que éramos John y Ava Collins. Cuando recuperé algo de fuerza, me dijo que su padre había muerto y nos había dejado una pequeña granja. Así que nos mudó a Malahide, a un pequeño cottage lejos de cualquiera que pudiera saber lo contrario.

Se detuvo, mirando la noche londinense por la ventana.

—Le creí completamente. ¿Por qué no lo habría hecho? No tenía recuerdos que contradijeran su historia. Y ella fue amable conmigo, atenta, amorosa. Y muy hermosa. Llegué a amarla.

—Debió dolerte descubrir sus mentiras.

Suspiró y se volvió hacia ella.

—Me destruyó, y estoy agradecido de que estuviera muerta cuando supe la verdad. No sé qué habría hecho si aún viviera. Me ha

costado confiar en alguien desde que descubrí lo profundamente que me engañó.

—¿Y Ava-Marie? —preguntó Courtney suavemente.

Una sonrisa tocó sus labios a pesar del dolor de los recuerdos.

—Me alegré muchísimo cuando Ava me dijo que estaba embarazada. Nunca me arrepentiré de tenerla.

—Es una niña encantadora —dudó Courtney—. Y no hay duda de que es tu hija.

—Sí —dijo Lucien con absoluta certeza—. Tiene mis ojos, mi mentón testarudo. Ava puede haber mentido sobre muchas cosas, pero nunca me traicionó así. Ava-Marie es mi carne y sangre.

El alivio se reflejó en el rostro de Courtney.

—Me alegra. He llegado a quererla porque es parte de ti.

La simple declaración casi lo desarma. Volvió a arrodillarse frente a ella, tomando sus manos.

—No fue hasta que Rockwell llegó y decidimos revisar los registros parroquiales que me di cuenta de que toda su historia era una invención. Incluso Caitria creía que estábamos casados.

—Debió de ser devastador —susurró Courtney.

—Lo fue —admitió—. Descubrir que la vida que había construido se basaba en mentiras… que la madre de mi hija, una mujer a la que amé, me había engañado tan completamente… —Negó con la cabeza—. Me ha robado cinco años de mi vida donde podría haber estado aquí evitando que mi padre cayera en un agujero oscuro.

Su voz se quebró ligeramente.

—Nunca imaginé que este secreto te pondría en peligro.

—¿Por eso no me lo dijiste? ¿Pensaste que no podría soportar la verdad?

—No —dijo con firmeza—. Tenía miedo… pánico… de que pensaras menos de mí. De que el hombre por el que estabas empezando a sentir algo de nuevo quedara al descubierto como un tonto incapaz de reconocer cuándo lo estaban manipulando. —Bajó la cabeza—. Estaba avergonzado.

—¿Y por qué era eso importante?

Courtney estaba insinuando que él la necesitaba por su dinero.

—¿Cómo puedes amar… casarte con un hombre al que no respetas?

La mano de Courtney se posó en su mejilla, levantándole suavemente el rostro para que la mirara.

—Lucien, estabas herido. No tenías memoria. ¿Cómo iba nadie a culparte por creer lo que te decían? Por confiar en la mujer que te cuidaba. Eso me encanta de ti. Cómo ves lo bueno en la gente.

—Ahora desconfío de todos. Ava me quitó eso. —La comprensión en los ojos de ella era casi demasiado para soportar—. Debería habértelo contado antes de que nos comprometiéramos. Casi lo hice, aquella noche en la biblioteca. Pero entonces aceptaste mi propuesta, y estabas tan feliz… no pude arruinar ese momento.

—¿Y cuándo volvimos a Londres?

—Iba a decírtelo esta mañana. Lo juro. —Soltó un suspiro tembloroso—. Pero ahora Lockwood ha amenazado todo. A ti, a Ava-Marie, al futuro de mis hermanas… no sé cómo detenerlo. Quizá debería quitarle el viento de las velas y simplemente anunciar que acabo de descubrir que Ava y yo nunca estuvimos casados.

Un destello de ira cruzó el rostro de Courtney.

—No. Encontraremos la manera de salir de este lío. Tenemos amigos poderosos. Esto no es culpa tuya. Es de Lockwood. Él es quien usa esta información para chantajearnos y amenazarnos.

—Y tú estabas planeando sacrificarte —dijo Lucien con voz áspera por la emoción—. Casarte con ese reptil para proteger a mi familia. Para proteger a Ava-Marie.

Ella alzó ligeramente la barbilla.

—Habría hecho lo que fuera necesario. Pero yo también tenía un plan, en cierto modo.

—¿Cómo dices? —preguntó, poniéndose de pie de nuevo—. ¿Por qué harías un sacrificio así por mí? ¿Por una niña nacida de otra mujer? ¿Por un hombre que ni siquiera confió en ti para contarle la verdad?

—Porque te amo —dijo simplemente, dejando que las palabras flotaran en el aire entre ellos—. Nunca dejé de amarte, Lucien. Ni cuando creí que habías muerto. Ni cuando regresaste sin memoria

de mí. Ni cuando supe de Ava y de Ava-Marie. El amor no es algo que se apague como una lámpara.

Sus palabras lo golpearon como un golpe físico. Lo había sabido, intelectualmente, que ella lo había amado antes de su desaparición. Había sospechado que aún albergaba sentimientos por él ahora. Pero oírselo declarar tan abiertamente, tan valiente, frente a todo lo que había descubierto…

—No te merezco —susurró, con la voz espesa de emoción.

—Eso no te corresponde decidirlo —replicó ella, levantándose para quedar frente a él—. Yo elijo a quién entrego mi corazón. Y te elijo a ti, Lucien. Al hombre que fuiste, al hombre que eres ahora… te elijo por completo.

Algo se rompió dentro de él entonces: una presa que contenía las emociones que había mantenido férreamente controladas desde su regreso a Inglaterra. Sin pensarlo, la atrajo a sus brazos, enterrando el rostro en su cabello.

—No puedo perderte —murmuró contra su sien—. Ni con Lockwood. Ni con nadie.

—No lo harás —le prometió ella, apretándolo entre sus brazos—. Lockwood nos subestimó a los dos. Ya hablé con Rockwell y Farah. Están reuniendo información para usar contra él.

Lucien se apartó, con sorpresa en el rostro.

—¿Fuiste con Rockwell?

Ella asintió.

—No podía acudir a ti. Lockwood dijo que si lo hacía, lo revelaría todo de inmediato. Sospecho que tiene hombres vigilando esta casa y la tuya. Espero que no te hayan seguido hasta aquí. Ayer, después de que Lockwood se fue, supe que no podía enfrentar esto sola. Rockwell está contactando a todos los que puedan tener información sobre las finanzas de Lockwood, sus secretos… cualquier cosa que podamos usar para contrarrestar sus amenazas.

—Así que no estabas rindiéndote a sus exigencias —comprendió Lucien, aliviado.

—Claro que no —dijo ella con firmeza—. Estaba ganando tiempo. En el baile de Lady Fenchurch mañana por la noche, se supone que debo decirle a Lockwood que aceptaré su propuesta, pero que

necesito unos días para romper mi compromiso contigo "con discreción".

Un orgullo feroz llenó el pecho de Lucien.

—Eres increíble, ¿lo sabes?

Ella sonrió, aunque la sonrisa no llegó del todo a sus ojos.

—Habría hecho cualquier cosa para proteger a Ava-Marie del escándalo. Ella es inocente en todo esto.

—¿La quieres tanto? —preguntó, maravillado.

—¿Cómo no quererla? —dijo simplemente Courtney—. Es tan llena de vida, tan curiosa y amable. Es una miniatura de ti.

El corazón de Lucien se hinchó con una emoción demasiado poderosa para nombrarla. Esta mujer, esta mujer extraordinaria, no solo había aceptado su pasado y sus errores, sino que también había acogido a su hija en su corazón.

—Esta noche supe algo más —dijo él con voz baja y apremiante —. La señora Bellamy me habló de una mujer llamada Kitty que conocía a Ava en Dublín. Es la que le contó a Lockwood sobre el pasado de Ava. Pienso encontrarla mañana.

—¿Es prudente? —preguntó Courtney, con preocupación en la voz—. Lockwood podría estar vigilándote… vigilándonos.

—Es necesario —insistió Lucien—. Necesitamos entender exactamente qué sabe Lockwood… y qué podría no saber. Kitty podría verse persuadida de ayudarnos, especialmente porque Lockwood, al parecer, piensa estafarla a ella y a la señora Bellamy de su "parte" de tu dote.

El rostro de Courtney se endureció.

—Es realmente despreciable.

—Sí —asintió Lucien con voz fría—. Y pagará por amenazarte. Por amenazar a mi hija.

—Por favor, no hagas nada estúpido. —Se acercó un paso más, poniendo las manos sobre su pecho—. Lo enfrentaremos juntos — dijo con firmeza—. No más secretos entre nosotros, no más batallas en soledad. Pase lo que pase, lo enfrentamos como uno solo.

La convicción en su voz, la fuerza en su mirada, lo desbordaron. Durante tanto tiempo, había cargado sus penas solo: la pérdida de su memoria, el descubrimiento del engaño de Ava, la desesperación

por la situación financiera de su familia, el miedo por el futuro de su hija. Ahora, aquí estaba Courtney, ofreciéndole no solo su amor, sino también su compañía, su apoyo inquebrantable.

—¿Qué haría sin ti? —susurró de nuevo, alzando la mano para acariciarle el rostro—. Estoy profundamente agradecido por ti.

—Lucien —dijo ella suavemente, con los ojos ámbar luminosos a la luz de la lámpara—, no puedo perderte otra vez. Cuando pensé que habías muerto en Irlanda, casi me destruyó. No dejaré que Lockwood ni nadie más te arrebaten de mí por segunda vez.

La emoción cruda en su voz derribó sus últimas defensas. Bajó la cabeza y reclamó sus labios en un beso que contenía todas las palabras que aún no podía decir: su gratitud, su admiración, sus sentimientos crecientes que quizá algún día igualarían el amor que ella le ofrecía tan libremente.

Ella respondió con igual fervor, rodeando su cuello con los brazos y atrayéndolo hacia sí. Lo que comenzó como consuelo pronto se convirtió en deseo, con la tensión y el miedo de los últimos días liberándose en una conexión apasionada.

Sus manos se enredaron en su cabello suelto, mientras las de ella trabajaban en los botones de su abrigo, empujándolo de sus hombros. Se movieron como por acuerdo mutuo hacia su cama, despojándose de capas de ropa en el camino.

—Quédate conmigo esta noche —susurró contra sus labios—. Necesito sentirte cerca de mí.

—¿Estás segura? —preguntó él, con su voz áspera por el deseo, pero sus ojos buscando cualquier signo de duda en los de ella.

—Más segura que nunca —respondió ella, sus dedos trazando los contornos de su rostro—. Ya hemos perdido tanto tiempo, Lucien. No quiero desperdiciar ni un momento más.

Su camisón cayó al suelo, dejándola gloriosamente desnuda ante él. La vista de ella le robó el aliento: su piel cremosa iluminada por el suave resplandor de la lámpara de la mesita, su cabello cobrizo cayendo sobre los hombros, sus ojos oscuros llenos de deseo por él.

—Eres hermosa —murmuró, recorriendo reverentemente sus costados con las manos—. Tan hermosa que duele mirarte.

Ella sonrió, trabajando en los cierres de su camisa.

—Entonces no te limites a mirar —sugirió, su voz emitía una ligera provocación a pesar del calor en su mirada.

Cayeron juntos sobre la cama, manos explorando, labios buscando, cuerpos enseñándose mutuamente. Él adoraba cada centímetro de ella, maravillándose de su respuesta, de los suaves sonidos que hacía cuando encontraba un punto especialmente sensible.

Cuando finalmente se unieron, fue con la sensación de regresar a casa, un sentimiento de pertenencia tan profundo que se le quedó atrapado en la garganta. Se movieron juntos en perfecta armonía, construyendo hacia un clímax compartido que los dejó a ambos temblando y sin aliento.

Después, mientras ella yacía en sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho, él sintió una paz que no había conocido desde que dejó Irlanda. Lo que Lockwood planease, los desafíos que pudieran enfrentar, él ya no estaba solo. Courtney era su compañera en esta lucha, su igual en todos los sentidos. Y, sobre todo, confiaba en ella.

—Lo detendré —prometió Lucien, presionando un beso en su sien—. Lo detendremos. Y luego construiremos la vida que debimos haber tenido antes de Irlanda. Antes de Ava. Antes de todo.

Ella levantó la cabeza para mirarlo, sus ojos serios a pesar de la sonrisa.

—No antes de todo, Lucien. No borraría a Ava-Marie de nuestra historia, por nada.

Su corazón se contrajo de emoción.

—Ni yo. Ella es el único regalo puro que ha surgido de todo esto.

—Entonces construiremos una nueva vida —dijo ella, acomodándose nuevamente contra su pecho—. No la que planeamos antes, sino una que la incluya, que honre todo lo que hemos pasado, todo lo que hemos aprendido.

Mientras el sueño comenzaba a reclamarlos, Lucien sostuvo a Courtney cerca, su mente todavía planeando cómo enfrentar a Lockwood. Pero la desesperación que lo había impulsado por las calles de Londres a medianoche se había calmado. En su lugar, había

una determinación fría, fortalecida por el amor de Courtney y su propia claridad recién descubierta.

Pase lo que pase mañana en el baile de Lady Fenchurch, algo era seguro: el Barón Lockwood había cometido el error más grave de su vida al amenazar lo que Lucien más valoraba. Y pronto descubriría cuán formidable podía ser Lucien Furoe.



Courtney despertó sola con la luz del amanecer. Se giró y pasó la mano por la cama donde Lucien había dormido. Su aroma a sándalo permanecía en las sábanas y en las almohadas. Respiró profundamente y soltó un suspiro de satisfacción, casi como un ronroneo.

Habían acordado un plan para el baile de esa noche. Ella iniciaría una discusión con Lucien y se marcharía furiosa. Le diría a Lockwood que el compromiso estaba cancelado. Y que aún tendría que convencer a su padre para permitir el matrimonio. Le diría que no sería fácil, ya que Tarquin también se opondría. Su hermano no apreciaba a Lockwood. Eso les daría tiempo.

Había querido acompañar a Lucien a hablar con Kitty, pero no podían arriesgarse a ser vistos juntos. Pero Lucien aceptó llevar al Duque de Blackstone con él.

Se estiró, disfrutando la sensación de su desnudez y recordando el placer de la noche anterior. Debería llamar a su doncella para organizar un baño, pero quería deleitarse en la cama con sus recuerdos y su alegría un poco más.

Con un bajo gemido, se levantó y tocó el timbre para su doncella.

Una vez vestida, se dirigió al salón, habiendo pedido a Graves que llamara a su hermano. Debía informar a Tarquin de lo que estaba ocurriendo. Quizá incluso podría ayudar a Lucien con Lockwood.

Acababa de servirse una taza de té y sentarse al sol que entraba por las grandes puertas del terraza, cuando Graves entró.

—Su hermano y su padre no se encuentran en casa, mi señora. Están en Tattersalls.

—Por supuesto. Olvidé que asistirían a la subasta de caballos hoy. En cuanto mi hermano regrese, ¿puede pedirle que venga a verme, por favor?

—Como desee. Además, Lady Ashley está abajo. ¿Desea que la haga subir?

¿La hermana de Rockwell, Ashley, estaba aquí? Eso no podía ser una coincidencia

—Por supuesto, Graves. Y traiga más té.

Courtney dejó su taza mientras Ashley entraba en el salón, su vestido de paseo verde bosque impecable a pesar de la ligera llovizna afuera. La habitual compostura de Ashley parecía ligeramente alterada esa mañana, sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillantes con lo que Courtney reconoció como una mezcla de curiosidad y escándalo.

—Mi querida Courtney —dijo Ashley, quitándose los guantes apresuradamente mientras Graves se retiraba—. Espero no molestarte a esta hora tan temprana.

—En absoluto —respondió Courtney, haciendo un gesto para que su amiga se sentara junto a ella en la ventana—. Me alegra tener compañía. Papá y Julian están en Tattersalls para la subasta de caballos hoy.

Ashley se acomodó en la silla frente a ella, con un brillo cómplice en los ojos.

—Sospechaba algo así. La mayoría de los caballeros parecía dirigirse hacia allí cuando yo venía para acá —se inclinó hacia adelante—. Pero no he venido a esta hora indebida por eso.

Courtney le sirvió una taza de té a su amiga.

—Ya lo imaginé por tu expresión. Pareces un gato que ha encontrado la crema.

—Oh, querida, es mucho más delicioso que la crema —aceptó Ashley la taza con una sonrisa cómplice—. Acabo de salir de casa de Farah, donde me enteré de una información asombrosa que simplemente no podía esperar.

El corazón de Courtney dio un vuelco.

—¿Sobre Lockwood? —preguntó, bajando la voz a pesar de que la casa estaba vacía.

—No, aunque Rockwell está avanzando allí —la tranquilizó Ashley —. Esto es sobre tu Lucien y su búsqueda de la misteriosa Kitty.

—¿Ya la encontró? —Courtney dejó su taza con un pequeño golpe—. Pero apenas son las nueve de la mañana. ¿Cómo pudo…?

—Eso es justamente lo gracioso —interrumpió Ashley, con los ojos brillando de picardía—. No tuvo que buscar demasiado lejos. Resulta que tu Kitty, la mujer que conoció a Ava en Dublín, no es otra que ¡la amante del duque de Blackstone!

Courtney rio.

—Las amantes no son algo inusual para hombres de su posición. Todavía es joven, tendrá unos veintinueve, ¿no? Aun sembrando su avena salvaje, aunque nunca he sabido que el duque fuese salvaje con nada. Es tan serio y correcto.

—Exacto, por eso creo que es tan divertido que Blackstone tenga una amante —confirmó Ashley con deleite evidente—. Nuestro severo, correcto duque, siempre impecable, está manteniendo a una antigua mujer de baja clase, una cortesana, en una casita pequeña pero elegante en Chelsea.

Courtney no lograba conciliar la imagen del duque austero e imponente, conocido en toda la sociedad por su rígido apego a la corrección y su desprecio apenas disimulado hacia el escándalo, con un hombre que mantuviera como amante a una ex trabajadora de burdel.

—Puede que haya una explicación inocente —protestó—. Tal vez intenta ayudarla a dejar la profesión.

La risa de Ashley tintineó por la habitación.

—¿El mismo hombre que le dio a Julian una conferencia de veinte minutos sobre lo impropio de aflojarse la corbata en White's después de medianoche, ayudando a una pobre prostituta irlandesa? Poco probable.

—No lo soportas. ¿O protestas demasiado? —Courtney negó con incredulidad.

—Tonterías —balbuceó Ashley—. Es un hipócrita. ¿El mismo duque que se negó a asistir a la fiesta en el jardín de los Smythson

porque su hija había sido vista paseando en un carruaje abierto con su prometido sin una acompañante adecuada? —dijo Ashley, mientras se servía una galleta—. Según Rockwell, que parecía bastante divertido con todo esto, Lucien fue a ver a Su Gracia a una hora impía esta mañana. Tras explicarle la situación, el duque se puso pálido y admitió que Kitty ha estado bajo su protección desde que la conoció en el baile de máscaras de las cortesanas.

Courtney se recostó.

—¿Farah lo sabe? Era tan estricto con ella.

—Ahora lo sabe —respondió Ashley con una carcajada—. Tendrías que haber visto su cara cuando Rockwell nos lo contó. Pensé que se iba a desmayar del shock. No dejaba de repetir: "¿Mi hermano?", como si pudiera haber otro duque de Blackstone escondido por Londres.

Courtney no pudo evitar unirse a las risas de su amiga; la absurdidad de la situación la distrajo momentáneamente de sus propios problemas.

—El hombre que nos juzga a todos resultó ser el mayor hipócrita de Londres.

—Eso cambia bastante la perspectiva sobre cómo trató a mi familia —comentó Ashley, su sonrisa atenuándose un poco—. Apenas ha reconocido mi existencia desde que estalló mi escándalo hace tres años. Realmente detesto a ese hombre.

Courtney extendió la mano para apretar la de su amiga. No podía decir nada, ya que Ashley nunca había compartido los detalles de su escándalo con la hermandad.

—Qué insufrible. Pensar que te ha mirado por encima de la nariz aristocrática todo este tiempo, mientras ahora mantiene a una ex trabajadora de burdel como amante.

—En una casa muy bonita en Chelsea, nada menos —añadió Ashley con una sonrisa resignada—. Al parecer, está bastante dedicado a ella. Rockwell dice que el duque le está enseñando a leer y ha contratado tutores para instruirla en el habla y el comportamiento adecuados.

—Santo cielo —murmuró Courtney—. Suena como si estuviera realmente prendado.

—Encandilado, según Rockwell —los ojos de Ashley brillaron—. ¿Puedes imaginarte al duque de Blackstone enamorado? ¿El hombre cuya expresión nunca cambia, ni siquiera en medio de los chismes más escandalosos en Almack's?

—Es difícil de imaginar —convino Courtney, tratando de visualizar el rostro severo del duque suavizado por el afecto—. Aunque supongo que explica por qué ha rechazado a todas las jóvenes elegibles que se le han presentado en las últimas temporadas.

—Incluida Lady Harriet Pembroke, que es toda una joya —señaló Ashley—. Su padre estaba furioso cuando el duque no mostró el menor interés.

Courtney bebió un sorbo de té, reflexionando sobre esta revelación.

—Me pregunto cómo será esa Kitty, para haber conquistado un corazón tan formidable.

—Rockwell dice que es muy guapa—pelirroja y vivaz—, pero lo más importante es que Lucien cree que nos ayudará. Al parecer, la señora Bellamy le dijo a Lucien que se siente terriblemente culpable por haber revelado el secreto de Ava a Lockwood. No tenía idea de que él planeaba usar la información para chantaje.

—¿Testificará contra él si es necesario? —preguntó Courtney, con la esperanza encendiéndose en su pecho.

—Eso es lo que Lucien y el duque han ido a determinar —Ashley le sonrió con aire tranquilizador—. Kitty parece ansiosa por enmendarse. Y con el apoyo del duque…

—Parece casi demasiado bueno para ser verdad —murmuró Courtney—. Claro que Blackstone quizá no quiera que esta información se haga pública. Dañaría su imagen.

Ashley casi se atragantó con la risa.

—¿Te imaginas? Solo la cara de Lady Jersey valdría el escándalo de revelar la información.

—Detesto el escándalo, pero después de cómo te trató a ti y a Farah, sí necesita que lo bajen un poco del pedestal —añadió Courtney, entrando en la broma—. Además, quizá lo distraiga de nuestro reto de inversiones. Realmente quiero que Tiffany le gane.

—Oh, sin duda frunciría el ceño —asintió Ashley—. Tiene al menos siete tipos diferentes de fruncidos que he catalogado a lo largo de los años. Mi favorito es cuando apenas levanta la ceja izquierda mientras la comisura de la boca se le baja exactamente tres milímetros.

Ashley imitó la expresión, provocando que Courtney estallara en carcajadas.

—Recibí ese fruncido exacto cuando tuve la osadía de sugerir que su opinión sobre la educación femenina podía ser algo arcaica —recordó Courtney, sonriendo ante la memoria—. Creo que me dijo que "las señoritas deberían preocuparse por los logros adecuados a sus delicadas constituciones".

—Mientras enseñaba a su amante a leer y contrataba tutores para ella —añadió Ashley con ironía—. La hipocresía es simplemente sobrecogedora.

—Quizá aún haya esperanza para él —reflexionó Courtney—. Si puede preocuparse tan profundamente por alguien que la sociedad consideraría inapropiado, tal vez su rígido exterior oculta un corazón más compasivo de lo que le atribuimos.

—O quizá simplemente se enamoró a pesar de sí mismo —sugirió Ashley—. El corazón no siempre sigue los dictados de la corrección, después de todo.

La observación hizo que Courtney reflexionara sobre su propia situación.

—No, ciertamente no.

Ashley extendió la mano para tocar la suya.

—¿Cómo estás realmente, Courtney? Este terrible asunto con Lockwood…

—Estoy mejor ahora que Lucien sabe todo —admitió Courtney—. Hablamos anoche. Vino a verme después de que la señora Bellamy revelara el plan de Lockwood.

—¿Vino a verte? ¿Por la noche? —las cejas de Ashley se arquearon sugestivamente—. Qué… impropio de su parte.

Courtney sintió que se le calentaban las mejillas.

—Sí, bueno, los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

—¿Y estas medidas desesperadas incluyeron una reconciliación? —bromeó Ashley suavemente.

—Llegamos a un entendimiento —respondió Courtney, incapaz de evitar una pequeña sonrisa—. Me contó todo sobre Ava, sobre su tiempo en Irlanda. No hay más secretos entre nosotros.

—Me alegra —dijo Ashley sinceramente—. Te mereces la felicidad, Courtney, después de todo lo que has soportado estos últimos años.

—Si podemos sobrevivir al plan de Lockwood —le recordó Courtney, mirando el reloj sobre la repisa—. Lucien y yo tenemos un plan para el baile de esta noche, pero mucho depende de lo que descubra Kitty hoy.

—¿Crees que Lockwood sospecha algo? —preguntó Ashley, con expresión seria.

—No estoy segura —admitió Courtney—. Parecía tan confiado cuando emitió su ultimátum. Solo puedo esperar que crea que estoy demasiado asustada para desafiarlo.

—Ese hombre es una serpiente —declaró Ashley con vehemencia poco característica—. Amenazarte a ti y a esa niña inocente…

Un repentino estruendo de cristales rompiéndose interrumpió sus palabras. Ambas se giraron hacia las puertas de la terraza, donde tres figuras se encontraban entre los restos rotos de las puertas francesas: el barón Lockwood, flanqueado por dos hombres de aspecto rudo que Courtney nunca había visto antes.

—Señoras —arrastró Lockwood, quitando fragmentos de vidrio de la manga de su impecable abrigo—. Disculpen la entrada dramática, pero me veo en la necesidad de contar con la inmediata compañía de Lady Courtney.

Courtney se puso de pie, con el corazón golpeando contra sus costillas.

—Barón Lockwood, ¿ha perdido la razón? Entrar en la casa de mi padre a plena luz del día…

—Una necesidad expedita —interrumpió él, avanzando hacia la habitación—. He sabido que Lord Furoe ha estado haciendo averiguaciones esta mañana. Averiguaciones que sugieren que podría haber traicionado nuestro acuerdo.

Ashley se interpuso entre ellos, con la barbilla levantada con desafío.

—Señor, se marchará de inmediato o gritaré hasta derribar la casa.

Uno de los acompañantes de Lockwood, un hombre corpulento con una cicatriz que le atravesaba la ceja izquierda, sonrió desagradablemente.

—Grite todo lo que quiera, mi señora. Los sirvientes están ocupados en la cocina. Se inició un pequeño incendio hace apenas unos minutos. Muy inoportuno.

Un escalofrío recorrió la espalda de Courtney al comprender la magnitud de la planificación de Lockwood.

—¿Qué quiere? —exigió, aunque ya conocía la respuesta.

—Revisar el cronograma —respondió Lockwood con suavidad—. En lugar de esperar a que rompas tu compromiso con discreción, partiremos hacia Gretna Green de inmediato. Me he tomado la libertad de organizar transporte rápido.

—Está loco —jadeó Courtney—. Nunca me casaré con usted voluntariamente. ¡Gritaré hasta derribar la iglesia!

La sonrisa de Lockwood no alcanzó sus ojos.

—Me temo que ha entendido mal, Lady Courtney. Esto ya no es una solicitud. —Asintió hacia sus acompañantes, que comenzaron a avanzar a ambos lados de Ashley—. Su padre descubrirá que su amada hija se ha escapado. Muy impactante, pero estas cosas ocurren en las mejores familias. A nuestro regreso como marido y mujer, estoy seguro de que encontrará en su corazón perdonar la impulsividad del joven amor, y proporcionará la dote acordada.

—Lo dudo mucho. Arruinará mi vida por nada.

Avanzó hacia ella.

—A un padre no le gusta ver a su hija lastimada y pueden ocurrir accidentes desafortunados si el dinero no se entrega.

—Nunca se saldrá con la suya —siseó Ashley, retrocediendo mientras los hombres se acercaban—. Su padre lo hará colgar.

—Solo si me atrapa antes de que nos casemos, así que apúrense —replicó Lockwood.

En un movimiento repentino, Ashley tomó un pesado jarrón de cristal de una mesa cercana y lo lanzó al hombre con la cicatriz, alcanzándolo en el hombro.

—¡Corre, Courtney! —gritó.

Courtney corrió hacia la puerta, pero el segundo hombre, más joven, delgado, pero no menos amenazante, la interceptó, agarrándola por la cintura y levantándola del suelo. Ella gritó y forcejeó, pateando salvajemente mientras la arrastraban hacia las puertas rotas de la terraza.

Ashley se lanzó sobre Lockwood, golpeando su pecho con pequeños puños mientras intentaba impedir su avance. El barón la golpeó con la mano abierta en la cara con una fuerza impactante, enviándola a estrellarse contra una delicada mesa de caoba que se astilló bajo su peso.

—¡Ashley! —gritó Courtney, horrorizada, mientras veía a su amiga derrumbarse en el suelo, con una delgada línea de sangre apareciendo en su sien donde había golpeado el borde de la mesa rota.

—Lamentable —comentó Lockwood sin emoción—. Pero debería haber sabido que no debía interferir.

—Monstruo —resopló Courtney, renovando sus esfuerzos mientras el hombre que la sostenía apretaba dolorosamente sus costillas—. ¡Vas a colgar por esto!

—No lo creo —respondió Lockwood con calma, sacando un paño del bolsillo de su abrigo—. Ahora, me temo que debemos acelerar nuestra partida antes de que alguien investigue ese pequeño incendio en la cocina.

Antes de que pudiera protestar, el paño se presionó contra su rostro, con un olor dulce y nauseabundo inundando sus fosas nasales. Courtney contuvo la respiración, intentando girarse, pero el agarre del hombre era firme. Finalmente, con los pulmones ardiendo, se vio obligada a inhalar, y de inmediato la habitación comenzó a girar a su alrededor.

Su último pensamiento consciente fue de Lucien, de las promesas que se habían hecho apenas unas horas antes. Mientras la

oscuridad la reclamaba, rezó para que él la encontrara antes de que fuera demasiado tarde.



Ashley recuperó la conciencia con el sonido de voces frenéticas y al acre olor a humo. Su cabeza latía con violencia y, al intentar moverse, un dolor punzante le atravesó el cráneo, haciéndola jadear.

—¡Lady Ashley! ¡Gracias a Dios! —Graves apareció en su visión borrosa; su rostro normalmente impasible estaba surcado de preocupación—. No se mueva, mi señora. Está herida.

—Courtney —logró decir con voz áspera—. ¿Dónde está Lady Courtney?

La expresión del mayordomo confirmó lo que ya sabía.

—Ella… se ha ido, mi señora. Hubo un pequeño incendio en la cocina, una distracción, nos damos cuenta ahora. Para cuando descubrimos que fue intencionado, ya era demasiado tarde.

Ashley luchó por incorporarse a pesar de las protestas del mayordomo y de la alarmante sensación de que la habitación giraba a su alrededor. La sangre se había secado en un lateral de su rostro, tirando incómodamente de la piel.

—El Barón Lockwood —dijo, agarrando el brazo de Graves para apoyarse—. Se la ha llevado. Debemos encontrar a Lord Furoe y a mi hermano de inmediato. —Apoyándose en los restos de la mesa de caoba, forzó a sus piernas a cooperar mientras se levantaba inestable—. Y que alguien vaya por el Duque de Blackstone y el Vizconde Milburn. Díganles que es cuestión de vida o muerte.

Había enfrentado una situación exactamente igual hacía varios años y conocía la gravedad del asunto. La reputación de una mujer se destruía en esas circunstancias. Si Lockwood la llevaba a Gretna Green antes de que los encontraran…

Mientras los sirvientes se apresuraban a obedecer sus órdenes, Ashley se dejó caer en una silla cercana, presionando un pañuelo contra su sien sangrante. Courtney se había ido, llevada por un hombre cuya crueldad había presenciado de primera mano. Un

hombre lo bastante desesperado como para cometer un secuestro a plena luz del día.

—Por favor, mantente a salvo —susurró, observando cómo un lacayo corría hacia los establos para enviar mensajeros a Lucien y a los demás—. Por favor, resiste hasta que te encontremos.

Se negó a considerar cualquier otra posibilidad. No cuando Courtney había vuelto a encontrar la felicidad tras años de dolor. No cuando tanto dependía de su regreso seguro.

Capítulo Veinte

Lucien cabalgaba a través de la niebla de la mañana, con su mente acelerada con planes y estrategias. Los recuerdos de su noche con Courtney hacían que cada centímetro de su cuerpo ardiera, y estaba aún más decidido a asegurarse de que Lockwood no arruinara nada para él, para ellos.

Londres apenas comenzaba a despertarse: las tiendas abrían sus persianas, los sirvientes barrían los umbrales y los carritos de leche traqueteaban sobre los adoquines. El pesado peso de la responsabilidad y la determinación lo impulsaba hacia Blackstone House, donde esperaba encontrar el primer hilo que pudiera desenredar los planes de Lockwood.

El duque de Blackstone no era conocido por recibir visitantes a tan indecente hora, pero la situación de Lucien no dejaba espacio para las cortesías sociales. Al acercarse a la imponente mansión de Mayfair, se preparó para lo que probablemente sería una recepción fría.

Para su sorpresa, el mayordomo del duque le informó que Su Gracia ya estaba despierto y en su estudio. Lucien fue recibido sin demora, encontrando al austero noble sentado tras un enorme escritorio de caoba, revisando correspondencia con una expresión severa que parecía permanentemente grabada en sus rasgos aristocráticos.

—Lord Furoe —saludó Blackstone sin levantarse, sus ojos oscuros revelando solo una ligera curiosidad por la inesperada visita—. ¿Qué

lo trae a mi puerta a esta hora? Confío en que se trate de un asunto de cierta importancia.

Lucien hizo una ligera reverencia.

—Su Gracia, disculpe la intromisión, pero necesito su ayuda con un asunto bastante delicado.

El duque dejó el abrecartas con movimientos precisos.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

—Estoy intentando localizar a una mujer llamada Kitty —dijo Lucien directamente, observando de cerca el rostro del duque—. Creo que trabajó en el establecimiento de la señora Bellamy y podría tener información crucial para el bienestar de mi familia.

El efecto fue instantáneo y notable. La expresión compuesta del duque se rompió como hielo delgado, su rostro perdió color mientras se levantaba abruptamente de su silla. Sus manos, siempre firmes y controladas, agarraron el borde del escritorio con tal fuerza que los nudillos se le blanquearon.

—¿Qué negocio podría tener usted con…? —Blackstone se corrigió a sí mismo, visiblemente luchando por recuperar la compostura—. ¿Cómo supo? —continuó con rigidez, aunque el leve temblor en su voz lo delataba.

—La señora Bellamy vino a verme.

Lucien no esperaba una reacción tan visceral del duque, notoriamente controlado. El hombre ante él no estaba simplemente ofendido por el tema impropio: estaba personalmente afectado. La realización surgió con claridad sorprendente: el duque de Blackstone, paradigma de la propiedad y la rectitud moral, albergaba sentimientos por esta mujer.

—Perdone, Su Gracia —dijo Lucien con cuidado—, pero esto no es un ataque a su carácter ni un intento de inmiscuirme en sus asuntos personales. Mi interés en Kitty se debe únicamente a que conoció a mi difunta esposa Ava en Dublín. Hay asuntos relacionados con el futuro de mi hija que creo que ella podría ayudar a esclarecer.

Los hombros de Blackstone se relajaron ligeramente ante la explicación, aunque la cautela permanecía en sus ojos.

—¿Su difunta esposa?

—Sí —confirmó Lucien—. Recientemente supe que Kitty y Ava se conocieron en Dublín antes de mi estancia en Irlanda. Como sabrá, mi memoria de ese período sigue siendo fragmentaria en el mejor de los casos, y hay… —vaciló, escogiendo cuidadosamente sus palabras — aspectos de mi tiempo en Irlanda que necesito aclarar.

El duque parecía librar una batalla interna, sus rasgos aristocráticos se contorsionaban sutilmente mientras sopesaba sus opciones. Tras un largo momento, se dirigió a un gabinete, sacó un decantador de cristal y vertió dos copas de brandy a pesar de la temprana hora.

—Siéntese, Furoe —ordenó, entregándole a Lucien una copa antes de tomar la silla opuesta, en lugar de volver a su escritorio. El gesto, menos formal y más personal, marcaba un cambio significativo en su interacción.

—Supongo que regresar a los círculos sociales no ha sido fácil —comentó Blackstone, estudiando el líquido ámbar en su copa.

—Ha tenido sus desafíos —admitió Lucien, sin ver beneficio en seguir engañando—. Ciertas personas amenazan con difundir información errónea sobre mi pasado que podría dañar a mi hija y poner en riesgo la reputación de Lady Courtney.

Los ojos de Blackstone se agudizaron.

—¿Lockwood?

Lucien se inclinó hacia adelante, sorprendido.

—¿Cómo…?

—El hombre ha estado haciendo investigaciones discretas pero decididas sobre su tiempo en Irlanda durante semanas —explicó Blackstone con desdén—. Se acercó a varios de mis conocidos en busca de información, aunque no me di cuenta de la magnitud de su investigación.

—Entonces comprende por qué debo hablar con Kitty —insistió Lucien—. Si ella puede confirmar las mentiras de Lockwood, eso podría neutralizar sus amenazas. Entenderá cómo el rumor se propaga hasta que se cree verdadero.

El duque vació su copa de un solo trago decidido y la dejó sobre la mesa con una fuerza poco habitual.

—Kitty está bajo mi protección —afirmó, y sus palabras tenían un peso inconfundible.

—No le haré daño —le aseguró Lucien rápidamente—. Todo lo contrario. Creo que Lockwood pudo haberla manipulado, tal como está intentando manipular a Lady Courtney y a mí.

—Así fue —confirmó Blackstone, endureciendo su voz—. El hombre le prometió una suma considerable por información sobre antiguas… colegas. Ella no tenía idea de que él pretendía usarla para chantajear.

La profundidad del conocimiento del duque confirmó la sospecha de Lucien sobre su conexión personal con Kitty. El notorio rígido de la corrección, que según se decía había desheredado a su propio primo por casarse con una actriz, estaba involucrado románticamente con una ex cortesana.

—Necesito hablar con ella —dijo Lucien simplemente—. Hoy, si es posible. Lockwood ha exigido la respuesta de Lady Courtney para esta noche en el baile de Lady Fenchurch.

Blackstone recorrió de un lado a otro su estudio, una muestra poco habitual de agitación para un hombre conocido por su rígido autocontrol. Finalmente, se volvió hacia Lucien.

—Lo llevaré con ella —decidió, con un tono que sugería que la concesión le costaba caro—. Pero estaré presente durante vuestra conversación.

—Por supuesto —aceptó Lucien con rapidez—. Agradezco su presencia, Su Gracia.

El duque llamó a su valet y dio instrucciones precisas para que su carruaje estuviera listo de inmediato. Mientras esperaban, se instaló un silencio incómodo entre ellos hasta que Lucien decidió abordar lo obvio.

—Aprecio enormemente su discreción en este asunto —dijo con cuidado—. Así como su disposición a facilitar este encuentro.

La expresión de Blackstone permaneció reservada, pero algo en sus ojos se suavizó ligeramente.

—Todos tenemos aspectos de nuestras vidas que preferimos mantener privados, Lord Furoe. Eso lo entiendo mejor que la mayoría.

—Ciertamente —asintió Lucien, respetando la necesidad del duque de hacer referencia de manera indirecta en lugar de reconocer directamente su relación con Kitty—. La vida rara vez se ajusta a las categorías ordenadas de la sociedad.

—No —aceptó Blackstone en voz baja—. Estoy empezando a entender que no lo hace.

El carruaje apareció puntualmente, y ambos hombres se acomodaron en el lujoso vehículo en silencio. Mientras recorrían las calles de Londres, cada vez más concurridas, Lucien observaba la creciente tensión del duque. Sus dedos enguantados golpeaban un ritmo irregular contra la rodilla, el único signo externo de su incomodidad.

—Ella reside en Chelsea —dijo Blackstone abruptamente cuando el carruaje giró hacia el oeste—. En una casa pequeña pero cómoda que yo… dispuse para ella.

—Entiendo —respondió Lucien con neutralidad, cuidando de no mostrar sorpresa o juicio.

—Ha estado persiguiendo una educación —continuó el duque, aparentemente sintiéndose obligado a justificar su arreglo—. Idiomas, literatura, música. Tiene una notable aptitud para el aprendizaje.

—Eso habla bien de su carácter —comentó Lucien.

—Ella es… —Blackstone vaciló, buscando las palabras adecuadas — excepcional en muchos aspectos. Sus circunstancias antes de conocernos no fueron elegidas por ella. La muerte de su padre la dejó sin protección ni recursos.

El tono defensivo en su voz reveló más que cualquier confesión directa podría haber hecho. Esto no era simplemente un arreglo conveniente entre un noble rico y una mujer hermosa: el duque de Blackstone estaba enamorado de Kitty.

—A menudo tenemos poco control sobre los caminos que la vida nos obliga a recorrer —observó Lucien en voz baja, pensando en su propio trayecto de agricultor amnésico a vizconde recuperado—. El verdadero carácter no se revela en la ausencia de dificultades, sino en cómo uno las atraviesa.

Blackstone lo estudió con renovado interés.

—Una perspectiva inusualmente filosófica para un par del reino.

—Mi tiempo en Irlanda alteró muchas de mis perspectivas —respondió Lucien con una sonrisa irónica—. La amnesia tiene la virtud de despojar de pretensiones.

El carruaje redujo la marcha al entrar en un vecindario tranquilo y respetable de Chelsea; no era elegante según los estándares aristocráticos, pero sí distinguido. Se detuvieron frente a una modesta casa de ladrillo con ventanas relucientes y un jardín delantero bien cuidado. A pesar de su tamaño reducido, la propiedad hablaba de comodidad y esmero más que de ostentación.

—Espere aquí —ordenó Blackstone al cochero antes de volverse hacia Lucien—. Debería hablar con ella primero, explicarle la situación.

Lucien asintió, reconociendo el instinto protector que impulsaba la petición del duque. Al acercarse a la puerta, ambos hombres notaron un silencio inusual. No apareció ningún sirviente para tomarles los sombreros y abrigos, y la casa tenía una quietud inquietante.

—Algo no está bien —dijo Blackstone bruscamente, llevando instintivamente la mano al bastón que portaba, uno que Lucien ahora sospechaba podía ocultar una hoja. El duque probó la puerta y la encontró sin cerrar; se abrió al toque de su mano.

—¿Kitty? —llamó Blackstone, su reserva habitual quebrándose mientras la preocupación inundaba su voz—. ¿Estás aquí?

El silencio que respondió le heló la sangre a Lucien. Se movieron con rapidez por el vestíbulo hacia el salón, donde un débil gemido los atrajo.

La mano de Blackstone tembló al girar el pomo de bronce. El silencio que los recibió era incorrecto, totalmente incorrecto. En los meses que llevaba visitando aquella casa, siempre había estado llena de actividad suave: el rasgueo de su pluma mientras practicaba la escritura, el melódico acento irlandés de su voz leyendo en voz alta, el susurro de la seda al moverse en sus rutinas diarias.

—¿Kitty? —llamó de nuevo Blackstone, su voz quebrándose a pesar de sus esfuerzos por controlarla—. Mi amor, ¿estás…?

Las palabras murieron en su garganta al entrar en el salón.

La escena que los recibió perseguiría a Lucien durante años, pero para Blackstone rompió algo fundamental en su alma. Esa habitación, su santuario, donde él le había enseñado a leer, donde ella reía de su pronunciación estirada, donde habían planeado un futuro que la sociedad jamás aceptaría, estaba hecha ruinas.

El pequeño escritorio donde ella practicaba sus letras estaba volcado, con la tinta extendiéndose como sangre negra sobre las hojas esparcidas. Su cuidadosa caligrafía "Te amo, Raven" escrito una y otra vez con creciente seguridad, ahora pisoteada. El delicado juego de té de porcelana que él le había regalado estaba destrozado, las rosas pintadas que había elegido porque combinaban con su tez ahora brillaban en fragmentos rotos a la luz de la mañana.

Pero era la destrucción mayor lo que les cortó la respiración. La estantería pesada, la que él había llenado de volúmenes para expandir su mundo, había sido destrozada, como si alguien buscara frenéticamente detrás de cada lomo de cuero. Los libros yacían esparcidos como pájaros heridos, con páginas arrancadas y aplastadas.

Y en el centro de aquella devastación, rodeada por los restos de su felicidad robada, yacía Kitty.

Su magnífico cabello rojo, ese cabello que él amaba ver arder con la luz del fuego en sus veladas tranquilas, se extendía a su alrededor como vino derramado. El vestido matinal que él le había comprado apenas la semana anterior, un azul suave que realzaba sus ojos, estaba ahora manchado con un círculo de carmesí que se expandía y parecía latir con cada golpe del corazón acelerado de él.

—No —la palabra escapó de Blackstone apenas como un suspiro. Luego, más fuerte, cruda de angustia—: ¡No, no, NO!

Atravesó la habitación antes de que Lucien pudiera detenerlo, cayendo de rodillas con tal fuerza que el impacto resonó en la casa. Sus manos flotaban sobre su inmóvil cuerpo, desesperadas por tocar, consolar, curar, pero aterradas de que su contacto hiciera real aquella pesadilla.

—Kitty, mi querida niña, ¿qué te han hecho? —su voz se quebró del todo, la legendaria compostura del duque de Blackstone

resquebrajándose como hielo en primavera—. Ya estoy aquí. Ya estoy aquí.

Sus párpados temblaron, fue apenas perceptible, pero suficiente para que la esperanza le atravesara el pecho. La recogió con cuidado en sus brazos, y la calidez húmeda que empapó de inmediato su chaleco le revolvió el estómago.

—No intentes hablar —susurró, aunque cada palabra le costaba —. Buscaré ayuda. El médico… él…

—Raven —su voz era un susurro, sangre burbujeando en la comisura de sus labios. Pero sus ojos verdes, esos ojos que lo habían mirado con tanto amor, con tanta confianza, se enfocaron en su rostro con lo que quedaba de su fuerza—. Volviste a mí.

—Siempre —prometió él con fiereza, sus propias lágrimas cayendo sobre su rostro alzado—. Te dije que siempre volvería.

Lucien se arrodilló junto a ellos, sus manos temblaron al presionar su pañuelo contra la herida en el abdomen de ella. Pero incluso mientras aplicaba presión, supo con nauseabunda certeza que era demasiado tarde. La hoja había hallado su blanco con precisión mortal.

—¿Quién hizo esto? —preguntó Blackstone, su voz ahora mortalmente serena, aunque sus manos seguían infinitamente suaves al acariciarle el cabello—. Dime quién te lastimó, amor mío.

—Lock… —jadeó ella, sus dedos manchados de sangre aferrándose débilmente a su chaleco. Cada palabra parecía desgarrarle la garganta—. Lockwood. Quería que… mintiera. Sobre… tu matrimonio.

El nombre golpeó a Lucien como un impacto físico, pero se obligó a inclinarse más

—¿Qué quería que dijeras?

Sus ojos encontraron los de él, y en ellos vio no sólo dolor, sino una feroz determinación que de pronto, con desgarradora claridad, le recordó a Courtney.

—Le dije… que estabas… bien casado. No… no le dejé…

Tosió, y más sangre pintó sus labios de carmesí. Blackstone emitió un sonido como un animal herido, sus rasgos aristocráticos contorsionados por la pena.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué mentir por un desconocido?

La sombra de su antigua sonrisa tocó sus labios exangües.

—No… desconocido. La hija… de tu amigo. Inocente… niñita. Merece… algo mejor… que… mi vida.

Las sencillas palabras, pronunciadas con su último aliento en defensa de una niña que nunca había visto, rompieron algo en ambos hombres. Allí estaba una mujer obligada a una vida despreciada por la sociedad, que había escalado fuera de ella gracias a su propio valor y al amor de Blackstone, y que estaba dedicando sus momentos finales a proteger a otra inocente.

—El médico —dijo Blackstone desesperado, alzando la vista hacia Lucien—. Necesitamos…

—Raven —la voz de Kitty se hacía más tenue, su agarre en su abrigo debilitándose—. Frío… tanto frío…

Sin dudar, él se quitó la chaqueta y la envolvió con ella, como si la mejor lana pudiera protegerla de la muerte misma.

—Estoy aquí, mi amor. No estás sola.

—No… me dejes —suplicó, su voz de repente muy joven, muy asustada.

—Nunca —juró él, presionando sus labios contra su frente—. Nunca te dejaré. Ni en esta vida ni en la próxima.

Su respiración se volvió más dificultosa, cada inhalación una lucha visible.

—Yo… te amo…

Las palabras nunca llegaron. Su cuerpo se quedó flojo en sus brazos, con sus ojos mirando sin ver el techo donde una vez habían trazado arabescos en el yeso mientras planeaban su futuro imposible.

Durante un largo instante, el único sonido en la habitación en ruinas fue la respiración entrecortada de Blackstone. Luego, con infinita ternura, le cerró los párpados y acomodó sus miembros como si solo estuviera dormida.

Cuando por fin alzó la vista hacia Lucien, su rostro era una máscara de una furia helada que hizo a Lucien retroceder instintivamente.

—Lockwood morirá por esto —dijo el duque con absoluta certeza. No una amenaza: una promesa escrita en piedra—. Lentamente, si yo tengo algo que decir.

Lucien se puso en pie, su propia rabia consolidándose en algo concentrado y letal.

—Tenemos que encontrar a Courtney —dijo con urgencia—. Si está lo bastante desesperado como para asesinar a Kitty en su propia casa, podría… ¿Y la señora Bellamy también?

El pensamiento inacabado quedó entre ellos, demasiado terrible para pronunciar.

Blackstone se quitó el abrigo y la cubrió con él, el gesto dolorosamente íntimo. Luego se incorporó hasta ponerse en todo su porte, aristócrata en cada fibra, pero con algo nuevo y peligroso en su presencia.

—Encontraremos a Lady Courtney —afirmó con calma mortal—. Y luego cazaremos a Lockwood como el animal que es.

—Te das cuenta de lo que eso implica —dijo Lucien, observando al duque con cuidado—. Para vengarla, para obtener justicia...

—Me importa un bledo mi reputación —lo cortó Blackstone con saña—. Que el mundo sepa que la amé. Que murmuren y miren. No cambia nada.

Su mirada cayó sobre el cuerpo cubierto de Kitty; el dolor rompió momentáneamente su ira.

—Murió intentando proteger el futuro de tu hija. Juro por todo lo que considero sagrado: Lockwood pagará por lo que ha hecho.

Lucien le tendió la mano, un gesto de solidaridad que trascendía sus distintas posiciones.

—Le haremos pagar. Juntos.

Blackstone estrechó su mano con firmeza; el pacto quedó sellado entre ellos sin más palabras. Encontrarían a Lockwood y se asegurarían de que nunca volviera a hacer daño a otra mujer. Costara lo que costara, aunque la sociedad los condenase, hay deudas que solo pueden pagarse con sangre.

Mientras salían de la casa para organizar un equipo que atendiera el cuerpo de Kitty y comenzara la búsqueda de Lockwood, los pensamientos de Lucien se dirigieron a Courtney. Rezó porque aún

estuviera a salvo, protegida por la certeza de que aquella noche se encontraría con Lockwood en el baile de Lady Fenchurch.

Pero algo en su interior le decía que sus planes cuidadosamente trazados habían salido terriblemente mal. Lockwood había cambiado las reglas del juego, escalando desde el chantaje hasta el asesinato. Y Courtney ahora se hallaba en un peligro mucho mayor del que cualquiera de ellos había imaginado.



Los hombres llegaron a la casa urbana del marqués de Lorne y la encontraron en caos. Rockwell, Farah y Wolf y Tiffany estaban allí, rondando a Lady Ashley, a quien un médico atendía.

La sangre de Lucien se heló al contemplar la escena ante él: las puertas francesas hechas añicos, los muebles volcados, la sangre en la alfombra donde Ashley estaba sentada con un médico limpiándole la herida de la cabeza. Sus ojos recorrieron la habitación frenéticos, buscando cualquier signo de Courtney, aunque ya sabía con nauseabunda certeza que ella no estaba allí.

—¿Dónde está? —exigió, su voz cortando el murmullo de voces preocupadas.

Ashley alzó la vista entre la atención del médico, pálida pero con los ojos encendidos de furia. —Lockwood se la llevó —dijo, la voz ronca pero firme—. Entró por las puertas de la terraza con dos hombres. Dijo algo de Gretna Green.

Las palabras golpearon a Lucien como puñetazos. Gretna Green. El bastardó pretendía forzar un matrimonio, comprometer a Courtney de tal modo que su padre no tuviera más opción que aceptar la unión o ver a su hija arruinada para siempre.

Blackstone dio un paso al frente, su compostura aristocrática apenas ocultaba la furia homicida que se había ido acumulando desde que encontraron el cuerpo de Kitty.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace quizá una hora —respondió Ashley, haciendo una mueca mientras el médico limpiaba su herida—. Crearon una distracción:

prendieron un pequeño fuego en la cocina para alejar a los criados. Todo fue planeado, metódico.

Las manos de Lucien se cerraron en puños a los lados. Mientras él descubría el asesinato de Kitty, Courtney había estado luchando por su vida, enfrentando la violencia de Lockwood sola. Pensar en ese monstruo poniendo sus manos sobre ella, en lo que podría estar haciéndole ahora mismo…

—¿La lastimaron durante el secuestro? —preguntó Wolf, aunque la cuestión sobraba dada la evidente herida de Ashley.

—Luchó —dijo Ashley con satisfacción sombría—. Pataleó y gritó hasta que usaron algo como un paño, cloroformo sospecho. Lo último que vi fue que la cargaban inconsciente por el jardín.

—No es bueno. Difícilmente podrá intentar escapar o dejar pistas si está inconsciente —dijo Wolf.

Inconsciente. Lucien cerró los ojos brevemente, imaginando el terror de Courtney en esos instantes finales antes de que la droga hiciera efecto. Ella habría sabido exactamente lo que Lockwood planeaba, habría entendido que todo lo que habían planeado, todo lo que esperaban, se desmoronaba a su alrededor.

—Tenemos que ir tras ellos —dijo con la voz áspera por la emoción apenas contenida—. Cada momento que tardemos le da más distancia.

Rockwell dio un paso adelante, su habitual actitud lánguida sustituida por una concentración aguda.

—¿Qué ruta tomaría? La Great North Road es el camino más directo hacia Escocia, pero también el más obvio.

—Está desesperado, no es estúpido —intervino Farah, el rostro tenso por la preocupación—. Podría tomar una ruta menos transitada para evitar la persecución.

Lucien se obligó a pensar tácticamente, aunque cada instinto le gritaba montar y lanzarse a la persecución.

—Tiene problemas de dinero, acreedores encima. No puede permitirse un viaje con paradas relajadas. Querrá velocidad más que discreción.

—Entonces la Great North Road —dijo Blackstone con decisión—. Pero enviemos hombres a cubrir todas las rutas, por si acaso. Tendrá

al menos una hora de ventaja, posiblemente más si tenía caballos esperando fuera de Londres. Tenemos la ventaja de que iremos a caballo y Lockwood viajará en carroza.

—¿Podrá Courtney ralentizarlo? —preguntó Tiffany, formulando la cuestión que torturaba a Lucien—. Si recupera la conciencia…

—Lo intentará —dijo Lucien con absoluta certeza—. Pero Lockwood ya ha demostrado que está dispuesto a usar la violencia. Si se resiste… —no pudo terminar la frase. La imagen del cuerpo destrozado de Kitty quedaba tatuada en su memoria, recordatorio terrible de lo que Lockwood era capaz cuando llevaba la contraria.

Farah se acercó al lado de Ashley, tomando la mano de su amiga.

—¿Dijo algo más? ¿Alguna indicación sobre sus planes más allá de Gretna Green?

Ashley negó con la cabeza, luego se arrepintió del movimiento y se llevó la mano a la sien.

—Solo que su padre aceptaría el matrimonio una vez consumado. Que podrían ocurrir "accidentes" si la dote no aparecía. —Su voz se endureció—. Amenazó a Courtney y, como sabemos, Lord Lorne hará cualquier cosa para recuperarla sana y salva.

La mención casual de amenazar al padre de Courtney hizo correr nueva rabia por las venas de Lucien. No contento con el secuestro y el matrimonio forzado, Lockwood estaba dispuesto a usar la violencia también contra su familia.

—Necesitamos caballos —dijo Lucien, ya moviéndose hacia la puerta—. Los más rápidos de Londres. Y armas.

—Espera —le llamó Rockwell—. Cargar a lo loco no ayudará a Courtney. Necesitamos un plan.

Lucien se dio vuelta de golpe, su control finalmente cediendo.

—¡Mientras planeamos, él la está alejando más de Londres! ¡Podría estar haciéndole cualquier cosa! —Su voz se quebró ligeramente al pronunciar las palabras.

Blackstone puso una mano firme sobre su hombro.

—Entiendo tu urgencia —dijo con calma, el dolor por Kitty dando peso a sus palabras—. Pero Rockwell tiene razón. Tenemos una sola oportunidad de hacerlo bien. Si fallamos, si Lockwood llega a Escocia…

No necesitó terminar. Todos comprendieron las implicaciones. Una vez casada, aunque fuese por la fuerza, Courtney estaría atrapada por la ley y por las estrictas normas de la sociedad. Su reputación sería destruida, su libertad perdida.

—Tres horas —dijo Wolf con gravedad—. Ese es el tiempo que típicamente tarda el cloroformo en desaparecer por completo. Si está inconsciente en un carruaje en movimiento…

—Se pondrá muy enferma cuando despierte —terminó Tiffany, con el rostro pálido—. Desorientada, debilitada.

La discusión clínica sobre el sufrimiento de Courtney hizo que a Lucien le entraran ganas de golpear la pared más cercana. En cambio, se obligó a concentrarse en lo que podía controlarse.

—Lockwood tiene dos hombres con él —dijo, dejando que su entrenamiento militar retomara el control—. Eso hace tres contra los que podamos reunir. Pero estarán cargando con Courtney, especialmente si se resiste.

—Cuatro de nosotros —dijo Rockwell inmediatamente—. Wolf, Blackstone, tú y yo.

—Cinco —vino una voz débil desde el sillón. Ashley intentaba levantarse pese a las protestas del médico—. Yo voy con ustedes.

—Absolutamente no —dijo Lucien con firmeza—. Estás herida, y…

—Y yo lo vi llevársela —replicó Ashley, con los ojos brillando—. No pude protegerla. No voy a agravar ese fracaso quedándome aquí inútil mientras ella está en peligro.

La culpa en su voz era inconfundible, y Lucien sintió un pinchazo de simpatía. Pero no podía permitir que el sentimentalismo nublara su juicio.

—Nos retrasarás —dijo con franqueza—. Y si hay lucha…

—Habrá lucha —dijo Blackstone con fría certeza—. Lockwood no se rendirá pacíficamente. No después de lo que ha hecho.

El tono del duque sugería que esperaba con ansias el enfrentamiento, y Lucien se sorprendió compartiendo esa anticipación. La idea de finalmente tener a Lockwood al alcance, de poder cobrar por el asesinato de Kitty y el secuestro de Courtney…

—Organizaré caballos frescos en las posadas —dijo Farah, dejando aflorar su naturaleza práctica—. Mandaremos aviso para

que no pierdan tiempo cambiando monturas.

—Y yo contactaré al magistrado. Podrían detenerlo hasta que lleguemos —añadió Wolf—. Asegúrense de que comprendan la urgencia cuando Lockwood sea detenido.

Es cuestión de cuando, no de si. Lucien apreciaba la confianza de su amigo, aunque sus propias dudas lo carcomían. Estaban haciendo suposiciones sobre la ruta de Lockwood, su tiempo, sus intenciones. ¿Y si estaban equivocados? ¿Y si incluso ahora Courtney estaba siendo sometida a horrores que él no podía ni imaginar?

Rockwell dijo:

—Graves ya envió un mensaje a su padre y hermano en Tattersalls. También pedí ayuda a Fane, Axton y Julian. —Se volvió hacia Lucien y añadió—. Tenemos los números a nuestro favor. Además, iremos a caballo y él en carruaje. Seremos más rápidos. Lo alcanzaremos.

El pensamiento de ella sola, aterrorizada, posiblemente herida, le apretó el pecho con una emoción que había intentado negar durante semanas. No era solo deseo o compañía, ni siquiera afecto profundo lo que impulsaba su desesperación por encontrarla.

La amaba.

Darse cuenta lo golpeó con claridad asombrosa, atravesando su miedo y su rabia para asentarse en su pecho con una cálida certeza. No era el amor recordado de su juventud, sino algo nuevo, intenso y completamente suyo. El amor de un hombre que había pasado por el infierno y había encontrado a alguien dispuesto a compartir el camino de regreso.

Y podría perderla para siempre porque había sido demasiado cobarde para simplemente decir la verdad desde el principio.

Si tan solo hubiera anunciado a la sociedad que había sido engañado en Irlanda, que su matrimonio había sido una farsa, que Ava-Marie era ilegítima… sí, habría habido escándalo, susurros, ostracismo social. Las perspectivas de sus hermanas habrían sufrido. Su propia posición se habría visto dañada.

Pero Courtney estaría a salvo.

En cambio, su necesidad de proteger la reputación de su familia lo había atrapado de nuevo, tal como cinco años atrás, cuando se

sintió obligado a comprar su prestigio y servir en Irlanda. Una vez más, el peso del nombre y legado de los Furoe había conducido al desastre.

—Debería haber dicho la verdad desde el principio —dijo de repente, con la voz áspera por la autoinculpación—. Sobre Irlanda, sobre Ava-Marie. Nada de esto habría pasado si simplemente hubiera sido honesto.

—Lockwood habría encontrado otra forma de usarlo —dijo Rockwell con firmeza—. Ese hombre es un monstruo, Lucien. Esto no es culpa tuya.

—¿No lo es? —Lucien rió amargamente—. He pasado toda mi vida siendo moldeado por lo que se espera de un Furoe. Hace cinco años, sentí que debía servir en Irlanda porque nuestra familia siempre ha enviado hijos a la guerra, olvidando por completo que yo era hijo único y, por lo tanto, era una idiotez. Ahora he ocultado la verdad sobre mi tiempo allí porque no podía soportar traer más vergüenza al nombre de la familia. Y en ambos casos, las personas que me importan han pagado el precio.

La expresión de Blackstone era seria pero comprensiva.

—La carga del legado —dijo en voz baja—. La conozco bien. Pero no puedes permitir que la culpa te paralice ahora. Lady Courtney necesita que estés enfocado en el presente, no en el pasado.

El duque tenía razón, por supuesto. Autoinculparse era un lujo que no podía permitirse mientras la vida de Courtney estaba en juego. Pero el conocimiento de que sus decisiones, su cobardía, lo habían llevado a este momento lo perseguiría sin importar el resultado.

—Veinte minutos —dijo Wolf, mirando su reloj de bolsillo—. Eso es lo que tomará preparar los caballos y los suministros. Podemos estar en camino en media hora.

Parecía una eternidad. Veinte minutos durante los cuales Lockwood podría recorrer varios kilómetros más, durante los cuales Courtney podría… Lucien cortó esa línea de pensamiento antes de que pudiera formarse por completo.

—Lo retrasará —dijo Ashley de repente, como si leyera sus pensamientos—. Courtney es más fuerte de lo que parece. También

más lista. Si encuentra maneras de retrasar su progreso…

—Lo hará —dijo Lucien con feroz convicción—. Luchará contra él en cada paso del camino.

Y que Dios ayudara a Lockwood si la lastimaba mientras lo hacía. Porque cuando Lucien los alcanzara, y lo haría, habría un ajuste de cuentas que haría que el asesinato de Kitty pareciera misericordioso en comparación.

El pensamiento debería haberlo perturbado, esta fría anticipación de violencia. En cambio, lo sostuvo, le dio un propósito más allá del miedo que le carcomía por la seguridad de Courtney.

Lockwood había cometido el error más grave de su miserable vida cuando amenazó lo que Lucien más valoraba. Y antes de que terminara el día, comprendería exactamente cuán grave había sido ese error.

Capítulo Veintiuno

La conciencia volvió a Courtney como olas que lamen una costa lejana: primero el vaivén rítmico que parecía sacudirle los huesos, luego el olor rancio del cuero viejo y los cuerpos sin lavar, y finalmente el mareo nauseabundo que amenazaba con vaciar su estómago en cualquier momento. Su cabeza palpitaba con cada bache y cada balanceo de lo que pronto comprendió era un carruaje en movimiento, y su boca se sentía tan seca como pergamino.

Mantuvo la respiración constante y los ojos cerrados, fingiendo seguir inconsciente mientras su mente corría evaluando su situación. El cloroformo la había dejado débil y desorientada, pero la ira ya comenzaba a atravesar la niebla de sus pensamientos. Lockwood. El bastardo realmente lo había hecho: la había secuestrado a plena luz del día en la casa de su propio padre.

A través de los párpados cerrados, percibía la luz tenue que se filtraba por lo que debían ser las cortinas del carruaje bajadas. El vehículo avanzaba a considerable velocidad, las ballestas crujían con cada irregularidad del camino. Podía escuchar al menos dos voces masculinas, aunque el ruido de las ruedas y los cascos hacía difícil distinguir palabras.

Con cuidado, probó sus ataduras sin moverse visiblemente. Tenía las manos atadas detrás de la espalda con una cuerda áspera que le rozaba las muñecas. Los tobillos estaban igualmente sujetos, aunque no tan apretados; quizá se habían preocupado más por la velocidad que por la seguridad. Las cuerdas eran lo suficientemente firmes como para limitar el movimiento, pero no tanto como para cortar la

circulación por completo. Una pequeña misericordia, aunque sospechaba que tenía más que ver con la necesidad de Lockwood de presentarla relativamente intacta para su matrimonio forzado.

Vestía su vestido de la mañana, de muselina amarilla pálida, aunque sentía rasgaduras en la tela y sospechaba que su apariencia estaba lejos de la dama compuesta que había sido cuando Lockwood había destrozado las puertas de la terraza. Cómo iba a explicarlo a alguien, no tenía idea. Tal vez podría usar eso como evidencia de que había sido secuestrada.

Ashley. El miedo le estrujó el estómago al recordar el valiente intento de su amiga por ayudarla, y el sonido nauseabundo de la mano de Lockwood golpeando su rostro. ¿Estaba Ashley viva? ¿Gravemente herida? La incertidumbre era casi peor que su propio aprieto.

Se obligó a concentrarse en el presente. El carruaje estaba bien amortiguado y se movía rápido, lo que sugería que iban por una carretera principal, probablemente la Great North Road hacia Escocia. Gretna Green, donde los matrimonios podían celebrarse sin proclamas ni consentimiento parental. Donde Lockwood planeaba obligarla a unirse en matrimonio que le daría derecho legal a su dote y a su persona.

—Sobre mi cadáver —se dijo a sí misma con satisfacción sombría—.

No iría tranquilamente hacia su ruina. Si Lockwood pensaba que un poco de cloroformo y unas cuerdas la convertirían en una víctima sumisa, estaba a punto de descubrir su error.

Pero primero necesitaba información. ¿Cuántos hombres iban con ellos? ¿Cuáles eran sus planes? ¿Qué distancia habían recorrido? Se esforzó por escuchar la conversación dentro del carruaje.

—Deberíamos llegar al Swan and Crown antes del anochecer si mantenemos este ritmo —decía una voz. No la reconoció; presumiblemente uno de los matones contratados por Lockwood.

—Bien —respondió Lockwood con su tono educado, aunque percibió un matiz de tensión bajo su usual suavidad—. Cambiaremos caballos allí y continuaremos durante la noche. Quiero estar en Escocia lo antes posible.

—Conducir de noche puede ser peligroso. Si un caballo tropieza en un bache el carruaje podría volcarse —advirtió la otra voz.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. No estarán lejos de mí —dijo Lockwood, y Courtney pudo escuchar miedo en su voz. Y así debía ser. Tarquin querría sangre y Lucien, diablos, querría matarlo.

Lucien. Sabía que vendría por ella, y Lockwood también lo sabía, pero eso significaba que iba a presionar fuerte, quizás demasiado. Caballos cansados y hombres agotados cometían errores.

—¿Y la chica? —preguntó una tercera voz, más áspera que las otras—. Ha estado fuera mucho tiempo. Esa cosa que usaste…

—Se despertará cuando se despierte —respondió Lockwood con desdén—. Y cuando lo haga, se encontrará en circunstancias que requerirán… cooperación.

La crueldad casual en su tono hizo que la piel de Courtney se erizara, pero se obligó a permanecer floja e inmóvil. La información era poder, y cuanto más pudiera aprender mientras creían que estaba inconsciente, mejores serían sus posibilidades de escapar.

—Hablando de cooperación —continuó la primera voz—, ¿seguro que esa zorra irlandesa no hablará? Parecía bastante viva cuando nos fuimos.

La sangre de Courtney se volvió hielo. Zorra irlandesa. Tenían que estar hablando de Kitty, la mujer que había conocido a Ava en Dublín, cuyo testimonio Lockwood había intentado asegurar.

—Kitty no hablará con nadie —dijo Lockwood con satisfacción, haciendo que el estómago de Courtney se revolviera—. Me aseguré de eso antes de salir.

—¿Seguro? —insistió la voz áspera.

—Totalmente muerta —confirmó Lockwood, y Courtney tuvo que morderse la mejilla para no soltar un grito—. El cuchillo entró limpio entre las costillas. La encontrarán eventualmente, pero no hay pruebas de que siquiera estuviéramos allí.

Asesinato. La palabra resonó en su mente con horrible claridad. Lockwood no solo había amenazado y chantajeado; había matado a alguien. Una mujer cuyo único crimen había sido conocer a Ava años atrás en Dublín.

—¿Y la vieja señora? —preguntó la primera voz—. ¿También sabe demasiado?

—La señora Bellamy también ha sido silenciada permanentemente —respondió Lockwood fríamente—. Desafortunado, pero necesario. Se estaba volviendo codiciosa. Me traicionó yendo a Furoe. Mis hombres la siguieron. Mejor eliminar la complicación por completo.

Dos asesinatos. Courtney sintió que la bilis le subía a la garganta al comprender la magnitud de la desesperación de Lockwood. Había matado a dos mujeres para proteger su plan, lo que significaba que no tenía absolutamente nada que perder. Un hombre que ya había cometido asesinatos no dudaría en matar de nuevo si ella se volvía demasiado problemática.

—¿Alguien te vio en el burdel? —continuó la voz áspera.

—Nadie que importe —dijo Lockwood con desprecio—. El establecimiento de la señora Bellamy no es el tipo de lugar donde se congregan testigos respetables. Algunas prostitutas y borrachos, tal vez, pero ¿quién les creería? ¿Y quién se molestaría en investigar?

La manera casual en que desestimaba las vidas de personas que consideraba inferiores hizo que Courtney apretara los puños involuntariamente. Se obligó a relajarse, a mantener la ilusión de inconsciencia mientras su mente corría a mil por hora.

A Lucien le importaría. Cuando descubriera lo que había pasado, y lo descubriría, su ira sería terrible. Ella había visto destellos del hombre más duro en que se había convertido durante sus años en Irlanda, el acero bajo el pulido de caballero. Lockwood no tenía idea de lo que había desatado.

Pero Lucien también se culparía a sí mismo. Lo conocía lo suficiente para entender que vería esto como consecuencia de sus propias decisiones, de sus propios secretos. Saber que las víctimas de Lockwood habían muerto por información sobre su pasado lo atormentaría.

Tenía que sobrevivir a esto. No solo por ella misma, sino por Lucien, por Ava-Marie, por la vida que estaban intentando construir juntos. No le importaba en absoluto si la sociedad sabía que él nunca se había casado. Se tenían el uno al otro, y a sus verdaderos

amigos, y eso sería suficiente. Tenía que encontrar una manera de escapar o al menos retrasar su viaje lo suficiente para que llegara un rescate.

El carruaje dio un salto al caer en un bache especialmente profundo, golpeándola contra el asiento y haciendo que su estómago se revelara violentamente. No pudo reprimir un pequeño gemido y de inmediato sintió todas las miradas centrarse en ella.

—Ah —la voz de Lockwood tenía un tono de diversión satisfecha —. La Bella Durmiente despierta. ¿Cómo te sientes, querida? Lamento la salida tan dramática, pero me dejaste pocas opciones.

Courtney abrió los ojos lentamente, parpadeando como si estuviera desorientada, aunque su mente estaba aguda y llena de propósito. Se dejó parecer débil, confundida, exactamente lo que Lockwood esperaría de una dama bien criada que había sido drogada y secuestrada.

—¿Dónde…? —consiguió articular, con la voz convincentemente ronca—. ¿Qué has hecho?

—Simplemente he acelerado nuestro compromiso, querida —dijo Lockwood con falsa alegría—. Decidí que esperar al baile de esta noche era innecesariamente teatral. De esta manera es mucho más… eficiente.

Courtney forcejeó contra sus ataduras como si solo ahora las descubriera, dejando que el verdadero miedo asomara en sus ojos mientras su mente catalogaba cada detalle de su entorno. Dos hombres estaban sentados frente a ella: el bruto con cicatrices de su salón y un hombre más joven y delgado, de ojos fríos y manos rápidas. Ambos estaban armados, notó, con pistolas visibles bajo sus chaquetas.

Lockwood estaba a su lado, impecablemente vestido a pesar de la partida apresurada, sus ojos pálidos mostraban una mezcla de triunfo y cálculo que le revolvía la piel. La observaba con la atención concentrada de un depredador ante una presa acorralada.

—Estás loco —dijo, poniendo convicción genuina en sus palabras —. Mi padre nunca consentirá este matrimonio.

La sonrisa de Lockwood era fría y confiada.

—Creo que sobreestimas los principios de tu padre, querida. Una vez que estemos casados, una vez que estés completamente comprometida, con un hijo en camino y te mantenga oculta bajo la amenaza de daño, él encontrará conveniente aceptar la situación y pagarme.

Lo terrible era que quizá tenía razón. Su padre era un buen hombre, y haría cualquier cosa por proteger a su hija

—No hay lugar en Inglaterra donde puedas ocultarme sin que Lucien y mi hermano me encuentren. Ellos nunca dejarán de buscarme.

—¿Quién dijo que te ocultaría en Inglaterra? Quizá en las Américas —continuó Lockwood con tono conversador—. He oído que las tierras son tan vastas que nunca te encontrarían.

Ella cerró los ojos brevemente mientras el miedo crecía. Tenía que escapar de ese infierno. Tan perdida estaba en sus pensamientos que apenas oyó cuando él dijo:

—Tu virtud está perfectamente a salvo conmigo durante nuestro viaje. No tengo deseo de probar mercancía dañada. Una vez que estemos debidamente casados, por supuesto, las cosas serán distintas.

La amenaza fue pronunciada con tal crueldad casual que Courtney tuvo que luchar para no mostrar su repulsión. En su lugar, forzó lágrimas en sus ojos, no era difícil dadas las circunstancias, y dejó que su voz se quebrara de manera convincente.

—Por favor —susurró—. Déjame volver a casa. Te juro que no le diré a nadie lo que pasó. Podemos fingir que esto nunca ocurrió.

—Dulce niña —dijo Lockwood, extendiendo la mano para acariciarle la mejilla con un dedo enguantado. Ella se apartó instintivamente, lo que pareció divertirlo—. Pero eso derrotaría todo el propósito, ¿no crees? Necesito tu dote, ya ves. Mis acreedores se han vuelto muy insistentes.

—Te daré dinero —dijo ella desesperada, aunque parte de sí misma se revolvía ante la idea de recompensar sus crímenes—. Lo que necesites. Tengo inversiones. Mi asignación, mis joyas…

—¿Unos cientos de libras? —Lockwood soltó una carcajada—. Mi querida, necesito miles. Decenas de miles. Solo el matrimonio

contigo puede darme ese tipo de seguridad.

—Mis inversiones suman casi cinco mil libras. Mi padre no lo sabe. Tiffany ha estado invirtiendo por mí…

—¿Tiffany? Qué tontería. ¿Una mujer? Deja de mentir. Tu dote vale considerablemente más y, pensándolo bien, si lo que dices es cierto, vales aún más para mí.

La manera tan casual con que hablaba de reducirla a un activo financiero hizo que la ira de Courtney se encendiera, pero se obligó a mantener la apariencia de víctima aterrorizada e indefensa. Que la subestimara. Que la creyera débil y dócil. Cuando llegara el momento de actuar, la sorpresa sería su mayor arma.

—Mi padre no pagará —dijo, inyectando una nota de desafío en su voz—. Aunque me fuerces a casarme contigo, encontrará la manera de retener mi dote.

Por primera vez, una incertidumbre genuina cruzó el rostro de Lockwood.

—Pagará —dijo, pero ella escuchó la confianza forzada en su tono—. Hombres como tu padre siempre pagan al final. La alternativa es simplemente demasiado costosa.

—¿Y si no lo hace? —insistió, percibiendo la debilidad—. ¿Qué sucederá entonces? Tendrás una esposa sin fortuna y acreedores que seguirán exigiendo pago. ¿Cómo resuelve eso tus problemas?

El hombre con cicatrices se inclinó hacia adelante con interés.

—Tiene razón, jefe. ¿Y si su familia la deshereda por completo?

—No lo harán —espetó Lockwood, pero Courtney pudo ver la preocupación en sus ojos ahora—. El escándalo los destruiría. Pagarán para evitarlo.

Pero la duda ya había sido sembrada, y Courtney podía verla echando raíces. Todo el plan de Lockwood dependía de la disposición de su familia a comprar su salida del escándalo. Si elegían la rebeldía en cambio…

—Mi hermano es político —dijo ella en voz baja, presionando su ventaja—. Sabe que los escándalos pueden soportarse, pero pagar un chantaje solo invita a más exigencias. Y mi padre… es orgulloso, obstinado. Podría decidir que mi ruina es preferible a recompensar un comportamiento criminal.

Estaba mintiendo, por supuesto. Su familia movería cielo y tierra para protegerla, pagaría cualquier precio para asegurarse de que estuviera a salvo. Pero Lockwood no lo sabía, y la incertidumbre corroía su confianza como un ácido.

El carruaje empezó a reducir la marcha y, a través de las cortinas corridas, Courtney pudo ver el resplandor ámbar de las ventanas de una posada. La primera parada de posta, donde esperarían caballos frescos. Donde podría haber oportunidades para escapar, o al menos para retrasar el viaje.

Donde alguien podría fijarse en una joven bien vestida que parecía viajar contra su voluntad.

—Recuerda —dijo Lockwood en voz baja, moviendo la mano de forma significativa hacia la pistola bajo el abrigo—, eres mi mujer, viajando a visitar a mis padres. Cualquier intento de llamar la atención o pedir ayuda tendrá como resultado… consecuencias desagradables. No solo para ti, sino para cualquier buen samaritano que intente intervenir.

La amenaza era clara, y Courtney asintió con reticencia. No pondría en riesgo vidas inocentes gritando, pero eso no significaba que estuviera indefensa. Había otras maneras de dejar señales, otros métodos para retrasarlos.

Mientras el carruaje se detenía en el patio de la posada, Courtney empezó a planear su primer movimiento en lo que estaba decidida sería un viaje muy largo y difícil hasta Escocia.

Lockwood podía haber ganado esta ronda, pero el juego estaba lejos de terminar.

La posada Swan and Crown bullía de actividad vespertina cuando su carruaje entró en el patio iluminado por antorchas. Courtney escuchó el ruido de cascos, los gritos de los mozos y el bullicio general de una concurrida posta. A través del resquicio de las cortinas, atisbó a otros viajeros, mercaderes, caballeros, una familia con niños pequeños, todos ocupados en sus asuntos, ajenos a que una víctima de secuestro estaba a pocos metros.

—Recuerda lo que te dije —murmuró Lockwood mientras el carruaje daba un tirón al detenerse—. Una palabra fuera de lugar, y gente inocente sufrirá por tu tontería.

El hombre de las cicatrices, a quien había oído llamar Briggs, bajó primero, con la vista recorriendo el patio en busca de amenazas potenciales. El hombre más joven, Murphy, le siguió, colocándose junto a la puerta del carruaje. Ambos mantenían las manos cerca de sus armas, observó ella.

Lockwood bajó con su acostumbrado gesto teatral, todo un caballero viajero. Solo Courtney pudo ver la tensión en sus hombros, la manera en que su mirada se movía nerviosa entre los demás clientes.

—Tu turno, querida —dijo, extendiendo la mano con galantería fingida—. Procura no llamar la atención.

Briggs ya había aflojado las cuerdas alrededor de sus tobillos antes de que se detuvieran; podía caminar, aunque no con facilidad con las manos aún atadas a la espalda. Lockwood le había echado su abrigo por los hombros para ocultar las ataduras y, a un observador desprevenido, ella podría parecer una dama ayudada a bajar del carruaje por su atento prometido.

Courtney bajó con cuidado al bloque para montar; sus piernas estaban inestables tras horas de inmovilidad. El aire fresco fue una bendición después del cierre del carruaje, y respiró profundamente, intentando eliminar las últimas trazas de cloroformo de su sistema.

—Entraremos —dijo Lockwood, apretándole el codo con fuerza que dejaba marcas—. Una palabra y alguien sale herido. Tomaremos algo mientras cambian los caballos.

Avanzaron por el patio en grupo cerrado, con Briggs a la cabeza y Murphy cerrando la marcha. La mente de Courtney trabajaba a toda velocidad mientras observaba sus alrededores. La posada era más grande de lo que había imaginado, con varios edificios dispuestos alrededor del patio central. Los establos a la izquierda, la posada principal al frente y lo que parecían ser alojamientos adicionales a la derecha. Muchos lugares donde esconderse, si tan solo lograba encontrar una oportunidad.

—¿Cuánto tardarán en cambiar los caballos? —preguntó Lockwood al mozo de cuadra principal, un hombre corpulento, de cabello entrecano y manos hábiles.

—No mucho. No hay tanta gente esta noche.

Lockwood asintió con brusquedad.

—Procure que sea rápido. Tenemos asuntos urgentes en el norte.

Al acercarse a la entrada lateral de la posada, Courtney tropezó deliberadamente, soltando un gemido como si se hubiera torcido el tobillo.

—No puedo caminar atada así. Además, alguien notará algo —susurró.

Lockwood la sujetó bruscamente del brazo, y ella aprovechó el momento de distracción para examinar mejor el entorno.

Los establos bullían de actividad: mozos desenganchando caballos cansados, guiando nuevos equipos desde sus pesebres, acarreando alimento y agua. Lo más importante, notó un gran montón de paja fresca cerca de la entrada del establo, lo bastante alto como para ocultar a alguien dispuesto a meterse dentro.

—Cuidado, querida —dijo Lockwood en voz alta, para que escucharan los viajeros cercanos—. Las piedras del patio pueden ser traicioneras con esta luz.

Pero le quitó las cuerdas, apretando su mano en su brazo.

—Perdón —respondió Courtney, fingiendo el papel de una esposa cansada—. Es que estoy tan emocionada por nuestro viaje que no miro por dónde piso.

La actuación pareció convencer a las pocas personas que habían notado su tropiezo. Una mujer de mediana edad, con vestido de viaje, incluso le sonrió con simpatía.

Dentro de la posada, los condujeron a un salón privado, sin duda por insistencia de Lockwood, para evitar miradas curiosas. La habitación era pequeña pero cómoda, con un fuego crepitando en la chimenea y una mesa preparada con una comida sencilla. En otras circunstancias, podría haber sido un lugar agradable.

—Cerveza y pan —ordenó Lockwood a la joven sirvienta que apareció en la puerta—. Y rápido. No tenemos mucho tiempo.

Briggs se colocó junto a la puerta, mientras Murphy ocupaba el lugar junto a la única ventana. Courtney fue empujada a una silla cerca del fuego, aún con el abrigo de Lockwood sobre los hombros para ocultar sus manos atadas.

—¿Cómoda? —preguntó Lockwood con falsa cortesía, tomando asiento frente a ella—. Espero que no esté demasiado fatigada. Nos espera una larga noche.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, aunque sospechaba la respuesta.

—A unos sesenta kilómetros al norte de Londres —respondió él, consultando su reloj de bolsillo—. En realidad, estamos haciendo muy buen tiempo.

La sirvienta regresó con una bandeja de comida sencilla: pan negro, queso duro y jarras de cerveza de estaño. El estómago de Courtney gruñó a pesar de su situación; no había comido nada desde el desayuno, y el cloroformo la había dejado débil y vacía.

—Debes comer algo —dijo Lockwood, cortando un trozo de pan y ofreciéndoselo—. No podemos permitir que te desmayes en el altar.

La forma casual en que hablaba de aquella boda forzada le revolvió el estómago, pero aceptó el pan agradecida. No dejaría que el hecho de que él la alimentara con la mano le impidiera comer. Necesitaba fuerzas para aprovechar cualquier oportunidad que surgiera.

Mientras comía, siguió observando la habitación y a sus ocupantes. Murphy miraba una y otra vez hacia el patio, claramente nervioso ante la posibilidad de una persecución. Briggs parecía más tranquilo, pero su mano nunca se alejaba demasiado de la pistola. Y Lockwood… había algo quebradizo en su confianza ahora, una grieta en su aplomo que no estaba presente en Londres.

Su fanfarronería se estaba desmoronando. Probablemente sabía que Lucien no tardaría en alcanzarlo.

—Los caballos están listos, patrón —gritó alguien desde el patio.

Lockwood se levantó de inmediato, aliviado.

—Excelente. Vamos, querida. Es hora de continuar nuestro viaje romántico.

Atravesaron de nuevo el salón común de la posada, pasando entre viajeros que se acomodaban para pasar la noche o se preparaban para sus propias partidas. Courtney se sorprendió a sí misma mirando rostros, con la esperanza desesperada de que alguien los recordara si luego los interrogaban.

En el patio, el carruaje los esperaba con caballos nuevos, ahora cuatro en lugar de dos. Estaba claro que Lockwood hablaba en serio cuando decía que quería recuperar tiempo.

Al acercarse al carruaje, Courtney tomó una decisión. El establo estaba a unos treinta metros, y el montón de paja era claramente visible bajo la luz vacilante de las antorchas. Si lograba liberarse solo por unos segundos...

—Necesito un momento —dijo de pronto, deteniéndose en seco —. Asunto privado.

Los ojos de Lockwood se entrecerraron con sospecha.

—¿Qué clase de asunto?

Courtney sintió que le ardían las mejillas, aunque esta vez era una vergüenza genuina y no fingida.

—Del tipo que requiere… privacidad. Estoy segura de que lo entiendes.

Por un momento pensó que él se negaría. Pero luego hizo un gesto impaciente hacia un pequeño edificio que claramente servía de retrete.

—Briggs te acompañará. Y no te demores.

El hombre marcado se colocó a su lado, sujetándola con firmeza del brazo mientras caminaban hacia la pequeña construcción. Murphy se quedó junto al carruaje, mientras Lockwood supervisaba la carga del equipaje.

Una vez que terminó, miró alrededor. Ésa era su oportunidad. Su única oportunidad.

De regreso al carruaje, Courtney fingió tropezar de nuevo, esta vez cayendo con fuerza sobre Briggs. El hombre soltó una maldición y aflojó el agarre para mantener el equilibrio, y en ese instante, ella se liberó.

Corrió.

No hacia la entrada de la posada, donde la gente podría ayudarla, las amenazas de Lockwood contra inocentes eran demasiado reales para ignorarlas. En cambio, corrió hacia la parte trasera de los establos, sus faldas entorpeciendo su paso, aunque la adrenalina le daba velocidad.

—¡Maldita sea! —gritó Briggs detrás de ella—. ¡Está huyendo!

Courtney vio un agujero en la pared trasera del establo y se arrastró por él justo cuando los gritos estallaban detrás. Sin dudarlo, se lanzó al montón de paja fresca, enterrándose en su áspero refugio. El dulce olor del heno llenó sus fosas nasales mientras se cubría con brazadas de paja, intentando volverse invisible.

Escuchó a los hombres llegar a la esquina del establo.

—¿Dónde se metió? —la voz de Lockwood, afilada por la furia—. Cuesta ver con esta oscuridad. Traigan unas lámparas —rugió.

—Puede que haya corrido hacia el bosque, más allá de esa casa —respondió Briggs, jadeando por la persecución.

—¡Entonces búscala, imbécil! No puede haber ido lejos con las manos atadas.

Los pasos resonaron junto a su escondite mientras los hombres se dispersaban. Courtney se hundió más en la paja, intentando controlar su respiración a pesar de los latidos frenéticos de su corazón.

—Las mujeres… son tan volubles. ¿Qué hizo usted? —rio uno de los mozos de cuadra—. Seguro que salió corriendo al campo. Lo he visto antes con jovencitas nerviosas. En cuanto se dan cuenta de que están solas en la oscuridad, recapacitan rápido.

—El campo —murmuró Lockwood—. Sí, tiene sentido. Querría alejarse de aquí tanto como pudiera.

Más pasos, alejándose de los establos y en dirección al campo abierto, más allá de la posada. Courtney permitió que una leve sonrisa de satisfacción le curvara los labios. Cada minuto que ellos perdían buscándola en el lugar equivocado era un minuto más cerca del rescate.

Permaneció escondida unos veinte minutos, obligándose a respirar despacio a pesar del golpe insistente de su corazón. El dulce olor del heno la envolvía, y cada crujido la hacía contener el aliento, convencida de que la descubrirían en cualquier momento.

A través de los huecos de su improvisado refugio, podía oír los gritos cada vez más frustrados de Lockwood, que se alejaban poco a poco. Bien. Que buscaran en los campos y los bosques mientras ella se escondía a plena vista.

Pero esconderse no la llevaría de vuelta a Londres. No la llevaría de vuelta a Lucien.

La mente de Courtney trabajaba a toda velocidad mientras evaluaba su situación con la fría lógica que su hermano le había enseñado durante sus juegos de guerra infantiles. Activos: estaba libre, sin vigilancia, y sus captores buscaban en la dirección equivocada. Pasivos: aún tenía las manos atadas, estaba a kilómetros de cualquier ayuda, y en cuanto ellos descubrieran su error, comenzarían una búsqueda más sistemática.

Necesitaba transporte. Un caballo sería lo más rápido, pero los mozos de cuadra seguían con su trabajo, y una dama intentando robar una montura sin duda sería notada y detenida. A menos que…

El sonido de cascos aproximándose la hizo hundirse más en la paja. A través de un hueco, vio a un caballero bien vestido desmontar de un hermoso alazán. El hombre era claramente un huésped de la posada: su ropa denotaba calidad, su porte el de alguien acostumbrado a un buen servicio.

Más importante aún: había dejado el caballo ensillado.

—Ocúpese de darle agua y tenerlo listo —ordenó el caballero a uno de los mozos, lanzándole una moneda que brilló bajo la luz de las antorchas—. No tardaré mucho. Solo el tiempo para una buena comida y quizá una botella de ese excelente borgoña que guarda en su bodega privada.

El mozo sonrió y guardó la moneda en el bolsillo.

—Sí, señor. ¿Una hora o dos, entonces?

—Al menos —confirmó el caballero, avanzando ya hacia las luces acogedoras de la posada—. Sin prisa alguna.

El pulso de Courtney se aceleró. Una hora. Más que suficiente para poner una distancia considerable entre ella y sus captores, suponiendo que lograra montar con las manos atadas.

Esperó, contando lentamente hasta cien, luego hasta doscientos, hasta asegurarse de que el caballero estaba bien instalado dentro. El alazán permanecía tranquilo junto al bloque de montar, a veces pateando el suelo o moviendo la cabeza, pero sin la energía nerviosa que lo haría difícil de manejar.

Con cuidado, comenzó a salir del montón de paja, moviéndose con la paciencia que su hermano Julian le había inculcado en sus juegos de las escondidas cuando eran niños. Cada movimiento era deliberado, calculado para no hacer ruido.

Una brizna de paja se enredó en su cabello y la hizo quedarse inmóvil al raspar contra el resto del montón. A lo lejos, oyó la voz de Lockwood, más cerca ahora que unos momentos antes.

—No puede haber ido lejos —decía, y la furia en su tono le heló la sangre—. La estúpida mocosa tiene las manos atadas. Probablemente está acurrucada detrás de algún árbol, esperando un rescate que nunca llegará.

Si tan solo supiera cuán equivocado estaba.

Courtney emergió del montón de paja como un fantasma, su vestido amarillo completamente manchado de tierra y pedazos de heno. El alazán giró la cabeza hacia ella, con las orejas erguidas con curiosidad, pero sin mostrar alarma. Bien: un temperamento tranquilo sería esencial para lo que estaba a punto de intentar.

Moviéndose lo más silenciosamente posible, se acercó al caballo, hablándole en el tono bajo y suave que su padre le había enseñado años atrás.

—Tranquilo, chico. Vamos a ayudarnos el uno al otro, ¿sí?

El alazán resopló suavemente, pero no se apartó mientras ella lo guiaba hacia el bloque de montar. Con las manos atadas a la espalda, montar de forma convencional era imposible, pero los años de lecciones poco ortodoxas con Lucien le habían enseñado métodos alternativos.

Usando el bloque como apoyo, logró colocar el pie izquierdo en el estribo. El ángulo era incómodo y doloroso, y su hombro gritó de protesta al torcerse para compensar sus manos atadas. Por un momento aterrador, pensó que no tendría la fuerza suficiente, que caería y alertaría a todos sobre su presencia.

Entonces pensó en Lucien: en su rostro al descubrir que ella había desaparecido, en la culpa que lo consumiría, en Ava-Marie perdiendo otra figura materna a causa de la violencia. Aquellas imágenes le dieron una fuerza que no sabía que tenía.

Con una combinación de impulso, desesperación y pura determinación, se alzó en la silla. El alazán se movió nervioso bajo ella, percibiendo su tensión, pero logró acomodarse con firmeza.

Ahora venía la parte más peligrosa. Tomando las riendas con los dientes, una medida indigna pero necesaria, logró pasarlas hacia atrás hasta poder sostenerlas torpemente detrás de su espalda. No era lo ideal, pero funcionaría.

—Buen chico —susurró, acariciando el cuello del caballo con sus manos atadas—. A ver qué tan rápido puedes correr. Espero que no estés muy cansado.

Clavó los talones en los flancos del animal, y este respondió de inmediato, lanzándose hacia adelante con un ímpetu que sugería que también estaba ansioso por irse de allí. Salieron disparados desde detrás de los establos a todo galope, con los cascos arrancando chispas de los adoquines.

Los gritos estallaron por todas partes mientras mozos y huéspedes se apartaban del camino del caballo desbocado. Escuchó la voz de Lockwood elevarse por encima del alboroto, al darse cuenta finalmente de que su presa lo había superado por completo.

—¡Deténganla! ¡Ha robado un caballo! ¡Veinte libras para el hombre que la traiga de vuelta!

Pero Courtney ya había cruzado las puertas de la posada, el poderoso galope del alazán devoraba el camino mientras avanzaban por la Gran Carretera del Norte rumbo a Londres, rumbo a Lucien, rumbo a la libertad.

El viento le arrancó los últimos alfileres del cabello, y las lágrimas le corrían por el rostro con la velocidad y la emoción de la huida. Detrás, podía oír el caos de los hombres apresurándose a montar en su persecución, pero tenía unos minutos preciosos de ventaja.

Más importante aún, ella cabalgaba hacia la ayuda, mientras ellos tendrían que seguir exactamente su rastro. Cada momento que perdieran organizando la persecución era un momento más cerca del rescate.

Aguanta, se dijo mientras los cascos del caballo resonaban sobre la tierra compacta del camino. *Aguanta y cabalga como si tu vida dependiera de ello.*

Porque así era. Y por primera vez desde que Lockwood había irrumpido en la terraza de su padre, Lady Courtney Montague se sintió verdaderamente, gloriosamente viva.

Capítulo Veintidós

Lucien estaba agotado. No había dormido realmente la noche anterior, habiendo pasado horas placenteras en la cama de Courtney, pero la tensión que lo atravesaba le impedía cerrar los ojos.

El estruendo de los cascos de ocho caballos sobre la tierra compacta de la Gran Carretera del Norte se había convertido en un ritmo en la sangre de Lucien: implacable, desesperado, impulsándolo hacia adelante en la noche iluminada por la luna. Gracias a Dios era luna llena y el cielo estaba despejado, o no verían nada.

Los ijares de su caballo estaban cubiertos de espuma, pero el animal parecía sentir la urgencia de su jinete y mantenía el paso agotador sin quejarse.

A su lado, el duque de Blackstone cabalgaba con la sombría determinación de un hombre que ya lo había perdido todo. Detrás de ellos, Rockwell, Wolf, Julian, Tarquin, Fane y Axton formaban un grupo de caza formidable que habría intimidado a cualquier criminal sensato.

Pero Lockwood había demostrado no serlo.

Llevaban cabalgando sin descanso durante horas, deteniéndose solo para cambiar de caballos en las postas donde se enteraban de que un carruaje que coincidía con la descripción de Lockwood había pasado por allí. Cada confirmación empujaba a Lucien más allá de sus límites: estaban en el camino correcto, pero ¿estaban ganando terreno?

Ahora, mientras la primera luz pálida del amanecer comenzaba a asomar en el horizonte, los ojos de Lucien escudriñaban la carretera

con desesperada intensidad. Cada sombra podía ocultar un peligro. Cada curva podía enfrentarlos cara a cara con su presa.

—¡Ahí! —el grito agudo de Julian cortó el aire matinal—. ¡Al costado derecho del camino!

El corazón de Lucien se detuvo al ver lo que había llamado la atención de su hermano: una forma oscura, desplomada entre la hierba alta junto al camino, medio oculta bajo la sombra de un viejo roble. Incluso desde la distancia podía distinguir el amarillo pálido que parecía un vestido de mujer.

¿Sería ella? Por favor, que fuera ella, y que estuviera viva.

—¡Courtney! —el nombre se desgarró en su garganta mientras espoleaba a su caballo, seguido por el estruendo de los demás detrás de él.

Saltó del animal antes de que este se detuviera por completo, sus botas golpearon la tierra al correr hacia ella. La escena que lo recibió le oprimió el pecho con una mezcla de alivio y terror.

Courtney yacía inmóvil de lado, su vestido amarillo de mañana desgarrado y manchado de hierba y tierra. Su cabello castaño rojizo se había soltado por completo y se extendía a su alrededor como un halo, con hojas y ramitas enredadas entre los mechones. Tenía las manos aún atadas detrás de la espalda con una cuerda que le había irritado las muñecas hasta dejarlas en carne viva, y una marca amoratada comenzaba a formarse en su sien izquierda.

Pero respiraba. Su pecho subía y bajaba con regularidad, y cuando Lucien se arrodilló a su lado, sus párpados temblaron.

—Courtney —dijo en voz baja, con las manos suspendidas sobre ella mientras intentaba evaluar sus heridas sin moverla—. ¿Puedes oírme, amor?

Sus ojos se abrieron lentamente, desenfocados y confusos. Cuando su mirada encontró el rostro de Lucien, parpadeó varias veces, como si tratara de comprender lo que veía.

—¿Lucien? —su voz era apenas un susurro, arrastrada por la confusión—. Estás… estás aquí. Sabía que vendrías por mí. Tienes que encontrar mi caballo, debe estar asustado… me salvó…

—¿Qué caballo, cariño? —preguntó él con suavidad, mientras Julian trabajaba para cortar las cuerdas que le ataban las muñecas.

El alivio de encontrarla viva era tan grande que apenas podía pensar con claridad.

—El alazán —dijo ella, aún sin hilar bien las palabras—. Tomé el caballo del caballero en la posada. No era mío. Caballo rápido. Muy rápido. Pero el conejo… —su voz se fue apagando y su mirada perdió el enfoque otra vez.

Lucien intercambió una mirada aguda con Rockwell. Ella había escapado. De algún modo, su valiente y brillante Courtney había logrado huir de Lockwood y había estado intentando alcanzarlos.

—No tiene sentido lo que dice —murmuró Tarquin con gravedad, arrodillándose del otro lado de ella—. Golpe en la cabeza, probablemente. ¿Cuándo caíste, Court? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Courtney intentó incorporarse, pero Lucien la sostuvo suavemente para impedirlo.

—El conejo corrió justo delante de nosotros —dijo, con su voz más firme pero aún desorientada—. Lo asustó. El caballo se espantó y yo… tenía las manos atadas, no pude… —miró sus muñecas recién liberadas con desconcierto—. Estaban atadas. No podía sujetarme.

—Un conejo asustó a tu caballo —dijo Rockwell, comprendiendo —. Te lanzó.

—La paja —continuó Courtney, su relato saltando de un punto a otro—. Me escondí en el montón de paja. Ellos buscaron en los campos. Dirección equivocada. —Una pequeña sonrisa triunfante cruzó su rostro amoratado—. Los engañé.

—Sí, así fue —dijo Lucien, con la garganta apretada por la emoción y el orgullo. Su valiente, ingeniosa Courtney no solo había escapado de sus captores, sino que había logrado robar un caballo y cabalgar en busca de ayuda—. Eres increíble, mi brillante mujer.

Julian sacó una petaca y la ayudó a beber pequeños sorbos.

—¿Hace cuánto escapaste, Court? ¿Sabes dónde está Lockwood ahora?

—Detrás de mí —respondió ella, con un poco de lucidez regresando a sus ojos mientras el agua aclaraba su mente—. Deben de estar buscándome. Estarán furiosos… —el miedo se reflejó en su rostro—. Ashley. ¿Ashley está…?

—Está viva —le aseguró Blackstone, con una voz más suave de lo que Lucien le había escuchado jamás—. Herida, pero viva. Fue ella quien nos dijo que te habían llevado.

Las lágrimas de alivio llenaron los ojos de Courtney.

—Intenté huir antes, pero él dijo que lastimaría a gente inocente si pedía ayuda. Mató a Kitty. Y a la señora Bellamy. Lo escuché hablando con sus hombres…

—Lo sabemos —dijo Lucien suavemente, retirando tierra y hojas de su cabello—. Encontramos a Kitty. Lo siento mucho.

El dolor que cruzó el rostro de Blackstone se enterró rápidamente bajo una fría furia, pero Courtney lo vio.

—Su Alteza, lo siento —dijo.

—Era una buena mujer —respondió Blackstone con sencillez, con las manos apretadas en puños a los lados.

Axton, que había estado examinando el terreno cercano, llamó suavemente:

—Hay un caballo castaño a unos cincuenta metros por allá, tranquilo junto a esos árboles. Probablemente se pregunta dónde quedó su jinete. Iré a buscarlo.

—Es él —dijo Courtney con más claridad—. Buen caballo. Me salvó la vida hasta que el conejo…

Fane, que había estado vigilando la carretera detrás de ellos, se enderezó de repente en la silla de montar.

—Tenemos compañía —anunció con gravedad—. Tres jinetes, vienen rápido desde el norte.

La cabeza de Lucien se levantó de golpe, la mano yendo instintivamente a la pistola a su costado. A lo lejos, pudo ver polvo levantándose de la carretera: Lockwood y sus hombres, al parecer, habían descubierto que su presa había regresado sobre sus pasos.

—¿Sabes montar? —preguntó con urgencia a Courtney, ayudándola a sentarse correctamente—. Necesitamos alejarte de aquí.

Ella luchó por concentrarse, con la cabeza aun dando vueltas tras su caída.

—Creo que sí… pero despacio. Todo está… inclinado.

—No hay tiempo para despacio —dijo Wolf con tono seco, observando a los jinetes que se acercaban—. Estarán a distancia de pistola en minutos.

—Julian, Tarquin, lleven a su hermana a un lugar seguro —ordenó Lucien, con voz autoritaria, fruto de su entrenamiento militar —. Nosotros nos ocuparemos de Lockwood.

—No —la mano de Courtney se disparó para agarrar su abrigo, sorprendentemente fuerte pese a sus heridas—. Ha matado a dos personas, Lucien. No le queda nada que perder. Si lo enfrentan aquí…

—Somos ocho contra tres —dijo él para tranquilizarla, y ella asintió, soltando su abrigo y recostándose exhausta en sus brazos.

—No tendrá oportunidad de lastimar a nadie más —dijo Blackstone con mortal calma, revisando la pólvora de su pistola—. Algunas deudas solo se pagan con sangre.

Los jinetes que se acercaban ya estaban lo suficientemente cerca como para distinguir figuras individuales. Lockwood a la cabeza, con el rostro retorcido por la ira, flanqueado por sus dos matones sobrevivientes. Los tres tenían las pistolas desenfundadas. Al ver la fuerza que los enfrentaba, los tres detuvieron a sus caballos. El silencio se prolongó mientras se miraban fijamente hasta que un disparo resonó junto a la cabeza de Lucien.

El duque disparó a Lockwood, con la intención clara.

—Voy por ti, Lockwood. Kitty me dijo que fuiste tú quien la mató, y pagarás —gritó. Y antes de que los hombres pudieran detenerlo, el duque montó y cargó contra los tres villanos. Axton, Fane y Wolf lo siguieron rápidamente.

El grito de guerra del Duque de Blackstone resonó en el paisaje del amanecer mientras espoleaba su caballo en una arremetida atronadora, su compostura aristocrática finalmente quebrada por el dolor y la ira. Detrás de él, Axton, Fane, Wolf y los hermanos Montague lo siguieron de cerca, mientras Lucien sostenía a Courtney y Rockwell se movía para asegurar al caballo castaño que la había llevado a la libertad.

—¡Su Alteza, espere! —gritó Fane, pero Blackstone estaba más allá de oír, más allá de la razón. El hombre que había pasado toda su

vida atado a la rígida etiqueta y expectativas sociales se había transformado por el amor y la pérdida en algo primitivo y peligroso.

Los ojos de Lockwood se abrieron al ver al noble cargando sobre él, pistola en alto. El barón tiró fuertemente de las riendas del caballo hacia la izquierda, intentando girar y esquivar el ataque directo del duque, mientras apuntaba y disparaba contra él. Pero Blackstone anticipó el movimiento, y la bala pasó de largo sin daño. Años de caza habían afinado sus instintos, ajustó la puntería con precisión mortal y disparó de nuevo.

El estallido de la pistola del duque cortó el aire de la mañana.

Lockwood se sacudió hacia atrás en la silla, una mancha carmesí se expandió por su impecable chaleco. Su propia arma disparó al aire sin efecto mientras sus dedos nerviosos perdían el agarre. Durante un momento suspendido en el tiempo, se balanceó en la silla, con los ojos pálidos abiertos por el shock y la comprensión de que sus maquinaciones finalmente lo habían alcanzado.

—Eso fue por Kitty —dijo Blackstone con frialdad, su voz clara a la distancia.

La boca de Lockwood se abrió como para hablar, pero solo salió sangre. Cayó de su caballo, golpeando el suelo con un sordo golpe que hablaba de final. El hombre que había aterrorizado a Courtney, asesinado a dos mujeres inocentes y destrozado tantas vidas yacía inmóvil en el polvo de la Great North Road.

Sus dos compañeros restantes, Briggs y Murphy, se encontraron de repente frente a cinco caballeros armados sin vía de escape. Briggs, el veterano con cicatrices, levantó las manos lentamente, sus instintos de calle le decían que resistir solo llevaría a una muerte rápida. Murphy, más joven e impulsivo, apuntó con su pistola al duque, pero Wolf fue más rápido.

—No lo haría —dijo Wolf con tono conversacional, su arma entrenada en el pecho de Murphy—. Están superados en número y habilidad. Entréguense ahora, y tal vez vivan para ver el juicio.

—¡No hicimos nada! —protestó Briggs, aunque sus ojos se movían nerviosos entre los caballeros a caballo—. Solo seguíamos órdenes.

—¿Órdenes de secuestrar a una dama? —la voz de Tarquin era fría como el hielo, controlada—. ¿Órdenes para ayudar a cometer asesinato?

—No matamos a nadie —dijo Murphy rápidamente, su juventud haciéndolo querer distanciarse de los cargos más graves—. Eso fue todo Lockwood. Él nos pagó por llevarnos a la dama, nada más.

Fane desmontó con suavidad, manteniendo la pistola apuntando a los dos hombres.

—Axton, ayúdame a registrarlos por armas. Necesitaremos cuerdas para asegurarlos correctamente.

Mientras los hombres más jóvenes trabajaban para desarmar y atar a los matones de Lockwood, Julian examinó el cuerpo del barón con profesionalismo.

—Está muerto —anunció con gravedad—. Disparo en el corazón. La puntería del duque fue precisa.

Blackstone permaneció inmóvil en su caballo, mirando el cadáver de Lockwood con una expresión que mezclaba satisfacción con un vacío profundo. La mujer a la que había amado había sido vengada, pero la venganza, descubría, era un consuelo vacío frente a la pérdida.

—Su Alteza —dijo Wolf suavemente, acercándose al caballo del duque—. Debemos decidir cómo manejar esto. Habrá preguntas, investigaciones…

—Que vengan —respondió Blackstone con frialdad—. Lo maté en defensa propia. Disparó contra mí mientras intentaba detenerlo por el secuestro de Lady Courtney y el asesinato de Kitty. Responderé por mis actos ante cualquier magistrado en Inglaterra.

—No hará falta —intervino Tarquin con la confianza de un político experimentado—. Lockwood era un criminal conocido que acababa de cometer secuestro y asesinato. Cualquier magistrado razonable verá esto como un asesinato justificable en el curso de impedir más crímenes.

Mientras tanto, Briggs y Murphy se encontraban atados de pies y manos, sus armas confiscadas y el futuro inmediato presentándose decididamente sombrío. Briggs, con el pragmatismo de un criminal experimentado, empezaba a calcular los beneficios de cooperar.

—Miren, chicos —dijo, adoptando un tono suplicante—. Solo somos matones contratados, ¿no? Lockwood nos pagó por hacer un trabajo, pero no somos asesinos. Podemos contarles todo: adónde planeaba llevar a la dama, quién más podría estar involucrado.

—Ayudaste a secuestrarla —dijo Julian con frialdad—. Eres cómplice de intento de violación y matrimonio forzado. Eso ya es suficiente para que te envíen a prisión, si no te cuelgan.

Murphy, más joven y emocional, empezó a entrar en pánico.

—¡Esto no iba a ser así! Él dijo que era solo un arreglo de negocios, que la dama lo entendería una vez casados. ¡Nunca dijo nada de matar a nadie!

—Pero sabías que ella no quería —apuntó Axton, revisando las cuerdas que los ataban—. La oíste gritar, la viste pelear. ¿Eso no te hizo dudar?

—Necesitábamos el dinero —dijo Briggs con sencillez, aunque un destello de vergüenza cruzó sus ojos—. Los tiempos son duros para hombres como nosotros. No podemos escoger nuestro trabajo.

Fane estudió a los dos hombres atados con la mirada calculadora de quien conoce bien el bajo mundo criminal de Londres.

—¿Qué les dijo Lockwood sobre sus planes después de Escocia? Seguro que tenía planes de contingencia por si la familia de la dama se negaba a pagar.

Briggs y Murphy intercambiaron miradas nerviosas. Finalmente, Briggs habló.

—Habló de llevársela al extranjero si las cosas se ponían feas. Dijo que había lugares donde un hombre podía desaparecer con una mujer y que nunca la encontrarían.

La mención casual de lo que equivalía a un secuestro permanente hizo que la mandíbula de Tarquin se tensara con renovada ira.

—¿Dónde? ¿Qué lugares?

—Las Américas. Tenía contactos, dijo. Hombres que ayudarían por el precio justo —la voz de Murphy tembló al darse cuenta de lo profundamente enredado que estaba en la red criminal de Lockwood.

Wolf comenzó a revisar las alforjas de Lockwood mientras los demás aseguraban a los prisioneros. Entre los efectos del barón, encontró varios objetos de interés: una cantidad considerable de monedas de oro, documentos que parecían pasaportes falsificados y, lo más incriminador de todo, un cuchillo manchado de sangre envuelto en un paño.

—Caballeros —llamó Wolf, levantando la hoja envuelta—. Creo que hemos encontrado el arma que usó contra Kitty.

El rostro de Blackstone palideció por completo al verla, sus manos apretando las riendas hasta que los nudillos se marcaron con fuerza.

—Ese bastardo —susurró—. Llevaba su sangre como un trofeo.

—Lo que hace esto aún más claramente un caso de asesinato justificado —observó Tarquin con satisfacción sombría—. Lockwood estaba armado y era peligroso, con pruebas físicas de asesinato reciente en su persona.

Mientras la crisis inmediata se resolvía en los asuntos más mundanos de tratar con prisioneros y evidencia, la atención del grupo se centró en el estado de Courtney. Ella seguía consciente, pero claramente luchando contra los efectos de su lesión en la cabeza y el trauma de lo vivido.

Rockwell había logrado calmar al caballo castaño que la había llevado a la libertad, y ahora se acercó a Lucien con eficiencia práctica.

—Tenemos que llevarla de vuelta a Londres y tratar de contener este escándalo. Cuanto más tiempo estemos aquí, más preguntas nos harán las autoridades locales.

—¿Puedes montar? —preguntó Lucien, con la voz tensa por la preocupación mientras miraba el rostro pálido de Courtney.

—Con ayuda —respondió Rockwell—. Te ayudaré a montar, y tú puedes sostenerla. Mi caballo es el más seguro de todos; no se asustará ni saldrá disparado. Yo montaré este castaño.

Courtney se removió en los brazos de Lucien, sus ojos ámbar fijándose en su rostro con evidente esfuerzo.

—Puedo montar —dijo, aunque la voz todavía sonaba un poco pastosa—. No los retrasaré.

—Nunca podrías retrasarme —replicó Lucien con fuerza—. Eres la mujer más fuerte y valiente que he conocido. Lo que hiciste hoy, escapando de ellos, robando ese caballo, cabalgando hacia ayuda, fue extraordinario.

Una débil sonrisa cruzó sus labios.

—Tenía buena motivación. Sabía que vendrías por mí.

—Siempre —prometió, presionando un beso suave en su frente —. Siempre iré por ti.

Rockwell acercó su caballo al lugar donde Lucien se arrodillaba con Courtney. El animal permaneció paciente y firme, bien entrenado y obediente a su dueño.

—Arriba —dijo Rockwell, ofreciendo sus manos para ayudar a Lucien a montar mientras sostenía a Courtney.

El proceso fue torpe pero cuidadoso; Lucien se acomodó en la silla antes de que Rockwell levantara a Courtney hacia él. Ella soltó un suspiro suave ante el movimiento, con la cabeza claramente adolorida, pero logró recostarse contra el pecho de Lucien con evidente alivio.

—Ahí está—murmuró Lucien contra su cabello—. Te tengo. Ahora estás a salvo.

Mientras tanto, el asunto práctico de lidiar con los prisioneros continuaba. Fane y Axton habían improvisado un travois con ramas rotas y sus propias capas para transportar el cuerpo de Lockwood; no podían simplemente dejarlo en la carretera y lo necesitarían como evidencia de lo ocurrido.

—¿Y estos dos? —preguntó Julian, señalando a Briggs y Murphy, sentados atados y miserables bajo el sol de la mañana.

—Los llevamos al magistrado más cercano —respondió Tarquin—. Que respondan por sus crímenes adecuadamente. Su testimonio sobre los planes y métodos de Lockwood podría ser valioso para cerrar este caso por completo.

Blackstone, que había permanecido en silencio durante la mayor parte de estas gestiones, finalmente habló:

—Yo escoltaré a los prisioneros personalmente. Quiero asegurarme de que lleguen a las autoridades sanos y salvos.

—Duque —dijo Wolf con cautela—, ¿está seguro de que es prudente? Acaba de matar a un hombre, por muy justificado que haya sido. Tal vez sería mejor… piense en el escándalo.

—Por una vez, que se joda el escándalo —lo interrumpió Blackstone—. Protegeré el nombre de Courtney de cualquier escándalo. Esto solo será sobre el asesinato de Kitty. Nadie necesita enterarse del secuestro de Lady Courtney.

—Gracias, duque —dijo Lucien.

—Le disparaste porque él te disparó, Blackstone —lo tranquilizó Fane—. Lo que hiciste estaba completamente justificado. Pero las repercusiones sociales…

—Gracias —respondió el duque con firmeza silenciosa—. No olvidaré tu apoyo.

La pena cruda en su voz hizo que incluso los criminales endurecidos se removieran incómodos. Aquí había un hombre que había perdido todo lo que le importaba y descubría que la venganza no daba un consuelo real.

Mientras se preparaban para separarse, el grupo principal regresando a Londres con Courtney, mientras otros se ocupaban de los prisioneros y la evidencia, Rockwell se acercó a Blackstone una última vez.

—La palabra de un duque no será discutida. Deberías ser tú quien hable con el magistrado.

Con los arreglos finales hechos, el grupo empezó a dispersarse. Fane y Axton se hicieron cargo de los prisioneros, mientras Julian y Tarquin flanqueaban a Lucien y Courtney en el camino de regreso a Londres. Wolf permaneció con Blackstone para ayudar a manejar el cuerpo de Lockwood y coordinarse con el magistrado local.

Mientras el caballo seguro de Rockwell emprendía el largo viaje hacia el sur, Courtney se acomodó más cómodamente contra el pecho de Lucien. El movimiento rítmico del paso del caballo parecía aliviar un poco su malestar, y el color volvía lentamente a sus pálidas mejillas.

—Se acabó —dijo Lucien en voz baja, apretándola protectivamente entre sus brazos—. Ya no puede hacerte daño. Ya no puede hacerle daño a nadie.

—Lo sé —respondió ella, su voz haciéndose más firme mientras se alejaban de la escena de la muerte de Lockwood—. Nuestro secreto está a salvo.

Él le dio un beso en la frente, reflexionando sobre los posibles precios que habían pagado y sobre lo peligrosos que podían ser los secretos. Tenía mucho en qué pensar.

Ella permaneció en silencio varios minutos, observando cómo el campo pasaba ante sus ojos mientras cabalgaban. Finalmente volvió a hablar:

—Cuando me escondía en ese montón de paja, cuando pensé que quizá nunca te volvería a ver, me di cuenta de algo importante.

—¿Qué cosa?

—No me importa lo que la sociedad piense sobre el nacimiento de Ava-Marie. No me importa si susurran sobre tu tiempo en Irlanda o cuestionan nuestro matrimonio. Lo único que importa es que estemos juntos, que estemos construyendo una vida basada en la verdad y en el amor. —Volvió la cabeza para mirarlo—. Ya no tienes que cargar con esos secretos, Lucien. Somos más fuertes que cualquier escándalo que puedan inventar.

Un alivio profundo lo inundó, dejándolo momentáneamente sin palabras. Había temido la eventual revelación de la ilegitimidad de Ava-Marie, había estado planeando estrategias para manejar la reacción social. Pero Courtney tenía razón. Su amor, su familia, era más fuerte que el juicio de la sociedad.

—Me quitaste las palabras de la boca. Te amo —dijo de repente, con una claridad y convicción sorprendentes—. No porque deba, no porque estuviéramos comprometidos antes, sino por quién eres ahora. Por tu valor, tu compasión, tu fuerza increíble. Te amo, Courtney Montague, y quiero pasar el resto de mi vida demostrando que merezco ese amor.

Lágrimas llenaron los ojos de Courtney, pero eran lágrimas de alegría más que de tristeza.

—Yo también te amo —susurró—. Al hombre que eres ahora, al padre que te has convertido, al compañero que eliges ser. Vamos a ser muy felices juntos, Lucien. Todos nosotros: tú, yo, Ava-Marie y nuestros hijos.

Detrás de ellos, las agujas de Londres empezaban a aparecer en el horizonte, prometiendo seguridad, sanación y el inicio de su nueva vida juntos. La prueba había terminado finalmente, y su futuro se extendía brillante, lleno de posibilidades.

Mientras cabalgaban hacia casa, Lucien no pensaba en el pasado ni en sus secretos, sino en el mañana y en todos los mañanas que vendrían. Cualesquiera que fueran los desafíos, los enfrentarían juntos, con honestidad, valentía y amor como base.

Con Courtney en sus brazos, una visión de su futuro, una visión de un futuro feliz lo llenaba, y Lucien finalmente se sintió en casa. Sabía exactamente quién era y dónde encajaba en este mundo. Y sabía que la mujer que encajaba con él estaba segura entre sus brazos, y nunca volvería a dejarla ir.

Epílogo

Seis semanas después de la muerte del barón Lockwood en la Great North Road, la sociedad londinense había encontrado nuevos escándalos que ocuparan su atención. La versión oficial, que el barón había sido abatido mientras se resistía a ser arrestado por el asesinato de dos mujeres, había sido aceptada sin objeciones. La palabra del Duque de Blackstone tenía suficiente peso como para que ningún magistrado se atreviera a cuestionar su relato de defensa propia, y las condenas a transporte dictadas a Briggs y Murphy habían cerrado el asunto de manera definitiva.

Lo que la sociedad no sabía, y nunca sabría, era el detalle que un pequeño grupo reunido en la biblioteca del Conde de Danvers había jurado mantener en secreto: la verdad sobre el nacimiento de Ava-Marie.

Lucien estaba junto a la ventana, observando a su hija jugar en el jardín con Lauren mientras los adultos realizaban sus asuntos importantes adentro. La decisión había sido unánime: el secreto permanecería dentro del círculo familiar por ahora, pero si alguna vez salía a la luz, lo enfrentarían juntos en lugar de permitir que alguien lo utilizara como arma contra ellos.

—Entonces está decidido —dijo el Marqués de Lorne, su voz autoritaria cerrando la reunión—. La verdad permanece entre nosotros, pero no viviremos con miedo de que se descubra. Si llega a saberse, enfrentaremos la tormenta juntos.

Tarquin asintió en señal de acuerdo.

—Es mejor controlar la narrativa nosotros mismos que dejar que otros la tuerzan en nuestra contra.

Farah, sentada junto a Rockwell en el sofá, intervino.

—Ava-Marie merece conocer la verdad cuando sea lo suficientemente mayor para entenderla. Pero eso todavía está a años de distancia.

—Ella lo sabrá —aseguró Lucien con voz firme—. Pero también sabrá que su legitimidad ante los ojos de la sociedad importa mucho menos que su legitimidad ante los ojos de quienes la aman.

La reunión terminó con abrazos y promesas de apoyo mutuo. Mientras las familias se preparaban para marcharse, Courtney se acercó a Lucien junto a la ventana y deslizó su mano en la de él.

—Mañana —dijo suavemente—, nos casaremos.

Él se volvió hacia ella, maravillándose, como cada día, del milagro de tenerla otra vez en su vida.

—Mañana te convertirás en mi esposa de verdad, no solo en mi corazón.

—He sido tuya de verdad durante muchos años —respondió ella, alzando una mano para enderezarle la corbata—. Mañana solo lo haremos oficial.

Su boda en la Abadía de Westminster, a la mañana siguiente, fue un acontecimiento magnífico que atrajo a la mitad de la alta sociedad londinense. Courtney caminó por el pasillo del brazo de su padre, radiante con su vestido de seda color marfil y las perlas de su abuela, mientras Lucien la esperaba en el altar, con Ava-Marie a su lado como niña de las flores, sus rizos oscuros estaban coronados con una guirnalda de rosas.

La voz del arzobispo resonó entre las antiguas piedras al declararlos marido y mujer, y cuando Lucien besó a su esposa, los invitados estallaron en un aplauso que pareció hacer vibrar las vigas del techo.

Pero sería la recepción de esa noche, en Blackstone House, la que se recordaría mucho después de que el propio enlace se desvaneciera en la memoria.

El duque de Blackstone había insistido en organizar el baile de bodas, alegando que era un honor hacerlo por su amigo. Lo que no

había admitido era que aquella celebración fastuosa también era su manera de intentar olvidar que había perdido a Kitty. A una mujer que no debería haber amado… pero amó.

Blackstone House brillaba como una joya en la noche londinense, con cada ventana ardiendo de luz de velas y los jardines transformados en un mundo de hadas con miles de faroles de papel colgados entre los árboles. El salón de baile rebosaba de lo más selecto de la sociedad, todos ansiosos por celebrar el desenlace romántico de lo que muchos consideraban el cortejo más dramático de la temporada. Una boda que debería haber ocurrido cinco años atrás.

Lucien y Courtney se movieron en su primer baile como marido y mujer con perfecta sincronía, perdidos el uno en los ojos del otro, pese a los cientos de invitados que observaban cada movimiento.

—¿Ningún arrepentimiento? —murmuró Lucien mientras la hacía girar.

—Solo que perdimos demasiado tiempo —respondió ella, con los ojos color ámbar reluciendo de felicidad—. Pero tenemos el resto de la vida para recuperarlo.

Ava-Marie, espléndida con una versión en miniatura del vestido de su nueva madrastra, observaba desde un costado, casi sin poder contener la emoción. A ninguno de los dos les importaba que, en realidad, no fuera apropiado que la niña estuviera allí; la sociedad tendría que acostumbrarse a las maneras de Lucien.

Cuando el baile terminó, la pequeña corrió hacia su padre para reclamar su turno, provocando un "auu" colectivo entre los invitados mientras Lucien alzaba a su hija en brazos para un vals improvisado.

A medida que avanzaba la velada, el duque de Blackstone fue vaciando, con constancia, varias botellas de su mejor brandy. Su dolor por Kitty, cuidadosamente oculto bajo una compostura aristocrática durante el día, parecía manifestarse ahora en una embriaguez cada vez más temeraria.

Lady Ashley Ware notó su estado cuando salió a la terraza para tomar aire fresco, buscando alivio del salón atestado y de las miradas compasivas que aún la seguían dondequiera que iba. Su propio escándalo, tres años atrás, nunca había sido del todo

olvidado, y eventos como aquel le recordaban dolorosamente su estatus reducido.

Jamás había visto al duque borracho. Jamás lo había visto despeinado ni mostrando debilidad alguna. Tal vez era humano, después de todo. Cuando lo oyó tropezar y maldecir, seguido de un estruendo, pensó que debería llamar a uno de los estirados sirvientes del duque, pero Courtney le había hablado de la muerte de Kitty. Siendo una mujer compasiva, comprendió que el duque estaba sufriendo. Por eso el hombre normalmente tan correcto y sereno estaba ebrio. Decidió ayudarlo.

Avanzó por el jardín hasta encontrarlo desplomado en un banco de piedra, en un rincón apartado. Su aspecto, normalmente impecable, estaba desordenado; el cabello oscuro le caía sobre la frente. A la luz de la luna, parecía más joven, más vulnerable que nunca.

—¿Su Gracia? —se acercó con cautela, preocupada a pesar de la mutua antipatía que siempre habían compartido. Debido a su escándalo, el duque la consideraba una mala influencia para su hermana Farah. Antes de casarse con Rockwell, Farah no tenía permiso para entrar en su casa, por ejemplo. Y él apenas reconocía la presencia de Ashley si coincidían en la misma habitación—. ¿Se encuentra bien?

Él alzó la mirada, y en sus ojos había una pena tan profunda que le cortó la respiración.

—Lady Ashley —dijo, con la voz arrastrada pero aún con el timbre aristocrático inconfundible—. ¿Ha venido a presenciar la caída del poderoso?

—He venido a tomar aire —respondió ella con sinceridad, estudiando su rostro con creciente inquietud—. Pero puedo ver que está… indispuesto. Tal vez debería llamar a alguien…

—No. —La palabra salió más cortante de lo que pretendía, y se esforzó por suavizar el tono—. Nadie más. Ya han visto suficiente de mi… debilidad.

Ashley solo había querido asegurarse de que el duque se encontraba bien, un simple gesto de compasión de un alma herida hacia otra. Pero al sentarse junto a él en el banco de piedra,

escuchando su confesión desnuda de dolor, algo fundamental cambió entre ellos.

—Todo gira en torno a ella —susurró Blackstone, su habitual reserva aristocrática despojada por el brandy y la angustia—. Cada aliento, cada latido, cada momento despierto. Se ha ido, y yo… no sé cómo existir sin ella.

El dolor desnudo en su voz tocó algo profundo en el pecho de Ashley. Durante tres años, había sido definida por su escándalo, reducida a un ejemplo moral que se murmuraba en los salones. Pero allí estaba el duque de Blackstone, el hombre que la había ignorado en innumerables eventos sociales, que la había mirado como si fuera invisible, mostrándose tan destrozado como ella.

—Lo siento —dijo suavemente, su enojo por el trato pasado de él disolviéndose ante su auténtica aflicción—. Sé lo que es perder a alguien a quien amas.

—¿De veras? —Él la miró de frente por primera vez, observando su rostro bajo la luz de la luna. Sin su habitual máscara de desdén, parecía más joven, más humano—. Había olvidado… su escándalo. Un amor que salió mal.

El conocido escozor de esa suposición, que había sido una muchacha ingenua, seducida y abandonada, le subió a la garganta. Pero aquella noche, con el dolor suspendido entre ambos como una niebla, la vieja rabia defensiva le pareció inútil.

—No fue exactamente lo que todos creen —dijo con cuidado—. Pero las consecuencias fueron… severas.

La mandíbula de él se tensó con una furia inesperada en su favor.

—La sociedad es cruel con las mujeres que se atreven a sentir, a desear, a amar. Merecía algo mejor que su juicio.

—¿De verdad? —La risa de Ashley contenía tres años de amargura acumulada—. He sido una advertencia durante tanto tiempo que casi he olvidado lo que se siente ser otra cosa.

—Tenía diecinueve años —dijo él, inclinándose un poco más hacia ella. A la luz de la luna, sus ojos oscuros mostraban algo que ella nunca había visto en él: compasión, comprensión, el reconocimiento de un dolor compartido—. Diecinueve, y atrapada en circunstancias que escapaban a su control. ¿Qué crimen es ese?

La ternura en su voz, tan opuesta al frío desprecio al que ella estaba acostumbrada, rompió algo dentro de su pecho. Cuando él extendió una mano para rozarle la mejilla, ella no se apartó.

—No está sola —dijo en voz baja—. No tienes que cargar con este peso usted sola nunca más.

Tres años de mantener cuidadosamente la compostura, de sostener la dignidad frente a los murmullos y los desaires, se desmoronaron de golpe. Las lágrimas llegaron sin aviso, grandes sollozos entrecortados que intentó desesperadamente ahogar contra su hombro mientras los brazos de él la rodeaban.

—Shh —murmuró él, con una voz infinitamente suave—. Déjelas salir. Está a salvo aquí.

A salvo. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien la había hecho sentir a salvo? ¿Cuándo fue la última vez que alguien la había sostenido sin juzgarla, sin calcular cuánto podría costarle estar asociado con ella?

Cuando él inclinó su rostro hacia el suyo, y su pulgar rozó sus lágrimas, Ashley vio su propia soledad reflejada en los ojos de él. Dos personas que habían estado sobreviviendo más que viviendo, encontrando consuelo inesperado en el dolor del otro.

El beso, cuando llegó, nació más de la desesperación que de la pasión: dos almas que se ahogaban, aferrándose a algo, a cualquier cosa, que las anclara a la esperanza. Sus labios estaban tibios contra los de ella, con sabor a brandy y tristeza, y Ashley le devolvió el beso con igual fervor, vertiendo tres años de aislamiento y soledad en ese único instante de conexión.

El tiempo pareció suspenderse en el jardín bañado por la luna. Los sonidos lejanos de la celebración se desvanecieron, dejando solo el susurro del viento entre los árboles y el retumbar de su propio corazón. Era una locura: besar al duque de Blackstone, el hombre que había sido su juez más implacable, en un jardín donde cualquiera podría verlos.

Pero por esos breves momentos robados, Ashley se permitió olvidar las consecuencias, olvidar la decencia, olvidar todo salvo el calor de su abrazo y el desesperado consuelo que se ofrecían mutuamente.

Fue el jadeo de sorpresa lo que devolvió la realidad de golpe.

—¡Santo Dios!

Se separaron como si se hubieran quemado, Ashley llevándose las manos al cabello despeinado mientras Blackstone intentaba enderezarse el corbatín. Lord Pemberton se encontraba en la entrada del rincón donde estaban, con su esposa y otras dos damas de sociedad boquiabiertas detrás de él, como aves carroñeras que hubieran encontrado un escándalo particularmente jugoso.

El duque de Blackstone, despeinado y claramente ebrio, sorprendido en un apasionado abrazo con la notoria Lady Ashley Ware. En un jardín. En la boda más importante de la temporada. Con testigos.

Ashley sintió cómo la sangre se le escapaba del rostro cuando la magnitud completa de la situación la golpeó. No se trataba simplemente de otro escándalo: era su ruina total y absoluta. Ninguna conducta prudente, ni años de dignidad silenciosa, podrían contrarrestar ser descubierta en una posición tan comprometida.

—Yo… nosotros… —balbuceó, con la mente dando vueltas mientras buscaba palabras que pudieran salvar de algún modo aquel desastre.

Pero Blackstone ya se había puesto de pie, y su compostura aristocrática volvió a instalarse pese a su evidente embriaguez. Cuando le ofreció el brazo con total corrección, como si no los hubieran sorprendido en las circunstancias más escandalosas imaginables, Ashley solo pudo mirarlo desconcertada.

—Lord Pemberton —dijo con una cortesía helada—. Lady Pemberton. Confío en que estén disfrutando de la boda.

El tono casual, como si nada indebido hubiera ocurrido, pareció desconcertar momentáneamente a su audiencia. Pero Ashley pudo ver la mirada calculadora y satisfecha en los ojos de Lady Pemberton, y casi podía oír el escándalo siendo refinado en su forma más dañina.

Para la mañana siguiente, todo Londres lo sabría. Para la noche, estaría completamente marginada, y la reputación del duque de Blackstone sufriría enormemente por asociación.

Mientras Blackstone la acompañaba de regreso al salón de baile, la mente de Ashley corría repasando sus pocas opciones. Podía huir de Londres, quizá a Escocia o Irlanda, donde su notoriedad aún no hubiera llegado. Podía suplicar la misericordia de su hermano y esperar que le encontrara algún rincón remoto en una de sus propiedades donde vivir en tranquila reclusión.

O podía enfrentar el escándalo de frente y desafiarlo con descaro, aunque dudaba que su valor alcanzara para tanto.

Lo que no esperaba era la serena declaración de Blackstone cuando Wolf apareció a su lado.

—Lord Wolfarth —dijo el duque sin preámbulos—, he venido a pedir la mano de su hermana en matrimonio.

El silencio que siguió fue absoluto. Nunca, en un salón de baile lleno, la ausencia de sonido había sido tan completa, tan atronadora. Ashley sintió que el mundo se le inclinaba alrededor al comprender lo que él acababa de hacer.

Matrimonio. Con el duque de Blackstone. El hombre que durante tres años la había tratado como si fuera invisible, que la había juzgado con dureza por circunstancias que no comprendía. Y ahora, por un momento de dolor compartido y consuelo desesperado, ofrecía atarse a ella para siempre.

—¿Perdón? —susurró apenas.

—Vamos a casarnos —repitió Blackstone, sus ojos oscuros fijos en los de ella con firme determinación—. ¿Por qué no vamos a mi despacho a discutir los detalles?

Mientras la guiaba a través de la multitud boquiabierta hacia la privacidad de su estudio, la mente de Ashley giraba tratando de asimilar las implicaciones. No era amor; era honor, deber, la respuesta aristocrática a una situación comprometida. Pero también era salvación para ambos, una forma de transformar el escándalo en respetabilidad mediante la alquimia del matrimonio.

La pregunta era si podría soportar una vida unida a un hombre que la veía como una obligación y no como una elección, casada con alguien cuyo corazón seguía enterrado junto a una mujer pelirroja en una tumba sin nombre.

Tan pronto como todos estuvieron sentados en el despacho, con la puerta firmemente cerrada, la cabeza de él decidió que quería partirse en dos. Qué maldito desastre. Si el estómago no le diera vueltas, se serviría otro trago.

—No puedo creer esto —dijo Wolf con dureza, recuperando por fin la voz—. ¿Cómo dejaste que pasara esto, Blackstone? Has comprometido a mi hermana, y ahora haces lo que el honor exige.

—El honor tiene poco que ver con esto —replicó el duque con frialdad—. Ofrezco matrimonio porque es lo que Lady Ashley merece: protección, posición y el respeto que conlleva mi nombre.

Ashley se dejó caer en una silla, abrumada por el repentino giro que había tomado su vida. Casarse con el duque de Blackstone: el hombre que durante tres años había sido la encarnación de todo lo cruel y severo de la sociedad.

—No lo entiendo —dijo débilmente—. Anoche estabas de duelo por otra mujer. Esta noche estabas borracho, sin pensar con claridad. Seguramente por la mañana...

—La mañana no cambiará nada —la interrumpió Blackstone—. Un segundo escándalo te destruiría a ti y a Lady Ivy.

Wolf dio un paso adelante, movido por sus instintos protectores.

—Mi hermana no necesita tu compasión, Su Gracia.

—No es compasión —dijo firmemente Blackstone—. Es lo correcto, y lo sabes.

Ashley lo miró, buscando en su rostro cualquier señal de la ternura que había vislumbrado en el jardín. Lo que vio en cambio fue determinación, resolución y algo que podría ser esperanza.

—¿Un matrimonio de conveniencia? —dijo en voz baja.

—Sí —respondió él con sinceridad.

Wolf los observaba, y su enojo poco a poco daba paso a la comprensión.

—Ustedes se lo toman en serio.

—Totalmente en serio —confirmó Blackstone—. Lady Ashley tendrá la protección de mi nombre, título y dinero. Tendrá mis casas para administrar y una vida de lujo.

—¿Y si me niego? —preguntó Ashley, aunque ya conocía la respuesta.

El rostro de Wolf se tornó sombrío.

—No tienes ese lujo, Ashley. Si no te casas con él, quedarás completamente marginada. Sin invitaciones, sin posición social, sin perspectivas alguna. Y piensa en Ivy. Ella también se verá arruinada.

—Tu hermano tiene razón —dijo Blackstone con suavidad—. Me temo que te he dejado con muy pocas opciones. Pero te prometo esto: como mi esposa, serás tratada con toda cortesía y respeto. No te faltará nada, y nadie se atreverá a menospreciarte nuevamente.

Ashley cerró los ojos, sintiendo cómo los muros de su vida cuidadosamente construida se desmoronaban a su alrededor. Tres años de exilio habían sido bastante difíciles, pero al menos había conservado algo de independencia. Casarse con el duque significaría cambiar esa independencia por seguridad y estatus, atándose a un hombre que la veía como una obligación y no como una elección.

Pero, ¿qué alternativa tenía? Ivy… debía proteger a su hermana menor, ya manchada por asociación.

—Muy bien —dijo finalmente, abriendo los ojos para encontrarse con su mirada firme—. Acepto su propuesta, Su Gracia.

Algo parpadeó en el rostro de Blackstone: alivio, tal vez, o satisfacción.

—Gracias —dijo simplemente—. Le prometo que no se arrepentirá de esta decisión.

—¿No me arrepentiré? —Ashley se levantó de la silla, reuniendo lo que quedaba de su dignidad a su alrededor como una armadura —. Lo haré responsable de esas palabras, Su Gracia.

Mientras Wolf y Ashley se despedían, con Wolf prometiendo visitarlo más tarde para discutir los detalles, Ashley deseaba meterse en su cama y llorar.

—Podrías haber terminado peor —dijo finalmente su hermano, con una voz más suave que antes—. Es rico, tiene título, y a pesar de todo, tiene reputación de tratar a las mujeres con respeto.

—También está enamorado de una mujer muerta —replicó Ashley en voz baja—. El matrimonio dura toda la vida. ¿Qué tan sola voy a estar?

—Tendrás tus hijos —sugirió Wolf—. Y la sociedad sobre la que reinarás.

Su estómago se tensó. Hijos… Dios mío, tendría que compartir su cama. Una inesperada ola de calor la recorrió. ¿Por qué ese pensamiento no le resultaba aterrador?

Ashley volvió la vista hacia la ventana del carruaje; había dejado de soñar con un "felices para siempre" cuando estalló su primer escándalo. Había soñado con la soltería y con ser la mejor tía posible. Esos sueños ahora parecían muy lejanos. Nunca había imaginado casarse, y mucho menos con el duque de Blackstone.

—Supongo que no importa lo que yo quiera —dijo en voz baja—. Esta es mi vida ahora. Duquesa de Blackstone, esposa de un hombre que me ve como un deber que cumplir, y no como una mujer a quien amar.

Wolf colocó una mano gentil sobre su hombro.

—El amor puede crecer, Ashley. A veces, los matrimonios más fuertes se construyen sobre respeto y comprensión más que sobre pasión.

—¿Pueden? —Se apoyó en el consuelo de su hermano, tomando fuerza de su presencia firme—. Supongo que lo descubriré, ¿verdad?



La Navidad ha llegado temprano: Toda Joven Tímida Merece Un Romance Navideño: Una novela corta navideña de la Regencia

Cuando los deseos de Navidad se cumplen de la manera más inesperada…

Lady Sarah Abbottsford ha pasado años siendo la más ignorada de las jóvenes londinenses, soñando con el amor apasionado que su querida amiga Alice encontró con el apuesto Marqués de Skye. Esta Navidad, Sarah está segura de que sus sueños finalmente se harán realidad: el encantador Lord Castleton la ha invitado a la celebración navideña de su familia, y ella está convencida de que podría ser su príncipe de cuento de hadas.



George Montague, conde de Hampton, ha estado enamorado en silencio de la mejor amiga de su hermana durante años. Pero Sarah solo lo ve como el hermano protector de Alice: un querido amigo, nada más. Cuando ella le pide ayuda para elegir el regalo de Navidad perfecto para otro hombre, George se enfrenta a una elección imposible: ayudar a la mujer que ama a perseguir a otro, o arriesgar su preciosa amistad revelando su corazón.

A veces, las historias de amor más grandes no se tratan de conquistas apasionadas, sino de descubrir que el deseo de tu corazón ha estado a tu lado todo el tiempo.

Los mejores regalos de Navidad vienen envueltos en amistad y atados con amor.

Capítulo Uno

Londres, diciembre de 1818

La señora Sarah Abbottsford, hija del conde de Lawston, se acomodó en el mullido sillón de terciopelo junto a la chimenea del salón de Alice, observando a su amiga más querida brillar con un tipo de felicidad que le apretaba el pecho con iguales dosis de alegría y envidia. La señora Alice Skye se movía por la habitación con una gracia que no tenía nada que ver con la antigua cojera que tanto le había dolido y todo que ver con la dicha que parecía emanar de cada poro de su piel.

—Estás positivamente radiante —observó Sarah, aceptando la delicada taza de porcelana que Alice le ofrecía—. El matrimonio te sienta de maravilla.

—Sí que lo hace, ¿verdad? —Alice rio, acomodándose en la silla frente a ella con su propia taza. La luz invernal que entraba por los altos ventanales iluminaba los reflejos dorados de sus rizos color fresa, y Sarah no pudo evitar maravillarse de lo distinta que lucía su amiga ahora. Se había ido la tímida y torpe joven tímida que solía esconderse en las salas de juegos durante los bailes. En su lugar, estaba sentada una marquesa segura de sí misma, que parecía nunca haber dudado de su lugar en el mundo.

Solo hacía unos meses, Sarah y Alice habían sido dos de las jóvenes tímidas que pasaban más desapercibida en la sociedad, pero entonces Alice se vio envuelta en un escándalo y finalmente descubrió que el hombre que había amado durante tanto tiempo, el mejor amigo de su hermano, también la había amado.

Aunque Sarah estaba muy feliz por su amiga, ¡no era nada divertido ser una joven tímida solitaria!

—Dime con sinceridad —Sarah se inclinó de forma cómplice—, ¿es la vida de casada todo lo que soñaste?

Las mejillas de Alice se sonrojaron con delicadeza.

—Mejor. Oh, Sarah, cuando dos personas se aman de verdad, cuando son amigos además de amantes… —Se detuvo, sus ojos suavizándose con la memoria—. Calum me hace reír todos los días. Y la manera en que me mira… —suspiró soñadora—. Como si yo fuera lo más preciado en su mundo. Lo segundo más preciado —palmeó su vientre.

—Oh, querida. ¿Estás embarazada? Qué maravilloso. —El corazón de Sarah se apretó con nostalgia. Eso era exactamente lo que ella quería: ese amor total, que mueve la tierra y hace que todo lo demás parezca insignificante. El tipo de amor que inspira a los poetas y hace que la gente sensata haga cosas increíblemente tontas.

Solo que, como tímida, Sarah pensaba que era muy poco probable que alguna vez experimentara algún tipo de amor. Intentó calmar sus manos alisar sus faldas. Estaba allí para ver a Alice y pedirle consejo. Pensaba que su Príncipe Azul podría haber llegado. Había llamado la atención de Simon Shelton, el Marqués de Castleton.

El marqués tenía solo unos años más que sus diecinueve, pero sus atenciones indicaban que ya buscaba casarse. Y la había invitado a pasar el día de Navidad con su familia. ¿Qué significaba eso?

—A Calum no le importa si es niño o niña. Está encantado.

—Me estás poniendo verde de envidia —dijo Sarah con una risa que no lograba ocultar del todo el anhelo en su voz—. Aquí estoy yo, prácticamente invisible a los diecinueve, mientras tú estás felizmente casada.

—Difícilmente eres invisible —la corrigió Alice suavemente—. Y tu momento llegará, estoy segura de ello. De hecho… —Se detuvo al oír voces masculinas que llegaban del vestíbulo—. Perfecto, parece que son Calum y George.

La puerta del salón se abrió, y Calum entró primero, aun devastadoramente apuesto a pesar de su estado domesticado. Su cabello ámbar estaba ligeramente despeinado por la cabalgata, y sus ojos buscaron de inmediato a su esposa con esa intensidad tierna que Sarah tanto envidiaba.

—Buenos días, querida —dijo, cruzando la habitación para besar la mejilla de Alice—. Lady Sarah, qué gusto verla.

—Lord Skye —respondió Sarah con una cálida sonrisa, realmente apreciando al esposo de su amiga.

Detrás de Calum llegó George, y Sarah sintió que su respiración se detenía un poco, como siempre que lo veía tras una ausencia. El hermano de Alice siempre había sido apuesto, pero a los veintiocho años se había convertido en el tipo de hombre que hacía que las damas olvidaran la corrección. Su cabello oscuro estaba perfectamente peinado a pesar del viento invernal, y sus ojos grises mostraban esa expresión seria y reflexiva que ella había aprendido a asociar con él. Era más alto que Calum, de hombros anchos, con un aire de autoridad tranquila que reflejaba sus años al frente de las propiedades de Hampton y cuidando de su hermana.

George había sido como un hermano más para ella durante tanto tiempo que a veces Sarah olvidaba lo impresionante que era, hasta momentos como este, cuando entraba en una habitación y su tonto corazón daba un pequeño y no deseado brinco.

—Sarah —dijo George, con la voz cálida y llena de sincero placer mientras se inclinaba sobre su mano extendida—. Qué sorpresa tan encantadora. No esperaba encontrarte aquí esta mañana.

—He venido a robar un poco de la felicidad de Alice —respondió Sarah con ligereza, intentando ignorar cómo le hormigueaba la piel donde sus labios rozaron su guante—. Es terriblemente egoísta de mi parte, pero la dicha matrimonial parece estar tan escasa entre mis conocidas.

La expresión de George se volvió pensativa mientras se enderezaba.

—No creo que eso sea egoísta —dijo—. Todos necesitamos recordatorios de que esa felicidad es posible.

Había algo en su tono que hizo que Sarah lo mirara con más atención, pero su rostro no mostraba nada más que un interés cortés. Aun así, Alice los observaba a ambos con ese brillo especulativo en los ojos que Sarah había aprendido a temer.

—George —dijo Alice, acomodándose en su silla con el aire satisfecho de un gato que ha visto un cuenco de crema—, Sarah

tiene la noticia más emocionante. ¿Verdad, querida?

Sarah le lanzó a su amiga una mirada de advertencia, pero Alice simplemente sonrió inocentemente.

—Lord Castleton ha invitado a Sarah a pasar el día de Navidad con su familia. Ellos también estarán en Londres para la Navidad este año —continuó Alice—. ¿No es maravilloso?

Sarah sintió que el calor subía a sus mejillas mientras ambos caballeros dirigían su atención hacia ella. Calum parecía cortésmente interesado, pero algo parpadeó en los ojos de George que ella no pudo identificar del todo.

—¿Castleton? —repitió George, con un tono cuidadosamente neutral—. No sabía que lo conocieras.

—Nos conocimos en la velada musical de Lady Morrison el mes pasado —explicó Sarah, con la voz ligeramente entrecortada—. Fue tan encantador, y cuando mencionó que su familia celebra la Navidad a la manera tradicional, quizá yo haya comentado cuánto me encantan las celebraciones navideñas...

—Y siendo el caballero galante que es, extendió una invitación —terminó Alice con evidente deleite—. Sarah ha estado en éxtasis por ello durante días.

—¿Ah, sí? —La voz de George seguía neutral, pero Sarah notó la ligera tensión alrededor de sus ojos. Quizá le preocupaba su reputación, al ser invitada a la casa familiar de un caballero. George siempre había sido protector con ella, igual que lo era con Alice.

—Es una invitación perfectamente respetable —se apresuró a decir Sarah—. Su madre y sus hermanas estarán presentes, naturalmente. Y creo que habrá toda una reunión en la casa. No hay nada impropio en ello.

—Por supuesto que no —concedió George, aunque su tono sugería que reservaba su juicio—. Castleton parece... lo bastante afable.

Había algo, definitivamente, en la manera en que lo dijo que llamó la atención de Sarah, pero antes de que pudiera preguntarle, Alice juntó las manos con entusiasmo.

—¡Oh, pero Sarah, no les has contado tu dilema!

Sarah quiso hundirse en el suelo. Confiar en Alice para dramatizarlo todo mucho más de lo que era.

—No es realmente un dilema... —empezó.

—Ha estado dándole vueltas a qué regalo llevarle a Lord Castleton —anunció Alice alegremente—. Quiere que sea perfecto, algo que muestre su aprecio sin ser impropio. Le dije que debería pedirle consejo a George, ya que los caballeros entienden lo que a otros caballeros podría gustarles.

El silencio que siguió pareció cargado de corrientes subterráneas que Sarah no terminaba de comprender. George la observaba con una expresión indescifrable, mientras Calum parecía esforzarse por no sonreír.

—Ya veo —dijo George al fin—. Y ese regalo... ¿es muy importante para ti?

Sarah sintió que sus mejillas ardían aún más. Dicho así, sonaba terriblemente atrevido, pero no podía negar la verdad. Estaba prendada de Lord Castleton, lo había estado desde el momento en que él le sonrió al otro lado del salón de Lady Morrison y la hizo sentir, por primera vez en su vida, que quizá fuese la mujer más fascinante de la sala.

—Supongo que sí —admitió en voz baja—. Yo... quiero mucho que tenga una buena opinión de mí.

Algo cambió en la expresión de George, volviéndose cuidadosamente neutra de esa manera que solía indicar que estaba pensando en algo con seriedad. Alice, entretanto, prácticamente daba saltitos de emoción.

—¿No es romántico? —suspiró Alice—. Piensa: ¡este podría ser el comienzo de la gran historia de amor de Sarah!

—Romántico —repitió George, y ahora había algo extraño en su voz—. Sí, supongo que podría serlo.

Sarah se sorprendió estudiando el perfil de George mientras él miraba el fuego. Había una tensión en su mandíbula que no estaba allí unos momentos antes, y se preguntó si desaprobaba su apego a Castleton. Tal vez pensaba que era una tonta por fijarse en un caballero al que apenas acababa de conocer. Pero ¿no era así el amor? Te golpea cuando menos lo esperas.

Sarah quería enamorarse. Quería que alguien fascinante la deslumbrara y la hiciera sentir como si fuera a morir si no conseguía su corazón. Había leído a Byron. Había leído los romances góticos de moda, y soñaba con escapar de su vida tranquila y aburrida donde nadie nunca la notaba, cuando el héroe de sus sueños llegara a reclamarla. La manera en que Lord Castleton la miraba. La trataba. La emocionaba... Ella pensaba que quizá él sí fuera su héroe.

—Piensas que estoy siendo tonta, ¿verdad? —preguntó, sorprendida de cuánto le importaba su opinión.

George se volvió a mirarla entonces, y la intensidad de sus ojos grises le cortó la respiración.

—Creo —dijo lentamente— que cualquier caballero que no valore tu aprecio sería un necio.

Las palabras eran perfectamente correctas, pero había algo en la manera en que las pronunció que hizo que el corazón de Sarah aleteara de la forma más desconcertante. Se descubrió incapaz de apartar la mirada, atrapada en un momento que se sentía de repente íntimo a pesar de la presencia de Alice y Calum.

—Es muy amable de tu parte decirlo —logró murmurar, apenas en un susurro.

—George tiene toda la razón —intervino Alice, rompiendo el hechizo—. Eres un tesoro, Sarah, y Lord Castleton tendría suerte de conquistar tu cariño. Por eso debemos asegurarnos de que tengas el regalo perfecto para él.

George parpadeó y pareció sacudirse de vuelta al presente.

—Por supuesto. Si quieres que te ayude a elegir algo apropiado, estaré encantado de hacerlo.

—¿De verdad? —El rostro de Sarah se iluminó de alivio y gratitud —. ¡Oh, George, sería maravilloso! He estado torturándome intentando decidir qué sería adecuado. Algo significativo, pero no demasiado personal, elegante pero no ostentoso...

—Entiendo el dilema —dijo George, y su sonrisa fue cálida, aunque no llegó del todo a sus ojos—. Quizá podríamos hacer una excursión a Bond Street mañana por la mañana. Tengo algunos asuntos que atender de todos modos.

—¡Sería perfecto! —Sarah juntó las manos, su mente ya corriendo con posibilidades—. Gracias, George. Eres un querido amigo al ofrecerte.

—Sí —dijo George en voz baja, con la mirada aún fija en su rostro—. Un querido amigo.

Había algo en su tono que hizo que Alice los mirara con rapidez, con una expresión súbitamente especulativa que hizo que el estómago de Sarah se revolviera con nerviosismo.

—Qué encantador —murmuró Alice, los ojos brillándole con picardía—. Me gusta tanto ver a los buenos amigos ayudarse a encontrar la felicidad.

Sarah le lanzó a su amiga una mirada perpleja, pero Alice solo sonrió y llamó para pedir más té, tarareando suavemente con el aire de alguien que acaba de resolver un rompecabezas particularmente satisfactorio.

Comprar aquí

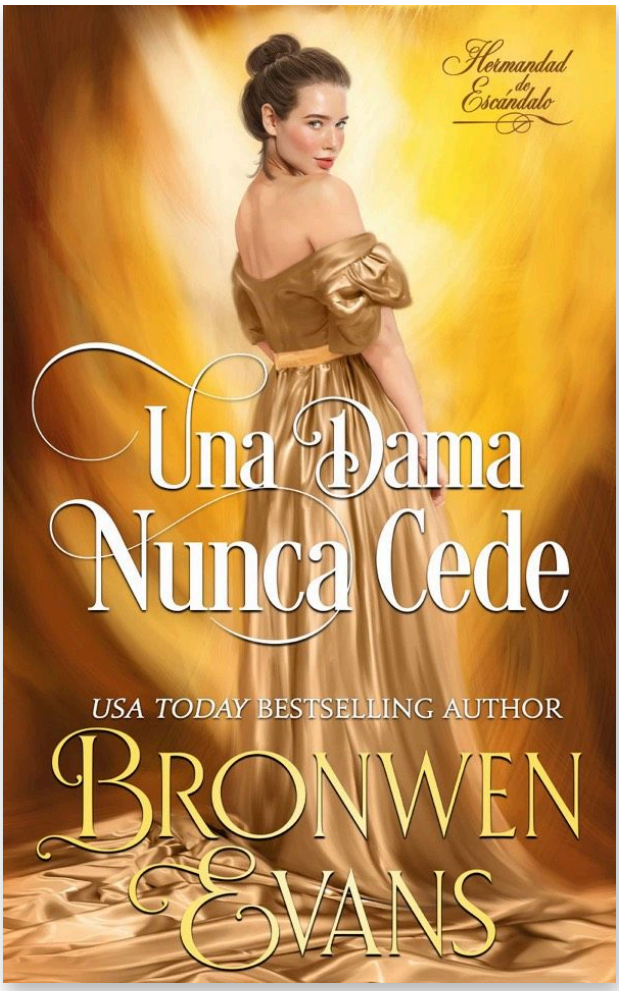
~

LECTURA GRATIS

Una dama nunca Cede

Una historia corta GRATUITA de Regencia para lanzar la serie Hermandad Del Escándalo.

Lord Julian Montague, el segundo hijo del marqués de Lorne ha sido el mejor amigo de la señorita Serena Fancot desde la infancia. Cuando Julian comienza a hablar de tomar una esposa, Serena es muy consciente de que ya no son niños.



¿Por qué de repente se da cuenta de lo hermosos que son sus hoyuelos y de lo alto y guapo que es? Su ropa le queda como un guante ajustado y tiene un cuerpo para rivalizar con Apolo. De repente, no puede evitar notar cómo las mujeres en los salones de baile de la sociedad babean por él.

Peor aún, no ha intentado ni una sola vez besarla, tomar su mano o susurrarle palabras de amor al oído. ¿Él no la ve como el amor de su vida? ¿Ha dejado que sea demasiado tarde para que Julian se dé cuenta de que él es el único hombre con el que desearía casarse? ¿Ha dejado que sea demasiado tarde para demostrarle que él es el amor de su vida? Eso no funcionará. Pero, ¿cómo haces que tu mejor amigo se enamore de ti?

Solicite su copia aquí

Acerca del Autor



La autora más vendida de **USA Today, Bronwen Evans**, es una orgullosa escritora de novelas románticas. Sus trabajos han sido publicados tanto en formato impreso como en formato de libro electrónico. Le encanta contar historias, y su cabeza siempre está llena de personajes e historias, en particular aquellas que presentan amantes angustiados. Evans ha ganado tres veces el RomCon Readers' Crown y ha sido nominado para un RT Reviewers' Choice Award. Vive en la soleada bahía de Hawkes, Nueva Zelanda, con su Cavoodles Brandy y Duke. Le encanta escuchar a los lectores.



www.bronwenevans.com

Muchas gracias por acompañarnos en este viaje. Si desea mantenerse al día con mis otros lanzamientos, los códigos de cupón de mi boletín para ofertas especiales u otras noticias, no dude en unirse a mi boletín y recibir un libro GRATIS (en inglés) también.

Otras Obras de bronwen evans

Bron's Book List

Española Versions

Lord de los Malvados

Lord del Peligro

Lord de la Pasión

Adicta al Duque

Atraída por el marqués

Atraida por el Conde

Desafiando el Duque de Dangerfield

Apostando por el Marqués de Wolverstone

El despertar de Lady Flora

La seducción de Lord Sin

Un Beso de Mentiras

Una Promesa de Más

Un Toque de Pasión

Un Susurro de Deseo

El Placer de la Seducción

Una Noche de Siempre

Un Amor para Recordar

Un Dama Nunca Llora

Un Sueño de Redención

Una dama nunca Cede - GRATIS

Una Dama Nunca se Rinde

Toda Joven Tímida Merece Un Romance Navideño

Cada Flor Tiene Sus Espinas

Historical Romances

Wicked Wagers

To Dare the Duke of Dangerfield – book #1

To Wager the Marquis of Wolverstone – book #2

To Challenge the Earl of Cravenswood - book #3

Wicked Wagers, The Complete Trilogy Boxed Set

The Disgraced Lords

A Kiss of Lies – Jan 2014/December 2022

A Promise of More – April 2014/June 2021

A Touch of Passion – April 2015/June 2021

A Whisper of Desire – Dec 2015

A Taste of Seduction – August 2016

A Night of Forever – October 2016

A Love To Remember – August 2017

A Dream Of Redemption – February 2018

Imperfect Lords Series

Addicted to the Duke – March 2018

Drawn To the Marquess – September 2018

Attracted To The Earl – February 2019

Taming A Rogue Series

Lord of Wicked (also in a German Translation)

(Also in a Spanish Translation)

Lord of Danger (also in a German Translation)

Lord of Passion

Lord of Pleasure (Christmas Novella)

The Lady Bachelorette Series

The Awakening of Lady Flora – Novella

The Seduction of Lord Sin

The Allure of Lord Devlin

Invitation To Series Audio Only (now called Taming A Rogue series)

Invitation to Ruin

(Winner of RomCon Best Historical 2012, RT Best First Historical 2012 Nominee)

Invitation to Scandal

(TRR Best Historical Nominee 2012)

Invitation to Passion

July 2014

(Winner of RomCon Best Historical 2015)

Invitation To Pleasure

Novella February 2020

Contemporaries

The Reluctant Wife

(Winner of RomCon Best Short Contemporary 2014)

Drive Me Wild

Reckless Curves – book #1

Purr For Me – book#2

Slow Ride – book #3

Fast track To Love (This Christmas) Novella - book #4

Coopers Creek

Love Me – book #1

Heal Me – Book #2

Want Me – book #3

Need Me – book #4

Other Books

A Scot For Christmas - Novella

Regency Delights Boxed Set

To Tempt A Highland Duke – Novella

Highland Wishes and Dreams - Novella

The Duke’s Christmas List - Novella